

eTerciopelo

Segunda
oportunidad

BILOGÍA *¿Qué hago contigo? 2*



ISABELLE CRUZ

Segunda oportunidad

Isabelle Cruz



TERCIOPELO

SEGUNDA OPORTUNIDAD

Isabelle Cruz

Una dura separación. Un encuentro forzado. Unos cuantos días que vendrán a probar que la conexión entre Alonso y Carolina es tan fuerte como antes. ¿Podrán retomar sus vidas como si nada hubiera pasado?

ACERCA DE LA OBRA

Tras meses de separación, la vida de Carolina parece haber recuperado la normalidad; incluso la enfermedad de su madre parece ir mejorando. Poco a poco se siente más fuerte, más tranquila, más dueña de su destino. Pero un encuentro casual con Alonso la pone a prueba. Él afirma que solo desea retomar su amistad, ella tiene sus dudas. No sabe si serán capaces de estar cerca y al mismo tiempo mantener sus distancias.

El tiempo pasa, cada uno sigue por el camino que ha trazado... hasta que Antonia está a punto de casarse y quiere, por supuesto, que tanto su hermano como su mejor amiga estén presentes en la boda. A pesar de la distancia, la perspectiva de aquel reencuentro no deja de causarles inquietud, pero por Antonia están dispuestos a verse una última vez. ¿Se darán cuenta entonces de que esa es su segunda oportunidad para ser verdaderamente felices?

ACERCA DE LA AUTORA

Isabelle Cruz —que también publica libros infantiles y juveniles como Irma Calvo— es una autora de novela romántica afincada en México. En sus libros toca temas que la conmueven de alguna manera —el poder del perdón, el amor de los abuelos, la ausencia de los padres— y cómo la gente se sobrepone a esos problemas.

Su primera novela del género ha sido Desde que te dije adiós, y ahora debuta con eTerciopebo con la biología «¿Qué hago contigo?»: Réquiem por un amor y Segunda oportunidad.

Isabelle es amante de la naturaleza y organiza desde hace varios años un círculo de lectura en su natal Ciudad de México.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

PARTE I

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

PARTE II

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

Créditos

PARTE I

AGOSTO

*H*a sucedido de nuevo: me he despertado antes de que suene la alarma. La oscuridad tras las cortinas es todavía profunda, lo cual quiere decir que es posible que falten entre una y cuatro horas para levantarme. Me da miedo ver el reloj. Si falta mucho, me angustiaré pensando que debo dormirme cuanto antes para poder funcionar de modo pasable durante mi día laboral. Por el otro lado, si ya las 5:40 están cerca, será mejor darme por vencida y encender de una buena vez la lámpara de mi mesilla de noche.

¿Para hacer qué? Todavía no lo sé, quizás lea un rato o revise redes sociales, porque algo es seguro: con tanto sueño atrasado, corro el riesgo de no escuchar las campanillas que indican que debo salir de la cama. O podría apagarlas en un estado de semisonambulismo y quedarme dormida pocos segundos después.

¡Cómo echo de menos las noches de sueño profundo donde no cabía la zozobra! Pero esas quedaron atrás, junto con sueños y esperanzas incumplidos. La verdad, no sé que hacer. Por lo pronto, he renunciado a tomar remedios químicos, ya que suelen dejarme atontada buena parte de la mañana. Supongo que probaré lo efectiva que resulta la meditación.

Un sueñecito y vuelvo a despertar. Otro sueño breve y ya la alarma suena. No, por favor. «Cinco minutos más», dice un diablillo en mi cabeza mientras que su contraparte me recuerda que la última vez que cedí a la tentación recibí una llamada de Esther anunciándome que mi alumno ya me estaba esperando. Este, por cierto, no se tragó mis excusas.

—Vamos, Carolina —murmuro—: ¡arriba y adelante!

Mientras aprieto el paso hacia la estación del metro, rememoro lo que ha ocurrido en mi vida últimamente:

Un mes ha transcurrido desde que dejé mi anterior empleo como asistente del director de una empresa de traducciones y clases de idiomas. Poco más de treinta días desde que Alonso y yo nos despedimos en aquel bar... Mejor no pensar en eso.

Mi nuevo trabajo es muy distinto. Me contrataron para dar clases de inglés.

—Tendrás que hacer una prueba antes de impartir tu primera clase —me explicó la dueña de este nuevo instituto de lenguas el día que tuve mi entrevista—. El sistema de esta escuela es único: a todos los alumnos se les da un paquete de material con libros, vídeos y CDs de audio para que trabajen en casa. El instructor, o sea tú, les va asignando el trabajo y va revisando su progreso. Ellos conciertan citas contigo cuando tienen dudas o cuando necesitan guía en algún punto concreto.

Práctico, ¿no? Y no solo para los alumnos, también para mí. Gracias a dicho método, tengo un horario flexible que me permite hacer ejercicio y estudiar alemán, pues sigo con la idea de volverme traductora como mi amiga Antonia.

Mi día comienza a las siete de la mañana, hora en que los alumnos que trabajan suelen concertar sus citas. El resto de la mañana atiendo a amas de casa o a estudiantes que tienen clase en turnos vespertinos. A partir de las cuatro de la tarde me tocan niños y adolescentes y entre seis y ocho p. m. vuelven los ejecutivos.

Podría parecer que mi horario de trabajo es larguísimo, y cuando hay demasiadas citas resulta muy pesado. Pero lo normal es que cuente con algunas horas libres cerca del mediodía, horas que puedo dedicar a mis asuntos personales. Eso sí, cuando llego a casa, estoy molida. Solo me queda energía para cenar cualquier cosa, hablar un rato con mi madre y ver un programa de televisión o leer un poco si es que no me vence el sueño primero.

En resumen: no me puedo quejar. Gano más o menos el mismo sueldo que antes y me mantengo ocupada doce o trece horas al día. Esto me ayuda para dos cosas: la primera es que mi madre se apiada de mí y me trata con cierta consideración (o, si acaso está en uno de sus arranques de mal humor, el tiempo que escucho sus quejas es bastante breve) y la segunda es que no tengo tiempo para pensar en Alonso.

Eso es bueno. ¡Qué digo bueno, es excelente! Me ayuda a acostumbrarme a vivir sin él. Incluso he empezado a usar un pequeño truco: imagino que estoy participando en un programa contra las adicciones y me repito frases como: «Solo por hoy no le preguntaré a Antonia por su hermano. Solo por hoy no pondré pretextos para llamarlo». Funciona. La mayoría de las veces.

Lupita insiste en que debo buscarme a otra persona.

—¡Ni hablar! —le digo siempre—. Tú nunca buscaste a alguien tras el fallecimiento de mi tío Luis.

—No es la misma situación, Caro. Yo ya estoy vieja.

Le aseguré que no era cuestión de edad (además, cincuenta y cinco años no es vieja), y tras una breve discusión cambié el tema. El hecho es que no tengo ni la cabeza ni el ánimo para encontrar otra pareja. Lo único que pido todos los días es volver a ser la que era antes de conocerlo.

El lugar está a reventar. Alonso ya ha ido antes y le agrada. El *DJ* toca música de los 90 y algunos éxitos posteriores con el volumen adecuado para poder hablar. El mobiliario es funcional y contemporáneo; la comida está buena (sin ser nada del otro mundo) y hay una sección con mesas de billar.

Más que por gusto, Alonso está allí por necesidad. Hace un par de horas, justo después de bañarse y acomodarse frente al televisor, se dio cuenta de que desde hacía mucho tiempo no tenía planes para salir el fin de semana.

«No puedes seguir así», se reconvino a sí mismo. Y sin darse un segundo para pensar, llamó a su amigo Jaime, quien lo invitó a conocer a las amigas de la chica con la que está saliendo.

Los ojos de Alonso barren el lugar hasta toparse con el sonriente rostro de Jaime en una de las mesas altas del fondo. Le habla al oído a una atractiva morena. Hay otras dos mujeres con ellos: una voluptuosa castaña de cabello ondulado y una mujer delgada con el pelo teñido de rubio.

Tras una profunda inhalación, Alonso se abre paso entre la gente. A unos metros de alcanzarlos se cuelga una sonrisa en el rostro. Se hacen las presentaciones. Tal cual supuso, Diana es la morena: Jaime ya le ha hablado de ella en varias conversaciones recientes. La rubia teñida se llama Adriana y la otra, Marcela.

Un camarero se acerca y Alonso pide una cerveza. Se esfuerza en llevar una conversación casual con las chicas. Ambas coquetean con él. Después de un rato, Adriana parece intuir que no

tendrá oportunidad de echarle la garra, de modo que prefiere retirarse a merodear por su cuenta.

Marcela sonríe con disimulo. Le gusta mucho lo que ve: un tipo que probablemente ronda el 1.90 de estatura, fornido, de espaldas anchas y piernas largas. Los músculos de sus brazos resaltan debajo de su camiseta. Debe de tener unos treinta años y camina de manera segura. Su ropa, aunque *casual*, es de buena calidad.

Por su lado, Alonso no puede dejar de comparar a aquella mujer con Carolina. La blusa de la desconocida es escotada, deja a la vista buena parte de unos pechos demasiado firmes para ser naturales. Los ceñidos pantalones acentúan sus caderas. Para su gusto, se maquilla demasiado, aunque no puede negar que sus rasgos son agradables. Le parece evidente que sus poses y su manera de hablar y de sonreír son estudiadas. Están diseñadas para seducir.

En síntesis: Marcela es, sin duda, lo que muchos considerarían sensual.

Carolina, en cambio, tiene pechos pequeños, más trasero que cadera y facciones más finas. Una hilera de pecas salpica su nariz y le dan un aire inocente, y sus labios son perfectos: ni demasiado gruesos ni demasiado delgados. Por otra parte, es natural, sencilla, y tiene una luz interior que no ha encontrado en otra persona. No siempre la deja brillar, su Carolina. De hecho, no es fácil que ella confíe en otras personas, lo cual es entendible cuando uno conoce a su madre, oscura y castradora. Pero, si tienes paciencia con ella, si logras que se abra, te darás cuenta de que, más allá de su inteligencia y dedicación, Carolina es una chica sensible, divertida, ocurrente; alguien capaz de...

Como de lejos, una voz llega a sus oídos. Se percata de que Marcela espera que le responda.

—Lo siento, ¿decías?

—Te preguntaba si te gustaría jugar al billar. Yo no sé, pero si tú me enseñas... Hoy me siento con espíritu aventurero.

—Buena idea. Vamos, te sigo.

La pareja se adelanta mientras Jaime pide al camarero otra ronda de bebidas. Diana es bastante buena en el juego, y su rostro asume una expresión peculiar cada vez que su amiga le pregunta a Alonso cómo tirar.

—Sabe jugar, ¿verdad? —pregunta Jaime en voz baja.

—Ella me enseñó —murmura Diana.

—Por lo menos, su actuación es convincente.

—Parece que sí.

Alonso tendría que estar muerto para no notar los movimientos provocativos y sonrisas invitadoras de Marcela cada vez que se acerca a ella y le muestra cómo usar el taco. Sabe que tiene buenas probabilidades de terminar en su cama, así como también sabe que no la llevará a su casa, donde la presencia de Caro todavía puede sentirse.

Nota entonces el pequeño adorno que Marcela lleva al cuello, un dije dorado. Sin desearlo se ve transportado de golpe a otro lugar y otro tiempo. El nítido recuerdo de Caro lo sacude con la fuerza de una ola helada: ella también llevaba un pequeño pendiente de oro una de las últimas veces que durmieron juntos. Casi puede tocarla, oler su perfume, sentirla, tibia y amorosa, en su cama.

Desorientado, no tiene más opción que disculparse y dirigirse al baño con pasos rápidos. Una vez allí aprieta la orilla del lavabo con fuerza. Se moja la cara y se mira en el espejo: parece enfermo o borracho. La imagen conjurada por su traidora memoria no se borra:

Aquella noche, Caro leía una novela. Él había apoyado su cabeza en su regazo y su cariñosa novia le hacía caricias con la mano que le quedaba libre. Pero estaba ausente; él había hecho un

par de observaciones y ella solo contestaba con monosílabos. Alonso sabía que debía dejarla tranquila, pero quería su atención. Optó entonces por un acercamiento distinto: le besó el hombro y trazó con la lengua los contornos del dije, que parecía una moneda antigua apoyada justo bajo el hueco de su cuello, mientras escuchaba con deleite el ritmo cambiante de su respiración.

Cuando Caro se mordió el labio inferior y el rubor coloreó sus mejillas, el deseo lo arrasó como una marea de fuego. Se arrodilló sobre el colchón y la cogió por la parte superior de los brazos, besándola hasta que su garganta se llenó de gemidos y el libro se le escurrió de las manos. Luego se tendió sobre ella y la tomó con urgencia, repitiendo la faena poco después, con un ritmo lento y amoroso.

Su cuerpo reacciona a los recuerdos como si ella estuviera allí mismo. ¡Mierda! Aquello no debía estar pasando. Alonso se da un poco de tiempo para serenarse y, cuando lo logra, se siente cansado y deprimido. Solo desea regresar a casa.

—Supongo que todavía no estoy listo —le dice a la pálida cara del espejo.

El tipo de al lado, gordo y de piel pastosa, le lanza una mirada curiosa por el rabillo del ojo.

Al regresar con el grupo, Alonso saca dinero de su cartera y se lo pasa a Jaime.

—Disculpadme, por favor. Voy a tener que dejaros, no me encuentro muy bien. Gracias por la invitación. —Se vuelve a las chicas y agrega—: Un placer.

Perplejas, lo observan alejarse, y luego se vuelven hacia Jaime, pidiendo sin palabras una explicación.

—Ha estado un poco deprimido últimamente —murmura.

—¿Una mujer? —pregunta Marcela.

Jaime asiente, pero no da más detalles.

OCTUBRE

*F*alta de aliento, llego corriendo al instituto; la mochila de libros colgando de un hombro, la de ropa deportiva colgando del otro. Esther, la recepcionista, ya ocupa su lugar y revisa algo en la pantalla de su ordenador. En cuanto escucha que abro la puerta alza los ojos y me sonrío con su amabilidad característica. Es alta, delgada, de piel muy pálida y de facciones agradables, aunque batalla bastante con un problema de acné que no termina de ceder.

—¡Tranquila! Aún no llega tu alumno.

Resoplo aliviada.

—¿Mucho tráfico? —pregunta.

—El normal, he salido tarde de casa. —Hago un mohín y confieso—: He tenido una discusión con mi madre.

Ella comprime los labios y asiente despacio. Está enterada de la lucha de mi madre contra la depresión, aunque sin lujo de detalles.

—¿Cómo sigue?

—Tiene días buenos y malos. —Suspiro—. Ahora no se quiere tomar las pastillas que le mandó la psiquiatra. Dice que la doctora es una inconsciente que receta a la ligera, que las medicinas son muy caras y que además no piensa hacerse dependiente.

—¡Vaya! —dice Esther con una mirada comprensiva—. ¿No le dan las pastillas en la clínica?

—No siempre. Ya sabes cómo son las dependencias de gobierno.

Tras lanzar un vistazo hacia el parking para asegurarme de que mi alumno aún no llega, meto mis cosas en mi casillero, cojo mi taza y un sobre de té y me acerco al garrafón de agua para prepararme mi bebida. La mañana está fresca.

—¿Y tú qué opinas? ¿Crees que necesita el medicamento o no?

Sacudo la cabeza.

—No sé qué decirte. A mí tampoco me encanta tomar pastillas para todo, pero últimamente está muy irritable. Como si en vez de avanzar en su tratamiento hubiera dado un paso hacia atrás. —Tras un breve silencio durante el cual doy un sorbo a mi infusión de hierbabuena, agrego en voz baja—: No puedo negártelo, a veces me desespera. Desearía que esta pesadilla terminara pronto.

—Bueno —dice Esther en un tono ligero—, no te pongas triste. Tengo buenas noticias: acabo de revisar los correos y el señor Martínez también quiere que lo atiendas tú de forma exclusiva. ¿Qué tal, eh? Seguro que la jefa se queda impresionado. ¿Cuántos van ya, tres?

—Cuatro —admito sin presunción mientras me cepillo el cabello humedecido por la llovizna que hay fuera—. Pero no estoy segura de que sean buenas noticias. Algunas de las otras profesoras no me quieren mucho, y creo que este tipo de situaciones las pone más en mi contra.

—Envidia. —Esther se encoge de hombros—. Ellas son mediocres.

—Y, por otro lado —continúo—, no quiero que Regina me siga presionando para que coja más horas. Necesito tiempo para mis otras actividades. Por cierto, ¿vienes conmigo al gimnasio?

Esther asiente.

—Sí, hoy no se me han olvidado las cosas.

Entonces se abre la puerta y aparece mi alumno: un chico como de mi edad de ojos castaños y piel morena que suele usar colonias que huelen a gloria. Es muy simpático, y sabe mucho de música. Me gusta hablar con él.

—Perdón por el retraso —exclama—. He tenido que parar a echar gasolina.

—No te preocupes. Pasemos a la sala.

De reojo me doy cuenta de que Esther se ruboriza. Está loquita por él, pero es tan tímida que no se atreve más que a darle los buenos días.

En cuanto entramos en la pequeña salita, donde caben hasta diez personas, hago el circo de tirar el rotulador de la pizarra a la papelera y uso mi mejor sonrisa para decir:

—¿Podrías pedirle a Tere un rotulador de repuesto mientras reviso tus ejercicios?

Él me entrega su libro de trabajo y accede de buen modo.

—Ah —le digo antes de que desaparezca—, y dile que acepto su apuesta para el partido del sábado.

A él se le ilumina la mirada, este niño respira fútbol. A través de la ventana sellada lo veo acercarse al escritorio de Tere y sonreírle de manera amistosa. Mi amiga asiente y usa sus llaves para abrir el cajón donde se guarda el material nuevo.

«¡Vamos, di algo!», la animo a distancia.

Debe de sentir mi mirada, porque se vuelve hacia mí. Le guiño un ojo y hago un gesto enfático con la mano. Ella se sonroja de nuevo, pero algo comenta que lo hace reír. Bravo. Entonces suspiro y doy media vuelta para empezar el día de trabajo.

Recién bañado y oliendo a colonia, Alonso sube las escaleras de la vieja casona que su socio y él compraron y remodelaron como oficina. Se siente rebosante de energía tras la intensa sesión de ejercicio que ha tenido en el gimnasio: un poco de cardio, un poco de pesas y una sesión de media hora frente al saco de boxeo.

Está satisfecho: ya ha encontrado la manera de combatir el estrés que lo venía acompañando desde hacía varios meses. Su hermana le recomendó meditar, incluso bajó unas aplicaciones en su teléfono y le recomendó vídeos en Youtube. ¡Dios, qué pérdida de tiempo! No le cabe duda de que eso de las afirmaciones positivas les funciona a algunas personas, pero él es un hombre de acción y prefiere métodos más intensos. No por nada ha duplicado el tiempo de uso de su motocicleta. Salir con la moto fuera de la ciudad los fines de semana también le ayuda a relajarse.

—Buenos días, Alonso —saluda la recepcionista que tanto a Antonia como a Susana, su secretaria, les parece odiosa—. Te ha llegado una invitación para un evento en el British Council y el paquete de libros de inglés para operadoras que habías pedido. Ya se lo he pasado todo a Susi.

¡Susi, ja! Si su secretaria la hubiera escuchado, habría soltado un gruñido.

—Gracias, Brenda —responde, cordial, a la chica de piel bronceada y cabello negro que lo ha perseguido incluso desde antes de que tuviera una relación con Carolina—. ¿Te has cortado el pelo? Te sienta bien.

Las mejillas redondeadas de la recepcionista se colorean de gusto, y le dedica una sonrisa radiante mientras él avanza hacia su oficina pensando ya en sus asuntos pendientes del día. Eso sí, saluda con entusiasmo a quien se encuentra y les hace alguna observación ocurrente o una pregunta personal que los hace sentir tenidos en cuenta.

En general, es el jefe favorito de todos. Fernando es sumamente responsable y organizado, pero es más circunspecto. Son un buen equipo: Alonso lleva las ventas y las relaciones públicas; Fernando, la administración. Leila, la esposa de este, se hace cargo de la plantilla de profesores. Baste decir que ella no es popular.

Por fin llega a su despacho; Susana ya ha colocado los libros nuevos sobre su escritorio y los documentos por leer en la bandeja adecuada; también le ha hecho llegar la agenda del día a su correo. Alonso la adora: esa mujer seca y de pocas palabras es la que da estructura a sus días. Sin ella estaría perdido.

Alonso toma asiento y revisa la invitación mencionada. Entonces, con una precisión perfecta, Susana le pone un café bien caliente al alcance de la mano.

—¡Ah! —suspira él tras el primer trago—. Eres lo máximo, ¿lo sabías?

La mujer reprime una sonrisa.

—Te recomiendo que hables con la coordinadora de los grupos del banco temprano —le dice; han estado cancelando muchas clases a última hora y Leila está histérica.

Alonso hace una mueca y asiente a sabiendas de que le espera una sesión de tira y afloja. A los clientes no les gusta pagar por clases canceladas, pero, por otro lado, los profesores tienen el tiempo bloqueado para impartirlas, y necesitan el ingreso.

—Ahora lo veo. ¿Tienes los datos a mano?

—Te los traigo.

En cuanto Susana sale de la oficina el móvil de Alonso vibra dentro de su bolsillo, y cuando atisba la pantalla el día se oscurece de súbito: ¡Isabella! Parpadea y lee su nombre de nuevo, incapaz de creer tanto descaro. «¿Cómo se atreve?», se pregunta mientras aprieta la mandíbula. Presiona la tecla de «Ignorar», pero, fiel a su naturaleza, Isabella insiste.

—Diga —contesta él con sequedad.

—¡Alonso! Pareces un poquito estresado. ¿Es un mal momento? Si quieres, te llamo en un rato.

Puede imaginársela: impecablemente vestida y peinada, las largas piernas cruzadas bajo el escritorio, una mano elegante jugando con algún mechón de su espesa melena azabache mientras que su boca perfecta se tuerce en una mueca burlona. Pero aquella mujer, que antes lo volvía loco, ahora solo le produce un enfado desbordado. Si no hubiera sido por ella, Caro todavía estaría a su lado.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta con sequedad.

—¡Oye! Esos no son modos de tratar a una vieja amiga.

—Tú no eres mi amiga, Isabella. Es más, dudo que seas amiga de nadie.

—No me gusta tu tono. Si todavía estás molesto por lo que pasó hace unos meses, permíteme recordarte que yo no tuve la culpa de nada. ¿Quién iba a pensar que la acosadora de tu novia iba llegar tan temprano a tu casa?

Suena contrariada, y él puede ver en su mente sus ojos azules refulgiendo con enfado.

—Tienes razón —masculla entre dientes apretados—. La culpa fue mía por dejarme enredar por una víbora como tú. No vuelvas a llamarme, Isabella. Es más, a partir de hoy considérate bloqueada de mi teléfono.

Antes de colgar, alcanza a escuchar una expresión indignada. No habrá un insulto: Isabella tiene

demasiada clase como para escupir maldiciones.

Alonso cierra los ojos en un intento de serenarse, y así lo encuentra Susana cuando entra y le informa:

—Aquí está la información que me pediste: vienen el día y la hora de cada cancelación.

Alonso asiente y le da las gracias. Mira el papel que le ha entregado su secretaria, pero su cerebro no puede procesar la información, sigue enfocado en la llamada que en un minuto ha echado a perder semanas de esfuerzo, porque ha vuelto a abrir de un tirón una herida que no ha querido cicatrizar.

—¿Todo bien? —Su secretaria lo observa fijamente—. ¿Necesitas algo?

Harto de ser débil, él hace una inspiración profunda.

—Todo bien —masculla, y se obliga a poner atención en el informe que le ha dado Susana.

NOVIEMBRE

*M*arcela viste una bata de seda negra con flores de colores y come palomitas frente al televisor mientras ve su *reality show* favorito. En un inicio, ignora el sonido del teléfono, pero la vence la curiosidad, y estira el brazo con desgana para contestar. Lo que escucha entonces atrae toda su atención y la hace olvidarse de las mezquinas traiciones discutidas en pantalla. Es Alonso, el tipo guapo del bar, quien primero se disculpa por no haber llamado en tanto tiempo para luego preguntarle si quiere ir al cine.

—Ay, Alonso, no lo sé, ya tenía planes para hoy.

De inmediato le responden:

—No hay problema, lo entiendo. Ya será otro día.

Ella espera cinco minutos exactos tras haber cortado la comunicación antes de marcar el número, que ha quedado registrado en el identificador de llamadas. Lo encuentra todavía sentado en su sillón, preguntándose por qué la ha llamado en primer lugar.

—Adivina qué, guapo; acabo de cancelar mi otro compromiso y estoy totalmente libre para ir contigo. ¿A qué hora pasas a por mí?

Tan solo ponerse de acuerdo, ella salta del sillón y corre a su dormitorio para ponerse su ropa favorita: *jeans* apretados y una blusa negra con un atrevido escote. Se lava los dientes, se cepilla el cabello y se rocía con perfume en todos los puntos tácticos. Es una suerte que ya esté maquillada; el caprichoso galán no le ha dado mucho tiempo.

En cuanto está lista, se pone en contacto con su amiga Diana.

—¡No vas a creer quién me ha llamado! —dice en cuanto le contestan.

—Mmm, déjame ver —dice Diana siguiéndole el juego—. El muchacho ese fuerte del otro día, el instructor del gimnasio... ¿Miguel?

—¡No, qué pesadilla! A ese le falta mucha clase. No tengo mucho tiempo, así que te lo voy a decir: el guapísimo de Alonso, el amigo de tu novio.

—¡No!

—Sí, y me ha invitado al cine.

—Ay, Marce, me alegro tanto por ti... Recuerdo que estabas algo molesta porque sentías que te había..., bueno, ignorado.

—Eso no importa ya: ahora está por fin interesado, y no pienso dejarlo escapar.

—Según lo que cuenta Jaime, gana bastante bien y es muy divertido.

—Lo sé. ¡Imagínate los sitios a los que me va a llevar, los regalitos que me va a hacer! Me pregunto si será bueno en la cama.

—¿Crees que ya habrá olvidado a la otra?

—Eso no importa, yo puedo ayudarlo en eso... Te dejo, está sonando el timbre.

—Adiós. ¡Me llamas cuando llegues!

Marcela cuelga sin responder.

A pesar de las altas expectativas de ambos, la velada no está resultando del todo exitosa. La película ha terminado y ambos comparten *fondue* y vino en un restaurancito cerca de los cines. Marcela está muy guapa, e intenta ser divertida, pero hay una irritante vocecita en la cabeza de Alonso que insiste en subrayar que su conversación es aburrida. Cansada o estresada, ella se retira a los lavabos, y en cuanto desaparece por el pasillo Alonso se pasa una mano por la cara.

«A ver, Alonso —se recrimina a sí mismo—, si no vas a dejar de compararla con Carolina, ¡para qué mierdas la has invitado!».

Aprieta la mandíbula, consciente de que está siendo injusto e incongruente y que debe darse la oportunidad de salir y disfrutar sus citas. Desde otra mesa, una chica le sonríe, y, por más que lo intenta, él no puede responder el gesto. Ella se ruboriza y agacha la mirada. Alonso alcanza su copa y da un trago al vino, concentrándose en su sabor fresco, dulce, con un regusto como de oporto.

—Lista, guapo —anuncia su acompañante acercándose a la mesa—. Perdón por la tardanza, había mucha gente. ¿Todo bien?

—La verdad, no. He tenido algunos problemas en la oficina. Pero no he debido traerlos conmigo. Discúlpame, debes de estar pensando que soy un amargado. Te prometo que no es así. —Alcanza la mano femenina por encima de la mesa—. Sé que es mucho pedir, pero ¿me das otra oportunidad para demostrártelo?

La postura de la chica se relaja, y le sonríe antes de preguntar:

—¿Nos vamos?

Cuando se estacionan en el exterior de su casa, ella lo invita a pasar.

—No sé, ya es tarde.

Marcela se le acerca por el asiento y recorre el filo del cuello de su camisa con el dedo. Sus pechos, tentadores, le rozan el brazo. El corazón de Alonso comienza a latir más rápido.

—¿Qué pasa? ¿No te gusto ni un poquito?

—No es eso. —Le cuesta trabajo tragar.

Envalentonada, ella acaricia con la nariz la delicada piel detrás de su oreja, lo que provoca que a él se le corte la respiración, pero de pronto él se aparta de ella y le dice con reticencia:

—Marcela, en verdad creo que eres una mujer muy atractiva, y me encantaría estar contigo, pero hay algo que tienes que saber antes de que pase cualquier cosa entre nosotros.

Ella asiente, absorta en sus facciones fuertes, en su boca tentadora, en la expresión torturada de sus ojos.

—Había una mujer a la que quise con todo lo que soy... Pero algo pasó que nos separó para siempre, y yo quiero dejar de pensar en ella y empezar otra vez. Te lo digo porque no quiero engañarte. Me siento muy solo, pero no sé si podré olvidarla.

El silencio espesa el aire mientras ella lo mira fijamente. A decir verdad, no le alegra la idea, ¿a quién le gustaría? Pero lo desea también, y quisiera estar con un tipo así: inteligente, de buenos ingresos, decente. Hay toda clase de malditos abusones por ahí.

—Vamos dentro —murmura—, déjame ayudarte a pasar página.

El domingo, al salir de misa, le pregunto a mi tía Lupita si no le importa esperarme unos minutos mientras sale del templo una persona con la que quiero hablar.

El frío cala, pero, tal vez porque viene bien abrigada o porque es muy buena gente, acepta sin protestar.

—Adelante, Caro. Así aprovecho para curiosear en el mercadillo. Todavía me faltan algunos regalos.

Sonríó mientras la veo alejarse: un poquito entrada en carnes, cabello tupido y canoso, sonrisa franca y energía inacabable. Nos gusta asistir juntas a los servicios, ya que ni mi madre ni ninguno de sus cuatro hijos son practicantes. Frente a mí pasa una familia, las chiquillas vestidas igual. Les doy los buenos días y asomo la cabeza hacia el interior del edificio. El hombre al que espero, Jorge creo que se llama, está todavía ocupado con un par de chicas. El viento helado me revuelve el pelo. Tal vez será mejor que entre.

Recuerdo entonces lo que aquel hombre comentó poco antes de que la celebración terminara:

—Es necesario reducir los efectos psicológicos que toda hospitalización lleva consigo —afirmó—. La fundación Ventanas a otros mundos arrancó el año pasado, y de momento presta sus servicios en un hospital y en un centro de salud que dependen del Estado. En la actualidad contamos con unos 2.200 libros para préstamo y tenemos también actividades de promoción de la lectura como La Hora del Cuento, que acerca a los más pequeños a la narración oral. Queremos brindar nuestros servicios en más sitios, ampliar nuestro catálogo de libros y variar nuestras actividades, organizando talleres de expresión oral y escrita, encuentros con autores, actividades musicales... —Hizo una pausa mientras sus ojos recorrían a la congregación—. Hay un mundo de cosas por hacer, pero somos una fundación no lucrativa y necesitamos el apoyo de personas como ustedes para poder cumplir nuestros objetivos.

El concepto me parece interesante: siempre me han gustado los libros, y de un tiempo a la fecha he estado buscando alguna actividad para ocupar mis fines de semana. Me pregunto si esto será para mí.

—Entonces —dice una de las chicas, la de minifalda con gruesas mallas—, ¿cómo puedo contactar contigo para ver lo de la donación de los libros?

Él acepta el móvil que ella le ofrece y apunta algunos datos. Les da un efusivo agradecimiento y se vuelve hacia mí. Un rayo de sol ilumina sus cabellos castaños. Es bajito y de facciones agradables. Sus iris tienen el color de la canela con un borde mucho más oscuro. Parpadea despacio un par de veces y asumo que la luz que está a mis espaldas lo ha deslumbrado. Luego sonrío.

Estiro la mano hacia él y solo atino a decir:

—Hola, soy Carolina. Me encantan los libros y, bueno, lo que has dicho en la misa tiene mucho sentido para mí. ¿Cómo puedo ayudar?

FEBRERO

Me encanta ir al hospital, especialmente cuando visito a los niños. Por sugerencia de Jorge, divido mis visitas semanales por grupos de edad: el primer sábado de cada mes voy al ala infantil, el segundo veo a los jóvenes, el tercero lo dedico a las señoras y el cuarto (y esta fue idea mía), a los señores. ¿Por qué los separé? Porque a ellas les encantan las novelas románticas y ellos las detestan, además de que en los libros de romance suelo encontrarme con escenas eróticas que de ninguna manera leería en voz alta frente a un grupo mixto.

He intentado saltármelas, pero las internas no me lo permiten. Parece que disfrutan mis tartamudeos y mis mejillas encendidas cuando llego a una parte comprometedoras. De hecho, todo el asunto se ha vuelto una broma, y creo que hasta han apostado para ver si me pongo roja o no. La verdad es que no me importa que se burlen: a veces tengo la impresión de que no tienen muchas cosas de las cuales reírse.

Sin embargo, como he dicho antes, prefiero trabajar con los niños. Suelen ser muy abiertos e imaginativos y participan con entusiasmo en las actividades que llevo planeadas.

Un sábado de esos estoy en el ala infantil con Andrea y Jimena, un par de chiquillas supersimpáticas. Andrea, de siete años, es extrovertida y pícara, y posee una curiosidad insaciable. Ha perdido el cabello, y es tan delgadita que sus piernas me recuerdan un par de palitos. Acompañada de su amiga, espera a que termine *La Hora del Cuento* para abordarme y disparar una ráfaga de preguntas: «¿Por qué en tus *Cuentos* de Roald Dahl le cortan la cabeza a esa niña? ¿Me enseñas el dibujo otra vez? ¿Has leído *La historia interminable*? ¿Te gustaría meterte en un libro? ¡A mí me encantaría! Pero habría que escogerla bien para no terminar en medio de una guerra o algo así».

Entonces comenzamos una discusión acerca de los títulos que convendría visitar y los que no. Estoy encantada porque, a pesar de sus circunstancias, las chicas conservan su ilusión y su inocencia.

Jimena, según me cuenta, acaba de cumplir diez años. También es una lectora empedernida, pero prefiere otro tipo de libros. Le gustan los juveniles, sobre todo si hay un romance en la trama. Nos cuenta que su mayor anhelo es casarse, y no tiene reparo en preguntarme si tengo novio o esposo. Yo trato de irme por la tangente, y estoy pensando cómo cambiar el tema cuando ella menciona sus parejas literarias favoritas y yo cedo a un impulso estúpido y comento que en la vida real no todos los finales son felices.

—Pero sería bonito que lo fueran —comenta—. ¿A que sí?

Debería contestar que sí y luego cerrar la boca. En cambio, me aliso la falda y digo sin mirarlas a los ojos:

—Pues sí, pero los libros y la vida real no son lo mismo. Los sentimientos de las personas de carne y hueso pueden cambiar, o hay quienes no son honestos y se ponen una careta para

conquistar a las chicas cuando en el fondo no quieren una relación seria.

Jimena me mira con el ceño fruncido y pregunta a bocajarro:

—¿A ti te ha pasado eso?

«Eso te sacas por bocazas —pienso—. ¿Quién eres tú para empañarles los sueños?».

—Bueno, no exactamente. Es decir..., conozco a algunas personas a las que les ha sucedido.

—A mí eso no me va a pasar —asegura la niña, y a mí se me corta el aire.

Palabras más, palabras menos, eso era lo que yo solía decir en mi infancia, y mírame. Es más, tan enfocada estaba en encontrar al hombre perfecto que tal vez yo misma provoqué que me traicionara. ¿No dicen que uno atrae lo que más teme?

Por suerte, la chiquilla no parece notar mi extraño estado de ánimo, porque sigue hablando:

—¿Tú crees que tengo ojos de mosca? —pregunta de repente.

¿Qué? Me aguanto la risa, porque percibo que para ella es un tema serio, así que respondo con expresión solemne:

—Para nada. ¿Quién te ha dicho eso?

—Rafá y José Luis —asegura en tono sombrío.

Tiene unos ojos preciosos: verdes, almendrados y enmarcados con tupidas pestañas, aunque es cierto que de momento parecen demasiado grandes para su pálido rostro.

—Pues no les hagas caso —digo cogiéndola de las manos—. Tienes los ojos más bonitos que he visto, y te aseguro que a muchos chicos los vas a volver loquitos con ellos.

Jimena sonrío complacida y entonces una enfermera se acerca a nosotros y lleva a las niñas a sus habitaciones. El resto del día no he podido sacármelas de la cabeza, y he pedido con fervor que ambas venzan su enfermedad y que puedan cumplir sus sueños.

—¡Alonso, no cierres!

Él, que estaba por entrar a casa de sus padres, mantiene la reja abierta para que su hermana Antonia pueda alcanzarlo. Ella sale de su coche y acorta la distancia entre ambos con un montón de libros en las manos. Alonso se acerca a ayudarla.

—¿Y esto? —pregunta cuando le da la mitad de los volúmenes.

Ella arruga la nariz. ¿Se habrá dado cuenta de que ella y su amiga Carolina hacen el mismo gesto?

—Tengo que hacer una traducción de plantas desalinizadoras y no conozco nada del tema. Decidí darme una vuelta por la biblioteca. ¿Y tú qué te cuentas? —Agacha la cabeza para evitar una ramita de uno de los frutales que su madre ha plantado a lo largo de la valla perimetral—. Se te ve contento.

—Lo estoy —exclama él, satisfecho—. Acabo de inscribirme a clases de pintura.

—Con razón, hermanito —apunta mientras restriega su pulgar contra la mejilla de él—, tienes una mancha roja en la cara. Qué bien que te hayas animado, siempre se te ha dado bien el dibujo.

Los ojos de Alonso brillan con entusiasmo mientras rodean la casa para entrar por la cocina. Desde la puerta principal se accede directamente al salón y al comedor, pero casi no la utilizan. Será porque desde niños se acostumbraron: esa área siempre debía estar immaculada y debían usar la entrada lateral.

—El dibujo es la base, pero estoy trabajando con óleo. Martha, la profesora, tiene mucha experiencia, y lo que terminó de convencerme para inscribirme con ella es que no obliga a todos

los alumnos a trabajar en el mismo proyecto. En una misma clase, algunos utilizan acuarelas, otros pasteles o acrílicos. Tú le describes tu proyecto y ella te ayuda a hacerlo.

Antonia hace un gesto de aprobación; están a punto de alcanzar la segunda planta.

—¿Y cuál es tu proyecto?

—Unos gallos en plena pelea. No es tan difícil, y tiene mucho color. Creo que te gustaría, luego te lo enseño.

Por fin llegan a la habitación de Antonia y dejan todos los libros en la mesa de trabajo.

—Mil gracias —le dice, y le da un golpecito en el hombro en un gesto cariñoso—. Ahora corro a bañarme. Mis amigas pasan a por mí en media hora.

Sin darse cuenta, Alonso endereza la postura y enfoca la mirada en ella.

—Ella no va a venir —murmura Antonia.

—¿Quién?

Antonia no se molesta en responderle. Solo entorna los ojos para hacerle ver que no está engañando a nadie. Alonso suspira; parece desinflarse un poco, y su falsa expresión de inocencia se desvanece. Con el índice se rasca una ceja.

—¿Sabes algo de ella? —pregunta abiertamente.

—No hay mucho que contar —responde Antonia tras pensárselo un poco—: está dando clases de inglés, va un gimnasio que está cerca de su trabajo... ¡Ah!, y también está haciendo algo de labor social.

—¿En serio? ¿Qué es exactamente lo que hace?

Antonia le explica entonces lo que sabe del programa de Ventanas a otros mundos.

—¡Qué bien! —exclama Alonso con sinceridad—. Ha de ser muy buena para eso.

Desde la planta baja llegan las voces de sus padres anunciando que han vuelto del supermercado. Alonso baja la voz y pregunta:

—¿Sabes si está todavía con ese tipo?

—¿Con qué tipo? —Antonia lo mira sobre su hombro mientras revisa el contenido de su armario.

—Ya te lo conté una vez: el hombre del brazo tatuado. El que estaba con ella cerca de su casa.

Ella se queda quieta, la mano sobre una blusa blanca con mangas espectaculares que terminan en una especie de abanico.

—Ese no es su novio. Es su primo —admite.

—¿Estás segura? —Se le nota confundido, incrédulo.

—Totalmente, ella me lo contó unos días después.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta, dolido.

Antonia descuelga la blusa para evitar mirarlo. Luego coge unos pantalones oscuros.

—Perdóname, hermanito; estabas empeñado en hacerla volver contigo, y eso no iba a ninguna parte. Pensé que si te decepcionabas un poco, si creías que estaba con otro, tal vez le darías su espacio. Lamentablemente, las cosas funcionaron casi al revés.

Los labios de Alonso se comprimen como tragándose una queja, sus cejas se unen en la mitad de su frente.

—Entiendo —dice sin inflexión alguna.

—¿Estás enfadado conmigo?

—La verdad, habría esperado algo distinto de ti, pero ya no tiene remedio. Te dejo que te arregles, no querrás llegar tarde a tu compromiso.

Él se da la media vuelta e incluso alcanza a dar un paso, pero Antonia se le planta enfrente.

—Por favor, Alonso, trata de entenderme.

—¿Sabías que antes de irse me dijo que todavía me amaba?

—Parece que a veces el amor no es suficiente —comenta ella con semblante triste—. ¿Y tú no estás saliendo con nadie?

—Nada serio, yo estoy fuera del juego por un buen rato.

Ella recarga brevemente la cabeza sobre el pecho de él y comenta:

—Ay, hermano, no sabes cuánto desearía que Caro y tú todavía estuvierais juntos. Hacíais una gran pareja.

—No podría estar más de acuerdo.

Se hace un breve silencio mientras Antonia busca las palabras adecuadas.

—No la busques, por favor. Ella no lo querría.

—Lo sé —asegura él con una risita amarga—. No pienso hacerlo.

Antonia mira su reloj de pulsera. No quiere dejarlo así, pero se le ha hecho tarde.

—Tengo que irme. ¿Vienes mañana?

—No, mañana salgo con la moto.

Ella le da un abrazo y le desea un viaje seguro.

—Oye —la llama antes de que ella entre al cuarto de baño—, de hecho, las clases de pintura fueron idea de Caro. Si la ves, dile que gracias por la sugerencia.

Antonia lo mira de tal forma que él sabe que no le pasará ningún recado. Alonso agacha la cabeza, suspira y baja las escaleras para saludar a sus padres.

MARZO

Aprovechando su formación como ingeniero, Jorge transformó la enorme casa que sus padres construyeron hace más de treinta años. En vez de la monstruosidad de cuatro dormitorios y cuatro baños completos que fue útil cuando él y sus hermanos estaban creciendo, ha dejado dos pisos de ciento y tantos metros cuadrados. Sus padres ocupan el de la planta baja y él y su hijo, el de la planta de arriba.

Según me explica, el pequeño también tiene habilitada una habitación en casa de sus abuelos. Así se siente totalmente a sus anchas cuando se queda con ellos a causa de los múltiples viajes que Jorge realiza para supervisar las obras de las cuales está a cargo.

Además de eso, su madre lo alentó a transformar el viejo garaje en la biblioteca para el programa Ventanas a otros mundos, en el cual ella también participa. Y aquí es donde estoy ahora, revisando los anaqueles y hojeando ejemplares para reponer aquellos que he terminado de usar con mis grupos.

—¿Quieres tomar algo, Carolina? ¿Café, té, agua? —dice una voz masculina mientras yo camino rumbo a la graduación de uno de los personajes de una novela juvenil.

Parpadeo; el hechizo se ha roto.

—¿Perdón?

Jorge repite su pregunta y acepto un té negro con leche, que con este frío es justo lo que necesito.

Estoy a punto de abrir el libro de nuevo cuando se detiene en seco cerca de la puerta.

—Acabo de recordar que ayer prepararon ponche, ¿quieres un poco? —me pregunta con una sonrisa amistosa.

El día de hoy, él trae unos pantalones caqui, suéter verde oscuro, una chaqueta verde olivo y zapatos deportivos blancos. Me parece que el conjunto le sienta bien, como que le quita unos añitos de encima. No es que me lleve muchos, unos diez, como mucho, pero a veces se comporta demasiado solemnemente. Por fin cierra la puerta y me concentro en los libros.

Ya he elegido los finalistas cuando escucho un ruido peculiar. A través del cristal puedo ver que él ha regresado y tiene las manos ocupadas por una bandeja. Me apresuro a abrirle, y me sorprendo enseguida al ver lo que trae.

—La taza de la izquierda trae un chorrillo de ron, la otra no. Se me ha olvidado preguntarte cómo lo prefieres. Y te recomiendo probar las galletas: son de nuez, mi madre siempre las prepara en estas fechas.

—¿Y el queso?

Se encoge de hombros.

—Por si prefieres salado.

Le doy las gracias y nos sentamos en el sillón que está al lado de la ventana. La decoración es demasiado tradicional para mi gusto, pero debo admitir que los detalles como los libros y la manta que descansa sobre el respaldo logran un ambiente acogedor. Hablamos un rato acerca de mi selección. Él me comenta sus opiniones acerca de los libros que ha leído y al fin termino de decidirme.

Estoy a punto de coger mi bolso cuando me detiene con un gesto. Se le nota nervioso.

—Carolina, quería pedirte un favor a título personal.

¿Un favor personal?

—¿De qué se trata? —pregunto desconcertada.

—Me preguntaba si querrías acompañarme mañana al parque de atracciones —suelta de sopetón—. Mi hijo, Diego, lleva tiempo pidiéndome que lo lleve, y realmente apreciaría la compañía mientras se sube a las atracciones.

Intento procesar la idea: yo en el parque de atracciones. Con Jorge. Para acompañar a su hijo. ¡Qué extraño! De forma inconsciente noto el aromático perfume de la fruta y la canela que sube desde mi taza.

Trago saliva intentando aplastar el tonto escrúpulo que aletea dentro de mi pecho. ¿Por qué me siento como si estuviera traicionando a Alonso? Llevo mucho tiempo queriéndolo, y, si sigo así, terminaré sola en una casa llena de gatos, tal como todos se imaginan a las mujeres solitarias y excéntricas. Debo darme una oportunidad; además, no se trata de una verdadera cita, solo iré de niñera acompañante.

Estoy a punto de sacudir la cabeza para regañarme por las dudas que me plagan cuando me doy cuenta de dos cosas: he tardado demasiado en responder y Jorge me mira mortificado.

—Si tienes otro compromiso, lo entiendo perfectamente —asegura, ofreciéndome una salida.

Intento ser discreta al dejar escapar el aire de mis pulmones, y luego hablo de forma apresurada:

—Perdona, soy muy mala para las fechas, y estaba tratando de recordar cuándo es la celebración navideña del instituto. Me encantaría ir con vosotros, ¿a qué hora nos vemos y en dónde?

—¿Estaría bien si te recojo como a las diez? —pregunta visiblemente aliviado.

—A las diez os espero, te doy mi dirección.

De camino a casa decido no contar nada. Por ahora no. Jorge es un hombre atractivo y sin compromisos, pero difícilmente lo veo como compañero romántico. En cuanto cruzo la puerta, mi madre detiene la película que está viendo, y tras hacer un resumen de la trama me invita a acompañarla.

—¿Todo bien, Carolina? Te veo un poco rara. —Su mirada me escudriña, y yo adopto un aire de inocencia.

—Todo perfecto. ¿Quieres que prepare unas palomitas?

La película termina y mi madre se retira a su cuarto.

—No te olvides de tomarte la pastilla —le digo, y ella masculla algo de no ser una chiquilla.

Antonia llega poco después y pasamos un buen rato charlando de nuestras rutinas y de nuestros proyectos. Luego me aclara algunas dudas que tenía de mi curso de alemán y, poco antes de que caiga el sol, la invito a cenar como agradecimiento. Sin embargo, mi «no-cita» ha estado presente todo el tiempo en mi cabeza. Por un lado, ella sería la a persona a quien le querría contar de algún nuevo pretendiente; por el otro, también podría ser la última.

Hacia las diez de la noche, mi amiga se despide; ha estado acariciando a Buda (el gato que su

hermano me regaló) y haciendo bromas. A veces me recuerda tanto a Alonso que me duele el pecho. No puedo evitar sentirme triste. Nunca encontraré a nadie como él, pero debo encontrar algo.

La «no-cita» resulta mucho mejor de lo que esperaba. El cielo ha estado nublado casi todo el tiempo y el viento sopla de manera intermitente, pero no ha llovido. Afortunadamente, elegí la indumentaria adecuada para disfrutar el día: zapatos cómodos, los vaqueros rasgados que mi madre tanto odia y una chaqueta de un vibrante tono frambuesa.

Después de que Diego se sube a cuanto atracción ha querido, compramos perritos calientes y unos granizados de limón y nos sentamos a comer. El niño es un encanto de cinco años con mejillas regordetas y ojos y cabellos oscuros. Es algo callado, pero no grosero, y tanto Jorge como yo lo miramos a un par de metros de distancia, arrojando trocitos de pan que una vivaracha ardilla recoge.

De pronto me doy cuenta de que el foco de Jorge ha cambiado de su hijo hacia mí. Sonreímos por encima de la mesa, y me alegro de que los nervios que sentí al principio del día se han evaporado. De alguna manera, me parece que la presencia del pequeño nos ha facilitado el trance.

—¿En qué piensas? —quiere saber, y yo le comento la otra idea que pasa por mi mente:

—¿Cómo te da tiempo para hacer tantas cosas? Tu trabajo, tu hijo, la fundación... ¡Me parece sorprendente!

Jorge sonrío de nuevo, y su rostro adquiere esa expresión benévola que tanto me agrada.

—Bueno, tengo la ventaja de ser mi propio jefe, y, aunque tengo que ir todos los días a la oficina, puedo ajustar mis horarios. Trato de organizarme lo mejor posible. Además, la fundación fue una idea de mi padre, yo solamente lo apoyo. —Corta su discurso para pedirle a su hijo que no se aleje demasiado, y entonces continúa—: ¿Sabías que las personas con menos actividades son las menos propensas a participar en proyectos como este?

—¿En serio?

—Irónico, ¿no te parece?

Asiento y pregunto a la vez:

—¿Y qué es exactamente lo que haces?

—Tengo una pequeña compañía constructora.

Cuando la ardilla se va, Diego pregunta si puede subirse a otras atracciones. Jorge me lanza una rápida mirada con la que parece pedir mi opinión. Soy consciente de que tengo que preparar mis clases, lavar ropa y preparar comida para la semana, pero no tengo corazón para fastidiarle el rato al pequeño.

—Vamos —les digo.

—Pero solo una hora más —advierte Jorge—. Mañana hay colegio.

Tenemos que hacer una escala técnica en el baño, y mientras los chicos entran, yo me quedo a cargo de la mochila en la que llevan agua, gorros y una muda extra para el niño. La gente pulula a mi alrededor con vasos enormes de refresco, sombreros curiosos, muñecos de peluche y algodones de azúcar. A pesar del día nublado, somos bastantes los usuarios que desafiamos a la lluvia.

Sonrientes, Jorge y su hijo se acercan. Me parece recordar que alguien me ha comentado que la madre del pequeño había muerto de una complicación de la cesárea, y se me encoge el corazón.

Mientras Diego saluda desde el tiovivo, Jorge me cuenta de los retos que enfrenta como padre soltero y de lo agradecido que está por el apoyo de sus padres.

—No sé qué haría sin ellos —admite—. No podría estar tranquilo cuando tengo obra fuera de la ciudad. Su vida se complicaba demasiado. —Sus ojos siguen con aprensión a su hijo—. A pesar de todo, no puedo dejar de sentirme culpable, ¿sabes? Me gustaría estar más tiempo con él, pero...

—Hey —digo apoyando ligeramente los dedos en su antebrazo—, estás haciendo un gran trabajo. Diego es un niño dulce, listo y bien educado.

Jorge fija en mí sus ojos, que en ese momento parecen hechos de caramelo líquido.

—Muchas gracias por acompañarnos hoy, Caro. De verdad lo aprecio.

Y luego me invita a un chocolate caliente que disfrutamos para contrarrestar el aire helado mientras Diego se sube a la última atracción del día. Me lleva a casa y se despide de mí con un beso en la mejilla que acaso dura unos segundos más de la cuenta.

Mi madre está frente al televisor de nuevo y me mira con curiosidad, pero me excuso con mis quehaceres y pongo manos a la obra. Necesito aclarar mis ideas. Mientras trajino, no puedo dejar de pensar que Alonso y Jorge son diametralmente opuestos, tanto físicamente como en su personalidad. Jorge no es alto, apenas me lleva unos diez centímetros de estatura; su piel es muy blanca y usa un bigote tupido. Su tipo de ropa, su forma de comportarse, todo grita «Hombre de familia», mientras que Alonso, con su cuerpo atlético, su piel morena, la perilla y sus sonrisas torcidas parece decir «Peligro; acérquese bajo su propio riesgo». Yo lo hice, y me quemé. He aprendido a no jugar con fuego.

Pongo la ropa en la secadora y no puedo dejar de recordar los eventos del día. Jorge sonrío con frecuencia, aunque es innegable que a su alrededor flota un aire melancólico. ¡Qué injusta ha sido la vida con él! Fue separado de la madre de su hijo de la manera más cruel. Toda la intensidad e impulsividad de Alonso son en Jorge estabilidad y sensibilidad. Lo admiro. Es un hombre que, a pesar de haber sufrido tanto, no está amargado, agradece lo que tiene e incluso busca ayudar a los demás.

DOS SEMANAS DESPUÉS

—¿Y bien? —Lupita trae la blusa remangada y me pasa un plato mojado, que yo seco y pongo en su lugar. Es domingo por la tarde, y ya hemos dado cuenta de sus famosas albóndigas y una rica ensalada. Como de costumbre, mis primos se han escabullido al terminar la comida, pero ella no los ha hecho volver para obligarlos a ayudar. Y sospecho por qué: no había podido interrogarme.

—¿Y bien, qué? —finjo despreocupación.

—No te hagas la desentendida. Cuéntame de tu admirador —presiona.

—No es mi admirador —señalo, incómoda con el término.

Ella me lanza una mirada incrédula.

—Nena —dice poniendo los brazos en jarras a pesar de que un poco de espuma de jabón le mancha la ropa—, os he visto a la salida de misa. Te mira y se le cae la baba, así que deja te hacerte la interesante y suelta por esa boquita.

No me dejará tranquila hasta no enterarse de todo, lo sé. Y no es que no quiera contarle nada, pero todo es tan nuevo que no me gustaría adelantarme a los hechos. Prefiero irme con tiento. Cojo un montón de cubiertos con el paño de cocina y comienzo a secarlos para darme un momento.

—Apenas hemos salido unas cuantas veces —acepto—. Estoy a gusto con él, es muy majo.

—¿Majo como en aburrido?

—No, tía. Majo como en dulce, generoso y protector.

—¿Y te atrae físicamente? —Sus ojos brillan con complicidad. Yo elevo los míos hacia el techo.

—Supongo que es guapo.

—¿Guapo como en me-gustaría-ir-a-la-cama-con-él?

Abro unos ojos enormes, incapaz de creer lo que han escuchado mis oídos.

—¡Guadalupe, no tienes vergüenza! —digo entre risas—. Para tu información, esas cosas no se preguntan.

Estropajo en mano, ella friega los últimos platos en el fregadero.

—Cierto, cariño —dice sin mirarme—. Solo déjame darte una palabra de advertencia: hace algunos siglos tuve una relación una vez con un tipo que no me gustaba físicamente y todo terminó muy mal.

Hago un gesto exagerado de horror y le digo:

—Te suplico que no entres en detalles. Prometo que te creo.

Pero no he podido hablar de mis dudas con nadie, y Lupita es una de mis personas favoritas, de modo que, mientras tomamos el té, le confieso lo que ha pasado: Jorge me ha llamado casi todos los días desde nuestra primera salida y lo he visto en otras dos ocasiones; fuimos a ver una película y hace un par de días me invitó a cenar mientras sus padres cuidaban a Diego.

Me llevó a un restaurante de comida tailandesa en el centro de la ciudad, y su elección no dejó de sorprenderme. Me lo imaginaba el tipo casado con una buena carne o la comida italiana, pero me alegró que no fuera así. Todo estuvo delicioso.

Además, su conversación me pareció interesante: me contó que había trabajado para una gran constructora y había viajado a varios lugares en el mundo, pero renunció cuando se quedó solo para poderle dar a su hijo la mayor estabilidad posible. Hasta ahí, todo iba sobre ruedas, pero luego me dijo algo para lo que no estaba preparada:

—Caro, la verdad es que no sé cómo se hacen estas cosas hoy en día, pero soy una persona directa, y espero que no tomes a mal lo que voy a decirte. —Su expresión era tan seria que solté los palillos y le di toda mi atención—. Me lo paso muy bien contigo, y te considero una mujer muy atractiva, por lo que me gustaría que nos siguiéramos conociendo. Pero, por mi situación, no me gustaría estar perdiendo el tiempo en aventuras sin consecuencia. —Sonrió—. Por favor, no te asustes; lo que quiero decir es que me gustaría saber si puedes considerar tener una relación seria conmigo en un futuro, sabiendo que tengo un hijo y que esto implica ciertas responsabilidades y restricciones que no tendrías con otra persona.

No estaba asustada como tal, pero me quedé sin habla. Parpadeé, re Coloqué mi plato y terminé por entrelazar los dedos para mantener las manos quietas. Él tenía la mirada clavada en mí, esperaba mi respuesta:

—Bueno, agradezco tu sinceridad —acepté tras aclararme la garganta—. Créeme, no muchas personas hoy en día tienen esa cualidad, que para mí es imprescindible. A mí también me agrada tu compañía, y te considero atractivo —sentí las mejillas arrojadas—, pero necesito que sepas que acabo de salir de una relación que me ha dejado una gran decepción, y no creo estar lista para empezar una nueva. Tu hijo es un encanto, y tus padres también, eso no es lo que me detendría. Supongo que necesito tiempo, todavía me siento dolida.

Él extendió su mano hasta tocar la mía y estrechó mis dedos con expresión comprensiva.

—¿Puedo preguntar qué fue lo que pasó?

—Lo usual: me traicionaron —dije encogiéndome de hombros.

Él abrió la boca y la cerró, mientras el calor de mis mejillas aumentaba.

—¿Cómo podría alguien hacerte eso a ti? —preguntó con indignación.

Hice un gesto vago con la mano.

—Es más común de lo que crees.

Se le notaba molesto, pero ya no dijo más. En vez de eso, cogió la botella de vino y rellenoó nuestras copas.

—Así que ambos tenemos corazones parcheados que cuidar. —Alzó su copa en señal de brindis —. Pues si en verdad crees que nuestra amistad pudiera transformarse en otra cosa, esperemos un poco y retomemos el tema en unos... ¿Te parece bien unos tres meses?

—Trato hecho —pronuncié aliviada—. ¡Salud!

—¡No! ¿En serio te dijo eso? —pregunta Lupita, emocionada. Su té está olvidado sobre la mesa.

—Palabra por palabra.

—¿Y no tendrá algún primo o hermano, así como para tu prima Verónica?

ABRIL

—*N*o estabas obligada a venir —señala Alonso, ceñudo, de camino al restaurante, disgustado por la mala cara que Marcela ha tenido desde que la recogió en su casa.

—Quería estar contigo —responde ella sin dejar de mirar por la ventana.

—Pues no lo parece.

Marcela hace una mohín.

—Es que no sabía que Jaime y Diana no iban a acompañarnos. Son los únicos que se dignan a hablarme cuando salimos con tu hermana y sus amigos estirados.

—Eso no es cierto —afirma Alonso. Aunque en cierto modo lo es, pero no porque sean engreídos, sino porque, sencillamente, casi no tienen intereses en común.

Son menos materialistas, aunque no dejan de darse sus caprichos. Pero también van a museos, hacen cursos, viajan, tienen *hobbies* interesantes... No encuentra otra forma de decirlo: ellos tienen mayor cultura, educación e intereses intelectuales, y cuando empiezan a hablar de lo que han leído o visitado o creado, Marcela no puede seguirles la conversación.

Por otra parte, si bien es cierto que Antonia nunca le ha puesto una mala cara, tampoco la quiere mucho. Se lo confesó hace poco, al calor de la chimenea en la casa del lago. «Me parece una mujer muy interesada», comentó.

Fue lo único que dijo, pero Alonso, que la conoce bien, sabe que aquel prejuicio es como un muro invisible entre ambas que será difícil de franquear. Y Marcela no tiene mucho interés quitarlo de en medio. De pronto se pregunta para qué la ha invitado.

—Todavía estamos a tiempo de que te lleve a tu casa —ofrece.

Ella se vuelve hacia él y lo coge del brazo.

—No, quiero ir contigo. Voy a hacer un esfuerzo, vas a ver. Solo te pido que no me dejes sola.

El lugar se llama Gino's, y la familia que lo administra ha sabido cuidar cada detalle. Los hijos te reciben en la puerta con toda afabilidad, la madre cuida la caja, el padre está a cargo del bar y siempre tiene algún comentario simpático que hacer a quien se acerque. Por su parte, la *nonna* supervisa la preparación de los platos y es toda una maestra culinaria.

El grupo de los Estrada se lo está pasando en grande. El lugar es muy agradable; la cena, abundante y sabrosa, y todos han brindado copiosamente. En ese momento, Alonso los tiene entretenidos con las anécdotas de su último viaje, durante el cual terminó con la maleta de otra persona: una señora de volumen impresionante a la que le gustaba la lencería fina. Todos se mueren de risa imaginándose su estupefacción al toparse con un camisón confeccionado con metros y metros de organza negra y encaje en vez de su cómodo pijama con dibujos de Mickey Mouse.

Son las carcajadas las que provocan que me vuelva hacia el grupo de la esquina justo en el momento en el que nos asignan una mesa. Y estoy tan estupefacta ante lo que veo que, en un despliegue de torpeza, tropiezo contra la silla de otro comensal. Me deshago en disculpas y tomo asiento con el corazón en la boca. Mis manos están heladas.

—¿Estás bien, Caro? —pregunta Jorge con tono de preocupación—. Estás muy pálida.

Hiperatenta a lo que pasa a mi alrededor, me doy cuenta de que Alonso lo ha escuchado. Antonia también, supongo, porque en ese momento se vuelve hacia donde estamos. Alonso ha dejado de reír, despega su vista de mí y la fija en su copa, parpadeando con una expresión perpleja. Entonces mi mirada se cruza con la de Antonia y ella se pone de pie de inmediato.

—Perdonad, voy a saludar a una amiga —informa al grupo.

Alcanzo a ver a Samuel, su novio, y a Ruth, una compañera de mi antiguo trabajo, quien me saluda tímidamente desde su sitio. Sonrío a duras penas y le devuelvo el gesto con la misma tibieza. Escucho entonces el tono forzado de Samuel, que no es ni la mitad de gracioso que Alonso, mientras intenta reanimar la conversación en su mesa, ante las expresiones de extrañeza de algunos de sus amigos.

Con paso decidido, Antonia cruza los pocos metros que nos separan y me envuelve en un abrazo apretado. Nuestra desazón es palpable, pero al fin logro sobreponerme y señalo a mi acompañante.

—Tony —comento con un remedo de sonrisa—, te presento a Jorge Rodríguez. Jorge, ella es mi buena amiga Antonia.

Ambos se saludan con cordialidad, aunque me doy cuenta de que él nota que algo extraño sucede y busca mi mirada como pidiendo una explicación que por el momento no puedo darle.

—Encantado —disimula—. ¿Sois amigas desde hace mucho?

—Desde niñas, ¿verdad, Caro?

Pero yo no la escucho: me pregunto si debo decirle a Jorge que estoy indispuesta para salir corriendo de allí. Y es que siento tantas cosas al mismo tiempo que no sé cómo disimularlo. Sorpresa en primer lugar: no esperaba encontrarme a Alonso hoy. Aunado a ello, el hecho de que venga acompañado por una mujer despampanante. A pesar de nuestras nuevas circunstancias, lo siento como alfileres en el corazón.

No hay enfado: Dios sabe que lo gasté todo cuando nos separamos, pero quedan la nostalgia y la zozobra. ¿Cómo salvar la noche? ¿Cómo salvar mi dignidad?

Me doy cuenta entonces de que tanto Antonia como Jorge me miran preocupados e intento recordar de qué estábamos hablando. Al fin se hace la luz.

—Sí, Tony y yo nos conocemos desde hace años —balbuceo—. Habíamos perdido contacto, pero nos reencontramos hará cosa de tres años. Incluso trabajamos juntas por un tiempo.

Se produce un silencio durante el cual Jorge parece analizar mis palabras.

—Hasta que Caro encontró este trabajo que le queda más cerca de casa —apunta mi amiga con afectado entusiasmo.

Agradezco su empeño de aligerar las cosas y redoblo mis esfuerzos por parecer tranquila.

—A Antonia también le gustan los horarios flexibles; es traductora, y en sus tiempos libres, profesora de alemán. —Vaya, por fin mi voz suena más normal—. Me ayuda a prepararme para mis exámenes.

—Bueno. —Antonia se coloca su gloriosa melena sobre uno de sus hombros—. Si me disculpáis, debo volver a mi mesa. Ha sido un placer, Jorge. Y, Caro, llámame; me tienes abandonada.

Mi acompañante la sigue con la mirada, y me pregunto si estará apreciando lo guapa que es. Su tono de piel es bronceado, como el de Alonso, pero ella tiene los ojos color miel y su cabello, larguísimo y ondulado, es del mismo tono. Es bajita, pero tiene una figura preciosa.

Tony llega a su mesa y pasa por detrás de Alonso de camino a su sitio. Discretamente, da un ligero apretón en el hombro de su hermano. Él palmea su mano en un gesto afectuoso. Los ojos de Jorge van de uno al otro y luego se enfocan en mí.

—¡Es él! —susurra sin disimular una expresión de disgusto y de sorpresa—. ¿No es así, Carolina? Ese es tu exnovio.

No me queda más remedio que asentir. Mi voz se ha escapado a alguna parte. Tengo los ojos vidriosos y un enorme nudo en la garganta. Jorge me coge la mano en un gesto protector.

—¿Quieres que nos vayamos?

Alonso, que no ha quitado la vista de los recién llegados, nota sus manos entrelazadas. Sus propios dedos se aprietan en un puño bajo la mesa.

—¿Estás bien, amor? —pregunta Marcela, solícita, y él se irrita más allá de sus límites. Odia que ella quiera hacer que su relación parezca algo que no es. Su ceño se frunce, pero no le dirá nada. No son ni el momento ni el lugar.

Se pregunta qué mierda debe hacer. ¡Coño, mira que venir a encontrarse así! Ha sido como pisar una mina enterrada. Porque lo ha notado: ella también está descolocada. Siente un deseo irreprimible de acercársele, decirle cualquier cosa, lograr que lo mire aunque sea; aunque por otro lado es consciente de que lo sensato sería permanecer en aquella mesa y pedir algo más fuerte que sangría. Sin embargo, como lo ha demostrado en múltiples ocasiones, nunca ha sido partidario de las ideas sensatas, así que se pone de pie y enfila hacia el baño, asegurándose de que su ruta pase por la mesa de Caro. Una vez frente a ella, inclina la cabeza y con expresión sombría pronuncia:

—Buenas noches.

Ella lo mira entonces con unos ojos enormes y los labios entreabiertos. Parece tan vulnerable que Alonso debe vencer la tentación de dar un paso más y estrecharla entre sus brazos. A cada segundo que pasa los músculos de su cuerpo se tensan más y más.

—Buenas noches —dice el zoquete que acompaña a Carolina—. ¿Se te ofrece algo?

Su tono es hostil, pero él apenas le dirige un vistazo. ¿Le ha respondido Carolina? Algo le ha parecido escuchar, pero el zumbido en su cabeza no le ha permitido identificar las palabras. Vuelve a poner su atención sobre ella y, cuando nota su rígida expresión, se traga un suspiro y se esfuerza a continuar su trayecto hacia los baños.

El resto de la noche le parece eterno.

—¿Estás segura de que vas a estar bien? —me pregunta Jorge frente a la puerta de mi casa. A pesar de que he insistido en que no era necesario, se ha empeñado en escoltarme.

La verdad es que me duele la cabeza, pero no voy a darle más importancia. Lo único que quiero es un lugar tranquilo para estar en paz.

—Claro que voy a estar bien. Solo necesito descansar. Disculpa todo el drama, ha sido la impresión del momento. No me lo esperaba.

Acaricia ligeramente mi pómulo con sus dedos.

—Intenta comer algo, casi no has tocado tu cena... Caro, no quiero ser entrometido ni odioso. Pero quiero que sepas que cuentas conmigo para apoyarte en lo que sea; que te quede muy claro que eres una mujer hermosa y valiosa, y mereces que te traten con delicadeza, con respeto, con veneración... —Desvía un momento la mirada y observo su garganta trabajar—. No todos los hombres somos traicioneros. Hay muchos que sabemos darles su justo valor a las cosas y a las personas. ¡Ese fulano fue un idiota, Caro! No hay excusa que valga.

—Gracias —le digo al tiempo que estrecho su mano.

Entonces la puerta se abre y mi madre aparece en pijama y pantuflas; su expresión es suspicaz. Nos observa un instante y llega a sus propias conclusiones.

—¿Qué pasa aquí? Es tarde, Caro.

Jorge interviene antes de que le replique.

—Buenas noches, señora. ¡Qué alegría verla!

—Bueno —comenta ella con una sonrisa acartonada—, ¿no vais a pasar?

Dejo de respirar un momento. No me siento capaz de pasar otra hora hablando de tonterías. Jorge parece tentado a aceptar, pero me mira de reojo y se disculpa:

—En otra ocasión será, doña Rosa. —Se vuelve hacia mí—. ¿Te llamo mañana, Caro? Hay un sitio al que me gustaría llevarte el próximo viernes, si tienes tiempo.

Asiento, y luego él roza mi mejilla con sus labios y desaparece en la penumbra del pasillo.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? Traes una carita... —afirma mi madre antes de cerrar la puerta.

—No me encuentro bien, mamá.

—Ya, pues se nota. ¿Pero no puedes disimular un poco? Vas a asustar al chico este si sigues con tus cosas.

Las manos me tiemblan de enfado ante la injusticia de sus palabras, considerando que ella, con su depresión, ha apartado a la mayoría de sus familiares y amigos. Inspiro hondo. Quizá otra noche podría ignorar sus comentarios, pero esta no, y de pronto deseo poner sana distancia entre nosotras.

En vista de que mi bolso todavía cuelga de mi hombro, doy media vuelta y abro la puerta.

—¿A dónde vas? —pregunta, nerviosa.

—A casa de mi tía —digo sobre mi hombro.

—Es muy tarde, Carolina. Vas a despertar a todo el mundo, —Su tono ha cambiado, se siente vulnerable. Sé que odia que yo le tenga más confianza a su hermana que a ella, pero se lo ha ganado a pulso. Si no fuera por su intento de suicidio, ni siquiera estaría yo aquí. Y lo sabe. Su mayor temor es quedarse sola.

—Ellos se duermen tarde. Además, llevo mis llaves.

—No seas imprudente, ¿dónde están tus modales? —insiste.

—Buenas noches, mamá. Te mando un mensaje si decido quedarme a dormir allí.

Vuelvo a la calle sin permitir a la culpa que me atrape. Si algo he aprendido en el último año es a ponerle límites y no dejarme manipular por ella. Una cosa es que la apoye, me explicó su doctora, y otra muy distinta, permitirle que quiera dirigir mi vida.

A Lupita le basta ver mi cara para dejarme pasar y arrastrarme hasta el sillón frente al cual tejía. Sin decir palabra, desaparece en la cocina y regresa con una infusión bien caliente.

—Tómatela —me dice.

—¿Qué es?

—Hierbas para calmar los nervios, con dos de azúcar. Si te parece amargo, le podemos poner limón.

Tras soplar algunas veces, empiezo sorber la reconfortante bebida, y cuando voy a media taza, logro por fin contarle todo lo que ha pasado. Estoy orgullosa de mí misma. No he llorado ni una vez.

—Te digo, sobrina, que hombres como ese no se encuentran a menudo —afirma refiriéndose a Jorge. Y tiene razón—. Además, Alonso fue un patán, pero no por tu culpa.

—Créeme, lo tengo bien claro.

—¡Pues me alegro! Y también te felicito por no haber salido huyendo de ese sitio. Le has demostrado así lo poco que te importa. Es más, espérame un momento.

Con su energía característica, sube las escaleras, aunque se bambolea un poco por el exceso de peso. El doctor se lo ha dicho, sus hijos se lo han dicho, yo se lo he dicho, pero no hay poder humano que la empuje a ejercitarse. Ni a dejar de comer dulces. Aspiro hondo y el aroma del té llega hasta mis pulmones. Escucho el barullo de mis primos en la habitación contigua: al parecer, hay un desacuerdo acerca de un juego de cartas. Y es allí, en ese reconfortante ambiente tan familiar, que comienzo a sentirme mejor. Incluso logro convencerme de que la próxima vez que me tope con Alonso podré enfrentarme a él con mayor ecuanimidad.

Un libro que cae sobre el asiento a mi lado hace un ruido sordo que me saca de mis cavilaciones. Leo el título: tiene que ver con la autoestima.

—Llévatelo —ofrece mi tía—. Tu primo Álex tuvo que leerlo para el colegio, y me parece que tiene muchas cosas rescatables. Luego me dices qué opinas.

Acepto de buen grado. Aunque prefiero leer novelas sobre cualquier otra cosa, me parece un buen momento para fortalecer mi ego con textos de superación personal.

Nadie sale indemne aquella noche. Alonso discute con Marcela todo el camino de regreso, pues se niega a explicar lo sucedido, y las quejas de esa mujer lo irritan tanto que termina por recriminarle que lo haya llamado «mi amor» frente de otras personas.

—¿Entonces cómo debo llamarte? —pregunta ella, molesta—. ¿Señor? ¿Su majestad?

—Marcela —dice él, y en esa sola palabra va incluida una recriminación. Pero ella está fuera de sus casillas.

—No, es en serio: ¿cómo debo decirte? ¿Sabes cómo me haces sentir? Me parece muy injusto que seas tú el que venga a poner reglas y límites en nuestra relación.

—¿Qué relación? —pregunta él alzando la voz mientras para el coche frente a la casa de ella—. No entiendo por qué te pones así si desde un principio te dije cómo estaban las cosas.

Marcela se vuelve hacia él, con todo el maquillaje corrido. Es una reina del drama.

—Sí, pero creía que con el tiempo... ¡No me digas que todavía sigues en las mismas, Alonso! He cumplido con todos tus caprichitos, hemos hecho lo que has querido y ni así estás contento.

Harto, Alonso echa la cabeza hacia atrás. Sabe que ella tiene una parte de razón, y se siente culpable, pero también es consciente de que está exagerando las cosas y que, con el humor que se gasta, no habrá manera de hacerla entrar en razón.

—Mejor lo dejamos aquí. No quiero discutir más.

—¿QUÉ? ¿Estás terminando conmigo?

De hecho, él se refería a la discusión, pero ahora que ella lo menciona, la idea de no verla más suena tentadora. Se muerde la lengua para no recalcar que no puede terminar con ella puesto que ¡no-tienen-una-maldita-relación! Al menos no una como esa a la que ella se refiere. Pero Marcela no aprecia su esfuerzo y se baja del coche gritando que ya no quiere saber nada de él y cierra con un portazo al tiempo que suelta una serie de epítetos entre los cuales «estúpido» y «patán» son de los más cordiales.

A Alonso le parece extraño no sentir nada tras aquella despedida. Y para cuando cruza la siguiente esquina ha vuelto a pensar en Carolina. Imposible sacarse de la cabeza la imagen del amor de su vida con ese hombre. Cogía su mano, la había abrazado cuando salían del local, ¡le hablaba al oído!.

—¡Maldita suerte la mía! —dice con rabia mientras sus manos estrangulan el volante—. ¿Por qué tengo que toparme contigo cuando empiezo a salir del bache? ¿Qué fácil olvidas, Carolina! ¿No se suponía que era yo el voluble?

En cuanto llega a su casa, se quita la ropa y se dirige descalzo hacia el salón, donde coge su teléfono y teclea un mensaje a su hermana:

Alonso: ¿Estás despierta?

La respuesta llega casi de inmediato:

Antonia: Sí, ¿qué pasa?

Alonso: ¿Has hablado con Carolina?

Dos segundos, cinco segundos, diez.

Alonso: ¿Antonia?

Antonia: Hermano...

Alonso: ¿Qué? Solo quiero saber si está bien.

Antonia: ¿Por qué? Ella ya no es nada tuyo.

En medio del salón se escucha una palabrota. Alonso sacude la cabeza: a veces su hermanita puede ser brutalmente directa. Pero no viene al caso discutir de nuevo. Medita su siguiente

mensaje y solo escribe:

Alonso: Por favor, necesito saber.

Antonia: Nos hemos escrito hace un rato. Está bien. Está en casa de su tía.

Alonso: Vale, gracias.

Se desconecta entonces, a sabiendas de que su hermana no le contará más, y alcanza el mando a distancia del televisor, pues se siente totalmente alerta. Está en casa de Lupita, eso es bueno. Ahí siempre la han cuidado. Se pasa una mano por la cara.

—¡Ay, Carolina! —suspira—. ¿Cuándo me libraré de ti?

MAYO

Llega el viernes, pero no saldré con Jorge ni con nadie más. Estoy en casa, en pijama, con una taza de miel con limón entre las manos y un montón de pañuelos desechables usados rodeándome como un campo de húmedas flores blancas. Ni siquiera tengo la energía suficiente para ir por la papelería que está al otro lado de la habitación.

—¿Entonces te encuentras muy mal? —me pregunta Jorge, consternado.

Dejo caer mi cabeza en la almohada y respondo en la típica manera en la que hablan los que tienen la nariz tapada, algo que suena como:

—Sí. La verdad, me da bucha pena cancelarlo, pero tengo bucha gdipe. Ojadá buedas odganizadte con adguien más.

—¡Ni de broma! Esperaré a que te recuperes. Cuídate mucho, nos vemos pronto.

Y ha sido más pronto de lo que habría creído. No ha pasado ni media hora cuando mi madre me avisa de que tengo visita en el salón. Y ahí está Jorge, con una bolsa de supermercado entre los brazos.

Avanza con decisión hacia mí, y debe de tener mucha confianza en las defensas de su organismo, puesto que me planta un beso en la mejilla a pesar de mis ojos llorosos, nariz colorada, huesos doloridos y demás.

—He venido a ver cómo está mi persona favorita —me informa con un brillo especial en la mirada—. Y voy a intentar hacer que se sienta mejor.

Ante la ceja arqueada de mi madre, apoya la bolsa en la mesa del salón y extiende la mano hacia mí.

—Ven, tienes que regresar a la cama.

Mi madre eleva los ojos al cielo y se retira a su habitación. Una vez en mi cuarto, Jorge me arroja como si fuera una niña y ordena:

—Te vas a quedar aquí quietecita mientras te preparo un caldo de pollo. No hay un mejor remedio para los resfriados.

—Bedo, Jodge, do es bada tadto.

Me hace callar con un gesto de la mano.

—Eh, eh, no se puede discutir con el médico. He traído todos los ingredientes, así que no necesitas preocuparte por nada, ni siquiera por que os desorganice la cocina. También te he traído dos cajas de pañuelos desechables: por cómo sueñas vas a acabártelas pronto; este aerosol con eucalipto para que lo rocíes sobre tu almohada y veas si puedes respirar mejor y un paquete de té antigripales.

Me siento conmovida, y algo debe de decir mi cara, puesto que él sonrío satisfecho. Sale, animoso, hacia la cocina para regresar un par de minutos después y preguntar apenado:

—¿Caro, dónde guardáis los cazos?

La visita se extiende un par de horas. Jorge prepara el caldo y luego intenta meter la televisión en mi habitación, pero desiste en cuanto ve la expresión de horror en la cara de mi madre.

—¡Ya sé! —me dice—. ¿Cómo no lo he pensado antes? ¿Qué te parece si te leo un rato? Después de todo, tengo un montón de práctica y no lo hago nada mal.

—Be gustadía bucho —agradezco con una sonrisa.

Jorge se asegura entonces de que no tengo fiebre y baja al parking a por unos de los libros que siempre carga en el maletero. Me muestra las portadas.

—¿Cuál prefieres? —pregunta, y escojo uno de misterio tras revisar las sinopsis.

—¿Lista? —inquiere de nuevo, y yo asiento. Y a pesar de mi congestión nasal y de sentir el cuerpo flojo, la cadencia tranquila de su voz me va envolviendo y me lleva a un barrio bajo en las afueras de Londres. Cierro los ojos y dejo salir un suspiro de satisfacción.

—No te edfadas si be quedo dodmida, ¿vedad? —pregunto totalmente relajada.

—Son gajes del oficio, Caro —admite comprensivo—. No me importa en absoluto.

Entonces extiende el brazo sobre la colcha, alcanza mi mano y roza mis nudillos con los labios. Mis ojos se abren de golpe. Él murmura algo ininteligible, me mira con una mezcla de intensidad y ternura, apoya lentamente el libro en el espacio que hay entre ambos y me dice en un susurro:

—Carolina Franco, hasta cuando estás enferma eres la mujer más bella que conozco. —Se muerde el labio—. Sé que te encuentras mal y que ya quieres dormirte y que lo que debería hacer es callarme la boca y dejarte tranquila. Pero ya no puedo esperar; debo hacerte una pregunta rápida y me voy, lo prometo. —Deja pasar una eternidad antes de preguntar—: ¿Quieres ser mi novia?

Mis ojos se humedecen, y no a causa de la gripe. Este hombre me está mirando con adoración. Es tan dulce, tan buena persona... Además, es guapo y responsable. Me siento honrada de que se haya fijado en mí.

Entonces noto que traga saliva, y algo cambia en sus ojos. ¿Acaso piensa que voy a rechazarlo?

—Me encantaría —me apresuro a asegurar.

Su expresión se hace brillante, y deja escapar una risita temblorosa. Luego me coge ambas manos y deposita un beso en cada una.

—¡Gracias, Caro, me haces muy feliz!

Se pone de pie y deja el libro sobre la mesita de noche. Recoge los pañuelos sucios, rellena un vaso con agua y coloca las medicinas para que pueda alcanzarlas con facilidad. Sonríe y vuelve a poner su mano sobre mi frente.

—No tienes fiebre, pero no te confíes. La próxima toma es a las ocho; ¿quieres que programe una alarma en tu teléfono?

Sacudo la cabeza.

—No te pdeocupes, do se me odvida.

—Está bien, te dejo descansar —murmura al tiempo que sus labios rozan mi pelo. Entonces se acerca a mi oído y dice en un suspiro—: Me debes un beso.

Alonso regresa sobre sus pasos en dirección a la cocina. Estaba a punto de subirse a su coche para encontrarse con sus amigos cuando decide que sería una buena idea cogerse un trozo de la tarta de manzana que ha quedado de la comida familiar. Esa maravilla culinaria será la mejor compañía al día siguiente cuando, desvelado y con una ligera resaca, se arrellane en su sillón para ver la serie de gladiadores que tiene a la mitad.

Por la ventana abierta se escucha el zumbido del lavaplatos y la cháchara entre su madre y su hermana:

—Mamá, el jueves voy a llegar tarde. Es el cumpleaños de Caro y vamos a ir al teatro a ver el musical que nos recomendaste.

Alonso se detiene en seco y deja de respirar a la espera de sus siguientes palabras. Desde hace varios días tiene presente aquella fecha, y se ha debatido hasta el cansancio sin saber qué hacer al respecto. Sin embargo, hay un detalle que no termina de encajar: el cumpleaños de Caro es el sábado, no el jueves. ¿Por qué habrán adelantado la celebración? Antonia continúa hablando, pero es incapaz de escucharla, porque una idea ha llegado a su mente:

«Pero, claro, qué estúpido eres: seguramente se va a ver con el otro el sábado».

Siente bilis subiendo por su garganta. Respira hondo, cuenta hasta treinta y cuando ya está tranquilo camina hasta la puerta haciendo bastante ruido. Madre e hija intercambian una mirada inquieta.

—¡Alonso, pensaba que ya te habías ido! —declara Antonia.

—He venido a salvarte del exceso de calorías; voy a pedirle a mamá que me ponga un buen pedazo de pastel.

Turbada, doña Sara se pone de pie y busca un recipiente para cumplir el antojo de su hijo mientras Antonia comenta:

—Es una suerte tenerte, o ya no podría entrar en mis pantalones. Te habíamos echado de menos por aquí.

—Exacto —dice la madre—, tienes que venir con más frecuencia. ¿Cuándo conocemos a tu novia?... ¿Marcela?

Antonia entorna los ojos y Alonso responde con sequedad:

—No es mi novia. Solo salimos de vez en cuando.

La tensión se disipa bastante cuando don Sergio llega con el mantel hecho una bola entre sus brazos.

—Hijo, qué bien que todavía no te has ido. Estoy pensando en cambiar de coche, y quería ver si me puedes acompañar al concesionario el fin de semana.

—¡Claro! Llámame y nos ponemos de acuerdo. Gracias por el postre, madre. Nos vemos, Tony.

Durante los primeros acordes de la canción, me moría de los nervios, pero a estas alturas ya estoy disfrutando. He logrado olvidarme del público concentrándome en la pantalla del karaoke o riéndome de las expresiones tontas en las caras de mis amigas, que cantan a mi lado con mucho sentimiento, desinhibidas, creo yo, a punta de cóctel.

Por fin, cantamos la última estrofa de nuestra alegre balada y recibimos con gracia la ronda de aplausos. Entonces, una de las organizadoras coge el micrófono y anuncia:

—Y ahora es el turno de Jorge Rodríguez, que nos interpretará... —Presto atención, no ha querido decirme cuál ha elegido cuando llegamos—: *Me gustas tú*, de Luis Fonsi.

Mientras se pone de pie, Jorge me lanza una mirada de reojo, y siento en las costillas el indiscreto codazo de mi prima Verónica. Todas en mi mesa le aplaudimos con entusiasmo, y él pasa al escenario con una amplia sonrisa para conquistar sus dos minutos de fama.

Ya he escuchado antes la canción, es alegre y contagiosa, pero, al contrario que nosotras, Jorge no mira a la pantalla: sus ojos están clavados en mí, y brillan de tal manera que Verónica aúlla de entusiasmo y Esther, mi compañera de trabajo, suspira a mi lado.

Para mi sorpresa, afina bastante, y durante la estrofa que dice «Adicto a la magia que tiene tu alma», él me hace un guiño, y río y me ruborizo mientras algunas personas de las mesas cercanas que se han dado cuenta de lo que está pasando aplauden y silban.

Al terminar su interpretación, la gente aplaude con más ganas y de pronto están gritando: «Beso, beso». Jorge llega junto a mí con la sonrisa más grande que le he visto, una gotita de sudor le corre desde la sien. «Beso, beso». Duda, ¿qué hará ahora? Es tal el escándalo que tiene que hablar bien alto para que lo escuche:

—Supongo que habrá que darles el gusto.

Observo la vulnerabilidad en sus ojos canela, su aire melancólico y tierno a la vez, recuerdo las atenciones que ha tenido para con mi madre y para conmigo y levanto la barbilla invitándolo a acercarse.

Aquel beso es casto y dulce y sabe a ginebra con frutos rojos y a esperanza.

*E*l día de la función de teatro, Alonso, con la mirada desenfocada, ocupa su sitio favorito en el sillón del salón. La televisión está encendida, pero las imágenes se suceden unas tras otras sin que él lo perciba, y las voces que salen del aparato son solo ruido de fondo. De pronto, frunce el entrecejo y un hondo surco aparece en medio de su frente. Se vuelve hacia la mesa lateral, de donde toma un vaso de whisky. Los hielos tintinean con el movimiento.

Sus ojos regresan a la foto que sostiene en la otra mano. Ahí está Carolina, descalza, con sus viejos *jeans* y ese suéter grueso con aquel tono de rosa que parece reflejarse en sus mejillas.

Aquella tarde ha estado pensando en ella. La recuerda detrás de su cámara en medio de un mercado capturando con el objetivo frutas, quesos y cuanto cosa se cruza por su camino; luego la ve en el parque, su largo cuello inclinado hacia atrás admirando las copas de los árboles; o en casa de su tía Lupita, escondiéndose detrás de la puerta para asustar a alguno de sus primos o huyendo de él, entre risas y chillidos, con tal de escapar a un ataque de cosquillas.

Entonces se pone de pie y va en busca de su portátil. El músculo de su mandíbula sobresale mientras lo enciende y masculla algo parecido a una oración. Ha decidido que será el destino el que dicte si volverá a verla. Según lo que escuchó, Antonia y Carolina irán a ver *Los miserables*; la obra ha estado en boca de todos últimamente, y es muy probable que no encuentre entradas. Esa será la señal: si no consigue entrada, aceptará la invitación de Mauricio y hará hasta lo imposible por divertirse en el bar que han elegido. ¿Quién sabe? Igual conoce a alguien que le haga olvidarse de su obsesión. Suspira. Abre el navegador, teclea el nombre del teatro, pulsa el icono para buscar asientos y cierra los ojos...

—¿Mau? Soy Alonso —dice minutos después, el corazón agitado y el móvil en la mano—. Oye, perdóname, voy a tener que cancelar nuestro plan para hoy... Ya sabes, me ha surgido algo de imprevisto. Será para la próxima... Podemos juntarnos para una partida de cartas, si queréis: noche de cartas aquí en mi casa... Mañana tampoco puedo, tengo algo que hacer con mi padre... Está bien, nos vemos.

Luego marca otro número.

—¡Socio! ¿Qué haces? Oye, disculpa que te avise con tan poca antelación, pero tenía planes para ir al teatro con unos amigos y lo han cancelado en el último momento. Tengo dos entradas de sobra para ver *Los miserables*, y, como a Leila le gusta tanto el teatro, he pensado que podríais aprovecharlas... Sí, a las ocho y media. Todavía hay tiempo... —Suelta una risita—. Sí, cantan todo el tiempo, pero, vamos, puedes hacer un esfuerzo con tal de darle un gusto a tu mujer, ¿no? Está bien, te espero... Perfecto, nos vemos en un rato. Hay una fuente cerca de las escaleras eléctricas, os busco por ahí. ¿Te parece bien a las ocho? Excelente, allí nos vemos, *bye*.

En cuanto cuelga, corre al baño para arreglarse. ¡Mira que encontrar entradas! Está nervioso y entusiasmado a la vez.

«Casi un año sin ti —piensa mientras se pone la colonia favorita de Carolina—. ¿Has sido feliz?».

Por un momento se cuestiona si debería tomar la escalera de mano gracias a la cual puede alcanzar la parte más alta del armario; allí tiene guardado el papel en el que solía escribirle a Caro. Pero se detiene a tiempo.

«No puedo hacerme esto; con verte hoy será suficiente».

Sin embargo, Alonso, quien había sido un rompecorazones desde pequeño, está lejos de sospechar que atisbar al objeto de tu afecto tan solo unos momentos en la lejanía no deja satisfecho a nadie.

El teatro es precioso, de lo más moderno que hay, y la escenografía impresiona, pero Antonia y yo nos acomodamos en nuestros asientos quejándonos todavía del cambio del actor principal. Ninguna de las dos podemos creer que la obra será lo mismo si el papel de Jean Valjean lo interpreta este desconocido que no le llega ni a la suela de los zapatos al bombón que había hasta hace poco. Al parecer, la estrella tuvo problemas con la administración y nos ha dejado plantadas. En fin, demasiado tarde para pedir un reembolso.

—Así que ¿cómo planeas celebrar tu cumpleaños cuando regrese Jorge?

—No lo sé, dice que será sorpresa.

Tony hace un gesto de aprobación y no dice más, pues una voz anuncia la tercera llamada en medio de la oscuridad y se abre el telón. Pasa una canción, la segunda y de pronto me doy cuenta de que realmente estoy disfrutando el espectáculo. El joven actor sustituto tiene talento y una voz excepcional. De hecho, me ha puesto la piel de gallina con su interpretación.

Antonia, quien, por cierto, está muy guapa con su suéter gris de angora, debe de pensar lo mismo, porque en cuanto termina la función hace un gesto expresivo con las cejas y me da un cariñoso codazo mientras aplaudimos a rabiar.

Tres veces tienen que salir los actores para agradecer el entusiasmo del público, nadie se mueve de su sitio. Por fin las luces se encienden y la gente recoge sus pertenencias para irse. De camino a la salida, Antonia decide hacer una parada en el baño, pero la cola es larga y yo prefiero ahorrármela.

—Te espero en la sala frente a la cafetería —le digo, y avanzo en aquella dirección.

Entonces lo veo: apoyado en una columna a pocos metros de la puerta.

Se me va el color, estoy segura, y las manos me tiemblan sin que pueda evitarlo. Me giro, pero no veo ni la sombra de mi posible aliada. Alonso me mira, impassible, y tras dudar un momento se endereza y con ese andar varonil que tiene en fila en mi dirección. En un segundo lo tengo a unos pasos de distancia; el corazón me palpita a mil por hora, y solo espero que el montón de libros de superación que me he tragado últimamente sirvan para algo.

«Adelante, mujer valiosa, no seas gallina».

—Alonso, ¿qué haces aquí? —Carraspeo.

—Lo mismo que tú, supongo. —¡Demonios!, incluso la voz de este hombre es seductora—. ¿Te ha gustado la obra?

Es extraño tenerlo enfrente, sus ojos fijos en mí, la vieja química que espesa el aire entre nosotros y nos empuja a acercarnos como los polos de un imán. No puedo negarlo: Alonso Estrada siempre ha sido mi debilidad, pero ya es hora de que logre hablar con él como si no me pareciera

el hombre más guapo sobre la Tierra, como si no me hubiera engañado, como si no protagonizara, aún hoy, algunos de mis sueños.

No dice nada, me estudia, y un nudo se forma en mi garganta. Pero no en balde me he estado preparando para un momento así; debo probarme a mí misma que estoy lista para seguir sanando, que soy fuerte, que tengo lo que se necesita para salir adelante.

—Me ha encantado, y ¿a ti? —digo con naturalidad.

Su expresión ha cambiado, es más suave, y hay un brillo de humor en sus ojos. Muy despacio, su boca se va torciendo en una sonrisa.

—Has llorado, ¿verdad?

Sacudo la cabeza en negación. Él arquea una ceja y se encoge de hombros.

—OK, lo que tú digas —reprime una sonrisa.

—Solo una vez —miento. Me irrita que me conozca tan bien—. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, Caro. De hecho, creo que la sensibilidad es una de tus mejores características, por eso eres fotógrafa y te gusta tanto el arte.

No sé por qué, pero su comentario me incomoda, y no tengo ni tiempo de pensar una respuesta, ya que él estira su mano hacia mí y su índice amenaza con tocar mi cara. Doy un apresurado paso hacia atrás.

Alonso pierde la sonrisa de golpe y murmura:

—Tienes corrido el maquillaje.

En un gesto inconsciente, alzo los dedos hacia mi rostro.

—Ten. —Me ofrece un pañuelo desechable.

Le doy las gracias y disimulo mi nerviosismo mientras busco en mi bolso el espejito que siempre llevo conmigo. ¡Oh, cielos, parezco un mapache!

—Vaya —exclamo un tanto apenada—, creo que debo invertir en un rímel a prueba de agua. Gracias por avisarme.

—De nada —me dice, y parece recuperar su buen humor.

Entonces me doy cuenta de que, como de costumbre, un par de mujeres lo miran. Son mayores que él, al menos unos diez años, pero ¿qué se le va a hacer? Alonso es irresistible para cualquier representante del sexo femenino.

—Mañana es tu cumpleaños, felicidades —dice sin prestarles atención.

Parpadeo perpleja, no esperaba que se acordara.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta cuando no atino a responder.

—Todavía no sé. —Me he ido por la tangente, y no he podido evitar ruborizarme. ¿Cómo hablarle de Jorge al hombre que fue el centro de mi existencia hasta hace menos de un año?

—Bueno, Caro, que lo pases muy bien.

Duda otra vez. Si fuéramos simples conocidos, se inclinaría hacia mí y me daría un beso de despedida, pero mi reacción exagerada de hace un momento parece detenerlo. Su mirada vaga por los alrededores.

—¿Con quién has venido? —inquire.

—Con Antonia, está en el baño.

Él mira su reloj de pulsera.

—Pues ya tarda. ¿La has llevado al restaurante de cerca de tu casa?

Elevo los ojos al cielo. Cuando estábamos juntos, llevé varias veces a Alonso a un lugarcito pequeño y muy barato donde hacen los mejores bocadillos de la ciudad. Siempre se quejó, auspiciándonos una infección intestinal, pero terminaba devorando todo lo que ponían en su plato.

—Para tu información no hemos ido allí hace tiempo—digo reprimiendo una sonrisa—. Había mucha gente esperando usar los servicios.

Él hace un gesto de incredulidad.

—O tal vez está intentando peinarse de nuevo. Si ese es el caso, sugiero que te vayas a cenar y vuelvas en un par de horas.

Se me escapa una risita. No sé qué tiene este hombre que logra hacerme reír aun cuando quiero evitarlo.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunto más relajada.

—No hay mucho que contar, la misma rutina de siempre.

Lo miro con extrañeza.

—Pensé que te encantaba lo que hacías.

—¿Ha sonado a queja? —pregunta con el ceño fruncido—. Olvídalo, no he querido que fuera así. Tú sabes cómo es: hay épocas buenas y otras no tan buenas. —Antes de que pueda preguntar al respecto, él cambia de tema—: Fernando sigue bien, tan adicto al trabajo como lo dejaste. De hecho, acaba de irse hace un minuto.

—¿En serio? ¡Qué lastima! Me habría gustado saludarlo. ¿Y Leila?

—Tan encantadora como siempre —afirma con sarcasmo. Leila, la esposa de Fernando, también era mi jefa, y era una pesadilla—. Aunque hoy me ha dicho que piensa retirarse.

—¡No me digas! ¿Por qué? —No puedo ocultar mi sorpresa.

—La verdad es que quiso propasarse con Martín en el cuarto de las fotocopias y él la ha denunciado. No ha podido gestionar todo el estrés de las idas a la delegación y el acoso de los reporteros.

—¡Qué malo eres! —digo tras dejar escapar una risita.

Me guiña un ojo. Ha esbozado la media sonrisa que me encanta.

—La verdad es que creo que está embarazada.

—¿Leila? ¡Guau!

—Lo sé, yo tampoco me imaginaba que tuviera una faceta maternal.

Antonia llega por fin. Nos mira sin poder ocultar su sorpresa.

—¡Hermanita, nos tenías preocupados! ¿Todo bien?

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Alonso y yo intercambiamos una mirada divertida.

—Bueno, yo os dejo —dice él—. Un placer.

Lo miramos hasta que desaparece por la puerta y de pronto me asalta un sentimiento de alivio salpicado de nostalgia. El recibidor del teatro está casi vacío, aunque aún hay un grupito de ancianos, una familia y unos jóvenes que charlan mientras uno de ellos tararea distraídamente *La canción del pueblo*.

Cogiéndome del brazo, Antonia me aleja de ellos y enfila hacia el parking.

—Cuéntamelo todo: ¿qué tal con Alonso? ¿Con quién venía? ¿De qué hablabais? Anda, anda, desembucha.

—¡Tranquila, Tony! —le pido, recuperando mi extremidad—. No es nada del otro mundo. La verdad es que solo hemos charlado un par de minutos. Tonterías, ya sabes: de la obra, del instituto...

Se me queda mirando mientras bajamos las escaleras.

—Es en serio, no hay más que contar. Ha venido con Fernando y con Leila. Lo he visto cerca de la salida y se ha acercado a saludar.

—Sí —dice deteniendo sus pasos—, pero la última vez que lo viste tú... Y ahora parecías de lo más normal. No sé cómo explicarlo: parecías contenta.

—Yo no diría contenta —afirmo con el ceño fruncido—. Será que ya estoy más preparada. Ya era hora de que pudiéramos hablar como dos personas civilizadas, ¿no crees?

Antonia suspira y, con una sonrisa trémula, me coge una mano y aprieta fuerte. No tiene que decirlo: está aliviada.

—Vamos —le digo, buscando cerrar el tema—, te invito a cenar.

Ella entrelaza su brazo con el mío.

—Vamos —repito mis palabras—, pero ahora me toca invitar a mí. ¿Qué se te antoja?

JUNIO

La fecha de mi examen se acerca y me siento bastante perdida. Ya había escuchado que el alemán es más difícil que el inglés, y me negaba a aceptarlo, pero ya no más. Me estoy desesperando, no logro avanzar como quisiera y les echo la culpa principalmente a tres cosas: desinencias, declinaciones y los tres malditos géneros, ¡como si dos no fueran suficientes!

Angustiada, llamo a Antonia para pedirle ayuda.

—¡Claro! —me dice de inmediato—. ¿Cuándo quieres empezar a repasar?

—¿Puedes hoy? —le pregunto con descaro. Ella se echa a reír.

—Sin problema, Caro, vente para casa. Tenía pensado darme un día de *spa*, pero podemos mezclarlo. Te invito a comer y trabajamos mientras actúan las mascarillas y los exfoliantes. No te olvides de traer los ejercicios que ya tengas hechos para que te corrija la gramática, y nos daremos un tiempo para practicar conversación. Buscaré algunos libros que puedan servirte como material de apoyo.

—¡Tony, tienes el cielo ganado! Muchísimas gracias, te veo en un rato.

Llego a casa de los Estrada con las manos llenas, ya que además de mi cuaderno de ejercicios traigo un pastel de crema y cerezas para agradecer las atenciones de mi amiga.

Tanto ella como su padre, don Sergio, me reciben con los brazos abiertos, pero no puedo dejar de notar la reserva con la que me trata doña Sara. No son imaginaciones mías, Antonia se ha dado cuenta también, y acorta nuestra comida con la excusa de nuestra sesión de estudio.

—Es un placer verte, Caro —dice don Sergio mientras Tony y yo recogemos nuestros platos y los metemos al lavavajillas—. Y mucha suerte en ese examen.

Le doy las gracias y me dejo arrastrar por su hija.

—No le hagas caso a mi madre —comenta mientras subimos las escaleras—. Todavía no supera lo de la ruptura entre tú y Alonso, sobre todo porque... —Se muerde el labio en ese momento y sacude la cabeza.

—¿Sobre todo porque qué, Tony? —Por girarme a verla me tropiezo con un escalón—. No puedes dejarme así.

Ella arruga la nariz y alza un hombro.

—Nada, no me hagas caso, mejor cambiamos de tema.

La sigo hasta su habitación, intentando descifrar lo que ha querido decir. El comentario a medias me ha dejado inquieta. Estaba convencida de que Alonso superaría nuestra ruptura en poco tiempo, y ya estamos a punto de cumplir un año separados. ¿Será posible que todavía me eche de menos? ¡Qué va! Él es el mil amigos, todo un donjuán. Además, ya tiene novia. Lo más seguro es que su madre haya sido la que ha hecho castillos en el aire. Ella llevaba años queriendo ver a su hijo asentado con una «buena chica», y ahora quizá él ha vuelto a las andadas. Sí, eso debe de ser.

—¡Despierta! —Antonia da unas palmadas para llamar mi atención desde el cuarto de baño, y cuando me acerco me doy cuenta de que tiene todo lleno de tarros y cuencos—. ¿Te has decolorado el vello últimamente? Puedo hacer peróxido para las dos. —Se «asoma» entonces a mis brazos y decide ella sola—: Anda, ve preparando la mezcla. Voy a por camisetas de tirantes y *shorts*, no quiero que nuestra ropa se vaya a decolorar.

Cuatro horas después salimos de su cuarto decoloradas, exfoliadas e hidratadas, e incluso estamos usando el mismo color de esmalte de uñas. También estudiamos, y mucho; ha sido una tarde completa.

—¡Gracias por prestarme los libros! —exclamo, consciente de que me he ahorrado un fuerte desembolso.

—No te preocupes, quédatelos el tiempo que quieras, yo...

Ha dejado de hablar, y clava la vista al final de la escalera. Desde donde nos encontramos, alcanzamos a ver el salón, y allí esta Alonso, libro en mano, la cara vuelta hacia nosotras.

—¡Hola, grandullón! —Ella aprieta el paso y baja las escaleras dando saltitos—. No sabía que nos ibas a visitar.

—He venido a ver si mamá tenía algún postre especial, y no me ha defraudado. ¡Ese pastel de cereza! —Su expresión es de éxtasis. Súbitamente, clava su mirada en mí—. Me dice mi padre que lo has traído tú, Caro. ¿Lo has hecho tú misma?

—Para nada, los hace una vecina que tiene una pastelería.

Me esfuerzo por no sonrojarme, con las palabras de Antonia muy presentes en mi cabeza. Cuando avanza hacia mí y se agacha para besarme en la mejilla, se me corta la respiración durante unos segundos. Viste de negro, unos *jeans* y una camiseta de cuello de pico que se amolda cómodamente a su esculpido torso. Lleva esa barba de varios días que le hace tan sexy y que ha dejado marcas enrojecidas sobre mi piel.

«¡Basta, Carolina, no pienses en eso! Ya lo superaste —me digo—. Tienes novio y estás muy feliz».

Y es gracias a este recordatorio que logro preguntar:

—¿Qué estás leyendo?

Me muestra la portada de *El conde de Montecristo*, y a pesar de que pensaba mantenerme indiferente, Alonso gana puntos por leer a Dumas.

—¿Y qué te parece? —pregunto con auténtica curiosidad—. Lo leí hace mucho, luego vi la película que protagonizó Jim Caviezel y hace poco bajé el audiolibro, pero son como seis partes. Todavía no lo he terminado.

—¡Qué barbaridad, Carolina! —Alonso ríe incrédulo—. Creo que lo mejor para mi integridad física es decirte que me está encantando.

La conversación se extiende sin querer, y entre bromas y opiniones se nos hace de noche. Me pregunto a qué hora irá a ver a su novia, la del restaurante. Ni siquiera sé cómo se llama, no es un tema que me sienta en libertad de debatir con Antonia.

Mi amiga nota la oscuridad tras las cortinas y se sobresalta.

—¡Ya se me ha hecho tarde! Voy a tener que dejaros. Tengo que ver a Samuel.

Se pone de pie y nos da un beso apresurado. Yo me dispongo a seguirla, no tengo pretexto para permanecer en ese lugar.

—Nos vemos, Alonso. Ha sido un placer saludarte —afirmo con un nivel de cortesía del que puedo sentirme satisfecha.

Me alejo unos pasos, no sin antes advertir lo que parece un deje de tristeza en su mirada, pero

pronto me convengo a mí misma de que solo son imaginaciones provocadas por el desafortunado comentario de su hermana.

—Ya es tarde —menciona—, y vas cargada. ¿No quieres que te lleve?

Resisto la tentación de querer leer entre líneas; Alonso siempre ha sido un caballero, pero sé que no debo aceptar. La siguiente frase me sale sin filtro, y habría querido echarle un lazo y tragármela antes de que la escuchara, pero es demasiado tarde:

—No creo que a tu novia le guste la idea.

Él frunce el ceño, pero sonrío al mismo tiempo.

—Pues mal estaría si le molestara que le haga un favor a una amiga, Caro.

Parpadeo sin saber cómo me siento al escucharlo decir que entre nosotros solo hay amistad. Entonces me doy cuenta de que me observa atentamente, pendiente de mi reacción. Prefiero guardar silencio.

—¿Tú crees que podríamos ser amigos de nuevo, Caro? —insiste en un murmullo al tiempo que da un paso hacia mí. Su expresión logra derretir una parte de mi armadura.

Abro la boca y la cierro al menos un par de veces.

—Alonso, no sé qué decirte —respondo con trabajo.

La sonrisa que esbozan sus labios no se refleja en sus ojos.

—Perdón, no he debido presionarte —me dice—. Es solo que lo he estado pensando desde que nos reencontramos y he creído que podría ser buena idea. Vamos, te acompaño hasta la reja.

Caminamos juntos sobre las lajas de piedra que forman una vereda en el jardín y yo no puedo ignorar su cercanía ni la cortina que se mueve levemente en la planta de arriba, justo en la habitación de sus padres. En medio de la penumbra se escucha el ruido de coches que pasan por la avenida, ninguno de los dos ha vuelto a decir nada. No sé cómo responder a su propuesta. ¿Ser su amiga después de lo que sucedió? Pero pienso entonces: «¿Por qué no?». He pasado página, estoy en un nuevo capítulo, ¿cierto? ¿No sería estupendo demostrarme a mí misma que lo he superado?

Cuando llegamos a la puerta, él se vuelve a mirarme y hay una intensidad en sus ojos que me hace pensar que la mentada amistad también podría complicarlo todo.

—Piénsalo —me dice—, no lo echés en saco roto.

Digo que sí con la cabeza, sin comprometerme a nada. Sé que hay mucho que considerar en esta situación. Esta vez, cuando se despide de mí envuelto en el aroma de cítricos y especias de su colonia, ya estoy mejor preparada.

—Disfruta tu fin de semana —le digo.

Él asiente, me da un rápido beso y se aleja sin mirar atrás.

«Nuevo capítulo», me recuerdo, y avanzo resuelta en dirección de la estación.

*D*oy el último trago de mi zumo de naranja mientras espero que el pan salga de la tostadora. En cuanto lo hace, disfruto ver cómo la mantequilla se deshace sobre la superficie caliente. Pongo jamón y queso sobre una de mis tostadas y sobre la otra, miel. Hincó el diente a la primera, con deleite.

Entonces suena el timbre y corro de puntillas a abrir antes de que mi madre despierte. Es sábado, muy temprano, y la única persona que puede estar tocando a la puerta a estas horas es mi novio, quien, por lo visto, ha decidido volver antes de lo planeado para celebrar mi cumpleaños.

Lo bueno es que ya estoy arreglada, pues decidí no cancelar mi visita al hospital.

—¿Qué tal el viaje? —Abro la puerta con torpeza y mi pan tostado con miel da una voltereta y aterriza en el suelo.

Jorge y yo nos agachamos a recogerlo al mismo tiempo. Mientras me voy enderezando, mis ojos tropiezan con unas botas de motero, y en ese instante sé que el que está frente a mí no es quien yo esperaba. Por inercia, permito que terminen el recorrido: pasan por los *jeans*, la camiseta blanca y la chaqueta de piel hasta llegar a la cara de modelo de mi ex.

«¿Qué diablos...?».

—Hola, Caro —saluda, vacilante—. Qué bien que no te he despertado. Sé que eres madrugadora, y quería felicitarte... —Se pasa una mano la cara—. Pero creo que la he cagado viniendo, ¿verdad?

Una vez más, este hombre ha logrado dejarme sin habla, pero me obligo a reponerme pronto.

—Alonso, no te lo tomes a mal, pero tengo que salir en quince minutos. Debo llegar al Hospital General a las diez menos cuarto.

—¿Estás bien? —pregunta con expresión de alarma.

—Perfectamente, estoy haciendo labor social allí. Pensaba que Antonia te lo había dicho.

—¡Cierto, lo había olvidado! —dice relajando los hombros—. Perdón, he dormido muy poco.

Es evidente que no miente: tiene unas ojeras que le llegan casi a las rodillas, y en su cara falta color. No sé qué habría hecho una mujer más cabrona o con más malicia, pero yo hago un gesto hacia la mesa de la cocina, donde descansan el plato con tostadas, la mantequilla, el tarro de miel y una taza medio llena.

—Estaba desayunando, ¿quieres un café?

Alonso asiente con una gratitud conmovedora. Mientras toma asiento en la silla que está frente a la mía, lleno otra taza con su bebida y se la pongo enfrente sin preguntarle cómo lo toma. Sé que le gusta negro y cargado. Aprovecho para rellenar la mía.

Entonces se hace un largo minuto de silencio durante el cual solo se escucha el raspar de mi cuchillo sobre el pan.

—¿Quieres una? —le ofrezco cuando caigo en la cuenta de que estoy a punto de comer sola.

Él sacude la cabeza y vuelve a disculparse.

—Perdona que haya venido sin avisar. Esto parecía mejor idea cuando he salido de mi casa.

Asiento y remuevo mi café con leche con una cuchara. No sé qué decir.

—Bueno, Caro —carraspea—, aprovechando que estoy aquí quisiera retomar nuestra conversación de ayer. No es mi intención presionarte, lo prometo, pero quería comentarte algunas cosas por si quieres considerarlas mientras tomas una decisión. —Toma una bocanada aire—. Hace casi exactamente un año pasaron cosas de las cuales me arrepiento profundamente. Hiciste bien en mandarme al demonio. Pero también es cierto que me he disculpado en varias ocasiones, y que obtuve mi castigo. —Baja la vista hacia su taza—. En fin, como digo, ya han pasado muchos meses, y por alguna razón nos topamos en ese restaurante hace poco, luego coincidimos en el teatro. Y eso me hizo pensar lo sorprendente que había sido que, a pesar de los círculos en los que nos movemos, no nos hubiéramos encontrado antes. —Regresa a mí su mirada—. Creo que Antonia ha hecho un gran esfuerzo por mantenernos aparte, ¿no te parece?

Asiento con una mueca. Él me imita y añade:

—Querámoslo o no, nuestra situación no es como la de muchas parejas que terminan y no vuelven a verse. En este caso afectamos directamente a una persona a la que ambos queremos. Y me gustaría —se rasca la cabeza—, no sé cómo decirlo..., ¿lograr que todo fluya mejor?

Guarda silencio en espera de una respuesta, y yo solo vuelvo a asentir. Hasta el momento, todo lo que ha dicho tiene sentido, y su propuesta no se me hace tan descabellada ahora que mis circunstancias de vida han cambiado. Yo misma he pensado algo similar algunas veces. Sin embargo, me quedo asombrada por lo que dice después:

—Antes que novios fuimos amigos, Caro, grandes amigos, y me gustaría recuperar esa amistad. No solo por Antonia, también por mí.

¡Vaya! Mi dedo traza líneas sobre la mesa, y empiezo a hablar con cuidado:

—Alonso, una cosa es tener la fiesta en paz y otra muy distinta es que tú y yo seamos —hago un gesto de comillas con los dedos— «grandes amigos». No creo que sea una buena idea.

Si hay un destello de desencanto en su expresión, lo apaga rápido.

—Puede que tengas razón. Me conformo con que estés de acuerdo en hacer un cese el fuego —asegura—. Es un buen punto de partida. Solo quería poner las cartas sobre la mesa para que supieras cómo están las cosas conmigo. Tú serás quien decida hasta dónde quieres llegar, Caro. Lo último que quiero es hacerte sentir incómoda.

Se endereza en su asiento. La luz que entra por la ventana resalta cada detalle de su persona, desde su mirada indescifrable y el cabello más largo de lo que acostumbraba hasta la sombra en las mejillas afiladas que traiciona que no se ha afeitado durante el fin de semana.

No puedo evitar pensar que, ojeras aparte, hoy lo veo muy parecido al día de nuestro reencuentro, tras la década en la que perdí contacto con su hermana. Aquella tarde, cuando Antonia y yo lo recogimos en el aeropuerto, me pareció el hombre más guapo que había visto jamás.

En este ambiente irreal, noto a lo lejos el tronido de un cohete, el cual alborota a los perros de los vecinos. Luego alguien canta. ¡Cantando a estas horas, qué curioso! Me pregunto qué y quiénes estarán celebrando.

En contraste, el interior de mi pequeña casa permanece en silencio; aunque, por alguna extraña razón, no me siento incómoda. Es como si se hubiera abierto un espacio neutral donde podemos ser honestos y admitir que echábamos de menos el simple placer de contemplar al otro.

Y es que no soy la única observando. Los ojos de Alonso también me estudian, acarician mi cara como las yemas de unos dedos de aire, se detienen de pronto en mis labios y las pupilas se le

dilatan, lo que provoca una compresión en mis pulmones.

Entonces escuchamos el arrastrar de pasos sobre el suelo.

—¿Qué hace esta persona aquí? —pregunta mi madre con tono agrio.

Alonso se pone de pie.

—Buenos días, doña Rosa.

—Carolina —corta ella sin dignarse a mirarlo—, dile a este individuo que no es bien recibido en esta casa.

—¡Mamá! —exclamo escandalizada.

Entonces ella lo mira de frente y dice con enfado:

—Mire, joven, si mi hija no se lo dice, se lo voy a decir yo: tiene muy poca vergüenza al aparecerse en esta casa. Lo que usted le hizo fue una canallada imperdonable, y ella sería muy estúpida si...

—¡Mamá, por favor, es suficiente!

El rostro de Alonso está pálido. Puedo ver los músculos de su mandíbula resaltados por debajo de la piel. Sus hombros, tensos como si estuvieran hechos de hierro.

—No te preocupes, Caro, ya me voy. Mi intención no era importunarlas. Si tienes alguna respuesta a lo que te he preguntado, sabes cómo localizarme. Buenos días, señora.

A pesar de su evidente enfado, cierra la puerta con toda delicadeza. A los pocos segundos escucho la protesta del motor de la moto y un chirrido de llantas.

—¿Qué te pasa, mamá? —La voz me tiembla de rabia—. No tenías por qué portarte así.

—¿Cómo que no? Por lo que he oído, estabas a punto de caer en los jueguitos de ese hipócrita. ¿Acaso vas a permitir que estropee tu relación con Jorge? Para que veas, ese es un muchacho que en verdad vale la pena.

En vista de que las manos también me tiemblan, cruzo los brazos y me acerco a ella, sosteniéndole la mirada, y hago un esfuerzo para decir con calma:

—Mira, Rosa, tome la decisión que tome, es mi problema; no tienes por qué meterte, ni tenías por qué ser tan grosera. Alonso jamás te ha faltado al respeto.

—Pues no de palabra, pero esa familia hizo que te fueras de aquí y me dejaras sola cuando tanta falta me hacías.

Alzo una mano para interrumpirla.

—No sigas; la decisión de mudarme fue solo mía, y bien sabes por qué la tomé. Ahora, si no quieres que vuelva a preguntarme por qué estoy viviendo con una persona tan negativa como tú, ni se te ocurra irle con el chisme a Jorge. Si empiezas a sembrar cizaña, no te lo perdonaré.

—¡Carolina, ¿por quién me tomas? —dice con gesto de indignación.

—Quedas advertida —le digo, y yo sí me doy la satisfacción de dar un portazo.

Con tanto contratiempo se me ha hecho tardísimo, y corro a la parada de autobús. Me toca asiento junto a la ventana. Detrás de mí viene una mujer como de mi edad, lleva vestido, abrigo y tacones. Me pregunto qué compromiso tendrá. Ella sonríe, inclina la cabeza y toma asiento junto a mí. Suben otros dos pasajeros y por fin arrancamos. Es entonces cuando saco mi móvil y tecleo con apremio.

Yo: Alonso, ¿estás ahí? Quería ofrecerte una disculpa.

No obtengo respuesta, y me siento mortificada. En verdad no se merecía el trato que mi madre le ha dado. En su momento, como bien dijo él, yo me encargué de ponerlo en su lugar. Y esta es una diferencia crucial entre mi madre y yo: yo no pienso permitir que el enfado y el rencor tomen el control de mi vida. Si hay algo que he aprendido de ella es lo que no debo hacer si quiero llevar una vida sana.

Sacudo la cabeza ante la ironía. Si ella no hubiera hecho lo que hizo, tal vez habría dejado las cosas como estaban, pero me ha empujado en la dirección contraria: voy a probar que no soy como ella; voy a hacer un intento por retomar la amistad que Alonso me ha ofrecido. Con ciertos límites y con los ojos bien abiertos, pero lo haré.

El teléfono vibra entonces en mis manos, y miro la pantalla de inmediato. No es Alonso, sino Jorge.

—¡Hola, preciosa! ¡Felicidades! ¿Cómo se lo está pasando mi persona favorita esta mañana de cumpleaños?

Miro de reojo hacia mi compañera de asiento y agradezco la felicitación en voz baja, y luego pregunto:

—¿Cómo están las cosas por la obra?

Jorge deja escapar un sentido suspiro.

—No tan bien como quisiera. El cliente todavía no me paga varias facturas atrasadas y empiezo a ponerme nervioso. —Hace una pausa—. Tal vez tenga que quedarme más tiempo de lo esperado; necesito verlo y accedió a recibirme a mediodía. ¿No te importa, verdad? ¡Por supuesto que te importa, es tu cumpleaños y estoy quedando mal! ¿Puedes perdonarme? Prometo compensarte.

Por supuesto que no me agrada la perspectiva de pasar sola el resto del día, pero puedo entender que Jorge está ahí por obligación, no por placer. Si pudiera, estaría con su hijo y conmigo. En fin, quizá deba aprovechar el tiempo y ponerme a revisar los libros que me dio Antonia.

—Está bien, necesitas cobrar. ¿A qué hora crees que podrás estar de regreso?

—Bueno, si consigo el cheque, pasaría al banco de inmediato para ingresarlo, después iría a pagar algunas deudas a dos casas de materiales, dejaría instrucciones al maestro de obra y luego, si como en la carretera, podría estar ahí como a las...

—¡Hey! Tampoco es para que vayas como un loco, podemos vernos mañana o un día entre semana. Haz tus cosas con calma y luego me avisas, ¿OK?

—Eres un ángel. Yo te llamo entonces, y te prometo que lo celebraremos a lo grande. ¡Cuídate, Caro!

—Gracias, tú también.

Antes de guardar el teléfono, vuelvo a meterme en los chats y escribo:

Yo: Salgo del hospital a las 12. Si tienes tiempo, podríamos hablar entonces. De verdad estoy apenada. Mi madre se ha pasado de la raya.

Titubeo un momento antes de presionar «Enviar», pero al fin me decido y guardo mi aparato. Si Alonso estaba dispuesto a pasar por alto tamaña grosería, significaba que realmente pensaba poner de su parte en esta nueva y extraña segunda etapa, o más bien tercera etapa de nuestra relación.

Al inicio de la lectura con el grupo de señores, mi mente divaga: regresa una y otra vez a la desagradable escena del desayuno. Pero para cuando me doy cuenta, la historia de Katzenbach me ha atrapado, al igual que a los integrantes de mi pequeña audiencia: un grupo de hombres en un rango de edades de entre los treinta y los sesenta años, de diferentes estaturas, distintos colores de tez, grados diversos de calvicie y variadas medidas de cintura. Ah, y también está una señora que detesta las historias de amor. Eso sí, todos usan esas batas blancas con lunares azules que les dan a los internos y despiden el peculiar olor a enfermedad al que cuesta tanto acostumbrarse.

Estamos en la sala de hemodiálisis, un desangelado rectángulo con paredes color crema, sin ventanas. Falta poco para que termine mi lectura de hoy: el penúltimo capítulo de la primera parte, titulada «El narrador poco fiable». Me entretiene un montón leer a narradores de este tipo, como la alcohólica de *La chica del tren*. ¿Y qué hay menos fiable que la memoria de un esquizofrénico?

Alguien entra silenciosamente en el recinto, pero no me vuelvo hacia la puerta, no quiero romper la tensión de la narración. Continúo leyendo:

Detrás de esa imagen de mí mismo en el espejo estaban los estantes de mis medicamentos. Me temblaban las manos y, peor aún, algo se sacudía en mi interior, como un gran movimiento sísmico en mi corazón. Sabía que debía tomar algún fármaco. Tranquilizarme. Recuperar el control de las emociones... Noté cómo la locura intentaba apoderarse de mis pensamientos. Y me sentí como un escalador que de repente pierde el equilibrio y se tambalea, sabiendo que un resbalón se convertirá en una caída...

Sé lo que viene después, siempre reviso antes de visitar a un grupo; en este caso se trata de una discusión entre la fiscal y el director del manicomio. Tal como lo he planeado, suena la campanita que marca el fin de la sesión cuando un personaje llamado Peter se ofrece a ayudarlo a resolver el asesinato de la enfermera.

Sonrí y cierro el libro con satisfacción. Cuando me giro a ver al grupo, todos me están mirando en medio de un silencio abrumador, y no sé que me desorienta más, si su reacción o la imponente figura de Alonso cerca de la puerta.

Nuestras miradas se cruzan, y, con una sonrisa lenta, empieza a aplaudir como si yo fuera una actriz en una obra de teatro. Los demás lo imitan. Todos menos Beto, un señor barrigón y de bigotito ralo que reclama airadamente:

—¡No puede dejarnos así, señorita Caro! Tenemos que saber qué pasa después.

Algunos de sus compañeros asienten, otro refunfuña:

—Siempre con lo mismo, Roberto. ¿Cuándo vas a entender que la señorita no puede quedarse aquí todo el santo día? Tiene otras cosas que hacer.

—No te estaba hablando a ti —contesta Beto con una mirada matadora.

Me apresuro a interrumpir la discusión que se avecina entre este par de grandullones, quienes suelen comportarse como niños de guardería.

—Ya sabéis las reglas, chicos. No puedo quedarme más tiempo, y no quiero echaros a perder el suspense dándoos algún adelanto. Lo que sí puedo hacer es prestaros algo para leer esta semana

—digo en tono cantarín. En ese momento alzo una bolsa del suelo y se las muestro con entusiasmo —. Hay libros nuevos.

Beto protesta de nuevo, otros se despiden y unos más se acercan a curiosear los ejemplares que he traído. Mientras reparto el contenido de mi botín y explico cómo deben rellenar el formulario de préstamo, puedo sentir los ojos de Alonso clavados en mí.

Estrecho manos, recojo libros prestados con anterioridad, pregunto por sus familias y aprovecho cada segundo para prepararme para saludar al inesperado visitante. Cuando por fin nos quedamos solos, me vuelvo hacia él sin poder controlar mi sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

Él alza un hombro.

—He leído tu mensaje y no tenía nada que hacer, así que he decidido darme una vuelta y ver en qué consistía tu labor social. —Su voz pierde un poquito de ligereza y me sostiene la mirada al decir—: Felicidades, Caro. Lo que haces es ¡increíble! ¿Cómo no voy a querer que vuelvas a mi vida? —Su última frase parece sorprenderle tanto como a mí, pero se apresura a corregirse—: Como amiga. A eso me refería. —Se pasa la mano por el cabello—. ¡Cielos, no sé qué me pasa hoy! Es como si trajera las neuronas enredadas y no lograra articular las palabras como quisiera.

Está nervioso, y eso me desconcierta: Alonso Estrada nunca pierde el estilo.

—Mmm, ¿y crees que podrías desenredarlas? —pregunto medio en serio medio en broma—. Porque no tengo ganas de regresar a casa, y agradecería la compañía de una persona con al menos un poco de elocuencia.

—Si no requieres más que «un poco» —sonríe—, me ofrezco de voluntario. ¿Ya sabes a dónde quieres ir?

Sospecho que trae la moto, y no pienso abrazarme de su cintura, así que propongo:

—¿Por qué no paseamos un rato? Aprovechemos que no está lloviendo.

Cuando él acepta mi propuesta, le dejo mis libros a una enfermera amiga mía y le indico a Alonso el camino hacia las escaleras que llevan a la planta baja.

—¿A qué hora tienes que volver? —me pregunta cuando salimos del hospital y enfilamos por una avenida larga y transitada, pero agradable: está llena de árboles y de tiendas pintorescas.

—No tengo prisa. Mi novio... —En este punto dejo de hablar: me pregunto si es apropiado tratar el tema de Jorge con él—. Lo que quiero decir es que mis planes de hoy se han cancelado, así que tenemos tiempo.

Alonso me mira de reojo y damos unos pasos en silencio.

—Puedes hablarme de él si quieres, Caro —dice con aire tranquilo, pero noto su nuez subiendo y bajando mientras traga saliva.

—Supongo, pero es raro, ¿no crees? Es decir, no creo que a mí me gustara enterarme de los detalles de tu vida amorosa.

—Buen punto. —Sacude la cabeza—. La verdad es que no había pensado en los detalles de esta renovada amistad.

Cruzamos la calle pensativos.

—Tal vez debamos discutir un poco las reglas de convivencia —sugiero.

Me mira con exagerado horror, y no puedo aguantarme la risa.

—Sé que suena terriblemente cuadrado, pero nuestra situación se sale de lo normal. Tenemos que saber en qué punto estamos.

—Ah, mi Carolina, siempre tan práctica... —comenta mientras nos acercamos a la siguiente esquina—. ¿Entonces la primera regla sería no dar detalles de nuestra vida amorosa?

—Creo que es lo mejor. Y tampoco vale preguntar.

El semáforo se pone en verde y avanzamos al lado de un grupo de músicos callejeros y de una familia: el padre y un chiquillo como de siete años van en patines, la madre empuja un cochecito de bebé.

—Pero lo absoluto no es bueno —dice recuperando su buen humor—. Tú puedes decirme cosas en verdad importantes; por ejemplo, si necesitas que le den un toque porque hizo algo que te molestó o si piensas fugarte a las Vegas para una boda relámpago, ¿trato hecho?

—Trato hecho. —Mi mente trabaja a mil por hora mientras nos metemos en un jardín que se extiende entre dos edificios—. Aquí va otra: esto nunca será más que una amistad a la antigua usanza. Nada de insinuaciones de otro tipo, Alonso, tienes que prometerlo.

—Nunca te gustó el concepto de «amigos con derechos» —bromea, y me hace sonreír al recordar todo lo que pasamos antes de que fuéramos novios.

Me encojo de hombros como para decir: «¿Qué quieres? Así soy yo». Entonces frente a mí pasa una chica conduciendo un *scooter* eléctrico a toda velocidad, lo que me obliga a detenerme en seco.

—¡Hey, cuidado! —grita Alonso, indignado, y la chica le responde con un gesto obsceno que involucra al dedo medio.

Alonso masculla un insulto y pone sus manos sobre mis hombros, pero no reacciono de inmediato, ocupada en reponerme del sobresalto.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —aseguro, ya tranquila, y solo con la mirada que pongo logro que me suelte.

—De hecho —continúo—, lo que acaba de pasar me lleva a tocar otro punto importante. Tú, ¿cómo decirlo?, siempre has sido muy intenso. Otra condición indispensable será ir tranquilos, ¿vale?

Él se pasa la lengua por sus dientes superiores.

—De acuerdo, ¿algo más?

Miles de dudas revolotean en mi cabeza, pero no estoy segura de cuáles valdrá la pena mencionar. Prefiero pensarlo un poco.

—Por el momento no, pero me reservo el derecho de retomar esta conversación más adelante.

—Está bien. —Mira a nuestro alrededor—. ¿A dónde te gustaría ir? La verdad es que no he desayunado, y me muero de hambre.

A unos pasos encontramos un lugar que ofrece comida orgánica y vinos, funciona como tienda y también como restaurante. Escogemos una mesa en el exterior, muy cerca de la fuente. Decidimos compartir patatas fritas y probar la cerveza artesanal, y Alonso pide también un sándwich de atún.

Como solía suceder antes de nuestra ruptura, la conversación fluye sin tropiezos. Alonso me pregunta por mi nuevo trabajo, por mis fotografías, por Lupita y su familia. Luego él me cuenta de un par de proyectos laborales en los que está involucrado y espera, paciente, mientras cojo una llamada de Jorge:

—Hola, princesa. —Me alejo unos pasos de la mesa. He llegado al borde de la fuente y alcanzo a escuchar sus borbotones—. ¿Cómo te lo estás pasando? Espero que no estés muy aburrida.

—No, de hecho, muy bien. He salido a dar la vuelta con... un amigo.

Mi respuesta me hace sentir como una farsante, pero no sé cómo contarle lo que está pasando. Debo encontrar la mejor manera de hacerlo.

—¿Un amigo? —pregunta un poco más serio.

—Sí, espero que no te moleste.

—¿Molestarme? No, ¿por qué habría de hacerlo? Espero conocerlo pronto. Adivina qué: ya estoy a punto de salir; he logrado cobrar, y estaré por allí a media tarde. ¿Puedo pasar a tu casa a esa hora?

—¡Claro, me encantará verte! ¡Qué bien que te han pagado!

—No podría estar más de acuerdo. Nos vemos en un rato.

Cuando retomo mi asiento, el aire despreocupado se ha ido. No solo soy yo, puedo notar que Alonso también titubea. Le da un trago a su cerveza.

—¿Todo bien? ¿No ha tenido objeción a que estuvieras conmigo?

Me muerdo el labio mientras pienso qué decir.

—Sabe que he salido con alguien. No con quién.

Asiente despacio.

—Ya veo, ¿y se lo vas a decir? ¿Vale preguntar?

—Por supuesto que se lo voy a decir, pero a mi ritmo. —Cojo una patata que no me llevo a la boca—. Mejor cambiemos de tema, ¿te parece?

—Está bien.

Alonso mastica en silencio y tras hacer uso de la servilleta mira su reloj.

—Caro —hace un gesto para llamar la atención del camarero y pedirle la cuenta—, se me había olvidado por completo que quedé en ayudar a mi madre en su jardín. ¿Te importa si seguimos la conversación otro día?

—Para nada —admito con alivio—. Gracias por la invitación, me lo he pasado muy bien.

—Yo también. ¿Necesitas que te acerque? Podemos regresar a por la moto y te llevo.

—No te molestes —me apresuro a responder mientras él saca su cartera y se hace cargo de la cuenta.

—Pero ¿vas a cargar con libros en transporte público?

—Lo hago todas las semanas. Además, no voy a regresar por ellos. Prefiero irme directa a casa.

Mientras regresamos a la avenida puedo notar que Alonso quiere decir algo, pero cuando abre la boca solo suelta un suspiro y se mete las manos hasta el fondo de los bolsillos de su pantalón.

—Como quieras. Nos vemos, entonces... —Pone su peso sobre una pierna, luego sobre la otra. Su expresión es grave—. Caro, ¿estás segura de que quieres hacer esto? No quiero causarte problemas ni con tu novio ni con tu madre.

—Lo único que sé es que quiero intentarlo —afirmo sosteniéndole la mirada.

—Pues, entonces, voy a hacer lo posible para que no te arrepientas, vas a ver.

JULIO

Alonso ha contactado conmigo tres veces. La primera fue para hacerme saber de un ciclo de documentales acerca de regímenes totalitarios que se está proyectando en un centro cultural cercano a mi casa. Luego me llamó para preguntar si había ido a ver alguno y qué me había parecido. Le conté que no había tenido oportunidad; no quise mencionar que no había encontrado con quién ir, porque Antonia ha estado ocupada y a Jorge no le gustan ese tipo de producciones.

No es queja, ningún hombre es perfecto, esa lección la aprendí con Alonso. ¿Qué importa si a Jorge no le gustan los eventos culturales? Resulta que es muy buen bailarín. Tuvimos que esperar algunas semanas hasta que se dio la oportunidad de celebrar mi cumpleaños, pero al final valió mucho la pena. Me llevó a un lugar llamado Mama Rumba y aquella noche no paramos de bailar hasta que mis pies dijeron «¡Basta!». Se me habían hinchado tanto que las trabillas de los tacones se enterraban en mi carne. Tuve que quitármelos de camino a casa y no hubo forma de volvérmelos a poner, así que subí a mi casa descalza.

A la mañana siguiente me di cuenta de que Alonso me había dejado un mensaje de audio. El tercer contacto. Me contó que había visto un reportaje acerca de la dictadura chilena, enfocado en un famoso pintor que había enviado obras a Chile desde el extranjero en formato muy pequeño para que sus amigos pudieran venderlas y obtener fondos para la resistencia. Se me hizo tan interesante que hasta busqué más información en internet y deseé haberlo acompañado. No se lo dije, por supuesto. Soy muy consciente de que si acaso esto prospera, deberá ser a ritmo lento. Muy lento.

Por esa razón es que ahora me debato, durante mi descanso matutino en el instituto, entre si debo felicitarlo o no. Hoy es su cumpleaños, y la fecha me trae sentimientos encontrados. Alonso y yo nos hicimos novios en este día justo hace dos años y al año siguiente estábamos terminando. ¿Debo llamarlo? ¿Le mando un mensaje? Por un lado, tengo ganas de hacerlo; por el otro, me remuerde la conciencia. Jorge todavía no sabe nada de esta situación. Temo que no se lo vaya a tomar muy bien, y preferiría evitarme un problema si acaso este experimento no funciona.

«Bueno, ya. Un “Feliz cumpleaños” no va a matar a nadie», me digo. Así que digito aquella frase anodina con un solo signo de admiración y de paso le añado un gráfico animado de un perrito con gorro de fiesta. Se lo envío.

El teléfono suena un segundo después.

—¿Sí?

—¡Hola, guapa! Gracias por la felicitación.

Cuando me doy cuenta de que estoy a punto de pasarme la mano por el cabello, me detengo.

—De nada, ¿cómo te lo estás pasando?

—No puedo quejarme. Ya he hablado con mis padres, y me han invitado a comer el sábado, aquí en la oficina están organizando la tradicional «fiesta sorpresa» —sonríó— y el viernes tengo plan

con mis amigos.

—Me alegro de que tengas tantos eventos.

—¿Te gustaría participar en alguno? —pregunta en un murmullo, y, una vez más, no sé qué decir —. Puedes traer a tu novio —añade.

—No está —comento antes de pensármelo bien—. Tiene trabajo fuera de la ciudad.

—Mmm, pues entonces no te quedes encerrada. ¿A cuál te gustaría venir?

Titubeo, pero termino por decir lo que tengo en la cabeza:

—No estoy segura de que sea una buena idea.

—¿Por?

—«¿Por?» —repito, irritada de que se haga el obtuso. Alonso es todo menos obtuso. Estoy a punto de empezar una letanía cuando Tere me interrumpe asomando la cabeza al salón vacío.

—Caro, el señor que vende zumos está fuera. ¿Quieres algo?

Pido uno de mango y luego me disculpo con Alonso.

—¿Dónde estábamos?

—Estabas a punto de decirme todas las razones por las que celebrar conmigo mi cumpleaños es una mala idea —responde tan fresco—. Pero, mujer, te pido que no lo saques de contexto, ha sido una oferta inocente. Podríamos hacer algo supersencillo como ver una peli en casa. —Se detiene un momento y continúa improvisando un plan—: Podrías venir con Antonia: yo busco algo interesante, tal vez una producción checa que me recomendaron el otro día, compro algunas cosas y preparo la cena, ¿qué tal?

—¡Pero es tu cumple!

—Bueno, entonces invítame al postre. Con gusto aceptaría ese pastel de plátano tuyo que me encanta o el de cereza que llevaste el otro día.

Me río. A este hombre todo se le hace fácil, ¿o es a mí a la que todo se le hace complicado?

—Tu debilidad para el dulce no deja de asombrarme —comento—. Está bien. ¿A qué hora quieres que me dé una vuelta por allí?

—¿Te parecería bien a las 6:00?

—A esa hora empieza mi última clase. Podría llegar como a las 7:30, o un poquito más tarde para comprar los ingredientes de tu pastel. ¿No te importa que lo prepare en tu casa?

—Ay, Caro, ¡haces cada pregunta...! Vente directa del trabajo, solo dime qué necesitas, yo compro los ingredientes.

Y así quedamos. Me cuesta trabajo etiquetar lo que está sucediendo. ¿Está bien? ¿Está mal? Sé que lo quiero hacer, pero no estoy segura de que sea lo correcto.

Entonces me doy cuenta de que antes de ir a casa de Alonso hay algo que debo hacer.

Mientras el móvil suena, me quito con los dientes la pintura de uñas del pulgar. Al escuchar su voz, aparto la mano de mi boca y retuerzo un mechón de mi cabello.

—Hola, novio, ¿cómo estás? —saludo con un aire que pretende ser ligero.

—¡Caro, qué bien que llamas! ¿No estás en clase? ¿Todo bien?

Le explico que he tenido una cancelación de última hora.

—Y quería aprovechar para contarte algo. —Aspiro un poco de aire en silencio y miro hacia el cielo en busca de inspiración—: El otro día volví a coincidir con mi ex...

Intento sintetizar la situación de manera objetiva, pero, tal como temía, Jorge se niega a entender, incluso cuando le explico mis tres motivos principales para retomar esa amistad:

Antonia, mi madre y yo misma. Discutimos porque no quiere escuchar y porque su tono entre irónico y agresivo me irrita más allá de mis límites. Luego se da el lujo de colgarme el teléfono.

Llama diez minutos después para ofrecer una disculpa, pero yo estoy en clase, y aunque no hubiera estado ocupada no le habría tomado la llamada. Hago un esfuerzo consciente el resto de la mañana por darles toda mi atención a mis alumnos y me prometo premiarme con esa blusa que vi hace poco en una tienda, puesto que lo logro.

Hacia el mediodía, mientras Tere y yo nos preparamos para almorzar, Jorge vuelve a llamar.

—No cuelgues, Caro —es lo primero que me dice—, ya lo he pensado mejor. Me cuesta trabajo, pero te entiendo. Si es lo que necesitas hacer, adelante. Solo te pido que al tipo ese le dejes bien claro cómo están las cosas. Yo no me trago el cuento de los amigos. Si te está buscando, es porque quiere volver contigo.

—¡Te aseguro que no es así! —afirmo. Abro el zumo de mango que había pedido antes—. Pero tendré en cuenta tu comentario, lo prometo. Gracias por entenderlo.

Con la conciencia tranquila y habiendo hecho las paces, mi ánimo mejora muchísimo y el tiempo vuela hasta las siete de la tarde, cuando Antonia pasa a por mí.

Alonso nos invita a entrar con tanta naturalidad que me obliga a pensar: «¿Lo ves, Jorge? Te lo dije». Pero, aun así, la duda que ha dejado sembrada en mí no me abandona. Durante la primera media hora de nuestra visita me fijo en cada gesto de Alonso en busca de una doble intención. No encuentro ninguna.

Poco a poco logro relajarme, y por fin llega el punto en el que me permito disfrutar la velada. Cocinamos juntos, conversamos, compartimos una botella de vino, anécdotas y bromas. Como antes. Él prepara una deliciosa pasta con tomates deshidratados, ajo y aceitunas negras. Yo hago el pastel de plátano y Tony improvisa una ensalada. Mientras saciamos nuestro apetito en esa cocina preciosa y reímos de las últimas aventuras de Alonso, me alegro de no haberlo cancelado. Hacía mucho que no lo pasábamos tan bien los tres.

—La peli está lista —anuncia poco después—. ¿Queréis que la veamos con una segunda ración de pastel?

Al llegar al salón, se quita los zapatos y se deja caer en el sillón de piel, con su plato sobre el regazo. De súbito me ataca la vulnerabilidad; en ese sillón pasaron cosas que es mejor olvidar. Enfilo hacia el extremo opuesto y Antonia se acomoda entre ambos, cosa que le agradezco profundamente. Ninguna de las dos repetimos postre.

—En esa cesta de ahí hay mantas —anuncia nuestro anfitrión—; sé que sois unas frioleras.

Me vuelvo hacia donde señala y me doy cuenta de que una de las mantas que están cerca es la que le regalé hace tiempo. ¿Por qué no se ha deshecho de ella? Miro con disimulo a Alonso, pero él está tan campante concentrado en encender la televisión. «No seas paranoica, Carolina. Es una manta estupenda, y combina a la perfección con sus muebles. ¿Por qué la iba a sacar?». Sacudo la cabeza y dejo que Antonia se quede con la que yo compré.

Corren los créditos y después de un rato logro perderme en la historia.

—Buena música, ¿no creéis? —pregunta Alonso cuando termina.

—¡Y el final! No me lo esperaba —declara Antonia.

Mi teléfono suena, y me pongo de pie para coger la llamada de Jorge. Para cuando regreso, Alonso ya se ha puesto los zapatos y está en la cocina, colocando en el lavavajillas los cacharros que su hermana va enjuagando.

—¿En qué puedo ayudar? —pregunto.

—En nada, Caro, gracias. Ya está todo listo.

—En ese caso, me voy. Mañana empiezo temprano.

—Te llevo, Caro —ofrece Antonia.

—No te molestes. Me voy en taxi. —Abro la aplicación en mi teléfono.

—¡Anda ya! —dice mi amiga—. Me pillas de paso. Vamos, cierra eso.

Alonso nos acompaña a la puerta mientras Tony revuelve en su bolso.

—No traigo mi teléfono, ¿alguien lo ha visto?

—Lo has usado en la cocina —aseguro—, pero no sé dónde lo has puesto después.

—Cierto, dame dos segundos, voy a por él.

Alonso y yo nos quedamos solos por primera vez, separados por la frágil barrera que es el dintel de una puerta.

—Gracias por venir —me dice con una leve sonrisa—. Me lo he pasado de lujo.

—Gracias por invitarme. Termina de disfrutar tu día.

Entonces me mira. Es ese tipo de mirada incierta, que acentúa metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón. Antes él no actuaba así, quizá tendré que acostumbrarme. Lo que sí sé es que hay algo que quiere decirme.

Estoy a punto de dar un paso hacia atrás, siento como si en un zoológico me hubiera acercado demasiado a la jaula de los tigres; más me vale poner una distancia prudente entre ambos.

—¡Listo! —dice Antonia como caída del cielo, sus tacones resuenan apresurados sobre el parquet—. Vámonos.

Sin darse cuenta del ambiente enrarecido, abraza a su hermano.

—Que os vaya bien —Alonso vuelve a ser la persona relajada de toda la tarde—, gracias otra vez por venir.

Ella le da un golpe juguetón.

—¿Cuándo me he perdido un cumpleaños tuyo, grandullón?

Subimos a su coche y enfilamos rumbo a mi casa. Antonia va inusualmente callada, su mano de perfecta manicura cambia la emisora de radio, lo que provoca que sus pulseras de plata tintineen.

—¿Te puedo decir algo, amiga? —pregunta tras un suspiro.

Asiento y me preparo, pues su rostro serio auspicia algo malo.

—En un principio temía que esta noche fuera a ser un desastre.

—¿Qué, en serio? —Mis ojos se han abierto como platos—. Pensé que te gustaría.

—Claro que me gusta, pero no estaba segura de que fuera a funcionar. No cualquiera puede tener amigos del otro sexo.

Aprieta el acelerador y las imágenes de fuera pasan raudas por mi ventana.

—¿Y ahora qué piensas? —quiero saber.

La farola de la calle ilumina su cálida expresión.

—Ahora creo que vosotros dos tenéis futuro.

No estoy segura de cómo interpretar su comentario, pero prefiero no decir más.

AGOSTO

*M*i primo Alex ha alquilado una casa en la playa a muy buen precio. Bueno, de hecho, han sido dos. En una están los varones y en la otra, las mujeres. Estamos en un residencial privado cerca de la playa, de un campo de golf y de un centro comercial donde hay una tienda de comestibles, una de vinos, una heladería, una farmacia y hasta una tienda de bañadores.

El conjunto de bloques es bonito, las casas están bien cuidadas y comparten áreas verdes y un par de piscinas. También hay espacios con barbacoas y hamacas.

Llevamos tres días aquí, y planeamos quedarnos la semana completa. Jorge ha venido con su hijito, mis primos y primas con novios o amigos; en general nos lo estamos pasando bomba.

Esta mañana, por ejemplo, hemos estado nadando en el mar, y tras compartir una cerveza a la sombra de las palapas, he regresado a la casa a tomar una ducha.

El golpeteo del agua tibia sobre mi espalda hace que mis hombros protesten. Los miro y noto su tono enrojecido. ¡Auch! ¿Cómo es posible que a pesar de mi natural color café con leche mi piel sea tan sensible?

Cierro el grifo, me seco y agradezco el alivio que el gel de aloe vera me proporciona. Me apresuro a ponerme mis *shorts* blancos, la camiseta gris sin un hombro y sandalias. Jorge y los demás esperan en la terraza.

Al bajar las escaleras me encuentro con al menos media docena de personas en plena actividad: mi tía Lupita y mi prima Vero están entretenidas en la cocina, una prepara un guiso con arroz, la otra, una jarra de piña colada.

—Nena —me dice mi tía al notar mi presencia—, ¿me ayudas con el arroz?

Digo que sí, por supuesto, pero no sin ciertas reservas. Mis habilidades para preparar arroz son apenas pasables: la mitad del tiempo me sale bien, la otra mitad se me pasa. Cuando Vero ve mi cara, suelta una carcajada.

—Tranquila, primix, no pasa nada. Compramos arroz instantáneo.

Lupita iba a protestar, seguramente. Ella no es partidaria de la comida precocinada. Ya me he comido algunas veces su discurso de los conservantes y la alta incidencia de cáncer, pero mi querida prima está atenta.

—No empieces, mamá. Estamos de vacaciones.

Entonces lo veo: Jorge está frente a la barbacoa del jardín, riéndose de algún comentario que ha hecho mi primo Alex; pone carne en el fuego y se pasa el antebrazo por la frente, con las líneas de su sonrisa todavía marcadas.

—Ya empiezo, Lupita, dame un momento.

Cojo un par de cervezas de la nevera, y también unas servilletas. Abro la puerta de la terraza y las altas temperaturas me golpean, quisiera permanecer en la regulada frescura del aire acondicionado.

Pero la expresión de Jorge al verme hace que me aventure fuera. No solo hay gusto en sus ojos, también hay picardía y una promesa muda. Hace un rato nos hemos besado en el mar, mientras las olas nos empujaban hacia el otro, nuestros cuerpos calientes y resbaladizos con el bronceador, reaccionando bajo la delgada tela del bañador.

—Cómo me gustaría tener un poco de privacidad —murmuré contra su cuello.

—¡Y que lo digas, Caro! —Sus dientes mordieron mi labio inferior mientras una de sus manos me sostenía la espalda y la otra buscaba acomodo entre mis piernas.

—¡Jorge! ¿Qué haces? Nos van a ver.

—Shhh —respondió sin dejar de buscar su objetivo.

Me sacudió un escalofrío, y pude ver el vello de mis brazos erizándose bajo el agua. Eché un vistazo alrededor, nadie parecía prestarnos atención. Había unos chicos varios metros más allá, entretenidos con sus tablas de surf, y la familia estaba mucho más lejos, conversando sobre la arena.

De pronto, uno de sus dedos rozó un punto que me hizo respingar. Me miró directamente a los ojos: su habitual expresión bonachona se había transformado por completo.

— Déjame hacer esto, Caro —murmuró contra mis labios.

Me fundí con él en un abrazo apasionado, lo besé sin fijarme en nada más, su mano siguió trabajando y él recibió, codicioso, mis gemidos dentro de su boca.

—¿Para mí? —pregunta Jorge, haciéndome volver al presente.

Suelto el aire despacio, le sonrío y asiento, acortando la distancia entre nosotros.

—¿Te la abro? —ofrezco al notar sus manos sucias.

Él asiente, le da un trago y me atrae hacia sí para darme un beso de agradecimiento, cuidando de mantener las palmas alejadas de mi ropa.

Pero el agradecimiento pronto se torna en otra cosa.

—Ejem... —Mi primo Álex se aclara la garganta ahí cerca—. ¿Y la otra cerveza es tuya o me la puedo tomar, Caro?

Jorge y yo nos separamos, compartimos una sonrisa abochornada.

—Toda tuya, primo —aseguro, y luego me dirijo a Jorge—: Voy a preparar el arroz.

De regreso a la cocina, Lupita sonrío satisfecha. Está exprimiendo limones sobre el pescado crudo.

—Caro, aprovecho para preguntarte: ¿cómo van las cosas con...? —Hace un gesto con la cabeza, señalando hacia el jardín.

—Mamá, ¿no tienes ojos? —Verónica interrumpe mi respuesta—. Yo diría que todo es miel sobre hojuelas.

Mueve las cejas explícitamente y Lupita y yo soltamos la carcajada al mismo tiempo.

—Vamos bien —digo en cuanto logro serenarme—, Jorge es muy buena persona.

Lupita recoge cáscaras, semillas y el rabo de la cebolla, junta la basura en un cubo y luego se lava las manos. Se acerca a los fogones, en donde he puesto a hervir cuatro tazas de agua.

—Pienso lo mismo —me dice mientras estrecha mi cintura—, y me alegro mucho por ti. Voy a ver cómo van tus primos. Te espero fuera.

Regresamos temprano a la ciudad. En parte para evitar el tráfico, en parte porque Diego necesitaba hacer una tarea para el colegio. Antes de llegar a casa nos desviamos un momento para comprar comida para la semana y Jorge me ayuda a cargar las bolsas al interior de mi casa.

Mientras separo los víveres sobre la mesa de la cocina, mis gatos llegan a saludarnos con su habitual entusiasmo: maúllan, ronronean y se frotan contra mis piernas. Pero Jorge los ignora, él se acerca a mí, mirándome de una manera que hace que se me seque la boca. Buda protesta, maúlla más fuerte para que lo coja en brazos.

—Parece que te han echado de menos —murmura Jorge tras un tercer beso—, los entiendo. Gracias por la invitación, Caro. Diego y yo nos hemos divertido mucho.

—Yo también. —Le acaricio la mejilla y pienso cómo podemos organizar un momento para estar juntos. Los dos vivimos con nuestros padres, así que nuestras opciones son limitadas. Si a eso le sumamos que él trabaja fuera de la ciudad...

—No quiero irme —asegura antes de que me anime a hablar—, pero Diego se ha quedado dormido en el coche. Si se despierta y está solo se va a asustar.

—Ve con él —lo animo a mi pesar.

Lo acompaño hasta la puerta y él se aleja unos pasos, para luego regresar y estrellar sus labios contra los míos. Su beso es urgente, me hace sentir un montón de cosas.

—Regreso en un rato, ¿OK? Paso a por ti para llevarte... No sé a dónde, pero a un lugar donde podamos estar solos. ¿Te importaría que te lleve a un hotel, Caro? —pregunta con expresión atormentada—. Por más que busco una solución, no encuentro otra mejor.

Mi dedo sobre sus labios logra silenciarlo.

—Está bien —le aseguro—, entiendo. Ve a casa, saluda a tus padres y regresa en cuanto puedas.

—¡Me encantas, joder! —dice él en tono triunfante.

Y se aleja a paso veloz.

—Una hora —dice sobre su hombro—. En una hora vuelvo a por ti.

Su entusiasmo logra sacarme una risita. Es bueno saber que no siempre es un hombre tan compuesto. Regreso a la cocina y guardo todo a la carrera; quiero estar lista para cuando él vuelva. El teléfono viene a romper el hilo de mis pensamientos. ¿Será mi madre? He encontrado una nota suya diciendo que iba a pasar la tarde con la vecina, y también he visto que se ha dejado el móvil sobre la colcha. Tal vez quiere que vaya a por ella.

El timbre del teléfono insiste, y aprieto el paso a su habitación para contestar.

—¡Caro! —dice la voz del hombre, aliviada—. No había podido encontrarte, ¿cómo estás? ¿Qué tal las vacaciones?

Cierro los ojos; hoy no es un buen día para hablar con Alonso. Lo quiero lejos de mi mente para el momento que estoy planeando con Jorge.

—Hola, todo bien. —Me concentro en que mi voz suene ligera—. Oye, estoy un poquito ocupada. ¿Puedo llamarte luego?

Se hace un pequeño silencio al otro lado de la línea.

—Por supuesto. Me alegro de que estés bien. Que tengas buen inicio de semana.

—Bye.

No sé por qué, pero cuando cuelgo me siento vagamente decepcionada, como si el recuerdo de la semana perfecta se hubiera ensombrecido un poquito. El móvil vibra en mi bolso y me acerco a sacarlo con desconfianza. Si es Alonso de nuevo, lo voy a matar. Aliviada, compruebo que se trata de un mensaje de mi novio, el cual está justo debajo de las varias llamadas y mensajes que Alonso ha mandado en días anteriores. Tampoco los he revisado, ni le he contestado mientras he estado fuera: he querido dedicar todo mi tiempo a Jorge y a mi familia postiza.

Ignorando lo que fuera que mi ex quería decirme, mis ojos saltan por la pantalla hasta encontrar las palabras de mi novio. Sonríe: son justo las que necesitaba:

A punto de salir, prepárate. Me muero por estar contigo.

Alonso sacude la cabeza y deja caer su móvil sobre la cama con desánimo. Eso de tener tiempo libre le ha venido mal, puesto que ha pensado en Carolina más de la cuenta. Mueve el cuello para destensar los músculos contracturados.

«Sabías que no había que insistir, tarado. A ver si aprendes; te acaban de poner en tu sitio».

Tras vagar por su dormitorio sin ton ni son, termina por salir hacia el salón y servirse un whisky con hielo. Entonces se da cuenta de que Marcela, a quien ve de forma esporádica tras una tibia reconciliación, está apoltronada justo en el lugar donde Carolina estuvo sentada hacía poco.

—Guapa, hace un rato se me cayó un vaso de vino tinto. —Ella se pone en pie de un salto y revisa la parte posterior de su falda—. Si quieres, pásate aquí —palmea el asiento de al lado—; ya lo he limpiado, pero por si acaso.

Entonces decide hacer un experimento: sobre la mesita de centro está el periódico que leyó por la mañana; ahí encontró un artículo que hablaba de una exposición de fotógrafos africanos y otro que promocionaba la muestra de cine internacional. Pasa las páginas hasta llegar a la sección cultural y se lo acerca a Marcela, que tiene que soltar el mando a distancia del televisor para poder leerlo.

—¿Qué? —pregunta en tono de pocos amigos; sigue enfadada porque no han salido a comer, como quería.

—Mira esto. —Alonso toca con el dedo el extremo superior del periódico—. ¿Te apetece ir?

Ella escanea el papel con sus grandes ojos verdes.

—¿Puedo ser brutalmente honesta?

—Por supuesto.

—Suena aburridísimo.

—¿Qué te parecería una película de la muestra?

—¿Por qué no vamos a ver una película normalita? Las de las muestras normalmente son muy lentas.

Alonso asiente y guarda silencio. Supone que es mejor así: lo de las películas de arte es algo de Caro y suyo, nada más.

—Ponte los zapatos —le dice a la atractiva mujer a su derecha—. He cambiado de opinión, vamos a comer. De ahí te llevo a tu casa.

De alguna forma, Marcela sabe que a pesar de que le cumplirá su capricho, no ha ganado.

—Si es importante para ti, podemos ir a lo de las fotos o a una de las películas —ofrece, y se apresura a aclarar—: No quieres verlas todas, ¿verdad?

—No te preocupes, mi formación no me permite torturar a mujeres bonitas.

SEPTIEMBRE

—¿Cómo que no vas? —pregunta Alonso, airado, al volante de su automóvil.

—Perdón —Marcela le responde desde el interior de un taxi; se escuchan bocinazos de algún conductor irritado—, pero mi jefe me hizo comprometerme para ir a este evento promocional de la compañía. Ya sabes cómo es: si quedo mal, la va a tomar conmigo.

Alonso estrangula el volante.

—¿Y no has podido avisarme antes? Voy de camino a la fiesta de Antonia.

—Ay, ya —ríe ella—, ¡no es para tanto! Jaime y Diana van a estar allí, ¿no?

Él masculla que sí y se pasa el dedo índice por una ceja, despidiéndose con desgana. Mientras avanza por la avenida decorada con banderas y escudos, duda si debe cumplir con su hermana, quien ha decidido reservar el patio de una casona para organizar una fiesta. El pretexto es celebrar el pase de la selección nacional al mundial.

No es que a Alonso no le guste el fútbol, ni que su hermana sea mala para organizar fiestas, todo lo contrario, el evento promete: el edificio es antiguo, sus muros de piedra le dan carácter y está decorado con artesanía que parece salida de colecciones de anticuarios. Además, ha elegido un buen *DJ* y un menú para chuparse los dedos.

El problema es que no quería estar solo. Aquella noche no. Las últimas semanas solo había hablado con Caro cuando ella lo buscó, y él se esforzó en ser amable, pero supercorrecto. Le ha costado mantenerse alejado; varias veces sostuvo el móvil entre las manos y borró mensajes no enviados: se comprometió a respetar su pauta, y al parecer ella se conforma con un mísero mensaje cada quince días.

Sus largas piernas recorren el patio, cuyo centro está dominado por una fuente de cantera donde residen verdes helechos. «Bien, hermana, el lugar es espectacular». La dramática luz proviene de farolas a escala, imitación de las que había en las calles a principios del siglo XX. El *DJ* pincha una selección de rock en español y un camarero le muestra una bandeja para que escoja entre vino o cerveza.

Alonso aprovecha su estatura para escanear el lugar; sus ojos saltan por todos los asistentes, muchos de ellos con disfraz de futbolistas. Sería mentira decir que no está en la búsqueda de una mujer curvilínea de ojos enormes y precioso cabello oscuro. Ahí está, acompañada del zoquete de su novio en disfraz de portero. Ella lleva una minifalda, una blusa y un suéter en colores alusivos.

—¡Demonios! —exclama él, y desvía la mirada.

Pero no hay tiempo como el presente para cumplir con tareas desagradables, y él enfila hacia su mesa, aprovechando que están con Antonia y Samuel.

—¡Alonso, ¿y la camiseta del equipo?! —reclama su hermana al verlo.

—No pude encontrarla —se defiende—, pero te prometo que en los calzoncillos traigo el escudo nacional.

—¡Venga ya! —Antonia coge algo de la mesa—. A ver, ven aquí.

Él obedece sin protestar a sabiendas de que los acompañantes de su hermana están atentos a la escena. Antonia utiliza una especie de tiza especial para pintar una línea tricolor sobre su pómulo. Se aleja a admirar su trabajo y asiente.

—Ahora el otro. —Está por trazar la otra línea cuando un camarero se acerca y le murmura algo al oído.

—¿Qué? ¡No puede ser! Ese es el plato principal.

Todos están atentos, en espera de una explicación, pero ella, ofuscada, los mira sin ver y lanza la tiza en dirección a su amiga.

—Caro, voy a la cocina. Termínalo tú.

Desconcertada, Carolina atrapa el proyectil, Jorge se tensa a su lado, Samuel enarca las cejas y Alonso aprieta los labios: presiente que su ex se va a negar a pintarle la cara, pero ella lo sorprende acercándose como si nada. En vez de pedirle que se agache, se pone de puntillas, apoya una mano en su pecho y estira la otra para cumplir su encargo.

«Rápido y natural», me repito. Es lo único que se me ocurre para restarle importancia al hecho de estar invadiendo el espacio personal de mi ex. Sin embargo, el efímero contacto con el pecho de Alonso me desorienta, puedo sentir el furioso batir de su corazón bajo mi palma.

Cielos, esto me ha recordado lo mucho que me gustaba dormir apoyada sobre sus pectorales. No sé por qué, pero siempre tuve la impresión de que su corazón latía más fuerte que el promedio. Levanto los ojos hacia su cara y me doy cuenta de que me mira como si no hubiera nadie más con nosotros, entre divertido, agradecido... y hambriento. Me fuerzo a reprimir un escalofrío.

—Listo —pronuncio con un hilo de voz, y entonces me doy cuenta de que Jorge está ceñudo. Quito mi mano como si la ropa de Alonso quemara.

—Novio —carraspeo—, creo que no os conocéis. Este es Alonso Estrada, el hermano de mi amiga Tony. Alonso, él es Jorge Rodríguez, mi novio.

Los dos hombres que han sido importantes en mi vida se estrechan la mano con gesto hosco, lo cual desinfla un poco mis esperanzas de que, a estas alturas del partido, pudieran llevarse bien. No como buenos amigos, me queda claro, ¿pero un trato civilizado es demasiado pedir?

Cuando Samuel invita a Alonso a sentarse, no estoy segura de si agradecersele o darle una patada por debajo de la mesa.

—Qué bien que te veo —le dice, y al instante comienza a preguntar especificaciones de motocicletas: por lo que alcanzo a entender, quiere comprarse una.

Antonia llega justo cuando el tema de la moto concluye y dice con mejillas sonrojadas:

—Se les han acabado los canapés de salmón, ¡los quiero matar!

—¿En serio? —pregunto desilusionada—, ¿y ahora?

Ella hace una mueca.

—El cocinero ya está amenazado: o saca un platillo igual de bueno o se le va a armar la gorda.

—Bueno, cariño, no te angusties más —interviene Samuel—. Vamos a divertirnos, acaban de anunciar el karaoke.

Afortunadamente, la pieza que cantan juntos para animar a todos es un éxito, y para cuando se sientan, mi amiga ha recuperado su buen humor. Los siguientes dos turnos son de gente de mi vieja oficina y luego canta Diana, la novia de un muy amigo de Alonso.

Ya con tres copas encima, Jorge se anima, y repite su interpretación de *Me gustas tú*. Esta vez su participación es más entusiasta que entonada, pero aun así recibe fuertes aplausos. Regresa contento a la mesa, con el reflector aún siguiéndolo y me da un largo beso ante todos.

Unos minutos después, Alonso se pone de pie.

—Disculpadme —nos dice con una sonrisa cordial—. Voy con mis amigos los fumadores.

Mi ex sale a la parte del patio que no está techada y no vuelvo a verlo en una hora. No es que me fije demasiado: ha empezado el baile y Jorge me tiene dando vueltas por la pista en todos los ritmos imaginables —salsa, rumba, cumbia, ¡hasta el tango se cuele por ahí!—, pero de vez en cuando no puedo evitarlo y giro la cabeza para ubicar al hombre que me ha hecho sentir cosquillas en el estómago.

Detrás del cristal de la zona de fumar, Diana suelta un resoplido. Ha estado pendiente de Alonso y se ha dado cuenta de que sus ojos no se han despegado de la chica guapa de la minifalda. Habría ignorado un vistazo, ¿quién no se da la vuelta cuando ve a alguien atractivo?, pero van quién sabe cuántas canciones y el hombre parece hechizado.

—¿Quién es esa tía? —pregunta, indignada, a Jaime.

—¿Qué tía? —Su novio se gira, al tiempo que da una bocanada a su cigarrillo.

—Esa, a la que tu amiguito no puede dejar de ver.

Jaime hace una mueca y se piensa la respuesta, pero ella presiona de nuevo.

—Es su ex —admite él, al fin.

—¿Su ex? No me digas que después de todo lo que pasó, él sigue interesado en ella.

Jaime apaga su cigarro.

—¿Interesado? —desvía la mirada—, ¡para nada!

Diana eleva los ojos al cielo.

—¡No te hagas el tonto, es obvio! Entonces, ¿qué pasa con Marcela?

Su tono ha sido cortante y Jaime frunce el ceño.

—Si Marcela hubiera venido a cuidar sus intereses, tal vez esto no estaría pasando.

En ese momento, la chica de la minifalda se dirige al baño y Alonso, ajeno a la conversación de su amigo, apoya su vaso en una mesa y la sigue. Diana se vuelve hacia Jaime con una mirada matadora.

—A mí no me metas —se defiende él.

Al salir del baño me sorprende al toparme con Alonso.

—Hola, no te había visto; pensaba que te habías ido.

—¿Acaso me estabas buscando? —pregunta él a quemarropa.

—¿Qué? ¡No! Es solo que han servido la cena, y como no has vuelto a la mesa...

Mi réplica no es ecuánime, me ha puesto nerviosa. Él se da cuenta, por supuesto, y tras unos segundos con el semblante serio se le escapa una risita. ¡Condenado! Una broma más a mi costa.

—¡Tonto! —afirmo, y le doy un puñetazo juguetón en el hombro. Pero es tan bonito escuchar esa risa que me olvido de la broma y de mis nervios.

El grandullón se soba el lugar donde ha recibido el golpe y se serena lo suficiente para decir:

—De hecho, me alegra haberte encontrado. Quería despedirme.

—¿Te vas? —El comentario me extraña, Alonso adora las fiestas—. ¡Pero si no has bailado!

Cierro los ojos. «Vas bien, Carolina —me acuso. Sigue haciendo notorio que has estado pendiente de sus movimientos».

Afortunadamente, Alonso no comenta nada al respecto.

—Mañana salgo de viaje —dice con un mohín—. Tengo que estar en el aeropuerto muy temprano y ni siquiera he hecho la maleta; ya sabes cómo suelo dejar las cosas para el último momento.

—¡Caro! —La voz de Jorge me hace volverme. Él se detiene a mi lado y atrapa mi cintura con una mano posesiva—. Te estaba buscando.

«Y mira dónde te encuentro», parece decir su gesto serio.

—Alonso ya se iba —comento, al tiempo que paso los dedos a lo largo de mi melena. Nos estábamos despidiendo.

—¡No me digas! —le dice Jorge a mi ex en un tono en el que transluce el placer que le da deshacerse de él—. ¿Tan temprano?

—Viaje de negocios —responde Alonso, civilizado—. Pero tu novia ha hecho un comentario muy cierto: aún no he bailado. No te importa que la lleve a la pista un momento, ¿verdad?

—Para nada —dice Jorge levantando la barbilla—, adelante.

Estoy a punto de mandarlos al demonio, ¡mira que portarse como niños peleando por un juguete nuevo! Pero la tensión entre ambos me espolea a separarlos lo más pronto posible.

«Prueba no superada», me digo mientras Alonso y yo esquivamos parejas de bailarines entusiastas.

Por fin llegamos al centro de la pista, pero yo no muevo un músculo más allá de cruzarme de brazos y preguntar:

—¿Se puede saber qué diablos ha sido eso, Alonso?

—No te entiendo. —Él frunce el ceño, su expresión es de pocos amigos, pero no me amedrento.

—¿«¿No te importa que baile con tu novia?»? ¿En serio? ¿Y yo qué, acaso soy un mueble?

Alonso suspira y se pasa una mano por la frente.

—Tienes razón, lo siento. —Se endereza cuan largo es y desvía la mirada. Puedo darme cuenta de que está haciendo un esfuerzo por serenarse, pero pierde la batalla, porque se vuelve hacia mí y dice exasperado—: ¡Dame un respiro, Carolina! No puedes esperar que mantenga la calma toda la noche cuando tú y él...

—¿Cuándo él y yo qué? —presiono.

Alonso sacude la cabeza y aprieta los labios.

—Nada, olvídalo. ¿Podemos bailar, por favor?

Ha extendido su mano con la palma hacia arriba en espera de la mía, pero yo solo lo observo con emociones encontradas.

—Por favor —repito con un tono tan conciliador que no puedo sino aceptar.

Alcanzamos a bailar las últimas estrofas de una canción de Alejandro Fernández y entonces, trágame tierra, el DJ elige una balada.

—Creo que debemos irnos —sugiero en voz baja, y me doy la media vuelta.

Alonso la pesca por la muñeca para evitar su partida.

—Solo esta, Caro, me prometiste una canción.

A Dios gracias, ella no lo deja plantado en medio de la pista como un completo estúpido, así que él aprovecha para aprisionar una de sus manos y colocar la otra en su cintura. La música los

envuelve, y sacude la cabeza ante la ironía. Es una de las canciones favoritas de Carolina. De hecho, fueron juntos a un concierto del cantante. Fue un regalo que él le hizo con pretexto de nada.

Ella continúa desconcertada, es evidente, pero no puede explicarle nada. ¿Qué podría decirle? ¿La verdad? Por supuesto que no. Carolina quiere ser tratada como una amiga. Menos que eso, como una conocida cualquiera, mientras que él se ha comido los celos toda la noche.

Traga saliva y se obliga a enfocarse en el ahora: en su cuerpo tan cercano, en su perfume y en el suave contacto con la palma de su mano. De pronto es consciente de que con cada acorde, con cada nota que pasa, su tiempo juntos se acerca a su fin. Aprieta la mandíbula.

«Concéntrate en lo bueno», se dice, y es entonces que se da cuenta de que partes de la letra de la canción parecen haber sido mandadas hacer para él:

Tomas de mi mano y por dentro lloro
Aunque sea mentira, me haces sentir vivo
Aunque es falso el aire, siento que respiro.

Sin darse cuenta cierra los ojos, agacha la cabeza para estar más cerca de la de ella mientras repite en su cabeza: «Aunque es falso el aire, siento que respiro».

Por fin la canción termina y él vuelve a la realidad. Quisiera golpear algo cuando Caro da un paso hacia atrás y dice con forzada ligereza:

—Bueno, no debo entretenerte más. No quiero que me acuses mañana de haber perdido tu vuelo. Alonso asiente una sola vez y no es capaz de conjurar ni una mísera sonrisa.

—Te acompaño con tu novio.

—¡No! —Carolina alza la mano como un agente de tránsito—, gracias. Nos vemos luego.

La vio llegar a su lado. El noviete se porta serio, un mal perdedor. Se van casi enseguida.

Mientras conduce de regreso a su casa, Alonso imagina lo que le escribiría si todavía se permitiera hacerlo.

Caro:

En días como este siento flaquear mi fuerza y mi determinación. En situaciones así solo puedo pensar que la amistad que decimos tener no va a funcionar. Caro, si de verdad solo quieres que sea tu amigo, tengo un favor que pedirte: no te muevas de la manera en que lo haces, no me hagas reír tanto, no me mires con tus ojos de ángel, no permitas que te toque.

Esta noche me he despedido de ti de la manera en que me he entrenado para hacerlo, como si estuviera con Antonia. Me pregunto si nunca te has dado cuenta de que todo es una farsa, de que los segundos que robo cerca de tu cara o en los que mi mano retiene la tuya me torturan como el alcohol a un exadicto. Como ellos, nunca seré libre. En momentos oscuros como hoy me pregunto si lo mejor no será borrarte de mi vida para siempre».

—Te lo dije, Carolina: tú todavía le gustas a ese tipo. —Jorge está furioso; en cuanto nos subimos al coche empieza con sus recriminaciones.

—¿Perdón?

Conduce muy despacio, y aprieta el volante como si quisiera estrangularlo.

—No finjas, tu exnovio te estaba tirando la caña. ¡En mi cara! Me pregunto si no te estará rondando mucho más de lo que aceptas conmigo. ¿Cómo demuestra su amistad? ¿Te visita? ¿Te trae regalos? ¿Tiene algún tipo de derechos?

Esa última oración me enfureció. Es una suerte que esté conduciendo, porque me dan ganas de abofetearlo.

—Me estás ofendiendo —digo entre dientes.

—¿Ah, sí? ¿Y qué crees que he sentido cuando os he visto bailando? —cuestiona, furibundo.

—¿Qué has podido ver? Hemos bailado menos de cinco minutos. Además, tú has sido el que ha accedido a que fuera con él. ¡Ni siquiera me has preguntado si quería hacerlo!

—Pero tú has debido negarte.

—¡Ay, por favor! No entiendo los juegos de machos, ni leo mentes tampoco, pero hay algo que quiero que te quede bien claro: entre Alonso y yo no hay nada, y yo no le he dado pie para que piense otra cosa, ¿estamos?

Miro hacia el otro lado: un policía ha parado a un coche blanco y le está pidiendo sus papeles al conductor. Mientras, el silencio dentro de nuestro vehículo se hace incómodo y prolongado.

—Caro, quiero que dejes de tratar con él.

Sus palabras me dejan fría. No puedo negar que esta noche Alonso se ha comportado raro, pero ¿de verdad la situación merece una reacción tan drástica? A lo largo de los meses, él siempre ha respetado que yo estuviera con Jorge, y salvo por un poquito de insistencia durante las vacaciones, se había comportado a la altura.

Siento la necesidad de defenderlo. Nunca ha intentado verme a solas, ni me ha hecho insinuaciones impropias. Desde el día de mi cumpleaños nos hemos visto, ¿cuántas veces? ¿Dos? ¿Tres? Y la última él mismo sugirió que me acompañara su hermana. Por otra parte, nunca ha hablado mal de Jorge, ni ha intentado interferir en nuestra relación.

Quiero explicárselo a mi novio, pero él no entiende razones, no cree en la amistad entre hombres y mujeres. Se comporta como nunca antes.

—Me estás usando —acusa—. ¡Me estás usando para darle celos y metértelo de nuevo en el bolsillo!

Lo miro con la boca abierta. ¿En verdad piensa eso?

—Para el coche —exijo con voz ahogada. Él va a replicar, pero lo interrumpo antes de que pueda hacerlo—. ¡No quiero escuchar una palabra más! Detén el coche ahora mismo.

—Caro, es peligroso, ¿cómo crees que voy a...?

Aprovechando que el tránsito va lento, abro la portezuela. Él frena en seco y yo aprovecho para salir y alejarme con paso firme.

*T*ensa, sostengo el auricular junto a mi oreja. La persona al otro lado de la línea me está pidiendo algo que no quisiera hacer.

—En serio, Carolina —repite Susana, la secretaria de Alonso—, ya le está saliendo moho. Además, deberías darte prisa y cobrarlo antes de que lo cancelen. No sabes el problema que es que te emitan uno nuevo.

—Está bien —prometo enredando el cable entre mis dedos—. Esta semana voy a por él.

Aun así, me lleva tres días más reunir el coraje suficiente para darme una vuelta por mi vieja oficina. Lo último que hubiera querido es pararme por aquí, pero he estado posponiendo las cosas demasiado tiempo y, con algo de suerte, podría matar dos pájaros de un tiro.

A unos pasos de la entrada me detengo a admirar el edificio neocolonial, con su piedra labrada y sus pesadas rejas. Un suspiro se escapa de mi pecho. Siempre me ha gustado venir aquí: dejar este trabajo fue una difícil decisión.

«Bueno, qué se le va a hacer. Lo pasado, pasado está».

Antes de dar un paso al interior, analizo mi imagen en una de las ventanas de la planta baja. Quiero verme bien para saludar a mis viejos amigos y también a las que les gustaría verme hecha una piltrafa.

En el trayecto hacia el primer piso me recuerdo que no soy la misma que conocieron. Ahora soy más asertiva, me siento más fuerte, y sería injusto adjudicarme todo el mérito. Estar con Alonso me hizo más segura, estar sin él me ayudó a trabajar en mi amor propio.

Llego a la primera planta y, tal como pensaba, Brenda me trata como si fuera una apestada, Martín es superamable y varias de las profesoras me saludan con cariño. Luego me encuentro a Fernando, quien me invita a pasar a su oficina, preguntándome mil y un detalles de mi nueva vida. Su esposa, Leila, solo me saluda, y se disculpa con el pretexto de que tiene «un montón de trabajo». Me parece que hay un tono de acusación por ahí.

Y así me lleva media hora llegar al escritorio de Susana, quien me saluda con efusividad, dentro de sus estándares, claro.

—Vaya, había llegado a pensar que habías ganado la lotería y ya no te interesaba una bagatela como el reparto de utilidades.

Suelto una risita y me acerco a darle un abrazo. Conociendo lo seca que es, no permito que dure más que un par de segundos.

—Ay, bonita, qué alegría verte. Te veo muy bien. —Da la vuelta a su escritorio, saca unos papeles y los pone frente a mí—. Solo firma aquí como «Recibido», ¿quieres? También en este recuadro, y en este.

Una vez que guardo el famoso cheque en mi cartera, no puedo posponerlo más. Ha llegado la parte más difícil de toda la visita. Trago saliva.

—¿Está tu jefe? —pregunto en voz baja.

Solo porque la observaba de cerca pude captar el esbozo de una sonrisa en sus labios delgados.
—Está en su oficina, puedes pasar.

Siento los ojos de los empleados siguiéndome. Hace tiempo obligué a Antonia a contarme lo que decían de mí, y la verdad es que me sorprendí de las imaginativas teorías que bulleron en sus cabezas. Había quien se inclinaba a creer que me fui de la empresa porque estaba esperando un hijo de Alonso; otros nos habían casado en secreto y algunos más se atrevieron a decir que él me había despedido para no tenerme cerca.

Y ahora quieren confirmar sus sospechas. Me pregunto si harán apuestas.

Llamo a la puerta, insegura: llevo tres días preparando un discurso perfecto, y, por supuesto, no he logrado encontrar la versión correcta. Alonso levanta la vista, y al verme en el quicio de la puerta se queda pasmado. Por fin reacciona, sonrío ampliamente, y yo habría dado lo que fuera por evitarnos ese momento.

—¿Puedo? —pregunto con la garganta cerrada.

—¡Por supuesto! ¡Bienvenida! ¿En qué te puedo ayudar, Caro?

No puedo con el placer tan auténtico que refleja su cara, así que rompo el contacto visual mientras cierro la puerta a mis espaldas.

—Necesito hablar contigo, ¿tienes unos minutos?

—Siéntate, por favor. —Indica una silla frente a su escritorio y mientras me acomodo levanta el auricular y le pide a Susana—: ¿Podrías cogerme el recado de cualquier llamada que llegue? Voy a estar ocupado. —A continuación se dirige a mí de nuevo—: ¿De qué quieres hablar? —pregunta, pero no puedo responderle de inmediato, porque acabo de darme cuenta de que sobre su escritorio hay una fotografía enmarcada.

Y la única persona que aparece en ese retrato soy yo.

Alonso hace por coger el marco, pero es demasiado tarde. Me doy cuenta de que Jorge no andaba tan errado.

—Disculpa —murmura—, no esperaba visitas.

Asiento lentamente, mientras mi enfado con mi novio termina de disolverse. Tenía razón, y aunque lo expresó de la peor manera, sí tenía motivos para estar celoso.

De todos modos, yo no estaría aquí si no se hubiera disculpado por sus acusaciones y con un ramo de flores me hubiera dicho:

—Caro, puede que esté equivocado, pero, por favor, ponte en mi lugar. Me dijiste que ese tipo te había hecho daño, me contaste un poco de su historia, y sé lo mucho que significó para ti. Luego te busca con el cuento este de la amistad y cuando os veo juntos... —Me cogió de la mano y, mirándome directamente a los ojos, murmuró—: Él todavía te desea, Caro... La forma en la que te mira, la manera en la que te tocó cuando bailasteis... Si ya no te importa, te pido, es más, te suplico que me des un poco de paz mental y rompas todo contacto con él. Eso no puede ser sano.

—Te he echado de menos —asegura Alonso en el peor momento—. ¿Cómo has estado?

Levanto una mano para cortarlo.

—Por favor —le digo, y señalo la fotografía—: ¿Por qué?

Apenas se encoge de hombros, la expresión de sus ojos es de total derrota. De pronto, alguien llama a la puerta y entra sin permiso. Me vuelvo sobre mi asiento para ver la falsa sonrisa de Brenda y la expresión asesina de Susana un paso detrás de ella.

—Te ha llegado este paquete por valija exprés —dice con voz melosa. Sus ojos saltan de mí a Alonso, evalúa la situación.

—Podías dárselo a Susana —dice Alonso en tono seco.

Mi atención regresa a él. He reconocido la inconfundible nota amenazadora de su voz.

—Pero creo que es urgente —insiste esta mujer sin sesos.

Los ojos de Alonso escupen chispas de hielo y con una voz tan tranquila como cortante responde:

—Voy a estar ocupado toda la tarde. Cualquier cosa que necesites, velo con ella, ¿está claro?

En un primer momento, Brenda palidece, y en el siguiente sus mejillas se saturan de color granate; murmura una disculpa. Parece que por fin le ha quedado claro que nunca llegará a ningún lado con él.

De pronto, Alonso se pone de pie, coge la chaqueta que tenía colgado en el respaldo de la silla y me dice:

—Mejor nos vamos. Me queda claro que lo que me piensas decir es importante y no quiero más interrupciones. Además, prefiero estar lejos de estos cotillas.

—¿Pero a dónde quieres ir?

—A donde tú me digas, creo que nos merecemos una larga conversación.

Cruzamos los pasillos en medio de un silencio sepulcral, y no logro respirar hasta que no tengo ambos pies plantados sobre la acera.

—¿Te parece si caminamos un poco? —propone él señalando el parque de la esquina.

Mientras avanzamos por la calle puedo sentir el enfado en cada uno de los largos pasos de Alonso. Maldigo a Brenda: su estupidez ha echado a perder una conversación pacífica. En un impulso, apoyo mi mano sobre su antebrazo.

—Tranquilo —le digo.

De inmediato inclina su cabeza hacia mi mano y la cubre con la suya. Respira hondo mientras contempla las nubes salpicadas en el cielo, y con cada segundo que pasa se va serenando.

Pasa un instante eterno hasta que por fin me deja ir y posa su mirada en mí.

—Adelante, te escucho.

Debí suponer que las cosas no sucederían como lo había pensado, incluso yo me siento descolocada. No tengo idea de por dónde empezar. Echo a andar debajo del verde frescor que tanto me calma. ¿Cómo se lo explico? Dejo la vista al frente.

—Alonso, lo que quería decirte en la oficina es que los meses que estuvimos juntos...

—Prácticamente un año —corrige.

—Bueno, lo que sea —digo, retorciendo un mechón de mi cabello—. Ese tiempo me llegué a compenetrar mucho contigo. Tú me ayudaste a crecer. Eres cálido, despreocupado, inteligente, seguro, trabajador y muchas otras cosas. Durante un tiempo me completaste de una manera que ni siquiera llegué a soñar, y guardo recuerdos muy bonitos de nuestra relación, pero ahora...

No sé cómo continuar. Alonso se gira hacia mí y me estrecha en un sorpresivo abrazo.

—¡Gracias, no sabes cuánto necesitaba escuchar unas palabras como esas! No sabes lo difícil que ha sido para mí creer que habías llegado a repudiar nuestra relación entera. —Tomándome por los hombros fija su mirada en mi cara y pregunta con semblante abatido—: Quieres que salga de tu vida, ¿verdad?

Dejo caer la cabeza y asiento. Él me toma por la barbilla y con toda suavidad me obliga a mirarlo. Y lo odio, porque su tristeza me hace querer abrazarlo.

—Solo quiero preguntarte una cosa: ¿tú crees que ese hombre puede hacerte feliz?

Asiento de nuevo y entierro las uñas en la palma de mi mano al notar que los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿Me das un ratito más? —implora—. Solo mientras absorbo todo esto.

—Por supuesto —accedo con un hilo de voz.

Alonso extiende su mano hacia mí en muda invitación y yo no dudo en cogérsela. ¿Para qué fingir que me es indiferente? Son nuestros últimos momentos juntos. Seguimos el zigzagueante sendero entre gente feliz que disfruta de su tarde otoñal. Alonso no dice palabra, pero a veces acaricia mi cabello o me besa la mano, que sigue aprisionada en la suya y ha colocado frente a su corazón. Puedo ver en cada gesto una mezcla de pena y de estoica aceptación.

El sol se irá en unos minutos, pero por ahora ilumina con un mágico color dorado las hojas de los árboles. Alonso me guía hacia un banco y cuando tomamos asiento asegura:

—Quiero que sepas que me alegro por ti.

—¿Lo dices en serio? —pregunto estudiando su expresión.

—Lo juro, Caro. Solo te deseo lo mejor.

Empiezo a descascarillar el esmalte de uno de mis pulgares con los dientes. Sabía que sería difícil decirle adiós, pero no pensaba que tanto.

—Gracias por entenderlo, supongo que a mí tampoco me gustaría que él estuviera saliendo con exnovias.

Acaricia mi mejilla con el dorso de la mano.

—Supongo que no. Perdóname si te he dado algún problema.

Me encojo de hombros para darle a entender que no importa. Alonso se encorva, apoya los antebrazos sobre sus muslos.

—Te prometo que no volveré a buscarte, Caro, pero quiero que tengas en cuenta que eso no quiere decir que no puedes contar conmigo. Por favor, no dudes en llamarme cada vez que necesites algo de mí. Seré tu amigo, tu confidente, tu cómplice o lo que quieras. En un mes o en diez años, sin importar las circunstancias, estaré más que dispuesto a apoyarte, ¿entendido?

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que él enmarca mi rostro con sus manos y seca mis lágrimas. Y entonces, de la manera más natural del mundo, me abraza de su cintura.

El día muere. Nos cubre un manto de silencio y penumbra.

—No sabes la desesperación que me da pensar que te tuve y te perdí —murmura contra mi pelo.

—Perdóname —susurro—. No tenía idea de que te sentías así: de otro modo, no habría aceptado tu propuesta. Creo que solo lo he hecho más difícil para ti.

Alonso inspira muy fuerte, como queriendo grabarse mi olor. Y entonces dice:

—Aire falso.

Inesperadamente me coge por los hombros, sus dedos aprietan con fuerza, su rostro ha trocado la serenidad por una expresión torturada.

—Estoy muerto de miedo, Caro, sé que me queda muy poco tiempo. Si existe algo como el destino, te diría que estoy convencido de que debemos estar juntos. Daría un brazo por tenerte a mi lado hasta el último día de mi vida. Gracias por todo lo que me diste...

Cierro los ojos y me vuelvo hacia el lado opuesto, no puedo escuchar más.

—No llores, por favor, me rompes el corazón. Perdóname, fui tonto. No quiero que nos despidamos así... Caro, te lo suplico: tranquila.

Cuando al fin logro calmarme, él me coge por el codo.

—Ven, te llevo a tu casa —ofrece en un murmullo.

Yo sacudo la cabeza, aferro las solapas de su chaqueta y me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla. Él gira la cabeza y el beso cae en la esquina de su boca.

—Adiós —digo con voz ahogada, y me alejo con toda la velocidad que permiten mis piernas temblorosas.

Quando miro hacia atrás no puedo verle la cara, la ha enterrado entre sus manos, y me duele como nunca ver su desesperación.

Nunca un período en la vida de Alonso ha sido tan melancólico. No ha tenido la energía ni la disposición para explicarle a Antonia lo que ha sucedido entre Carolina y él. Ha preferido el aislamiento de la incompreensión por encima de los «Te lo dije», «Me lo temía» y los insoportables «¿Estás bien?». Intenta darle a su rutina la apariencia de normal, incluso llega al extremo de pedirle a Marcela que sea su novia, pero nada parece ser suficiente. Trabaja como un obseso y gran parte de su tiempo libre lo pasa pintando.

Esto se debe a que la fiesta suele empujarlo a tomar demasiado alcohol, y en la desinhibición consecuente pueden ocurrir tres cosas reprobables: o le escribe a Carolina, o se ve tentado de enviarle algunos de los múltiples mensajes que tiene archivados o, peor aún, a llamarla en estado de ebriedad para pedirle que deje a ese tipo de una vez por todas.

Afortunadamente, cuenta con Jaime, el único que sabe la verdad y a quien ha dado permiso para recurrir a cualquier método, incluso la violencia física, con tal de evitar que Alonso sume otra estupidez a la larga lista de estupideces que ha cometido en los últimos tiempos.

Por culpa de su obstinado silencio, a pesar de que cada noticia es un navajazo en el pecho, aun ahora llega a enterarse por Antonia de lo que pasa en la vida de Carolina. El saber lo que está ocurriendo en su trabajo, lo que le preocupa, los lugares que ha visitado e incluso nimiedades como lo que come o qué lleva puesto lo dejan con un sentimiento de intranquilidad tal que se ve forzado a liberarlo con colores y trazos.

De algún modo lleva una doble vida: el divertido y sociable Alonso cada vez que los reflectores lo alcanzan y una triste y oscura sombra en cuanto está a solas.

«No hay que forzar las cosas —se repite con demasiada frecuencia—. Esto pasará».

Aun antes de que suene el despertador, estoy en el cuarto de baño intentando bajar la inflamación de mis párpados con compresas frías, las cuales, temo decirlo, no están funcionando del todo. Miro el reloj y compruebo que el tiempo ha corrido implacable; a pesar de sus esfuerzos todavía parezco una boxeadora que perdió la pelea, pero si no me visto ahora mismo, llegaré tarde a mi cita.

Molesta, arrojo el paño blanco dentro del recipiente con agua y hielos. ¿Por qué justamente anoche Alonso tuvo a bien aparecer en mis sueños?

No me explico la razón, pero no es novedad. Mi ingrato subconsciente me ha estado jugando malas pasadas y ha estado invitando a mi ex a aparecer cuando le dé la gana. Una especie de *open house* onírica. No contento con eso, el Alonso que llega es igual de atractivo que en la vida real, igual de ocurrente y, además, está empeñado en seducirme.

En este punto mi mojigata conciencia decide que es suficiente y censura cualquier escena en la que nuestras bocas se aproximan o cuando él está a punto de quitarme la ropa.

Inconcebible pero cierto, cada vez que se da la ocasión para que ocurra algo intenso entre Alonso y yo el sueño cambia o simplemente me despierto.

¡Estoy cansada de la situación! Ganas no me faltan de quejarme de esto en las redes sociales, haciendo uso de etiquetas como: #nosevale #porquéamí #deseoinsatisfecho.

Por alguna razón, anoche fue distinto. Un decidido Alonso logró burlar mis barreras mentales; apasionado, me acarició toda, murmuraba en mi oído que soy preciosa, que me ha echado de menos, que me quiere, y sus dedos mágicos me llevaron al cielo.

Solo cuando dejé de temblar, me di cuenta de la terrible verdad: el sueño no fue tal, y había un hombre en mi cama, acomodándose entre mis piernas.

Pero ese hombre no era Alonso, sino Jorge.

Jorge, que se ha quedado a dormir aprovechando que mi madre se ha ido a pasar un par de semanas a la cabaña de Lupita. Jorge, diciéndome que lo vuelvo loco y que las esperas que debemos sufrir para estar juntos se le hacen eternas.

Poco a poco entiendo lo que ha pasado: me quedé dormida y a medianoche él quiso despertarme para un segundo encuentro amoroso. Mi cuerpo reaccionó a sus caricias, pero mi mente no. Se quedó en el terreno de lo irreal y le puso otra cara y otra voz a la persona que me hacía estremecerme.

Ahogada por la culpa, no puedo disfrutar del placer de mi novio; quisiera esconderme, estar a solas, desahogarme en libertad. En cuanto puedo, me cubro el cuerpo desnudo con el camisón y me escabullo al baño, donde me lavo la cara con agua helada.

«Prohibido llorar una sola lágrima, Carolina», me advierto con aspereza.

A la mañana siguiente, quince minutos antes de las ocho, el taxi me deja frente a un espectacular edificio de cristales ubicado en uno de los complejos más nuevos de la ciudad. El nombre está escrito en letras de aluminio en la parte superior de la construcción de quince pisos: «German Centre». Y es ahí donde, en un cuarto de hora, demostraré si he aprendido tanto del complicado idioma como planeaba.

Saludo a la mujer con uniforme de seguridad que guarda la puerta y le doy a revisar mi bolso. Mientras tanto, todas las advertencias de Antonia llegan a mi cabeza:

—Recuerda: solo puedes llevar agua en una botella transparente, y te pedirán que dejes tu móvil fuera. El examen dura cuatro horas, Caro, y la gestión del tiempo es esencial. Te van a evaluar las cuatro habilidades principales: lectura, escritura, comprensión auditiva y expresión oral. No te confíes, no habrá un amable examinador al que puedas preguntarle tus dudas; el examen es en línea y deberás resolver cada sección en el tiempo indicado. Para la parte hablada escucharás unas conversaciones pregrabadas. Para grabar tus respuestas acércate al micrófono y habla alto y claro. Por cierto, me han dicho que hay un examen de práctica en internet...

—Señorita, no puede pasar con esto.

La guardia me mira con el ceño fruncido, y al ver lo que tiene entre las manos enrojeczo hasta las raíces de los cabellos: no se trata de mi teléfono, sino de un cúter de esos que venden en las papelerías con el que estuve cortando un rompecabezas que elaboré ayer para ayudar a mis alumnos a aprenderse la conjugación de verbos irregulares.

¿Cómo me verá? ¿Como una despistada o como una criminal en ciernes? Me disculpo efusivamente: lo último que quiero es que me prohíban hacer el examen. A Dios gracias, al final ella parece creer en mi inocencia y me deja pasar. Tal vez no soy la primera loca estresada con la que ha tenido que tratar en el desempeño de sus funciones.

La guardia acciona un botón que abre la puerta automatizada y yo le doy las gracias y avanzo

hacia los ascensores que me ha indicado. Las alas de cientos de mariposas revolotean en mi estómago al recordar lo que está en juego. «Vamos, Caro, no te presiones de más». Aprovecho que estoy sola durante el ascenso para inspirar profundamente y exhalar despacio. Repito la acción cuantas veces puedo. Las puertas del ascensor se abren.

Ha llegado la hora de enfocarme en el futuro.

Su pincel traza una última curva sobre el fondo azul y Alonso se aleja unos pasos para evaluar el resultado. El movimiento provoca que la profesora deje de lado su propio trabajo y se acerque a su caballete. Se detiene a su lado y mueve la cabeza con aprobación.

—¡Alonso, es precioso! Intenso, vibrante. Yo creo que con este ya tienes suficientes lienzos para participar en la muestra.

Él se rasca la cabeza.

—No sé, Martha. —Sabe que el trabajo es bueno, pero no está seguro de que sea una buena idea mostrarlo al público. En todos sus otros cuadros Carolina está solo insinuada, es un símbolo, un sentir, un pequeño fragmento. Este es el primer retrato que hace de ella, y, a pesar de que ha trazado el contorno de sus facciones con rojos y morados, a pesar de que la obra es moderna y atrevida, cualquiera que conozca a su ex podría reconocer los ojos grandes y expresivos, la nariz delicada, la boca perfecta.

Martha se vuelve a mirarlo desconcertada.

—¿Cómo que no sabes? ¡Es el mejor que has hecho hasta ahora!

Él no piensa contarle sus intimidades, así que se va por la tangente:

—La nariz se me ha quedado un poco aplastada, ¿no crees?

Le muestra a la profesora la fotografía en la cual se basó para su pintura. En ella, una Caro empapada sonríe radiante a la cámara. Alonso solo ha copiado su cara, cuello y hombros. El gato malhumorado que tiene entre los brazos no sale en el cuadro; tampoco el otro, que mira a su amigo con curiosidad desde el suelo.

La profesora estudia la fotografía. Se acerca al lienzo y pone en su espátula un poco de amarillo y blanco.

—Eso se corrige con facilidad —asegura.

Mientras ella logra el efecto deseado en un par de movimientos, Alonso recuerda lo que pasó aquel día: Buda, el siamés, ya había recibido un baño; desde hacía tiempo se dejaba hacer sin tomárselo mal, pero Nina, la gata persa, había maullado y se había retorcido como siempre, luchando como una heroína hasta el final.

—Perfecto, es justo lo que hacía falta —agradece Alonso, y en el lavabo limpia pinceles y espátulas, y luego se sirve un café. De regreso ante el caballete sonríe ampliamente: el cuadro es perfecto, le gusta la técnica, le gusta la similitud con la modelo, le gusta el sentimiento que expresa, porque Caro no solo parece feliz en esa foto: se le nota enamorada.

«Me pregunto qué te parecería».

Coge su teléfono y le saca una fotografía al cuadro. La tentación de enviársela o al menos de saludarla lo ha sobrecogido. Lleva varios días resistiendo, pero ya no puede más. Marca su número, permite que se oigan uno, dos, tres tonos y entonces vuelve a la cordura y cuelga, frustrado.

«¡Maldición!».

Se despide de la profesora y de sus compañeros, luego guarda su material en el maletero del coche y coloca el cuadro cuidando que no roce con nada. Ha usado óleo, así que todavía no se ha secado, hay que evitar que se marque. Entonces suena el teléfono, y se sobresalta de tal manera que el aparato va a parar al suelo. ¿Podría ser que Carolina...?

Se agacha a recogerlo y al ver el identificador de llamadas se decepciona. Es Marcela.

—¡Hola, amor! ¿Ya estás listo?

Alonso tiene el deseo infantil de colgar, sin más.

—¿Listo para qué?

—Alonso, ¿dónde tienes la cabeza? ¿No te acuerdas de que hoy habíamos quedado con Diana y Jaime? He hablado hace un rato con ella y me ha dicho que quieren ir a ese restaurante donde me llevaste el otro día. ¿No te ha dicho nada tu amigote?

Alonso se siente atrapado; busca en su repertorio de pretextos para zafarse del compromiso. ¿Una junta inesperada? ¿Una presentación inminente? ¿Algún problema en casa, tal vez? Se imagina con desaliento las horas huecas que vendrán, pero también sabe que no puede encerrarse a llorar.

—Ya recuerdo; claro que me ha dicho. Voy un poco retrasado, pero te recojo en media hora, ¿vale?

—Vale, hasta entonces, amor.

La profesora Martha consiguió espacio para la exposición de la obra de sus alumnos en el centro cívico.

El edificio, de forma caprichosa, está rodeado de jardines salpicados con esculturas modernistas. Cuenta con una cafetería, salas de conferencias y salones para clases varias. En uno de ellos hay una exhibición de fotografías; en el otro pondrán las pinturas.

El problema fue que el espacio estuvo ocupado constantemente y apenas una noche antes los alumnos de la academia pudieron montar la exposición. Todos trabajaron duro, con una combinación de nervios y entusiasmo. Tuvieron que sacar los muebles que estorbaban y los llevaron al sótano, improvisaron un área de recepción y hasta cambiaron el color de algunas mamparas para hacer resaltar las obras que serían colocadas allí.

Una comisión especial se encargó de elegir los canapés y las bebidas y de comprar flores para agradecer la presencia de los invitados, y también se cercioró de que cada obra tuviera tarjeta de identificación con el título, nombre del autor, la técnica utilizada y el precio de venta.

Exhaustos, se despidieron cerca de las dos de la mañana.

Alonso amanece molido y con esfuerzo se levanta de la cama. Sus ojos están enrojecidos, sus ojeras, marcadas. Cierra los ojos y se lleva la mano a la cabeza, pero no tiene tiempo de volver a dormir. En vez de eso, abre el cajón de su mesilla, encuentra un par de aspirinas y se las traga en seco. Avanza con paso inseguro hasta la ducha y mientras se enjabona el cuerpo se dice a sí mismo que ha tomado la decisión correcta: no ha invitado a Marcela. No quiere que se sienta mal si acaso reconoce en el retrato a la chica que lo trastornó la noche de la cena del Gino's.

Alonso dedica su mañana a terminar la presentación para un cliente y a las 3:30 de la tarde la alarma le advierte de que es hora de irse. Antes de salir, deja un vaso de whisky a medias en el fregadero. Por alguna razón, los nervios lo atenazan. Será que no está acostumbrado a que cualquiera pueda asomarse a los secretos que guarda.

En cuanto llega al centro cívico alcanza una copa de vino de la bandeja del camarero que pasa por ahí. Ha elegido vestirse de negro. Está usando el suéter y la colonia que le gustan a Carolina: después de todo, aunque no lo sepa, la presentación es un homenaje a ella. No en balde inspiró cuatro de las seis obras expuestas.

De pronto, alguien lo abraza por detrás.

—Alonso, has empezado a celebrarlo desde temprano, ¿eh? ¡Y sin mí! Pero te perdono, hoy es tu día.

Él sonríe y se agacha para besar la mejilla de su hermana, y luego estrecha la mano de Samuel.

—Ahora vienen mis padres —explica Antonia—, están aparcando.

Un cuarto de hora más tarde Jaime hace acto de presencia. De su brazo derecho cuelga Diana; a su izquierda, luciendo un favorecedor vestido *halter*, está Marcela.

La rígida expresión de su rostro no presagia nada bueno.

—¿Por qué la has traído? —reclama Alonso a su amigo mientras las chicas conversan con su familia.

—¡No he podido evitarlo! —sisea Jaime—. Diana le contó que veníamos. Te mandé mensaje para ponerte sobre aviso.

Alonso revisa su chat y ahí está la prueba: dos mensajes de texto sin leer. Resignado, consigue otras dos copas de vino y ofrece una a su novia. Ella la acepta con frialdad.

—Alonso...

—Luego hablamos, ¿sí? Ya van a cortar la banda de inauguración.

—Creí que odiabas los discursos.

—Así es, pero es mi evento. Tengo que estar allí.

Martha hace una introducción breve de la academia, menciona los nombres de los alumnos participantes y agradece a los directivos del centro el apoyo brindado. A continuación todos se colocan a lo largo de la cinta roja y la cortan al mismo tiempo con tijeritas plateadas.

Marcela se acerca a él, pero Alonso se distrae con la presencia de una pareja de recién llegados. Coge otra copa.

—Permíteme un momento —le pide—. Voy a dar la bienvenida a unos invitados.

—Te acompaño —dice ella con una sonrisa apretada—. Me encanta conocer a tus amigos.

Alonso saluda efusivamente a un hombre moreno de gafas acompañado por una mujer embarazada.

—Fernando, Leila: ella es Marcela. Marce, te presento a mi socio y a su esposa.

—Mucho gusto —dice Fernando, cordial—. ¿Tú también eres artista?

—No, yo soy la novia de Alonso.

Leila pone una mano sobre su vientre abultado y dice con franca sorpresa:

—Alonso, qué guardadito te lo tenías. ¿Desde cuándo tienes novia?

Él traga saliva con trabajo. La tarde va en declive con tanta velocidad como un avión que se desploma del cielo. Afortunadamente, Antonia llega al rescate y le pide que los acompañe en su paseo por el salón.

—No hay cosa mejor que cuando el propio artista te explica la historia detrás de cada pieza.

Como un reo camino al cadalso, Alonso hace de guía. Intenta ganar tiempo, les muestra sus obras favoritas de entre las que han hecho sus compañeros, comparte detalles interesantes, hace algunos comentarios chuscos.

Cuando llegan a la sección dedicada a sus obras, cierra la boca. Toda su elocuencia se ha ido. Poco a poco sus acompañantes pierden la sonrisa, sus caras reflejan distintos grados de asombro.

—¡Alonso! —murmura Antonia con una mano sobre su garganta. Se ha detenido frente al retrato de Caro.

—¿Tienes un momentito, mi amor? —Marcela lo ha visto también; entierra las uñas en su brazo, aunque la tela de la camisa les quita algo de filo.

Todavía no salen del salón cuando se encara con él.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —reclama en un volumen tan alto que varios de los presentes se giran a mirarlos.

—Baja la voz, por favor.

—¡Hablo como me da la gana! ¿Qué te pasa, Alonso? ¿Qué tiene esa mujer que te pone tan mal? Óyeme bien, no soy ninguna tonta, y no me vas a usar. Ha llegado la hora de definir tus prioridades. ¡No puedes tenernos a las dos! ¿Pero qué estoy diciendo? Ni siquiera la tienes a ella. Yo soy mucho más mujer que esa. Así que qué prefieres, ¿a un fantasma o a mí?

Alonso deja caer la cabeza.

—Perdóname —murmura—, no he debido permitir que lo nuestro llegara a tanto. Tienes razón, esta situación no es justa para ti.

Marcela permanece en silencio en espera de un complemento, de alguna afirmación que le confirme que no ha estado perdiendo su tiempo. Cuando se da cuenta de que no va a venir, lo mira, despectiva y llena de rencor. Por primera vez, todo en él le repele: su físico excepcional, su dinero, su corazón congelado.

En un arranque de ira le arroja el contenido de su copa encima. Se va hecha una furia.

Un azorado camarero se acerca a Alonso y le ofrece una servilleta de tela.

—Es una suerte que no escogiera el vino tinto, ¿no crees? —pregunta Alonso con una sonrisa triste.

Tras unos inútiles esfuerzos por secarse, se encamina al baño. Una vez ahí, apoya la espalda contra el muro y cierra los ojos. Inspira hondo. A pesar del olor que en ese momento desprende su ropa, no puede negar que se siente aliviado de que el fiasco con Marcela finalmente haya terminado.

De pronto recuerda que en el maletero de su coche trae la mochila con la que va al gimnasio, ahí tiene ropa limpia. Es informal, pero lo prefiere a estar empapado y apestando a Chardonnay.

Da unos pasos hacia el jardín, pero debe detenerse cuando una voz lo llama.

—¡Ahí estás, qué bien que te encuentro! —dice Martha. Viene acompañada de un hombre con un elegante traje oscuro—. ¡Alonso, estás todo mojado! ¿Qué te ha pasado?

—No es nada. Una colisión absurda con uno de los invitados, pero no te preocupes, él ha quedado peor.

Martha y su acompañante sonríen.

—Menos mal. Mira, te presento a Miguel Echanove, el director del centro cívico. Miguel ha visto tu *Retrato de un ángel* y quiere comprarlo. La tarjeta no tiene precio, debe de haberseles pasado. Me pregunta cuánto quieres por él.

La sonrisa se congela en la cara de Alonso. Mira al hombre con detenimiento, aunque su seria expresión está muy lejos de la que uno acostumbra dar a un cliente en potencia.

—¡No me digas! ¿Puedo saber, Miguel, por qué te ha gustado el cuadro?

El hombre suelta una risita.

—No sabría explicarlo, no soy ningún experto en arte. Pero puedo decirte que me gusta la vibrante combinación de colores, siento que es... sensual, romántico. Aunque muy probablemente estoy diciendo tonterías. De lo que sí estoy seguro es de que ese rostro embriaga, es como si te invitara a..., no sé, a compartir sus secretos, a entrar en un mundo feliz.

Alonso medita sus palabras mientras cabecea en aquiescencia.

—No podría haberlo descrito mejor —acepta—. Tienes toda la razón, pero el cuadro no está a la venta.

Asiente una sola vez. ¿Como despedida? ¿Para enfatizar sus palabras?

Martha no sabría decirlo. Estupefacta, contempla la alta figura de Alonso alejarse.

—¿Y cómo va todo?

—Bien —responde mi madre. El tono no es muy entusiasta, pero al menos no se está quejando—. Hoy tu tía me ha llevado a caminar un rato al pueblo. He encontrado unos tapetes de ganchillo finísimos y muy baratos.

—¿En serio? ¡Qué bien! —Sonrío. ¡Bien jugado, tía querida! Mi madre siempre ha tenido debilidad tanto por la artesanía como por las ofertas. Debe de estar extasiada—. ¿Y qué pensáis hacer mañana?

—Guadalupe insiste en que vayamos a un restaurante de pizzas. Dice que son lo máximo, que las preparan en un horno de piedra, pero yo ya le he dicho que no. A mí no me gusta la comida basura.

Ah, ya volvemos a «Guadalupe»... Pero al menos ha admitido que ha habido algo positivo en su día. Lo consideraré un progreso. Por otro lado, no voy a discutir los méritos alimenticios de la pizza, ni comentaré que yo ya las he probado y son deliciosas.

—También tienen ensaladas —menciono—, y hacen un pan con ajo que está para chuparse los dedos.

Mi madre guarda silencio. Más veces de las que puedo contar le he visto cenar ajos asados con aceite de oliva en panecillos.

—Ya veremos —menciona con un asomo de duda, y entonces agrega algo que me conmueve hasta nublar-me la vista—: Te he echado de menos, hija, que descanses.

Media hora después tengo una enorme taza de té de hierbabuena en una mano y el libro que leeré en el hospital en la otra. Es la novela romántica que comencé con el grupo de señoras el otro día; nos estaba encantando, se trata de una pareja que rompe porque él siente celos profesionales de ella. Cuando el protagonista hace algo especialmente adorable para reconquistarla, cierro el libro de golpe y me levanto para enjuagar mi taza. Lo siento demasiado cercano y temo que pueda atraer un sueño como el del otro día.

«¿Dónde dejaste el *thriller*, Carolina?», me pregunto. Nada como un sangriento asesinato para cambiar el estado de ánimo.

Justo entonces alguien llama a la puerta, pegándome un susto de aquellos. ¡Es casi medianoche! ¿Quién diablos puede ser? ¿Acaso el hijo de la vecina está borracho de nuevo?

No pensaba abrir, pero la insistencia del adolescente malcriado me saca de mis casillas. Camino con paso fuerte hacia la puerta.

—¿Eres tú, Francisco? Te has equivocado de piso otra vez —digo sin disfrazar mi irritación. A través de la barrera de madera me llega una voz profunda y conocida.

—Caro, soy yo, Alonso.

Decir que me quedo helada es poco. El estómago se me cae a los tobillos y luego sube como empujado por un resorte, el corazón me late con arritmia. «¿Por qué estás aquí? —reclamo en mi

cabeza—. Si no me siento capaz de coger tus llamadas, mucho menos de verte en persona».

—¿Caro? —insiste el recién llegado—. Disculpa que te moleste, pero te dejaste algo en mi casa, y he venido a traértelo.

Perpleja, hago memoria. No he notado que nada me haga falta desde la única vez que estuve en su casa. Aunque, claro, alguien despistado como yo podría no darse cuenta hasta meses después. O nunca.

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que si voy a abrirle necesito una bata, o al menos un sostén. Cualquier cosa que le quite a la visita el tono íntimo.

—Voy, Alonso, dame un momento.

En cuanto abro, él barre el lugar con la mirada.

—¿Y tu madre? —pregunta en un murmullo escandaloso, y empiezo a notar algo raro en su actuar.

—Está de viaje —afirmo, y él hace un gesto de tal alivio que tengo que morderme el labio para no soltar una carcajada.

Su ceño se frunce enseguida.

—¿Y tu novio?

Me cruzo de brazos.

—Trabaja fuera de la ciudad, ¿recuerdas? Ahora, ¿me puedes decir qué se me quedó en tu casa? Porque ya revisé mi bolsa y...

—Esto no cabe en tu bolsita —se ríe. Entonces levanta un voluminoso paquete que había apoyado a un lado de la puerta y me lo entrega.

—Espero te guste —pronuncia con dulzura.

Sorprendida, contemplo un cuadro. Es mi retrato, y no tengo idea de cómo Alonso ha podido realizarlo. Es estupendo, y me pregunto cuántas horas de trabajo hay invertidas en él. Una de mis manos retuerce mi bata. Soy yo y no soy yo; es como contemplar una versión idealizada de mí misma.

Alonso se mueve súbitamente, sacándome de mis pensamientos. Se rasca la cabeza, espera que diga algo. Pero mi mente está en blanco, me he quedado sin palabras.

—Yo sé que la técnica no es tradicional, pero tiene su mérito. Hoy hemos hecho una exposición, ¿sabes? Han querido comprármela —Avanza un paso hacia mí y murmura—: Pero esa pintura en particular solo podemos tenerla tú o yo, y prefiero que te la quedes tú.

Parece entusiasmado, orgulloso, y en sus ojos hay algo que me impide sostenerle la mirada.

—Pero yo no puedo aceptarlo...

Su ceño se frunce de inmediato, amenazador.

—¿Por qué demonios no?

—Porque no creo que a Jorge le parezca bien que tenga un cuadro tuyo colgado en mi casa —susurro. Por no mencionar a mi madre.

—¿Jorge? Él no tiene nada que ver en esto. Es un asunto entre nosotros nada más.

Da unos pasos tambaleantes hacia mí y cuando está cerca percibo el olor.

—Alonso, ¿has estado bebiendo?

—¡No te haces una idea! Pero no voy a dejar que te vayas por la tangente. Ese cuadro, Carolina, es muy especial para mí, y si lo rechazas, ya no me interesa en absoluto. —Lo coge con brusquedad y mira a su alrededor con ojos vidriosos—. ¿Dónde está la papelería?

Llevo los ojos al cielo y le arrebató el lienzo.

—Déjate de dramas, ¿OK? No vas a tirar nada a la basura.

—¡Dramas! —repite, indignado—. Gracias, Carolina, es justo lo que necesitaba oír. Me largo de aquí. Haz con él lo que quieras: rómpelo, regálalo, úsalo para espantar a las ratas, ¡me da lo mismo!

Al dar la media vuelta, estira un brazo para mantener el equilibrio. Irradia rabia y frustración por cada poro. De inmediato sé que no puedo dejarlo ir. Menos en ese estado. Aprieto el paso y lo pesco de la ropa.

—No te vayas, por favor. ¿Me dejas que te haga una taza de café?

Baja la cabeza hacia mí y parpadea como en cámara lenta, no sé si le cuesta enfocar o está muerto de cansancio. ¿Cómo no me he dado cuenta de lo borracho que está desde el instante en que le abrí?

—¿Lo dices en serio? —Se pasa el dorso de la mano por la cara, cabecea, parece estar al límite de sus fuerzas—. Creo que me haría bien algo caliente. No he comido nada desde esta mañana.

—¡Claro que lo digo en serio! Cierra la puerta y siéntate. No tardo nada.

No alcanzo a llegar a la cocina cuando Alonso me sorprende abrazándome por detrás; descansa su cabeza sobre la mía.

—¡Gracias, Caro!

Con el corazón en redoble me vuelvo despacio hacia él deshaciendo el abrazo, pero mantengo una mano suya entre las mías, y lo miro directamente a los ojos.

—Mira, Alonso —digo en un tono que pretende ser serio y a la vez comprensivo—, me alegro de que me hayas venido a visitar, y podemos hablar y hasta ver una película si quieres, pero necesitas prometerme que vas a comportarte.

Mientras hablo me pregunto cómo va a reaccionar; ¿aceptará mis condiciones? ¿Armará una escena? Siento un gran alivio cuando él sonrío y me dice:

—Prometido.

Lo guío hasta la sala y enciendo el televisor. Luego doy unas palmaditas en el lugar que he ocupado hasta hacía unos momentos.

—Ven, relájate. Te preparo algo.

Alonso se deja caer donde le indico y estira sus largas piernas; coloca los pies en la mesita de centro. Apoya la cabeza en el respaldo del sillón y cierra los ojos.

Desde la entrada a la cocina pregunto:

—¿Quieres una sopa caliente o un sándwich de pavo?

No obtengo respuesta, así que me vuelvo hacia él. Está profundamente dormido. Suspiro aliviada. Al menos ya no se pondrá al volante en ese estado y me he ahorrado una conversación incómoda, peligrosa incluso. Esta noche Alonso no parece inclinado a escuchar razones.

Me acerco de puntillas y susurro su nombre. Él respira profundamente, poco le falta para roncar. Sacudo la cabeza mientras le quito los zapatos, luego voy a mi habitación por una manta y lo cubro. Lo contemplo unos segundos. ¿Cómo llegamos a esto? De pronto, cedo a un capricho: acaricio su cabello de forma repetitiva, como si fuera un niño pequeño y despeinado.

—Te he echado de menos, grandullón —susurro. Y antes de irme a dormir deposito un beso en su frente.

En medio de la habitación a oscuras, Alonso intenta acomodarse en el sillón, y se queda a un tris de irse de bruces. Despierta sobresaltado, sin saber dónde se encuentra. Se incorpora con brusquedad y es entonces que reconoce los muebles y la pequeña cocina hacia el fondo.

Fragmentos de las últimas horas corren por su memoria: la dramática ruptura con Marcela, la estúpida cantidad de alcohol que ingirió, su discusión con Carolina.

Se pasa una mano por la cara, que todavía muestra señales de cansancio acumulado. ¿Estará muy enfadada por sus tonterías?

Esperando no despertar a nadie, enciende la lámpara auxiliar de su móvil y camina en calcetines en busca del baño. Lo encuentra tras la segunda puerta que abre. Una vez ahí alivia su vejiga, se lava las manos y todavía tiene el descaro de coger un poco de pasta, con la que se lava dientes y lengua utilizando el dedo a modo de cepillo.

Contempla su imagen en el espejo y se siente diez años mayor. Tiene bolsas alrededor de los ojos y estos están enrojecidos por una red de vasos capilares. Con una mano en el picaporte, duda. No quisiera irse, pero tampoco tiene la más mínima intención de toparse con la madre de Caro, y él no tiene idea de cuándo puede regresar.

Imagina que será mejor encontrar un trozo de papel, escribir una nota de agradecimiento y esperar unos días antes de contactar con Caro para disculparse por lo sucedido. Asiente para sí mismo, y entonces lo ve: un sostén color café con dibujos en beige y naranja. Lo recoge del suelo: evidentemente, la intención de su dueña había sido arrojarlo en el interior del cesto de ropa sucia que está allí al lado.

Al momento de palparlo está seguro de que pertenece a Caro, no en balde la despojó de docenas de ellos. El diseño es juvenil y tiene el famoso relleno que empuja los senos hacia arriba. Sonríe: ¿cuántas veces la loquita de su ex se quejó de lo pequeños que eran? Nunca le creyó que a él le parecían perfectos y que prefería un trasero de sirena a unos pechos sobreinflados cualquier día de la semana. Recuerda sus manos subrayando sus palabras, sus dedos enterrándose bajo los bolsillos de su pantalón para levantarla del suelo y llevarla hasta la cama.

Traga saliva. Tras soltar el aire atrapado en sus pulmones deja caer la prenda en el cesto y sale del baño con paso decidido. Se detiene ante la puerta del dormitorio de Caro, un segundo, dos... Si cruza ese umbral, puede ocurrir algo grandioso o también algo terrible. Los músculos de su puño se contraen.

Abre sin ruido.

—Caro, ¿estás despierta? —pregunta en un murmullo—. ¿Puedo pasar?

La luz del pasillo cae sobre la figura femenina que le da la espalda, y así puede notar cómo se tensa bajo las colchas. Se vuelve hacia él y dice con voz somnolienta:

—¿Estás loco, Alonso? ¿Qué quieres?

Incluso irritada le parece preciosa: esas mejillas sonrosadas, el cabello alborotado, el hombro por el que cruza un tirante.

—¿Acaso no lo sabes, Caro? Quiero estar contigo.

—¡Pero prometiste que te ibas a comportar! —replica ella al borde del pánico.

Él se rasca una ceja.

—Lo sé, por eso te estoy preguntando. Solo espero que aceptes que tú me deseas tanto como yo a ti.

—Sabes que no es así —miente al tiempo que se sienta en su cama y apoya la espalda en el cabecero, cubriéndose con las sábanas hasta la barbilla.

Los ojos de Alonso tropiezan entonces con los gatos. Se le había olvidado que ambas mascotas duermen con ella, gesto que siempre le pareció tan irritante como tierno. Decide romper el silencio:

—¿Estás segura? Porque, según recuerdo, hace pocas horas me besaste.

El color en las mejillas de Caro se intensifica.

—¡Fue un beso en la frente! —se defiende—. Me conmoviste, ¿OK? Parecías... desesperado.

La última palabra es apenas un susurro, pero Alonso la puede escuchar. No viene al caso negarlo cuando no es más que la verdad. No puede más; siguiendo sus impulsos, se adentra en la habitación y se pone de rodillas al lado de la cama.

—Lo estoy, Caro. —Atrapa sus manos—. La distancia entre nosotros me está matando.

Los ojos oscuros de Carolina reflejan una profunda compasión. Abre la boca, seguramente para objetar algo, pero Alonso aprovecha el momento y se abalanza sobre ella, pescando su labio inferior entre sus dientes. Carolina gime y el corazón de él bate tan fuerte como un mazo contra sus costillas. Sostiene aquel rostro tan querido entre sus manos y le besa la boca una y otra y otra vez. Luego pasa sus labios por sus pómulos, su nariz, su barbilla.

Su boca cobra vida propia, al segundo siguiente presiona besos contra la delicada garganta. De pronto, la lengua de Alonso se une al juego recorriendo caminos viejos y haciendo nuevos. Carolina se estremece entre sus brazos. ¡Dios, no puede creerlo? ¿Acaso está soñando?

Al siguiente segundo se ha sentado sobre la cama, pone una mano en la cintura de ella; los dedos de la otra mano se enredan en los largos cabellos.

—Alonso, por favor —susurra ella, al tiempo de que posa una mano sobre el pecho de él.

Alonso cierra los ojos. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se aleja unos centímetros. Su respiración es entrecortada

—Pararé si me lo pides —murmura, mirándola con ojos abrasadores.

Entonces se acerca de nuevo y apenas roza con la nariz la sensible piel del cuello de Carolina.

La mujer que lo tiene embrujado deja caer la cabeza hacia atrás y en el siguiente segundo usa la misma mano con la que pretendía detenerlo para tomarlo por la nuca y llevarlo hacia su boca, dándole el beso más apasionado que ha recibido jamás.

—¡Caro! —gime él. Con un brusco movimiento la sienta sobre su regazo.

Carolina mira hacia arriba, los ojos empañados de deseo. Reparte besos cortos y ansiosos a lo largo de su mandíbula. Alonso no sabe si sobrevivirá a aquel trance, el corazón se le sale del pecho. Sobre todo cuando ella comienza a mover rítmicamente las caderas sobre su erección.

Una marea de fuego corre ahora por sus venas. La acuesta sobre sus almohadas y empieza a devorar su boca, separándose solo el tiempo necesario para quitarse la ropa y arrancarle a Caro su prenda de dormir.

Se acomoda sobre ella, soportando su peso sobre sus antebrazos, pasando dedos febriles por ese rostro tan amado, como un ciego, reconociendo los rasgos, dibujando la curva de sus senos, trazando círculos perversos sobre su abdomen.

—¡Eres exquisita! —afirma en un murmullo estrangulado—. No sabes cuántas noches me he quedado sin dormir, imaginando este momento.

Ella vuelve a besarlo, anhelante.

Hacen el amor con urgencia. Después de tanto tiempo sus cuerpos por fin se reconocen. Alonso absorbe cada detalle: su olor, la tibieza de su cuerpo, el sabor de su piel, la sedosidad de su cabello. ¡Adora cada parte de ella! Es un náufrago ante una mesa de banquete. Aliviado, percibe que la conexión entre ellos es tan fuerte como antes, tal vez más, y desea con todo su corazón que Carolina pueda amarlo de nuevo.

Permanezco recostada dándole la espalda, mi cabeza descansa sobre su brazo extendido, donde puedo apreciar el nuevo tatuaje que rodea su bíceps. Con su mano libre, él acaricia mi costado. Besa mi pelo, mis hombros, pero no puedo disfrutar este momento de intimidad. Me siento desgarrada, debatiéndome entre la fuerza que me empuja a alejarme y la que me mantiene justo en este lugar.

De pronto, su boca se acerca a mi oído.

—Gracias, Caro. —Me abraza fuerte y vuelve a besar mi cabeza—. Como te dije, me he imaginado este momento cientos de veces, pero nunca de manera tan perfecta, tan hermosa. Te amo, Carolina. Yo te adoro, yo...

No puedo escuchar más, cada palabra suya me mortifica. Presiono mis dedos sobre sus labios.

—¡Shhh!, por favor, no digas nada.

—¡Es que si no te lo digo, amor, es muy posible que estalle! Quiero empezar de cero, Caro. Quiero darte todo lo que mereces y más. Quiero verme todos los días en tus ojos y sentir tu cuerpo ardiente.

Me mira y mi seriedad lo desconcierta. Entierra juguetonamente un codo en mis costillas y añade:

—Y tus manos frías también.

¡Maldita sea!, no puedo evitarlo, me río.

—¡Y quiero escuchar la música de tu risa hasta el fin de mis días!

Inmoviliza mi cara y me besa, a veces con dulzura, otras, con pasión. Paladea mis labios, explora mi boca, como queriendo transmitirme sin palabras ese amor inmenso que lleva en el pecho. Vuelvo a desearlo y él parece leer mis pensamientos, pero en esta ocasión es más medido, cauteloso.

Así como logró excitarme con la avasalladora fuerza de su deseo, ahora sucumbo a la gentileza que demuestra y a su disposición para darme placer antes que recibirlo. El último pensamiento que pasa por mi cabeza antes de quedarme dormida sobre su pecho es que la química que hay entre los dos no se ha diluido con el paso del tiempo. Todo lo contrario.

Abro los ojos con los primeros rayos de luz. Alonso duerme a mi lado con una expresión pacífica, mientras que la confusión y la duda me golpean como mazos. Su brazo descansa sobre mi vientre y no puedo evitar recriminarme: «¿Qué diablos has hecho, Carolina?». En un primer momento busco evitar que Alonso conduzca en estado de ebriedad y luego... Luego caigo ante la tentación, porque nunca he podido decirle a este hombre que no.

Me siento fatal tanto física como anímicamente. Debo aceptar que no estoy en condiciones de dar ninguna clase. Me escurro de la cama con sigilo, envolviéndome en mi bata antes de dirigirme a la cocina. La cabeza me da vueltas, dudo de todo y tengo la impresión de que mis pies, en vez de terreno firme, están plantados sobre arenas movedizas.

Miro la puerta de mi habitación con aprensión. Sé que debo aclarar mis emociones antes de enfrentarme a Alonso. Pero primero aprieto el paso al teléfono fijo y marco el número que me obligué a aprenderme de memoria.

—Language Institute —responde Tere—, ¿en qué puedo ayudarlo?

Un nudo se aprieta en mi garganta, tomándome por sorpresa. Tengo ganas de contarle lo que ha pasado, pero no me atrevo. ¿Qué pensaría de mí si supiera que soy una persona infiel?

—Amiga —digo con voz estrangulada.

—¿Caro? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Sacudo la cabeza mientras las lágrimas se escurren por mis mejillas.

—No —admito—, no me siento bien. ¿Podrías por favor disculparme con mi alumno? Dile que durante el día le mando un correo con lo que íbamos a ver en la clase y que le devuelvo la clase cuando él quiera.

—¡Claro! ¿Necesitas algo? ¿Has ido al médico?

«¿Qué te digo?».

—No, pero no te apures. Me pondré bien.

Y antes de que pueda preguntarme otra cosa, me despido y cuelgo.

Llego con trabajo hasta una silla de la cocina, torturada con la idea de que, tome el camino que tome, alguien saldrá perjudicado: o el hombre que fue mi primer amor, quizás el gran amor de mi vida, o el que me sacó de mi tristeza; el que, según sus propias palabras, quiere darme su apellido; el que tiene un hijo que proteger.

«Debes decidirte ya —me digo—, y, sin importar a quién elijas, a partir de este punto no vale tener dudas ni mirar atrás».

Alonso había dormido profundamente, sin sueños agotadores, como hacía tiempo no lograba. Al ver las cosas de Carolina, la tibieza propia de la felicidad plena se extiende por su cuerpo. Aspira profundamente al darse cuenta de que su almohada todavía conserva el aroma de su perfume y se permite disfrutar un momento que sabe a paz.

Posa sus dedos unos segundos en el mismo lugar donde antes descansaba la mujer que lo ha obsesionado durante meses, suspira de puro gusto y con gesto lento coge sus *boxers* y sus pantalones. Entonces sale a buscarla.

La encuentra con una enorme taza entre las manos, con su gata en el regazo y la mirada perdida. Se acerca a ella en silencio y con ternura besa su coronilla, pero se descontrola al sentir sus hombros tensos, al ver su expresión atormentada.

Entiende de inmediato lo que Caro está diciendo sin palabras: que, sin importar lo sucedido entre ellos, el estado de las cosas no ha cambiado, que ha perdido la batalla. Cierra los ojos sintiendo que el corazón se le rompe en mil pedazos.

Peleando por mantener la compostura, mira el techo y logra articular:

—¿Quieres que me vaya?

—Quisiera que habláramos primero, si no te importa.

Él aprieta los puños. Desea abrazarla, pero no se atreve.

—Estoy dispuesto a hacer lo que me pidas. Lo sabes, ¿verdad?

Los ojos de ella se nublan, aprieta los labios antes de contestar:

—Lo sé.

Alonso se deja caer en la misma silla que ocupó meses atrás, cuando le ofreció su amistad. Tiene el estómago revuelto, está seguro de que no le va a gustar lo que viene. Irritado, reconoce que no entiende por qué las cosas se están dando así. La noche anterior habría jurado que habían logrado darle la vuelta a la página.

Una vena en su frente empieza a palpar. Se niega a admitir que sus ilusiones terminarán hechas polvo de nuevo, vencidas por el mazo de su indiferencia. ¿Cómo resignarse a perder su lugar en el mundo cuando apenas lo ha recuperado? La miseria y la desesperación lo hunden.

—Alonso, lo que pasó anoche no debe pasar de nuevo. Y no lo hará —dice Carolina cuando el silencio se hace insoportable.

—¿Lo que pasó? ¿Cómo puedes hablar así, Carolina? No sé qué has sentido ayer, pero me lastima que definas a una de las noches más memorables de mi vida con «lo que pasó».

En un gesto de frustración, ella se pasa los dedos por el cabello.

—Entonces llámalo como quieras, Alonso, pero eso no cambia el hecho de que no debimos... De que nada de eso debió haber sucedido.

—¿Pero por qué? Yo te amo, ¡te idolatro!, y sé que tú también me amas. ¿Qué tiene de malo entonces?

—Que yo tengo a Jorge y tú, a Marcela.

Él se encoge de hombros, no quiere dar explicaciones.

—¿Cómo puedes ser tan indiferente? ¿Acaso no te importan sus sentimientos ni un poquito?

—¿Y los míos? —replica, exasperado—. ¿A quién le importan los míos? Caro, ¿es tan difícil entender que eres lo único que me importa? ¿Quieres saber por qué empecé a salir con Marcela? Fácil: estaba destrozado, terriblemente destrozado, y a punto de volverme loco. ¿Crees que ella va a morirse de amor? Olvidalo, no lo hará. Ella no es como tú, es calculadora y materialista. Le gustan más las cosas que las personas. Desde el comienzo supo que todavía te amaba, y aun así aceptó la relación.

Al darse cuenta de que ha levantado la voz, baja el volumen de manera drástica para decir:

—Así que no tienes que preocuparte por Marcela. Tu novio sería el único problema. ¿Es eso, Caro? ¿Estás enamorada de él? ¿Lo amas más de lo que me amas a mí?

Carolina permanece callada durante un lapso que a él le parece eterno y por fin responde:

—Jorge es un hombre bueno que merece todo mi respeto. Él ha sufrido mucho, y sí, lo amo.

Alonso siente como si una bola de demolición le hubiera dado justo en medio del pecho. Abre la boca para poder capturar el aire que sus pulmones reclaman.

—¡Estás mintiendo! —asegura con rencor—. Me amas a mí, anoche me lo demostraste.

—¡Anoche fue un error! —La voz de Carolina se quiebra, se cubre el rostro con manos temblorosas.

Alonso tiembla de pies a cabeza. La ira lo sacude.

—¡No mientas! —exige, a punto de perder el control.

—Alonso —murmura Carolina sin poder contener el llanto—, sería una mentira decir que no siento nada por ti. Tal vez te quiera toda mi vida, pero no estoy segura de que lo que sentimos el uno por el otro sea suficiente. Dices que me amas, y no voy a ponerlo en duda, pero ya antes me amabas y eso no pudo mantenerte alejado de Isabella. Jorge no es así. Independientemente de esta electricidad, de la atracción que hay entre tú y yo, debo pensar en lo que es mejor para mí.

—¿Cómo puedes reducir todo lo que siento a simple química, Carolina? —Su mano golpea la mesa—. ¡Yo te amo! Y creo que ya he pagado bastante por mi estúpida debilidad. Insistes en hacer de una excepción la regla de mi carácter, pero yo te juro que no hubo otra mujer, ni jamás se repitió el desliz con Isabella. ¿No he hecho todo lo que un hombre puede hacer para alcanzar el perdón? —Su respiración es agitada, su voz sale entrecortada—. ¿Y qué me dices de ti? Ayer le hiciste a Jorge exactamente lo mismo que yo te hice a ti. Pero no vas a juzgarte tan duramente como lo has hecho conmigo, ¿verdad? Lo vas a suavizar de tal manera que tu culpabilidad se minimice. ¿Sabes lo que eres? ¡Una hipócrita!

Ella da un respingo, como si Alonso hubiera levantado la mano en contra suya; incluso da un paso hacia atrás. La ha herido muy hondo; sobre todo porque sus palabras no son más que la pura verdad. Nerviosa, se dice que necesita deshacer lo que ha hecho: buscar a Jorge, implorar su perdón, suplicarle que la acepte de nuevo.

Gime sintiendo que su mundo se derrumba.

—Vete, Alonso. ¡Vete ya!

Alonso se pone de pie violentamente, la silla cae tras él. Se lleva las manos a la cabeza y luego da un golpe con el puño al muro más cercano, donde deja la marca de sus nudillos.

—¡Por supuesto que me voy! Estoy harto, ¿me oyes? ¡Pero se acabó! Desde este momento termina el sufrimiento. Y la culpa. Y la espera. Estoy cansado de vivir en el limbo rogando una señal tuya para poder salir. Pero ya no voy a jugar al penitente. Voy a retomar mi vida y voy a gozarla y a ser feliz. Voy a borrar toda imagen tuya de mi cabeza. —Se acerca y la besa brutalmente. En cuanto la deja ir, ella lo abofetea, pero él no parece sentirlo—. Anda, regresa con tu Jorge, sabiendo que nunca tendrás con él lo que pudiste tener conmigo.

*E*l coche de Alonso zigzaguea velozmente por las calles. Su conductor parece empeinado en ignorar todas las restricciones del reglamento de tránsito. Ya no irá a recoger sus cuadros de la exposición, hablará con Martha y le dirá que haga con ellos lo que quiera. No le interesan más.

Sube a su casa envuelto en una furia ciega.

—¡Soy el más grande de los estúpidos! —les grita a las paredes vacías—. Tú no existes. ¡No existes!

Mientras gruñe frases semejantes, avanza por el lugar como una tromba. Primero se desquita con la pobre orquídea, a la que trataba con algo parecido a la veneración. Le dobla el tallo y la arranca de la maceta lanzándola al suelo, donde la pisotea. Toma luego la escalera portátil y se encarama en ella para alcanzar los paquetes de cartas que ha escrito a lo largo de los meses. Las destroza entonces, varias a la vez, sin leerlas siquiera.

Como si fuera un sabueso, encuentra las fotografías de ella, las de ambos, el cuadro de *El Beso*, la colcha. Rasga, comprime, tijeretea. Todo lo que se puede romper queda en fragmentos y va a parar al mismo montón.

Solo cuando piensa que no ha quedado un solo vestigio de ella en su espacio, la mirada demencial desaparece. Poco a poco logra calmar su respiración. Entonces busca sus cigarrillos, coge un mechero y se sienta a fumar mientras contempla la desolación que lo rodea con un extraño deje de ausencia.

De pronto, el mechero que tiene en la mano cae encendido sobre la manta. En sus adentros desea ver todo consumido por el fuego, pero el humo y el acre olor lo hacen regresar a sus cabales. Echa agua sobre los restos de su pasado sintiéndose un idiota. Un idiota exhausto y vacío.

Los hombros le pesan como si cargara una roca; los ojos le arden como si flotaran en limón. Se obliga a llegar a su habitación, derrumbándose sobre la cama. Su boca está seca, muy seca. El pulso le late en las sienes como si la cantidad de sangre en su cuerpo se hubiera duplicado. Gira para acomodarse sobre su espalda y luego intenta concentrarse en su respiración, tal como le aconsejaron en las dos clases de yoga que tomó.

Es entonces cuando percibe los latidos de su corazón.

«¡Qué extraño! —se dice—. Está roto y, sin embargo, funciona».

Cuando escucha el timbre de la puerta simplemente parpadea. No piensa moverse. Su mente embotada ha olvidado que en medio de su recorrido suicida de regreso a su casa había llamado a Jaime para gritar que todo había terminado.

La persona a la puerta es testaruda y lo obliga a levantarse y vociferar a medio pasillo que se largue al infierno de una buena vez.

—Déjate de payasadas y ábreme ya —ordena Jaime con autoridad.

Alonso lo conoce bien, no en balde han sido amigos tantos años. Sabe que no se irá, y prefiere ir a la puerta y abrirle a seguir escuchando el escándalo. Sin molestarse en saludar o invitarlo a

pasar, arrastra los pies hasta el sillón, agradecido por que el ruido ha cesado.

—¿Qué mierda...?

Jaime contempla boquiabierto el caos reinante en el antes impecable espacio personal de su amigo. Pero más que las sillas volcadas, la ropa por el suelo, la tierra y el amargo olor de humo, le angustia la actitud de Alonso.

—¿Qué te pasa, hermano?

Silencio.

—¡Alonso!, ¿qué tienes?

Alonso vuelve hacia él sus ojos vidriosos y dice con una voz carente de toda entonación:

—Todo ha terminado. Ella lo ha escogido a él.

—¿De quién hablas, de Carolina? —Hace una mueca—. Hermano, voy a ser absolutamente sincero: ¡me alegro!

Alonso se siente agraviado, las arrugas en su rostro lo delatan.

—Perdóname, pero es cierto —continúa Jaime—. Espero que ahora sí te convenzas de pasar página. ¡Mira en lo que te has convertido! No eres ni la mitad del hombre que solías ser. ¡Anda!, salgamos o hablémosles a algunas de tus amigas divertidas y sin complicaciones. Nos reiremos con ellas y luego nos acostaremos con ellas... Bueno, por lo menos tú lo harás, porque a mí Diana me capa. ¿Qué dices?

Alonso cierra los ojos, permanece mudo. Pero Jaime no se amilana: le queda claro que ha tocado fondo y que es su deber ayudarlo a salir del bache.

—Está bien. ¿No quieres salir? Nos emborracharemos aquí. No hay problema. Solo no te des por vencido, ¿OK?

Saca una botella nuevecita del whisky escocés que su amigo prefiere y la coloca, junto con dos vasos, en la mesa de centro. Alonso sigue con la mirada perdida.

—¿Hay hielos en esta casa? —pregunta Jaime, nervioso.

Una hora y cuatro whiskys después, Alonso suelta la sopa. Le cuenta todo por lo que ha pasado desde que terminó con Carolina: lo que sintió cuando ella le dijo adiós, lo que hizo en su ausencia y también durante su reanudada relación. Admitió que ella había sido la motivación detrás de sus pinturas, que le había escrito docenas de cartas; que Marcela no le inspiraba el más mínimo afecto y que aun así quiso evitarle el mal rato que pasó en la exhibición. Le dijo que después de que quisieron comprarle el cuadro se fue a un bar y se tomó unas copas, que, borracho, se convenció de buscar a Carolina y que, a pesar de todo, terminaron haciendo el amor. Muerto de celos, le cuenta lo que ella había dicho de Jorge.

Finalmente siente su voz temblar de impotencia y coraje, así que guarda silencio. Cuando logra controlarse, dice en voz baja:

—¡Todo por lo que había luchado por tanto tiempo se ha ido por el desagüe! Ya no importa nada. Yo ya no tengo nada por qué seguir.

Jaime no lo contradice. Es su táctica para evitar que su amigo monte en cólera de nuevo. Lo deja desahogarse, lo escucha. Tal vez en un futuro hasta podrá burlarse de todas las incoherencias que ha dicho y hecho ese día. Tal vez. En una década o más.

Alrededor de las cinco de la tarde arrastra a Alonso hasta su cama. El muy inútil apenas puede ponerse en pie. Ya ha vomitado dos veces.

Antes de irse llama a Antonia para ponerla al tanto de lo ocurrido, y cumple con la promesa que le hizo a Alonso unos minutos antes: se deshace de todas las cosas de Carolina.

«Temo que me falle el valor, amigo».

En la alacena encuentra bolsas de basura y se pone a llenarlas. Cuando recoge las cartas, se ve tentado de leerlas, pero logra hacerse fuerte y no abre ni una sola. Es un tema privado.

Poner las cosas en orden es una labor larga y tediosa. Solo el cariño a su amigo lo empuja a continuar.

—¡Qué desastre has liado, hermano! —masculla, aspiradora en mano—. Debería dejarlo todo tal como está para que lo limpies tú solo. Tal vez aprenderías a gestionar tus frustraciones de manera menos intensa.

Por fin termina y carga con las pesadas bolsas hacia el contenedor ubicado a un lado del edificio. Solo duda una vez: no sabe si debería deshacerse de las pinturas, papeles, lápices y demás material de arte. Quizá Antonia podría darles uso, o el mismo Alonso, cuando tenga otro motivo para pintar.

Lo medita unos segundos y termina encogiéndose de hombros y tirándolo todo. Si Alonso quiere retomar la pintura, será mejor que se haga de un material que no esté impregnado de aquella añoranza enfermiza.

PARTE II

*P*or los altavoces del aeropuerto han anunciado la próxima salida del vuelo de Alonso Estrada, así que, con la cabeza explotándole por el esfuerzo, coge su maleta de mano y se incorpora a una de las filas que se han formado cerca del mostrador.

Hay una mujer joven cerca de él, en la línea de al lado. Su expresión es de angustia mientras mece a un bebé de quién sabe cuántos meses. Normalmente a Alonso le agradan los niños, pero en esa ocasión en particular su proximidad le causa angustia. La criatura está quejándose de esa manera que tienen los bebés justo antes de echarse a berrear.

Respira hondo, cierra los ojos y dice una muda y sentida plegaria para que su asiento se encuentre lejos de ellos. No podría soportarlo. Aquel día no. Sospecha que podría explotar por menos.

Entonces, un joven bajito con bermudas se acerca a la chica con un rápido chancleteo. Trae un biberón en la mano.

—He conseguido que me lo entibien en la tienda de sándwiches —anuncia mirándola. Y en ese breve gesto puede verse que busca su aprobación y que haría cualquier cosa para conseguir una sonrisa de sus labios.

Alonso siente náuseas.

«¡Por favor! —insiste—, que me toque bien lejos».

Frente a él un hombre calvo con una larga barba entrega su tarjeta de embarque a la representante de la aerolínea, quien escanea el documento y le desea feliz viaje.

Llega su turno.

—Aquí tiene, señor, disfrute de su vuelo. —La chica le sonrío con labios muy rojos y le hace un guiño.

Alonso recibe la tarjeta y se da cuenta de que la muy descarada ha anotado un número de teléfono en él. También ha escrito su nombre. Ella lo mira expectante, pero él no se siente halagado; enfermo, sí, y muy molesto, porque en ese momento solo quiere que todo el mundo lo deje en paz. Su expresión refleja claramente su sentir, porque la chica enrojece hasta la raíz de los cabellos y con un tartamudeo lo invita a avanzar.

—¿Quiere tomar algo, señor? —pregunta una azafata.

Con trabajo, abre los ojos.

—¿Tiene algún calmante?

La actitud solícita de la joven cambia. Lo mira de otra manera, como temiendo que Alonso sea uno de esos que se bajan corriendo de la aeronave en el último momento y provocan retrasos y contratiempos.

«¿Tendré que aclarar que solo tengo resaca?».

—Podría traerle un té de manzanilla —ofrece.

Un maldito té que seguramente no le servirá de nada, pero Alonso ya quiere que se vaya y que deje de mirarlo con recelo, así que asiente con sequedad y cierra los ojos de nuevo.

—¿Miedo a volar? —le pregunta el pasajero de la fila de atrás. Es el barbudo de hace un rato —. Soy el doctor Olvera, psiquiatra, y, si me permites decirlo, tengo la sospecha de que un té no es lo que necesitas.

Alonso hace un gesto que pudiera interpretarse como: «¡Qué se le va a hacer!» y empieza a volverse. Entonces el hombre saca un blíster de pastillas y comenta:

—Ansiolíticos. Yo no tengo problema alguno con los aviones, pero mi hermana sí. ¡Lo pasa tan mal la pobre! Siempre echa unos al bolso cuando va al aeropuerto. Suelo viajar con ellos. Te sorprendería la cantidad de pasajeros que tienen el mismo problema...

—No me da miedo volar —interrumpe Alonso.

—Mmm, si estuvieras en mi consultorio, mi siguiente pregunta sería: entonces, ¿a qué tienes miedo?

Alonso se toma a mal el comentario. ¿Quién demonios se cree ese tipo? Nadie va a hacerle una terapia por los aires.

—Lo bueno es que no estamos en su consultorio —apunta sin más.

El hombre resopla quedamente por su nariz afilada. No parece molesto, sino divertido. Asiente, le hace el segundo guiño del día y empieza a hojear una revista.

—Disculpe, señor —dice una voz que Alonso reconoce: es el joven de las chancletas, que mira al doctor Olvera. Su mujer y el bebé esperan un paso atrás—, pero a mi esposa y a mí nos han puesto separados. ¿Le importaría mucho cambiarse de lugar para que podamos sentarnos juntos?

El estómago de Alonso cae en picado. Se traga un gemido. «¿POR QUÉ?», quiere gritar. Y una voz en su cabeza le responde: «¿Qué es lo que te extraña? Un evento más en tu racha de mala suerte».

Antes de aceptar, el «doctor» (que más parece un híbrido entre jugador de rugby y sacerdote ortodoxo ruso) lo mira a los ojos, como si pidiera su autorización. Alonso se encoge de hombros. No se someterá a un interrogatorio, pero a lo mejor el tipo carga con algo que pueda ayudarlo a dormir un poco. ¿Podrá convencerlo de darle una pastilla?

Los diez primeros minutos de vuelo transcurren en silencio. Por el rabillo del ojo, Alonso constata que el doctor no lee una revista de chismes, sino un tipo de publicación científica. Pasa las hojas pausadamente y se nota que él sí disfruta el té que le ha traído la azafata.

Siente una punzada de envidia: si pudiera tener al menos la mitad de su paz, se daría por afortunado. Y de pronto piensa: «¡Qué demonios!». Y pregunta a bocajarro:

—¿Cómo ha sabido que estaba ansioso? —Olvera suspende su lectura y se le queda mirando—. Es decir, podría dolerme la cabeza. De hecho, también me duele. He tenido una mala noche. Por cierto, ¿no podría darme uno de los calmantes que trae? ¡No me caerían nada mal unas horas de sueño!

Hay un brillo peculiar en los ojos del médico.

—Eso depende: ¿has bebido alcohol en las últimas veinticuatro horas? —Alonso arquea una ceja y Olvera agrega—: Disculpa la pregunta, pero es una contraindicación. Muchos de los pasajeros traen alcohol en la sangre, hay que ser cuidadosos.

Por un instante, Alonso piensa negarlo, pero algo le dice que el doctor lo notará de inmediato. Basta con que tenga un buen olfato, está seguro de que cualquiera a esta distancia podría detectar la «Eau de borracho».

—Algo —masculla.

Olvera suelta el aire, ya se lo esperaba.

—Entonces, lo único que puedo ofrecerte es conversación. —Su expresión es contrita—. También sirve, te lo aseguro.

Para su gran sorpresa, Alonso se encuentra a quince mil pies de altura vomitando sus intimidades, purgándose el alma. Primero le cuenta que se muda de ciudad, que debe encontrar una casa y que no tiene ni la más remota idea de dónde empezar a buscar. Luego habla de su empresa, le dice que tendrá que reorganizar por completo su forma de trabajo y que debe lograr que funcione, porque convenció a su socio de tomar aquel riesgo.

—No hay vuelta atrás —asegura, tajante—, y más me vale hacerlo bien, porque no solo mi supervivencia, sino la de muchas otras personas, depende de ello.

Entonces pasa la azafata y le pide otra taza de té, aprovechando el momento para echar un rápido vistazo hacia atrás. El bebé se ha dormido y sus padres cuchichean entre ellos, enamorados. Él acaricia con cariño los largos cabellos oscuros de su chica.

Alonso se reacomoda en su asiento, sorprendido por la punzada de amargura que le provoca la escena.

—Alonso —comenta el doctor tras pensárselo un poco—, no tienes que responder si no quieres, pero cabría preguntar: ¿qué es lo que motivó el cambio? Por lo que me cuentas, tu negocio va viento en popa, así que tus razones no vienen de ahí. ¿Por qué quieres dejar la ciudad con tanta urgencia?

Alonso se pasa la mano por los afilados pómulos. Podría responder que el negocio ha crecido tanto que la empresa necesitaba un gerente administrativo para la zona norte y que él irá a cubrir el puesto. Después de todo, esa fue la razón con la que convenció a Fernando de aceptar el movimiento. Pero, en el fondo, sabe bien que solo fue un pretexto. La respuesta yace en el fondo de su mente como un brillante letrero de neón; dos palabras que concentran toda una historia de sufrimiento y desengaño: Carolina Franco.

Ya no regresará. Las cosas se han dado como quería y, tras meses de esfuerzo, tiene una estructura administrativa bien montada y a un buen equipo que lo ayuda a cumplir los objetivos corporativos.

Ha escogido como ciudad adoptiva una que está asentada cerca del mar, y sus rutinas son distintas. Una de las grandes ventajas de cambiar una megalópolis por un lugar veinte veces menor es que el tiempo libre se le multiplica. Ahora que su gente ya sabe lo que tiene que hacer y cómo debe hacerlo, dedica dos tardes a la semana a visitar a un grabador local para aprender su arte. Las demás tardes se va a surfear. En un inicio era muy malo, pero gracias a su constancia ha mejorado mucho.

Por otra parte, su hogar es diametralmente distinto al de antes. Vendió su piso de lujo para comprar una casa vieja que ha tenido diversos usos a través de los años. El suelo es de piedra, los techos, de teja y la fachada proyecta carácter. En el interior ha conseguido una rusticidad muy acogedora.

A Antonia le encanta visitarlo.

—Quién lo diría —comentó la última vez mientras se mecía lánguidamente en una hamaca—. Con esa barba pareces por lo menos cinco años más viejo. Pero me gusta tu *look* y tu vida «hippiesa».

—No soy *hippie*, hermanita —arguyó él tras una sonora carcajada—. Simplemente estoy más relajado.

Un par de semanas después de que ella se ha ido, sucede. Él está en la playa, como casi todos los viernes por la tarde. El lugar ofrece olas grandes, agua fresca y una larga extensión de arena para correr a sus anchas, sin tener que estar saltando sobre turistas en distintas etapas de bronceado. Hay múltiples tiendecitas a todo lo largo de la bahía, construidas de madera y montadas sobre pilares para evitar que el mar se meta sin ser invitado. Se come bien por ahí, y a precios muy asequibles.

A Alonso le gusta en particular una zona remota que casi nunca es visitada. Jamás habría imaginado que el estar lejos de sus amigos lo ayudaría a apreciar, e incluso buscar, momentos de soledad.

Ese día llega como a las cuatro y las olas deciden cooperar. Durante más de dos horas disfruta de llevar su tabla mar adentro y regresar a la playa sobre ella. Su perro, Titán, lo ha acompañado, y después de esperar pacientemente consigue que su dueño lo lleve también a cabalgar las olas. De pronto, llega un efervescente grupo de jóvenes y se zambullen en el agua como una enloquecida manada. Titán empieza a ladrar, alborotándose como ellos.

«Menos mal que ya me voy», se dice Alonso mientras coloca la tabla en su camioneta. Sostiene el collar de su perro, que quiere regresar al agua a participar en el juego. Se siente vagamente irritado; espera que a los muchachos ruidosos no les agrade demasiado aquel lugar. Los mira unos

minutos mientras ellos chapotean como chiquillos y se hacen bromas pesadas. Les envidia su ligereza, su falta de preocupaciones.

—Vamos, amigo. —Abre la portezuela del lado del copiloto y hace un gesto con la mano, invitando al perro a saltar.

El can sacude la cabeza. El interior de la cabina está demasiado caliente, y él odia pasear cuando eso sucede.

—Eres una diva —rumia Alonso, elevando los ojos al cielo, y tras abrir la otra puerta y encender el aire acondicionado, saca un té frío de la nevera y disfruta el ligero sabor dulce mientras calcula cuántos minutos serán necesarios para que su vehículo se refresque.

—Oye, queremos jugar al fútbol y nos falta un jugador —menciona uno de los chicos acercándose a la carrera—. ¿Te apuntas?

Es pecoso y delgado, rondará los veintidós años. Tiene una sonrisa contagiosa.

—¿Cómo lo ves, Titán, quieres jugar con los chicos? —pregunta Alonso a su vez.

El perro ladra y mueve la cola, y el recién llegado exclama:

—¡Qué bonito! Es un bóxer, ¿verdad? ¿Puedo acariciarlo?

Alonso asiente mientras estira el brazo para apagar el motor. Le pone a Titán la correa, lo dejará atado mientras juegan, y cierra la furgoneta.

Una hora después está exhausto, pero muy contento. Su equipo ha ganado tres a dos. Ninguno de los chicos con los que ha jugado es nativo de allí, y dos de ellos son extranjeros.

Cuando el sol se va a poner, Alonso comparte con ellos refrescos, algo de picar y algo más importante: repelente de mosquitos. A las malas aprendió que nubes enteras de ellos se dejan venir al final del día y que sus piquetes son salvajes.

—¿Por qué no encendemos una fogata? —sugiere Eric, uno de los extranjeros. El padre Olvera no va a venir por nosotros hasta dentro de media hora.

—¿Padre? —se extraña Alonso.

—Sí —sonríe Lucho, y el gesto hace que sus pecas se extiendan por su cara. Se llama José Luis, pero ha comentado que prefiere ese sobrenombre—. Nosotros estamos aquí de misiones con el padre Olvera. Vinimos a hacer casas en un pueblecito que está metido en la sierra, como a una hora. Vamos a estar aquí un mes.

Intrigado, Alonso quiere saber más de su labor, y se lo explican con gran sencillez. Le asombra que jóvenes de esa edad sacrifiquen su tiempo libre para ayudar a unos desconocidos que viven en medio de la nada.

Se despide del grupo con una extraña inquietud revoloteándole en el pecho y queda en regresar al día siguiente para jugar la revancha.

—¿Qué te parece, Titán? —pregunta a su mascota, quien babea plácidamente al costado de la puerta—. Esos púberes tienen muy claro lo que quieren en la vida. mientras que yo, un anciano de treinta y uno, no tengo ni puta idea.

Cuando llega a la playa al día siguiente, los muchachos ya están persiguiendo el balón por la arena. Un hombre incluso mayor que él, a juzgar por su cabeza calva, corre como cualquiera de ellos y hasta los burla un par de veces. Tendrá unos cincuenta años, pero se le ve en forma, fuerte. ¿El padre? Titán está inquieto, así que Alonso pide permiso para soltarlo y el perro no tarda ni dos segundos en integrarse a la acción. Ladra, salta y se mantiene cerca del balón, provocando risas entre los jóvenes.

A los diez minutos de su llegada, el desconocido pide tiempo fuera y se acerca con la mano extendida.

—Javier Olvera —se presenta con un acento extranjero que Alonso ha escuchado antes—. Me alegra que hayas llegado. El fútbol es mi pasión, pero tengo la rodilla operada y no debo abusar.

La vista de Alonso pasa de su rostro a la articulación que le muestra el otro, donde percibe una gruesa y retorcida cicatriz.

—Meniscos —explica el padre al tiempo que Alonso pronuncia:

—Yo te conozco.

El hombre clava en él sus ojos castaños, enmarcados de líneas. Una arruga aparece en medio de sus cejas. Ladea la cabeza.

—Lo siento, no...

—En el avión —interrumpe Alonso—. Tu hermana toma ansiolíticos porque le da miedo volar.

—¡Claro! —El hombre suelta una risotada—. Tú estabas a punto de mudarte aquí. ¡Qué memoria! Te llamas...

—Alonso Estrada.

El padre Javier pregunta cómo van las cosas en la oficina y si encontró un lugar para vivir a su gusto. Alonso pregunta a su vez, de la manera más sutil que puede, cómo es que un sacerdote también la hace de psiquiatra y tiene el físico de un atleta de alto rendimiento.

La conversación se alarga tanto que los chicos tienen que conformarse con jugar sin ellos; aunque luego Alonso dedica un buen rato a darles lecciones básicas de surf.

Cuando les da hambre disfrutan de un delicioso pescado a la brasa y Alonso va planteando el centenar de preguntas que le despierta el peculiar conjunto. Tanto el padre como sus chicos se las resuelven con paciencia. Y a cada hora que transcurre, Javier Olvera le agrada más. Es el tipo de persona que transmite confianza; alguien a quien le contarías tus secretos.

—¿Sabes lo que todavía no asimilo? Que podáis pasaros días y días sin tele, ni ordenador, ni ...

—¿Alcohol? —adivina Javier. Comprensivo, se da la vuelta a ver a sus pupilos, quienes recogen sus cosas y las meten en su vehículo con aire de camaradería—. Parece que no les hace falta.

Hubieran querido quedarse otro rato, pero todavía cuentan con dos horas antes de que se ponga el sol y deben regresar al pueblo a dar una segunda mano de acabado a la construcción que están por terminar. Alonso los acompaña, curioso por conocer las casas que están montando.

Cuando llegan se sorprende. Está en medio de un conjunto de casitas prefabricadas. El sistema de construcción es ingenioso: vigas de metal pintadas de verde conforman la estructura de soporte, el techo es de láminas de acero que se atornillan entre sí y a la estructura metálica; las paredes están hechas de tabloncillos precortados de la medida exacta que se van colocando uno sobre otro. Una vez que la casa está armada, le dan un acabado especial a la madera para hacerla más durable y ponen los cristales de las ventanas.

El contraste entre la casita casi terminada y la choza de varas agarradas con alambre que está a pocos metros de allí es enorme. Empiezan a trabajar, están contrarreloj, los días que les quedan en la zona son contados.

Alonso coge una brocha y se pone a ayudarlos. Todavía no lo sabe, pero Javier Olvera ha ganado un colaborador y un amigo.

DOS AÑOS DESPUÉS

La sonrisa de la chica castaña se desdibuja un poco al darse cuenta de que Alonso viene acompañado de una mujer sumamente atractiva con cabello larguísimo y ojos color aceituna.

—Paola, esta es mi hermana Antonia. Tony, Paola Guzmán, sobrina de mi amigo Javier.

—¡Mucho gusto! —dice la chica alta, cuyas largas piernas bronceadas resaltan gracias a su minifalda blanca—. Alonso nos ha contado mucho de vosotros, Tony. Puedo llamarte Tony, ¿verdad? Pasad, pasad. Mi padre está en el jardín de atrás.

Antonia camina en la dirección indicada haciendo repaso mental de los muebles y distribución de la casa. Alonso no le ha comentado que su familia adoptiva tenía dinero, pero se nota en la fina piel de los sillones del salón, en la madera labrada de los muebles del comedor, en los adornos y en los aires acondicionados presentes en cada habitación.

De reojo nota la presencia de dos personas de servicio en la cocina. No le sorprendería que también tengan contratado un mozo para las labores pesadas y que en el garaje techado haya coches y camionetas de lujo. Lo que más le agrada son las fotografías salpicadas por todas partes donde aparecen los padres con sus cuatro hijas. Sabe por su hermano que son una familia unida, y por un momento se pregunta si Alonso no los frecuenta tanto porque con ellos encuentra un ambiente parecido al que dejó en la casa paterna, allá en la capital.

Hacia el fondo del amplio jardín, bajo una techumbre bien construida donde gira un ventilador de grandes aspas, un hombre echa carbón en la barbacoa y su acompañante los saluda con entusiasmo.

—¡Adelante, bienvenidos! Espero que vengáis con hambre: he comprado una carne de primera.

Antonia saluda a Javier con un cálido abrazo y estrecha la mano de su cuñado, un tipo franco y expansivo. Le agrada al instante.

Tras sacar una cerveza helada de la nevera que está al lado de la barra donde se sirven las bebidas, Antonia toma asiento y puede apreciar los cuidados detalles de sus alrededores: frescos suelos de cerámica que asemeja un diseño en empedrado, muebles de hierro y cristal, jardineras cuajadas de flores y un fogón precioso para encender fogatas cuando cae la noche.

Poco después conoce a las otras sobrinas de Javier y a su hermana. Una mujer muy propia, pero cálida. Le da la impresión de que su serenidad hace balance de algún modo con la inacabable energía de su esposo. Llegan los Morales y saludan de esa forma que denota una amistad de años. Todos tratan a Alonso como un integrante más del grupo.

Antonia siente gusto y nostalgia a la vez cuando lo ve discutir con las chicas sobre si la mejor manera de conocer un lugar es por cuenta propia o con las explicaciones de un guía. Las tiene embobadas a todas cuando habla del recorrido en moto que hizo por la Toscana. Sonríe. Su hermano sigue siendo carismático, pero, sin embargo, la chispa que tenía antes, la despreocupación que a veces rayaba en irreverencia han desaparecido.

Hacia los postres, Paola, la joven alta y elegante, apoya su mano de buena manicura en el brazo de él y le dice:

—Espera a que pruebes el arroz con leche, es la receta de mi abuela. ¡Estoy segura de que te va a encantar!

—¿Por qué no invitas a Paola a mi boda? —pregunta Antonia a bocajarro unas horas después, de regreso a casa.

Alonso despega la vista del camino y la mira extrañado.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Antonia no se aguanta las ganas de elevar los ojos al cielo.

—Para empezar, porque le gustas, y, en segundo lugar, porque creo que hacéis una bonita pareja. Por el rabillo del ojo, él alcanza a ver que una zarigüeya se escabulle entre los matorrales.

—Ayúdame a fijarte en el camino —pide al tiempo que baja la velocidad—. No vaya a ser que su familia esté cerca.

—No cambies de tema.

Alonso se rasca la ceja y sube la potencia del aire acondicionado.

—No sé de dónde sacas esas cosas, hermana. Paola es casi una niña.

—Yo sé lo que he visto. Además, veintiséis años no es una niña.

—He dicho «casi».

—Y no puedes negar que es muy guapa.

En la mente de Alonso aparece la chica en cuestión con su lacia y tupida melena, ojos color avellana, piel bronceada, complexión esbelta que resalta gracias a la ropa que tan bien sabe elegir.

Se encoge de hombros.

Un nudo se forma en la garganta de Antonia. Mira a su hermano, tan guapo a pesar de su barba rara, tan grave, tan lleno de responsabilidades. Suspira.

—Alonso, te siento muy solo. No todo en la vida debe ser trabajo y labor social.

Él la mira como si fuera ella la que necesita consuelo.

—No te preocupes por mí, hermanita. Estoy muy contento, te lo aseguro. La fundación va viento en popa. Los niños han hecho grandes avances. El negocio va bien. No puedo quejarme.

—Ya lo sé, pero ¿acaso no echas de menos al viejo Alonso? ¿Al menos en parte?

Han llegado a su destino sin contratiempo. Ya una vez Alonso tuvo la desdicha de arrollar a un animal que cruzaba inesperadamente el camino y todavía no lo supera. Empujando ese recuerdo al subconsciente, él apaga el motor y encara a su hermana.

—¿Por qué iba a echarlo de menos? El viejo Alonso, como tú lo llamas, era el centro de la fiesta, pero no tenía este sentimiento de trascendencia del que ahora disfruto. El viejo Alonso era demasiado superficial, demasiado egoísta y vano. Carolina tenía razón, ¿sabes? Tarde o temprano habría terminado engañándola, tal vez no al año, no a los cinco años, pero, sinceramente, creo que habría vuelto a caer. Además, ya no necesito pareja para sentirme completo. Estoy bien como estoy.

—Como sea. —Antonia ahuyenta la nostalgia con un voleo de su mano—. Entonces te espero el jueves 1 de mayo. La ceremonia es el sábado, pero si vas a viajar, vale la pena que te cojas todo el puente.

Alonso posa la mano sobre el brazo de Antonia y le da un cariñoso apretón.

—No te aseguro que pueda estar todo ese tiempo. Tú sabes que hago falta aquí.

Ella no puede ocultar su decepción.

—Te prometo hacer todo lo que pueda —Alonso se apresura a agregar—. Buscaré a alguien que pueda cubrirme.

Con brazos entrelazados, los hermanos Estrada enfilan hacia la vieja casona, perdidos en sus pensamientos.

Desde una silla de madera, maltratada por los embates del sol y la arena, Alonso contempla el mar mientras sorbe una cerveza helada. Ha declinado la invitación de los Guzmán para dar un paseo en su lancha.

Desea estar solo. Aunque no debiera, la conversación con su hermana Antonia ha logrado inquietarlo. ¿Cuándo entendería que en su complicada vida no había espacio para una pareja? Su trabajo en el instituto de idiomas más su labor altruista absorben hasta el último minuto de su tiempo. Vive del primero; le entrega su vida a la segunda. Ayudar a los niños en situación vulnerable lo llena de satisfacciones. Cada día agradece el haber aceptado tomar la batuta del proyecto cuando Javier se lo ofreció.

Los muchachos de su centro, lejos de estar incubando las semillas de la delincuencia, aprenden labores que los ayudarán a ser ciudadanos honestos, trabajadores y responsables. La visión integral del proyecto ha ayudado a tener un bajísimo índice de deserción y pronto sus primeros protegidos alcanzarán la mayoría de edad y estarán listos para dejarlos.

Aquella será la prueba de fuego, pero Alonso confía en que cada uno de esos chicos le darán al albergue Nuestra Señora de la Paz motivos de orgullo. Por cada uno de ellos está dispuesto a hacer su máximo esfuerzo, a darlo todo. Y a la gente de fuera, incluso a su propia familia, le cuesta trabajo entenderlo.

Por eso mismo jamás admitirá que hay días en los que siente un oscuro vacío en medio del pecho ni que la soledad es un precio que está dispuesto a pagar. En las contadas ocasiones en las que le afecta llegar a una casa silenciosa donde solo lo espera Titán, se obliga a concentrarse en el trabajo y en los problemas de los chicos del refugio. El no tener una pareja en nada puede compararse con crecer con un padre drogadicto o una madre prostituta, o con ser el posible blanco de los demonios que comercian con personas. Algunos de sus pequeños han tenido que hurgar en la basura para poder llevarse algo a la boca.

Alguien debe protegerlos.

Otra razón que tuvo al rechazar la invitación es que ya no se siente tan a sus anchas con la familia de su amigo Javier. Por culpa de la dichosa conversación con Antonia, los avances de Paola le parecen cada vez más claros. Sus sonrisas, sus posturas, los roces de sus manos, su comunicación no verbal le confirman que la agorera de su hermana tenía razón. Y él no sabe cómo cortar aquella actitud sin ofenderla.

—Ahí estabas —le dice una voz femenina terriblemente similar a la de la chica en cuestión.

Desconcertado, Alonso mira su lata de cerveza. No lleva la cuenta de todo lo que ha bebido, pero las alucinaciones auditivas son un indicativo de que se ha pasado de la cuenta.

Una figura se coloca entre él y el sol, y Alonso corrobora que no fueron imaginaciones. Paola está allí, su expresión es de alivio. En la parte del torso lleva un bikini tejido y una delgada blusa naranja que ondea con la brisa. Cubre sus caderas con otra de sus minifaldas.

—Pensé que estarías acompañado —comenta ella en tono extraño—. ¿No me invitas a sentarme?

Alonso se repone de su extrañeza lo suficiente para tartamudear:

—Cl-claro. —Está a punto de ponerse de pie para acercarse a otra silla cuando la chica se deja caer sobre su regazo.

Huele a bronceador, a perfume caro... y a alcohol.

—Paola, por favor. —Él ha puesto las manos en alto, no se atreve a tocarla. Aunque no puede negar que su trasero amoldado a su regazo está haciendo estragos en su autocontrol.

—No me rechaces, te lo pido —murmura ella al tiempo que lánguidamente acomoda su largo talle contra el de él. Ha anudado sus brazos alrededor de su cuello, lo tortura con besos suplicantes.

Tal vez fue el alcohol, tal vez fue que ese día en particular el vacío se le antojaba inmenso y pensaba en relaciones fallidas, en lo que no pudo ser. Tal vez fue la inquietud que le provocaba el saber que dentro de algunos meses se encontraría de nuevo con la que pudo haber sido el amor de su vida.

O quizá fue el simple hecho de tener a una preciosa criatura pidiéndote que la hagas tuya.

El caso es que las compuertas en su interior se abrieron de par en par, dándole escape al fuego que solía tener sofocado. Con ansias devoró esa boca pequeña, deleitándose con cada gemido, encendiéndose con cada jadeo. Sus dedos ágiles deshicieron los lazos del bikini y en pocos segundos sus manos palparon aquellos pechos erguidos.

Cegada por el deseo, la chica se sienta a horcajadas sobre él provocando que estallen pequeños fuegos artificiales. Frente a frente lo invita a tomar las aureolas entre sus labios. Alonso no puede pensar, todo está sucediendo demasiado rápido. Su larga abstinencia lo acerca al borde de la locura. Sus manos acarician, estrujan, aprietan. De pronto, una de ellas desciende y desciende hasta comprobar lo mucho que lo desea...

El mar truena a unos pasos, el viento acaricia sus cuerpos y aquella pareja, ajena a todo lo que pasa a su alrededor, da rienda suelta a su pasión.

*E*l albergue infantil Nuestra Señora de la Paz tiene un concepto diferente. No todos los niños que viven ahí son huérfanos, pero necesitan el apoyo porque sus padres no están en condiciones de atenderlos. Son drogadictos, prostitutas o personas discapacitadas que ni siquiera pueden cuidar de sí mismos. En esos casos, los niños pueden salir los fines de semana y visitar a sus parientes, aunque para algunos, tristemente, esas visitas resultan contraproducentes.

Sus fundadores, una familia de fuertes conexiones y recursos económicos, donaron un enorme terreno en las afueras de la ciudad. Ellos también financiaron algunas de las primeras construcciones que el padre Olvera y sus muchachos levantaron (Alonso incluido). Una de las cabañitas prefabricadas funciona como oficinas administrativas; otras cuatro actúan como dormitorios para los pequeños, los cuales están divididos por edades.

Los niños se refieren a la cabaña donde residen como «mi casa», y funcionan dentro de ellas como si se tratase de un hogar normal. Hay un adulto viviendo en cada cabaña, jóvenes misioneros que se quedan un año entero y hacen de hermanos mayores: orientando, apoyando y manteniendo el orden y la disciplina. Cada hermano menor tiene asignadas labores como hacer las camas, sacar la basura o limpiar los suelos.

Pero la cosa no termina ahí. El objetivo de todos los que apoyan el proyecto es brindarles a los niños un espacio sano donde puedan desarrollarse física, moral y emocionalmente, así como dotarlos de herramientas que los ayuden a salir adelante en la vida.

El trabajo duro es una de ellas.

En Nuestra Señora de la Paz se preocupan por ser autosuficientes, y por ello han construido una granja. Por la mañana los niños van al colegio. Cuando regresan comen todos juntos en un gran comedor y al terminar se ponen a trabajar. Algunos atienden el huerto, otros cuidan de las cabras, unos más ayudan en la cocina, limpian o fabrican alguno de los productos artesanales que los ayudan a generar ingresos. Los quesos, los jabones y las velas aromáticas se venden bien.

Lograr que todo eso funcione y que aparte cumplan con sus deberes escolares representa un gran reto y un enorme esfuerzo por parte de cada uno de los involucrados.

Aquella tarde Alonso pasea por el camino de tierra mirando divertido a los más pequeños y su andar bullicioso. Llevan sendas bolsas colgadas al hombro. Steve, su hermano mayor, intenta poner orden para llevarlos al huerto donde les corresponde cosechar patatas. Él llegó apenas hace unos tres meses. Alto y corpulento, tiene el cabello y los ojos demasiado claros y un corazón enorme.

—A ver, ya niños, dejad de brincar como chivos locos —apremia, masticando las palabras con el típico acento que tienen los anglosajones—. ¿Ya habéis ido al baño? ¿Todos traéis la bolsa y herramientas? No quiero que me digáis a medio camino que se os ha olvidado. ¡Paco! Hey, Paco, *where are you going?*

El pequeño en cuestión ha salido disparado, dejando caer sus cosas al suelo con estrépito. Es muy bajito, bastante más bajito que los niños de su edad, y a veces tiende a ser rebelde e irreverente. Su madre era alcohólica y no conoció a su padre, pero adora a Alonso, y le ha pedido permiso para llamarlo «papá».

Llega hasta el imponente hombre moreno y se abraza de su pierna. Alonso le pasa una mano por la cabeza y se toma unos segundos para poner un semblante serio.

—A ver, jovencito, váyase ya con Steve, que lo está esperando.

Paquito miró hacia arriba con una sonrisa pícaro.

—Ya me voy, solo quería decirte hola.

—Pues ya me lo has dicho. Ahora corre, que se os va a hacer tarde por tu culpa.

Con un cariñoso cachete lo encamina en la dirección correcta. El niño se echa a correr y recoge su palita aprisa, para alcanzar al grupo, que ya había empezado a andar.

Alonso entra en la oficina y se pone tras su escritorio. Una preocupación no lo deja tranquilo. Hace pocos días visitó a una jovencita. No tendría más de dieciséis años y ya era madre. En un principio quiso quedarse con su hijita, pero le estaba costando demasiado trabajo. Está agotada y desesperada.

—Me dicen que usted tiene una casa-hogar —afirmó sin mirarlo a los ojos.

—Así es.

—Quiero darle a mi niña —dijo con expresión resuelta—. Quiero que se lleve a Angélica.

Como si hubiera recibido un golpe en el estómago, Alonso se queda sin aire.

—Creo que eso no va a ser posible, Margarita —objetó con suavidad—. En mi casa solo tenemos varones.

Intentó dialogar con ella, convencerla de no abandonar a la niña.

—No va a ser para siempre —aseguró la otra—. Necesito que me la cuide un tiempo, en lo que encuentro trabajo. Yo no tengo con quién dejarla. —La barbilla le tembló—. He oído lo que ustedes hacen allí en la granja. Sé que de verdad cuidan a las criaturas. Por favor, llévese a mi Angélica.

Alonso lo consultó con Javier y con el otro director del centro. Al final, decidieron que, aunque no podían aceptar a la niña en su albergue, hablarían con unos conocidos que llevaban las riendas de un centro donde se recibían niñas.

En cuanto le aseguraron un espacio, fue a ver a la madre adolescente para darle la buena noticia. Sin embargo, Margarita ya no estaba en el cuartito que le alquilaban. Nadie le supo dar razón de ella.

Antonia sale del probador de la lujosa tienda luciendo uno de los vestidos de novia más hermosos que he visto jamás.

—¿Y bien? —pregunta, toda sonrisas—. ¿Qué te parece?

—¡Tony, es precioso!

Mi amiga gira despacio frente a los tres espejos que las dependientas han colocado de modo estratégico para que pueda apreciar cada detalle. La creación, en seda cruda, lleva los brazos descubiertos y tiene un femenino escote en forma de corazón. La parte del talle se ajusta a la perfección a su figura y está decorada con un intrincado bordado con perlitas y finísimos hilos dorados. Justo debajo de las caderas, la falda se abre en metros y metros de tela con la forma de un alcatraz invertido.

—Si la señorita Estrada nos pudiera hacer el favor de subir por aquí —la dependienta señala un podio conformado por dos anchos escalones— para que la modista pueda ajustar el largo...

Tras afinar los detalles de la entrega de la prenda, Antonia y yo nos encaminamos a un restaurante cercano y pedimos vino espumoso y aperitivos. Entrechocamos nuestras copas con espíritu de celebración.

—Gracias por haber aceptado ser mi madrina —sonríe Antonia.

—Gracias a ti, por haberme dejado formar parte de esto.

Intercambiamos un abrazo apretado y entonces Antonia se inclina sobre su asiento y saca de debajo de la mesa una bolsa adornada con un lazo.

—¿Y esto? —pregunto, intrigada.

Antonia se encoge de hombros.

—Es para que lo uses en el viaje.

—¡No tenías que haberte molestado! —Sacudo la cabeza en un gesto de cariñosa reprobación. Y entonces recuerdo que yo también tengo una sorpresa para ella. Pesco mi bolso.

—De hecho, yo también he traído algo para ti.

Antonia no me permite seguir hurgando en el interior de la bonita bolsa floreada que compré hace poco.

—¡Ahora me lo das! Primero quiero que veas mi regalo.

Abro la caja sabiendo que, sea lo que sea, me va a agradar. Mi amiga tiene un gusto impecable. Sin embargo, mi sorpresa es mayúscula al darme cuenta de que mi regalo es un traje de baño que se presta a ser admirado con microscopio.

Al ver mi boca abierta, Antonia suelta una carcajada.

—Y bien, ¿qué te parece?

—Está muy chulo... Pero creo que habrá que reclamar: parece que en el camino se le ha caído algo de tela.

—Tonterías, nos hemos prestado ropa muchas veces y yo me lo probé en la tienda. Te aseguro, amiga, que vas a poner a babear a más de uno cuando te lo pongas.

—Pero yo no quiero poner a babear a nadie.

—No seas mojigata. Recuerda que estamos en plena campaña para hacerte «pisar más fuerte», y te aseguro que con esto vas a hacer que se giren muchas cabezas... ¿Qué? ¡No me mires así! No tiene nada de malo que otras personas noten lo atractiva que eres, ¿o sí?

Iba a protestar, pero me doy cuenta a tiempo de que sería inútil. No pienso discutir con mi amiga y menos en un día así. Sé que Tony obra con buena intención, así como también sé que de momento no ve a Jorge con buenos ojos. No hubiera querido que ella se enterara de la discusión que mi novio y yo tuvimos en relación con la boda, pero es muy difícil esconder algo así cuando tu amiga está a tu lado y tu novio alza la voz al otro lado de la línea.

—Entiéndeme, Caro, no te digo que no vayas a la ceremonia. Pero no tienes que pasar tantos días en la playa.

En ese momento preferí levantarme del sillón, y me metí a mi habitación para poder hablar sin tener que cuidar mis palabras.

—Entiéndeme tú. Es la boda de mi mejor amiga. Soy la dama de honor. Ella lleva mucho tiempo planeando cada detalle y no voy a dejarla sola por tus...

Apreté los labios, estaba muy molesta y quise evitar decir algo de lo que pudiera arrepentirme.

—Por mis qué, Carolina —presionó él.

Su tono agresivo me sacó de mis casillas.

—¡Por tus inseguridades!

Jorge dejó escapar una risita incrédula.

—¡Mis inseguridades! ¿Te estás escuchando, Carolina? Permíteme recordarte que normalmente no soy una persona celosa... —Yo hubiera podido objetar, tengo varios ejemplos concretos en la punta de la lengua, pero cuando Jorge está de ese humor, no hay forma de razonar con él—. Pero en este caso tengo razones para sentirme así. Lo sabes bien.

Con ojos cerrados, dejé caer la cabeza contra la puerta.

En contra de los consejos de mi querida Antonia, terminé por confesarle a Jorge lo sucedido la noche en que Alonso me llevó el cuadro. El resultado fue una bronca terrible, una ruptura de seis meses y un noviazgo reconstruido sobre bases inestables.

—Cómo me gustaría no haberte contado nunca lo que pasó —dije con un hilo de voz. El nudo en mi estómago era enorme.

—Bueno, pues a mí me habría encantado que no me hubieras puesto los cuernos.

Una lágrima rodó por mi mejilla. Estaba cansada de sus recriminaciones.

—Te recuerdo que estás invitado al evento —murmuré en tono vencido.

—¿Y qué hago entonces? ¿Les pido a mis padres que cancelen el crucero? Mi padre cumple ochenta años, Carolina, debe aprovechar que todavía tiene ánimos y salud para viajar.

Me sentí impotente. Esa discusión ya la tuvimos antes sin resultados positivos. Jorge no faltará a la celebración del cumpleaños de su padre y yo no dejaré de asistir a la boda de Antonia.

—Entonces, supongo que no hay más que decir —pronuncié con voz estrangulada.

—Como quieras.

Jorge colgó en ese momento y desde entonces no he sabido nada de él. Después de la discusión, me quedé unos minutos en mi cuarto para calmarme, pero tuve que regresar con mi invitada. No iba a dejar a mi amiga sola toda la noche. Y alguien que te conoce tan bien se da perfecta cuenta de cuándo te sientes fatal, y sabe cómo hacerte hablar.

No le conté los detalles, pero Antonia sabe lo suficiente. Estaba tan enfadada que hasta me sugirió que buscara otro galán.

Por eso cuando me dice:

—Admite que te ha gustado.

No puedo sino responder:

—Ya te lo he dicho, es muy bonito.

—¿Me prometes que lo vas a usar?

—Lo prometo. Ahora, tu regalo.

Antonia abre la pequeña caja con delicadeza y se lleva la mano al corazón al contemplar la medalla que heredé de mi abuela paterna y mandé montar en una bonita pulsera.

—Ya tienes algo viejo para ponerte —comento, y sonrío al ver su expresión emocionada. Siempre ha admirado esa medalla.

—¡Amiga, no sé qué decir! —asegura, y me echa los brazos al cuello.

La maleta está lista con todo y el minibikini que Antonia me regaló. Miro el reloj y repaso la lista mental de lo que necesito llevar: ropa interior en primer lugar (como mi madre me ha enseñado), seguido de ropa de día, ropa de noche, sandalias, trajes de baño, pijama, bronceadores y, por supuesto, el conjunto completo para la boda.

Todo listo, ahora solo me falta hacerles arrumacos a mis mascotas mientras Edith y Rebeca pasan a por mí. Ellas son amigas de Antonia desde hace mucho tiempo y amigas mías desde que entré a trabajar en la empresa de Alonso. Desde que me cambié de trabajo, no las veo tan seguido como quisiera, pero nos llevamos muy bien y al menos una vez al mes salimos y nos ponemos al día.

Y hablando de Alonso... Me pregunto qué me espera en ese frente. Por un lado, y aunque suene mal, estoy contenta porque la ausencia de Jorge me permitirá pasar más tiempo con mis amigas, y por el otro sé que no será fácil enfrentarme a Alonso por mi cuenta. ¿Qué tal si llega con una despampanante novia, con una prometida de alcurnia o, peor aún, con una esposa tan guapa que me haga sentir un vil gusano?

—¡Auch! Nina, mete las garras, si me haces el favor.

Mi gata me mira con insolencia y su mensaje es claro: si no quieres que te arañe, no me aprietes, gracias.

—Pues qué poco solidaria eres —le reclamo.

Es lógico que esté nerviosa, no solo tengo que volver a ver a Alonso, sino a toda su familia también. Agradables en su mayoría, aunque me horroriza imaginarme algunos de los comentarios que sus tías, varias de las cuales nacieron sin filtro entre el cerebro y la lengua, puedan hacer. Podrían empezar con un: «¡Qué lástima, hacían tan buena pareja...!»». Hasta llegar al extremo de: «Yo creía que se iban a casar». O preguntar sin tapujos: «¿Pero qué fue lo que pasó?».

Por si eso fuera poco, he confirmado mi impresión de que doña Sara, la madre de Antonia y Alonso, no está muy contenta conmigo. Su trato se volvió un poco seco a partir de que su hijo y yo terminamos, y ha rayado en ocasiones en lo grosero desde que él se fue a vivir fuera.

¿Que cómo sé que no soy santo de su devoción? Pues Rebeca me confesó que esa mujer ha hecho comentarios desagradables acerca de mí en su presencia.

Así son las cosas. Pero ya me prometí a mí misma que, pase lo que pase, no seré una aguafiestas. Me enfocaré en la arena blanca, en el agua color turquesa, en la presencia de mis amigas, en el *spa* y, sobre todo, en compartir la felicidad de Antonia.

Por enésima vez miro mi dedo y me pregunto si debo llevar o no mi anillo de compromiso. Jorge me exigió que lo hiciera, y debo admitir que eso es parte del problema. Exigir es muy distinto a pedir. También estoy molesta porque no he sabido nada de él desde que se fue. Sí, ya sé que tener datos en alta mar le habría costado una millonada, pero un mísero mensajito o correo

electrónico o hasta un maldito telegrama donde me avise de que están bien y que me echa de menos no estaría de más.

Repaso la banda de oro con el índice y el pulgar de la otra mano y examino desapasionadamente la forma en la que el diamante captura la luz. La historia detrás de la propuesta tampoco es muy romántica, aunque debo admitir que en parte fue por mi culpa. Él llegó de un viaje, me fue a visitar y me pasó la caja sin mucho preámbulo.

—Lo he estado pensando mucho, Caro, y creo que ya va siendo hora de formalizar nuestra relación. —Coronó su desangelada declaración con un beso. A ese sí le echó más ganas.

Práctico, concreto. Debo admitir que no recibí la caja con demasiado entusiasmo. ¿Será que en estos tiempos ya no se estilan sentidos discursos de amor? Mi corta experiencia con los hombres parece indicar que los nuevos modelos no vienen con chip poético. Lo comprobé con los varios especímenes con los que tuve la desdicha de salir cuando terminé con Jorge:

Julián, uno de mis compañeros en un curso de traducción, me invitó a bailar en una ocasión, pero resultó ser un esnob, y la cita fue igual de traumática para ambos. A Alejandro lo conocí en un bar, a leguas se notaba que se había operado la nariz, tendía a hablar mal de la gente y todo el tiempo me miraba como si quisiera arrancarme la ropa (no en forma sexy, sino en modo acosador). Otros cuyos nombres no vale la pena recordar no tenían conversación y parecían intimidados cuando hacía mención de alguna de mis lecturas o de mis intereses académicos. Un vistazo a mi alrededor bastaba para identificar la gran cantidad de inmaduros que pululan por las calles y las oficinas creyendo que un fin de semana no ha valido la pena si no han tomado alcohol hasta embrutecerse. ¡Y qué decir de los deshonestos! Uno de mis alumnos, el que trabaja en un banco, estuvo insistiendo durante meses que le aceptara un café y al final resultó que estaba casado. Afortunadamente seguí mis instintos y no volví a verlo después del café, pero sé gracias a mi amiga Tere que ha llegado más lejos con otra de las profesoras. Ojalá su esposa lo descubra. Y lo cape. Y luego lo deje.

Esta triste lista pone una propuesta desangelada en perspectiva. Jorge es serio, formal, buena persona.

«Y sigue sin buscarme», me digo tras revisar la pantalla de mi móvil por milésima vez. Ya han pasado cuatro días. No lo pienso más, el anillo se queda en el joyero.

Por fin hemos llegado. El vuelo ha durado dos horas, y, gracias a que salimos muy temprano, apenas es mediodía. Las chicas y yo podremos aprovechar todo el día bajo el sol cálido y los cielos despejados que han sido anunciados en el pronóstico del tiempo.

Pero primero, lo primero. Debemos registrarnos, colocar nuestras cosas (soy una lata en ese sentido: no me gusta planchar, así que prefiero tomar medidas preventivas), cambiarnos y encontrar a Antonia, quien llegó hace unos días con algunos miembros de su familia.

El hotel es precioso. No es demasiado grande, pero sí muy distinto a lo que esperaba. Todo está pintado en distintos tonos de blanco: blanco roto, marfil, beis, crema, etcétera, mientras que los muebles son de madera oscura con tapices color capuchino. La música clásica fluye por los altavoces disimulados en el área de la recepción. El personal es amable, servicial y discreto.

Seguimos al botones al cuarto piso. Rebe y Edith compartirán habitación. Yo estaré por mi cuenta. El joven me da el consabido *tour* de la habitación, mostrándome primero la vista, que es preciosa: podré disfrutarla en la hamaca que cuelga en la terraza. ¿Otro toque genial? Las mesillas

de noche son de alabastro y sirven a la vez de iluminación indirecta, logrando que la decoración luzca espléndida.

—Antonia es un genio —comenta Rebeca, admirándolo todo. Ha entrado en mi habitación ya con el bikini puesto y una enorme bolsa de lona. Edith viene pisándole los talones.

—¡Vamos, Caro, la playa nos espera! —apremia.

—Solo me falta mi libro —anuncio. Una vez que rescato mi novela policiaca del fondo de la maleta, suspiro contenta y sigo a mis amigas, dispuesta a disfrutar el descanso.

*P*or haber tardado tanto en decidir la fecha de su salida, Alonso ya no ha conseguido habitación en el mismo hotel que su hermana. Como sea, el lugar donde se hospeda está, según le aseguraron los de la agencia de viajes, a unos cinco minutos del otro caminando por la playa.

Encuentros difíciles aparte, las vacaciones prometen. Antonia ha invitado a Jaime, Diana, Mauricio y Héctor. Salvo por el primero, casi no ha tenido contacto con ellos. Le gustará mucho saber qué ha sido de sus vidas.

Así, el jueves hacia las tres de la tarde, Alonso echa llave a su habitación y encuentra a sus viejos amigos instalados a pocos pasos de las olas. Bromean, ríen por tonterías. Parece que el tiempo no ha pasado.

—¡Mirad quién ha llegado! —grita Mauricio enderezándose en su tumbona, los músculos de su abdomen marcándose con el movimiento.

—Hermano —interviene Héctor—, ¿qué pasa con esas barbas?

Jaime ya se ha puesto de pie y lo recibe con entusiastas palmadas en la espalda. Los siguientes segundos Alonso se vuelve el destinatario de saludos, abrazos y un vaso de ron con refresco de cola. A lo largo de la siguiente hora confirma que Héctor sigue trabajando en la compañía automotriz y que Mauricio consiguió un excelente empleo en la bolsa de valores.

Fiel a su naturaleza, no puede dejar de presumir del monto de sus ingresos ni de los músculos que ha desarrollado gracias a los consejos de su entrenador y la nutricionista. Alonso sonríe para sus adentros. Mauricio siempre se ha comparado con él. Parece que por fin se siente a la altura.

Mientras escucha a medias los detalles de la última expedición de esquí de sus amigos, los ojos de Alonso se desvían en intervalos regulares hacia la blanca estructura construida de forma perpendicular a la playa, unos quinientos metros más adelante. El hotel donde se alojan su hermana y Carolina.

—Necesito estirar las piernas —anuncia de pronto—. Voy a caminar un poco, ¿alguien quiere venir?

Héctor lo mira como si estuviera hablando en suajili y Mauricio comenta:

—Hermano, solo a las niñas les gusta caminar por la playa.

—¡Y tanto! —coincide Héctor—, además ¿quién quiere moverse cuando el bar está tan cerca? El que haya inventado la barra libre merece una condecoración.

Jaime no pone atención a lo que dicen, concentrado en tocar con la lengua las amígdalas de su novia. Alonso sonríe y apoya en la mesa más cercana su vaso casi lleno.

—No tardo.

Sus pies dejan huellas sobre la arena suave, el viento hace ondear la camisa que lleva desabotonada, su ceño está fruncido, su mirada escudriña a los grupitos de turistas apiñados bajo las techumbres de palma o tostándose a sus anchas en el rayo caliente del sol. Detiene sus pasos

poco antes de la entrada, al lado de la ducha y la fuente para enjuagarse los pies. Se vuelve hacia el mar, concentrado en el murmullo de su eterno ir y venir.

Los minutos transcurren despacio, una chica con bikini negro pasa por segunda vez cerca de él en busca de atención. Pero Alonso no se da cuenta siquiera, está sumido en sus pensamientos. Finalmente inspira hondo, echa los hombros hacia atrás y sube con parsimonia las escaleras que conducen a la alberca.

No avanza mucho para encontrar, unos diez metros más adelante, un cuarteto de amigas que parlotea sin parar. Las observa unos momentos, parpadea despacio, su vista está anclada en las curvas peligrosas que revela el bikini de la chica de piel aceitunada y cabello oscuro. Poco a poco su mano se contrae en un puño.

Afortunadamente, un chiquillo salta a la piscina a unos pasos de él. Su grito de júbilo y el agua fresca que le salpica los pies logran sacarlo de su trance. Entonces Alonso sacude la cabeza y se ríe de sí mismo. Girando en redondo, se aleja sin mirar atrás.

Tras unos momentos frente al armario me decido por un vestido tipo *halter* con estampado de flores, zapatos de plataforma y joyería tipo étnico. Pensaba torcer mi cabello en una especie de moño informal, pero al final lo dejo suelto. Me pongo perfume, un suave color de labios y algo de *gloss*. Mis ojos parecen enormes, y no sé si se debe a mi habilidad para aplicar el delineador o a que me muerdo del susto, ¡ja!

—¿Lista, chica? —pregunta Antonia, quien ha esperado pacientemente los últimos diez minutos. Me doy cuenta de que no quiere saber si ya he terminado de arreglarme, sino si me siento preparada para enfrentarme a su hermano.

—¿Ya ha llegado? —pregunto con fingida ecuanimidad.

Mi amiga asiente, y es a su imagen en el espejo a quien pregunto en voz queda:

—¿Viene con alguien?

—No, Caro. —Se ha puesto de pie y descansa sus brazos sobre mis hombros—. Viene solo.

Mis pulmones dejan escapar el aire retenido. Los nervios son como hormigas que van subiendo por mi piel.

Hombro con hombro salimos de la habitación y pasamos a por Rebe y Edith. Al llegar al restaurante nos conducen a la mesa que tenemos reservada nada menos que para veinticinco personas. Hay doscientos invitados para el evento principal, pero esta noche solo estaremos reunidos la familia cercana y los mejores amigos.

De camino a nuestra mesa vemos un refrigerador donde se exhiben más de una docena de postres distintos.

—Oh, sí, el lugar pinta muy bien —murmura Edith a mis espaldas, sacándome una sonrisa.

Nuestra mesa está cerca de la barra de ensaladas. Los padres de Antonia ya se encuentran allí, conversando con otras parejas: sus amigos de toda la vida, dos hermanas de Sara con sus esposos, una tía divorciada, un tío muy escandaloso con sus hijos adolescentes (los cuales, por cierto, parecen bastante deprimidos de tener que estar ahí). Los conozco a todos, así que me voy deteniendo a saludar. Como siempre, don Sergio es muy propio y doña Sara solo parece ligeramente irritada.

Al fin llego a donde están las sillas vacías. El camarero enciende unas velas y se retira después de tomarnos nota de las bebidas.

—¡Ahí está Alonso! —exclama de pronto uno de los primitos, y agita los brazos con entusiasmo para llamar la atención del que llega.

¡Demonios!, de pronto me siento como si fuera a presentarme a un examen para el que no he estudiado, pero en vista de que no puedo salir corriendo como una loca, hago de tripas corazón y me vuelvo hacia el lugar al que todos miran.

La sorpresa me corta la respiración, sus rizos húmedos delatan que está recién bañado, luce unos pantalones color caqui y una camisa blanca como de algodón con grecas bordadas por delante. ¿Y esa barba? ¿Por qué tan bronceado? Su cabello está más largo que de costumbre, le cubre el cuello en oscuros anillos.

¡Santo cielo!, este hombre sigue estando como un tren. Aunque ahora, más que modelo parece un artista excéntrico. El hombre en cuestión abre los brazos para abrazar al muchachito que ha corrido hacia él.

—¡Tomás, qué alegría! ¡Cómo has crecido!

Esa voz, profunda y oscura, me pone la piel de gallina. Con su sonrisa de anuncio, la derretidora de mujeres y ganadora de amigos, comienza a estrechar algunas manos. De pronto mira sobre su hombro.

—¡Perdón, se me olvidan mis modales! Estos son mis amigos: Mauricio, Héctor. —El primero inclina la cabeza, el segundo alza una mano a modo de saludo—. Y creo que la mayoría conoce a Jaime; ella es Diana, su novia.

—Prometida —corrige él, alzando sus manos entrelazadas para que los demás aprecien el anillo en su anular izquierdo.

Están recibiendo nuestros parabienes cuando el camarero regresa con panecillos y toma nota de una nueva ronda de bebidas, explicándonos que esa noche no hay cena a la carta, sino bufé. Por fin se calma la conmoción, me pregunto cómo se van a acomodar en los lugares que quedan.

Un sonriente Jaime toma asiento a mi lado, seguido de su prometida. Los saludo con alivio, aunque me sorprende que las actitudes de los señores Estrada se repitan: Jaime es cordial; Diana, seca. Quiere dejar bien claro que no soy muy de su agrado. La verdad es que no sé de dónde viene esa actitud, nunca nos hemos tratado. Pero tengo otras cosas más importantes con las cuales estresarme, no voy a desgastarme en esta.

—¡Tengo un hambre de lobo! —asegura Mauricio acomodándose frente a mí. Su cabello ha empezado a escasear y lo lleva muy corto. Tiene ojos penetrantes e inteligentes y por un momento me parece que se detienen en mí.

Héctor, larguirucho y pálido, queda al lado de Rebe y Alonso en la cabecera, al igual que su padre. Por fin me mira un segundo, sonríe de manera escueta y murmura un «¿Cómo estás, Carolina?» que no espera respuesta. Mis traidoras mejillas se calientan.

—Sobrino —la tía Ángeles levanta la voz para que Alonso pueda oírla—, hacía mucho tiempo que no te veía. Cuéntame las novedades.

Con un oído presto atención a esa conversación y con el otro pretendo estar atenta a la historia del compromiso de Jaime. Me entero de que le dio el anillo en París mientras caminaban por los Campos Elíseos. ¡Vaya!, tendré que leer el libro *Por qué los hombres aman a las cabronas*.

—No hay mucho que contar, tía —dice Alonso—, todo sigue igual.

Habla de las nuevas oficinas, así como de un albergue infantil y ventas de quesos y velas. No puedo evitar lanzarle un rápido vistazo. ¿Qué tiene que ver con todo aquello?

—¿Os parece bien si vamos a por ensalada? —pregunta Antonia.

Mis amigas y yo la seguimos. Los demás están metidos en sus conversaciones. Paso detrás de

Alonso, pero él no levanta la vista de la carta de vinos. En el mostrador, puestos entre hielos, hay recipientes con quesos, frutas y vegetales frescos, también hay ensaladas ya preparadas y pastas frías. Todo tiene una pinta deliciosa.

—¿Cómo estará esa sopa? —pregunta la voz a la que evidentemente no me he hecho inmune, pues las rebanadas de tomate se me escapan de la pinza.

¡Diablos! ¿Dónde está mi *savoir faire* cuando lo necesito? Muy a mi pesar, me veo obligada a aclararme la garganta.

—Parece que buena.

Tras esa genial respuesta regreso a la mesa con unos cuantos tomates espolvoreados con orégano, queso blanco y un poco de aceite de oliva. Pico de mi comida y aguzo el oído, convencida de que, al menos esta noche, será mejor escuchar. La conversación en general gira alrededor de la boda, el cruce por Alaska que será el viaje de luna de miel, el piso al que la pareja piensa mudarse y las anécdotas que las parejas añejas comparten de sus respectivas bodas, años ha.

—Si alguien me hubiera dicho que el primer año de matrimonio iba a ser tan difícil —menciona la tía Ángeles—, jamás lo habría creído. Siete años de noviazgo, siete. Habría jurado conocer a Carlos como la palma de mi mano y, sin embargo, fue sumamente difícil acoplarnos...

Mientras entretiene a los demás con detalles de sus traumáticas experiencias, reúno valor suficiente para preguntar con discreción:

—¿Has dicho hace un rato que colaboras en un albergue, Alonso? ¿De qué tipo?

Él parece sorprendido. Su bocado permanece suspendido en el aire.

—No tendrías que haberle preguntado, Caro —bromea Jaime—. Ahora no va a haber quien lo calle.

Antonia le da la razón. Alonso sonrío y a grandes rasgos me explica la misión y las actividades de Nuestra Señora de la Paz. Infinidad de preguntas saltan en mi cabeza a gran velocidad, pero solo aventuro unas cuantas. No quiero que parezca que busco acaparar su conversación: ¿Cuántos niños viven ahí? ¿Por qué solo varones? ¿Qué es exactamente lo que haces tú?

Una vez que termino mi breve interrogatorio, me cuesta trabajo salir de mi estupor. ¡Él es el director!

Hacia el final de la cena se organiza una salida a bailar. Los adolescentes por fin parecen entusiasmados. Todos menos Tomás, que a sus trece años todavía no puede unirse a ese tipo de diversión.

Yo tampoco. Esta noche no. Tengo mucho que pensar, y estaré más cómoda a solas, sin preocuparme por cuidar mis reacciones o por mostrar un ánimo festivo. Me excuso detrás de un dolor de cabeza que en realidad siento; un dolor sordo que presiona un lado de mi cabeza. ¿Qué son unas horas de baile a cambio de paz mental?

A pesar de mis repetidas negativas, Antonia me acompaña a la habitación y se desilusiona cuando, a pesar de todos sus esfuerzos, me ve decidida a permanecer encerrada.

—¡Pero Caro, no seas así!

—A partir de mañana no lo seré, te lo prometo. Este dolor de cabeza de verdad me está matando. Voy a descansar y amaneceré lista para afrontar lo que sea.

—¿Un tsunami?

—Sin problema.

—¿Un día lluvioso, sin un solo rayo de sol?

—Muy probablemente.

Se hace un silencio durante el cual mi amiga parece librar una batalla consigo misma.

—Caro... —empieza, pero de inmediato cierra la boca y sacude la cabeza.

—¿Qué? —le pregunto.

Ya no suelta prenda, solo me abraza y me desea buenas noches.

Antonia aprovecha el descenso en el ascensor para revisar su aspecto en la pared cubierta de espejo. En su rostro serio se dibuja una sonrisa cuando recuerda la llamada con Samuel, logró cerrar el negocio que tenía pendiente consiguiendo así disponer de cuatro semanas de vacaciones. ¡Su viaje de bodas será un sueño!

Las puertas se abren, su grupo la espera en la recepción.

—¿No viene Carolina? —inquire Mauricio.

Alonso lo mira de reojo mientras su hermana explica lo del dolor de cabeza.

—Se ha tomado un par de aspirinas, y ha preferido acostarse para estar mañana como nueva.

—Bueno —dice Héctor, colocándose junto a Rebeca—, andando, que la caminata es larga, ¿seguro que no preferís tomar un taxi?

Mientras el grupo avanza hacia la larga calle que los llevará a la marina, Alonso lanza una mirada hacia atrás y deja escapar un suspiro.

—Date prisa, primo —lo apremia Felipe, el hermano de Tomás—. Ya tengo mi identificación oficial, y ¡hoy voy a estrenarla!

*E*ntre el dolor de cabeza y mi mente, que no ha parado de correr en círculos, no he podido dormir muy bien. Me obsesiona la idea de que el Alonso de ahora es casi un desconocido: sigue teniendo una figura atlética y ojos perturbadores, aunque en un descuido me gustaría atarlo y quitarle esa barba de cosaco que le tapa la mitad de la cara.

«¿Y qué me dices de su forma de vestir?», debato conmigo misma. Antes toda su ropa era de marca, y la camisa de ayer parecía hecha por manos indígenas. ¿Y lo del albergue?

Tristemente me fuerzo a aceptar que él es un rompecabezas que no voy a poder armar: después de todo, solo lo veré unos días. Por otra parte, como es mi costumbre, costumbre negativa que estoy tratando de romper, he pensado las cosas más de la cuenta, y eso tiende a complicarlas.

Cierro la llave de la ducha y comienzo a secarme mientras intento convencer a Antonia de que es hora de salir de la cama. Me pongo unos pantalones pesqueros blancos sobre el traje de baño color turquesa; los aretes y el anillo, un regalo de Jorge, son de plata y turquesas. No me molesto en mirar mi teléfono, estoy segura de que no me ha hablado.

—¡Lista! —dice Antonia quince minutos después.

—Te odio, te arreglas en un santiamén y de todos modos pareces salida de una revista de moda.

—No hay mucho que arreglarle a la perfección —dice sobre su hombro, y alcanzo a propinarle un almohadazo en el trasero antes de salir de la habitación.

Encontramos a nuestras amigas en el restaurante, y nos damos un gustazo con un desayuno a base de fruta, té inglés y deliciosa panadería danesa. Rebe no para de hablar de la salida de la noche anterior. O más bien de lo que Héctor dijo, hizo o pensó. Por lo visto, pasó todo su tiempo con él.

«¿Sabías que muchas de las partes de los coches están hechas por robots?». «Héctor dice que el ambiente de la Fórmula Uno es incomparable. ¡Me ha invitado a acompañarlo!». «Estoy pensando cambiar de coche por un híbrido, parece que me puede conseguir una buena financiación».

Sonrío para mis adentros y declino la invitación a formar un equipo de fantasía por internet. En lo personal, me parece la mar de aburrido ver coches dando mil y una vueltas alrededor de la pista. Pero, bueno, para gustos, los colores. Y hablando de gustos, ¡es curioso cómo surgen los flechazos! El fortachón de Mauricio no le ha causado impresión. Por lo visto, ella los prefiere altos, delgados y del color de la nata.

—Quedamos en vernos temprano —añade en cuanto salimos de la tienda donde compramos revistas. Y mi mente amargada no puede sino pensar: «¡Yupi, Alonso desde temprano!».

Media hora después, instaladas a la sombra de unas palmeras, vemos que los tres amigos vienen caminando por la playa. Algo positivo: Jaime y Diana no los acompañan. Mientras nos alcanzan, aprovecho para echarle una ojeadita a Héctor, ¿quién sabe?, a lo mejor he pasado por alto algún rasgo atractivo. No, mi evaluación final se queda en las mismas. Aunque, bueno, para ser justas, es difícil que alguien destaque si está al lado de Alonso Estrada.

¿Es mi imaginación o lo veo aún mejor que ayer con sus bermudas rojas y una fina camisa de algodón abierta por completo? Al cuello trae una tira de cuero de donde cuelga una cruz de plata. Sus músculos están muy definidos, aunque me da la impresión de que ha perdido peso.

Y eso no debe importarme. Es más, no lo hace. En absoluto. Allá él si lo está pasando mal.

En cuanto llegan a nuestro lado, Héctor extiende su toalla en el pequeño espacio que hay entre Rebeca y yo, obligándome a salirme de la sombra. ¡Grrr! Todo sea por la vida amorosa de una amiga. Mauricio se ha quedado unos pasos atrás atendiendo una llamada telefónica y Alonso se acerca y saluda, estudiándome con mirada disimulada. Le sonrío mostrando todos los dientes para que se dé cuenta de que pienso comportarme a la altura.

—¿Puedo? —me dice extendiendo una mano que apunta al libro que tengo en el regazo.

Se lo doy y revisa portada y contraportada.

—¿Qué tal? —vuelve a preguntar. Y le hago una pequeña sinopsis de lo que llevo leído.

Entonces ofrece traernos bebidas y yo pido un agua mineral con limón. Mientras se aleja, aprovecho para cerciorarme de que no hay un hilo de baba escurriéndose hacia mi bikini nuevo.

«Tranquila, Carolina», me digo. Conoces a este hombre desde hace mil años, y sabes cómo comportarte cerca de él. Si él puede ser civilizado, tú también.

Cuando regresa con nuestras aguas charlamos un rato acerca del trabajo. El sol brilla en un cielo sin nubes y poco a poco siento como si me hubieran puesto una plancha caliente en la espalda. Ironías de la vida: soy morena clara, pero mi piel es tan sensible como la de una pecosa pelirroja; si no hago algo ya, terminaré tan roja como un camarón.

De las profundidades de mi bolsa me apresuro a sacar el protector solar, y lo reaplico en todo lugar al que mis dedos alcanzan. Tengo problemas en la parte alta de la espalda, y ahí es donde necesito más protección. Alzo la vista hacia Antonia, quien conversa con Mauricio acerca de la probabilidad de ver una aurora boreal durante su viaje, pero aun antes de que pueda decir algo Alonso pregunta:

—¿Necesitas ayuda?

«¿Esquiusmi?», quiere decir mi lado mojigato y ansioso. Esas manos largas y nervudas son lo último que necesito sobre mi piel. Antonia y Mauricio se olvidan de su conversación de cruceros por el norte del continente para poner su atención sobre nosotros, de modo que digo con compostura:

—Solo aquí, si no te importa. —Y señalo lo que creo que es el área entre mis omóplatos.

Alonso coge la crema mientras que me recojo el cabello con una mano.

Bajo la mirada atenta de los otros dos percibo la tentadora cercanía de mi ex. Un delicioso rastro de colonia llega hasta mi nariz. «Mala idea, Carolina», me reprendo. Muerdo con discreción el interior de mi mejilla al sentir el contacto, pero antes de que me dé un paro cardíaco todo acaba. Alonso ha terminado el trabajo de manera rápida y eficiente.

—Listo —informa en tono neutral. Su expresión es plana, como si acabara de hacer algo tan aburrido como sonarse la nariz.

¡Bah!, ¿por qué mi corazón se siente decepcionado?

—¡Hace mucho calor! —señala Antonia, y quiero abrazarla por quitarme de los reflectores—. ¿Qué os parece si nos mojamos los pies en el mar?

Después de veinte minutos de sumergir los pies en el agua fresca, sintiendo la suave arena bajo las plantas, se topan con un conjunto de coloridos botes pesqueros.

—Esperad un momento —pide Carolina, y con su teléfono se concentra en hacer fotografías.

Alonso la mira con alivio, ella parece más relajada que el día anterior, cómoda incluso, como alguien que lee un libro en la terraza o que vuelve de un paseo vespertino por el parque. Está satisfecho con la forma en la que las cosas se están dando. A partir de ese día, si sus caminos vuelven a cruzarse, no habrá más incomodidad.

—Creo que ya he terminado —informa ella con una sonrisa dulce.

—A ver —pide Mauricio, quien curioseas las tomas y hasta se anima a sugerirle otras más.

Señala el lugar en el horizonte donde un pequeño risco sirve de refugio a las gaviotas. Se pone justo detrás de ella para poder mirar por encima de su hombro el recuadro que aparece en la pantalla.

—Un poquito más a la derecha —señala. Y mueve el brazo de Caro con delicadeza hasta que la lente apunta justo hacia el lugar al que él sugiere.

—Guau, ¡buen ojo! —elogia ella al mismo tiempo que acciona la cámara—. ¿Alguna otra sugerencia?

Justo en ese momento, Antonia mira de reojo a su hermano, quien parece sereno. Aunque alguien que lo conoce tan bien nota la rígida línea de los hombros y los ojos apretados como rendijas.

—¿Listos para regresar al hotel? —pregunta Alonso en cuanto los otros se separan, y luego señala los hombros de Carolina, que han adquirido un tono rojizo—. Necesitas salir un rato del sol. Si no, mañana vas a estar quemada.

En cuanto llegan al hotel, pasan por el bar en busca de algo fresco. Carolina pide un cóctel de limón, bebida que prefiere tomar cuando tiene calor.

El grupo se ubica cerca de la piscina. Los chicos bromean y las hacen reír sin parar. Jaime y Diana llegan entonces y se unen a la diversión.

—¿Está bueno tu cóctel? —pregunta Alonso cuando lo descubre mirándola. Necesita cubrir el hecho de que no podía apartar la vista del mechón que ha escapado del nudo en el que retorció su cabello, el cual juguetea contra su cuello al capricho del soplo de la brisa.

—Un poco fuerte.

Caro se sorprende cuando él, sin siquiera pedir permiso, le quita la bebida de la mano y la lleva a sus labios. Alonso hace una mueca cómica en cuanto la prueba.

—Definitivamente no han sabido prepararlo: dos de estos pondrían borracho a cualquiera. ¿Ya no lo quieres?

—No.

Él apura el resto en dos tragos.

—No hay que desperdiciar nada —se justifica, y añade—: Voy a por otro, pero ahora le voy a explicar al barman cómo hacerlo.

—¿Lo recuerdas?

Alonso la reprende con una mirada condescendiente mientras repite con exactitud ingredientes y cantidades: una medida de vodka, una de extracto de zumo de cítricos, agua mineral y una medida de refresco de limón. Al terminar le guiña un ojo.

—Presumido —acusa Carolina con una de sus sonrisas nuevas.

Mientras espera que el barman le prepare dos cócteles de limón, Alonso mantiene su atención en el grupo. La ve sacar el teléfono: su rostro refleja incredulidad en un primer momento, luego alivio.

—¡Hola! ¿Cómo va todo? ¿Cómo estáis? —pregunta en tono alegre—. Aquí en la playa. El día ha estado precioso... Sí, está. Bueno, somos un grupo. —La sonrisa se le ha evaporado. Con ceño

fruncido masculla—: No empieces, por favor.

El barman hace funcionar la licuadora y el ruido ahoga sus siguientes palabras. Irritado, Alonso se gira hacia a la barra para toparse con que sus bebidas ya están listas. Las coge despacio mientras observa que Caro se ha alejado de los demás, dándoles la espalda. Ha bajado dramáticamente el volumen de su voz, gesticula un poco con las manos. Finalmente cuelga.

Antonia estaba por ponerse de pie cuando nota que Alonso la ha alcanzado, vasos en mano. Ella se enjuga los ojos. No lo ha visto.

—¡Listo! —anuncia él en tono amable—, a ver qué te parece.

Carolina se sobresalta y le ofrece una sonrisa que más bien parece un puchero. Acepta el vaso y sorbe la bebida sin decir una palabra.

—¿Te puedo ayudar en algo? —murmura él, plantándose a su lado de cara al mar.

—No, gracias —responde en un hilo de voz. Apura la bebida hasta casi vaciar el vaso—. Problemas con mi novio —dice al fin.

—¿Quieres hablar de ello?

Carolina niega con la cabeza. Se seca la cara de nuevo. Alonso intuye que las palabras no serán de mucha ayuda, opta por acercársele y colocar una mano sobre su hombro. Carolina la cubre con la propia y estrecha sus dedos.

Inesperadamente, ella se gira en redondo, esconde la cara en su pecho, sus manos aferran su camisa como garfios. La sorpresa de Alonso es evidente aun a varios metros de distancia. Al principio su cuerpo se pone rígido de pies a cabeza, pero bastan un par de segundos para que apriete la mandíbula con determinación y sus brazos envuelvan a la mujer que fue su obsesión en un apretado abrazo, brindándole un espacio a salvo para sollozar en silencio. Tras un momento, se gira y hace un claro gesto a Antonia pidiéndole que se acerque.

—Ahí viene Tony —murmura contra su oído. Deposita un beso en su pelo y agrega—: En estos momentos necesitas a tu mejor amiga.

No sé cuántas veces me disculpo con mis amigas por ser una aguafiestas. Estamos juntas en un solo cuarto con un par de botellas de vino vacías y nuestros vasos a medias. Solidarias al enterarse de casi toda la historia entre Jorge y yo, han brindado por la muerte de los celosos y expresado a viva voz que he hecho bien en mandarlo bien lejos. Lo han llamado canalla, neandertal, obtuso y otros epítetos peores, desoyéndome cuando afirmo que es una buena persona.

—Buena persona que se está portando como un patán, amiga —afirma Edith.

Miro a Antonia, ella sabe que los celos de Jorge iniciaron justamente cuando metí la pata y me dejé llevar por mi atracción por su hermano. Las otras dos no conocen los detalles salvo que en algún momento él tuvo razones válidas para sentirse desplazado.

—Amiga, ya sabes lo que pienso —señala Antonia—. Independientemente de lo que pasó, si Jorge decidió seguir contigo debió dejar el pasado atrás. Restregártelo en la cara cada vez que os enfadabais solo empeoró las cosas.

—¡Sí! —dice Edith en un volumen muy alto; creo que el alcohol en su sangre ha sobrepasado los límites de lo legal—. ¡Y no vas a permitirle que te estropee las vacaciones! En este momento te bañas y te arreglas para salir a bailar. Esta noche nos divertiremos como locas.

—¡No se diga más! —Rebe se pone de pie de un salto—. Nos vemos en una hora en el vestíbulo. No te vayas a rajar.

En cuanto nos quedamos solas, Antonia me empuja cariñosamente con el hombro.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Todo bien.

—Entonces, ¿nos acompañas a bailar?

—Por supuesto.

—¡Esa es la actitud! —afirma sonriente. De pronto se pone seria—: Amiga, no es que haya comentado nada, ¿OK?, pero ¿qué responderías si te digo que creo que todavía le interesas a mi hermano?

—¿Qué? —sacudo la cabeza, incrédula—. Diría que te estás imaginando cosas.

—No sé. Cada vez que os veo juntos, vosotros...

Cubro su boca con mis dedos.

—Mejor no lo digas. Concentrémonos en ponernos guapas y bailar hasta que no podamos tenernos en pie.

—Tanto no —dice alarmada—. Guarda parte de tus energías para mi boda.

En el tiempo estimado, estamos en la recepción vestidas para matar. La reacción de los chicos que ya nos esperan y las miradas de algunas personas que están por allí confirman que hemos hecho un buen trabajo. Alonso se mantiene serio, un poco apartado, contradiciendo la suposición de su hermana. Es Mauricio el que aprieta el paso para flanquearme.

—Qué bien que habéis escogido un sitio de música latina —me dice, y añade con gesto avergonzado—: Tengo una confesión que hacer: acabo de meterme en unas clases de baile de salón. Veremos si algo se me ha pegado.

—¿En serio? Me cuesta trabajo imaginarlo.

—Nadie me cree —dice con falso dramatismo—, pero juro que es verdad. ¿Te gustaría ir? Las clases son los sábados en el centro y los profesores son muy buenos. Los van rotando, y casi todos concursan en ámbito nacional. No sé que pasa, pero últimamente nos hacen falta mujeres, a veces no tenemos con quién practicar.

Una voz profunda se escucha a mis espaldas. Alonso está a un paso de alcanzarnos.

—No sabía que tenías espíritu de bailarín —dice.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes. Además, ¿por qué iba a deciros nada? Ya sabía yo que ibais a burlaros.

—No tendrían por qué burlarse —me meto—. Alonso también baila.

Una cálida sonrisa se extiende por su rostro.

—No, tú eras la que bailabas, yo solo te seguía.

La excelente selección de música, aunada a una degustación de margaritas, logran su cometido. Sacudo el cuerpo hasta que se me desprende la tristeza. De pronto me siento libre y profundamente feliz. Jamás debí permitir que la relación con Jorge se prolongara en las circunstancias en las que lo hizo. Al final era más costumbre y deber que un compartir gustoso.

Aunque intenso, el encanto dura poco. A la una en punto regresamos al hotel; ese fue nuestro trato con Antonia. En el camino no puedo evitar darme cuenta de que Diana parece indispuesta.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Héctor—. Te veo un poco verde.

—La verdad es que estoy algo mareada —acepta ella llevándose una mano a la cabeza.

—Aguanta un poquito más, nena. —Jaime pasa el brazo por su cintura—. Ya casi llegamos.

«Casi» era la palabra clave. A los cinco minutos ella está devolviendo los margaritas y la cena encima de unos arbustos de flores rojas.

Una vez de regreso en el vestíbulo, el cansancio me llega de golpe. No sé por qué, pero presiento que dormiré como un tronco.

—Nos vemos mañana. —Mauricio se inclina hacia mí y roza mi mejilla con los labios—. Resérvame unos bailes, ¿eh?

Miro entonces a Alonso, quien me ofrece una sonrisa apretada y un simple:

—Hasta mañana, Caro.

«¿Ves, Antonia? Te lo dije».

Pensativo, Alonso camina hacia su hotel. Casi no ha hablado en toda la noche. Tampoco ha bailado más que cuando Antonia lo ha obligado. Eso sí, aprovechó la oportunidad para preguntar lo que sucedió entre Carolina y el novio.

—Si dices algo, te mato —le advirtió Antonia tras lanzar una mirada de reojo hacia su amiga—. Pero Caro ha roto su compromiso con Jorge.

Alonso guarda silencio: nunca supo que Caro estaba comprometida. No sabe cómo sentirse al respecto. Le surgen varias preguntas que no puede plantear.

—Supongo que ha sido lo mejor —añade su hermana tras un suspiro.

Una de las preguntas sobresale de las demás: si estaba comprometida, ¿por qué no usaba anillo?

La voz de Mauricio viene a interrumpir sus cavilaciones.

—Oye, hermano, quiero aprovechar que estamos solos para decirte algo.

Distraído, Alonso nota que, en efecto, los otros no están a la vista. Pero su mente está en otra parte: sigue enfocada en Carolina, en todo lo que no sabe de ella, en los ligeros cambios en su personalidad que ha ido descubriendo, en todas las complicaciones en su propia vida, en su deber, en el pasado...

—Caro es muy guapa, y...

El ruido de fondo de su cabeza desaparece de golpe con la mención de esa corta frase, la cual penetra, clara, en su conciencia, como la campanada de una iglesia. Mauricio tiene toda su atención.

—... y, como ya no es tu novia, voy a intentar que me haga caso. Ya sé que hace mucho que terminasteis, pero quería decírtelo de todos modos, porque, bueno, me parecía lo correcto.

La reacción de Alonso no es la que su amigo espera. Siente una ola de furia correr avasalladoramente por sus venas. Un velo negro cae sobre sus ojos. Con un gran esfuerzo reprime la agresividad que clama por ser liberada. Sus manos tiemblan por el esfuerzo, las esconde en los bolsillos de su pantalón.

—No creo que sea una buena idea —dice en un susurro, cuando preferiría gritar.

—¿Perdón?

—Me has pedido mi opinión, y te la estoy dando —aclara con un deje de arrogancia.

—No te he pedido ninguna maldita opinión. Simplemente he pensado que debía decírtelo antes.

—¿Antes de qué? ¿En verdad crees que ella puede hacerte caso? Carolina es... culta, sensible, inteligente. Tú tienes otros intereses. Solo te gustan la fiesta y el gimnasio. Además, ella está atravesando un momento vulnerable, y no voy a permitirte...

—¿Permitirme? —responde Mauricio con incrédula indignación—. ¿Qué te pasa, Alonso? ¿Quién te crees que eres? ¿Qué soy, según tú: un zoquete inculto, un alcohólico parrandero? ¿Te atreves tú a juzgarme? ¿Tú? ¿Es que ya se te ha olvidado por qué terminé contigo? ¡Por infiel! ¡Así que cállate la boca antes de que te la parta! —termina, en voz tan alta que varios de los huéspedes se detienen a observarlos.

—¡Me gustaría que lo intentaras! —reta Alonso, alzando también la voz.

Algunos de los mirones esperan con emoción una pelea. Promete ser un buen espectáculo: uno de los contrincantes es un hombre alto y vigoroso; el otro es un compacto conjunto de músculos. Además, está furioso.

—Primo, ¿qué pasa?

La fina voz de Felipe resquebraja un poco de la tensión que se ha formado en el ambiente. Alonso trastabilla hacia atrás. Dolido, mira a su amigo mientras aprieta las manos convulsivamente.

—No voy a pelear contigo. —La frase se le atora en la garganta.

—¡No me salgas con eso, san Alonso! ¡Vas a tener que terminar lo que has empezado!

Sin más preámbulo, salta sobre él, pero dos pares de manos lo detienen. Jaime y Héctor están allí, así como un lloroso Tomás, quien por alguna razón no se encontraba en su cama.

—¡Soltadme! —Mauricio tironea hacia adelante.

—No, hermano —dice Héctor—, tienes que calmarte. Vamos a la habitación.

Jaime y Héctor empiezan a empujar en dirección al ascensor, pero Mauricio sigue resistiéndose.

—¡Te vas a tragar tus palabras! —asegura entre dientes—. Me voy a quedar con Carolina.

Alonso está tumbado en su cama con un brazo sobre sus ojos, abre y cierra el puño de forma rítmica, sin pausa, sincronizando el movimiento con las punzadas en su cabeza.

Héctor lo ha alcanzado, y espera con paciencia a que ese ritmo se calme para poder hablarle. Abre el minibar, saca dos botellas de agua y utiliza una de ellas para empujar el brazo de Alonso. Este abre los ojos y se incorpora agradecido, pasando el helado recipiente por sus sienes. Espira largamente y sus hombros se relajan un poco.

—Oye, compadre —se anima Héctor a decir. Toma asiento a los pies de la cama—. ¿Se puede saber lo que ha pasado?

En un instante Alonso se tensa de nuevo, aunque ahora la furia se ha transformado en desolación. Después de un largo silencio se anima al fin a contestar.

—Ese malnacido quiere quitarme a Carolina.

Héctor no se esperaba esa respuesta... O tal vez sí. Alonso no hablaba muy a menudo de sus sentimientos, por lo menos no con ellos, pero conociéndolo de tanto tiempo hay detalles que lo delataban en su trato con Caro. Repasa en su memoria los días anteriores y las pequeñas acciones van cobrando importancia: su modo de mirarla, la manera protectora en que se posiciona cerca de ella, el tono de su voz cuando le habla. Sí, definitivamente todavía hay algo allí, y él no lo había notado porque no lo esperaba y porque había tenido su atención puesta en Rebeca. Y tal vez Mauricio no lo había visto tampoco porque se concentraba en Carolina y no en los demás. ¡Qué maldita mala suerte que aquello hubiera pasado!

—Técnicamente —le dice en tono conciliador— no te estaría quitando nada. Tú ya no la tienes.

—Por lo visto, estoy solo en esto —acusa Alonso con expresión herida—. Sinceramente, no me esperaba algo así de mis amigos.

—Mira, yo no quiero tomar partido. Estoy tratando de ser objetivo. Ella es una mujer libre, y es lógico que rehaga su vida. Es tal vez un error que Mauricio se haya fijado en ella, pero, si no es él, será otro.

—¡Pero en Mauricio es traición! —subraya Alonso—. ¡Después de todo lo que os he contado de ella! ¡Sabiendo lo mucho que significa para mí!

—Perdón, pero la verdad es que no lo sabíamos. Yo pensaba, y estoy casi seguro de que Mauricio también, que tú y ella erais cosa del pasado.

Alonso cierra los ojos; ¿por qué todo es tan complicado? Hacía unas semanas estaba convencido de que no había espacio en su vida para Carolina.

La gran diferencia era que en ese entonces no la tenía cerca. Retoma la conversación mirando hacia el techo:

—No importa, eso no se les hace a los amigos.

Héctor menea la cabeza, le duele oírlo hablar así.

—A ver, según me acuerdo, ella renunció a su trabajo por ti. Tuvo otro novio. Rebeca me dijo que acaba de terminar con él... —Duda de pronto—. ¿Acaso Carolina te ha buscado últimamente?

Alonso tiene que negarlo.

—Amigo, ¿entonces qué estás haciendo?

De pronto, Alonso se siente agotado. No piensa continuar con la sesión de sinceridad.

—¿Sabes? Creo que me voy a dormir, hoy ha sido un día muy largo. Voy a la farmacia por algo para el dolor de cabeza. —Héctor se pone de pie—. No necesito niñera, te aseguro que no voy a buscar pelea.

Compra aspirinas y se encierra en su habitación. No quiere complicar más las cosas. Además, al día siguiente es la boda de Antonia, y se dejaría dar una paliza antes de estropearle el momento.

Incapaz de dormir a pesar de su cansancio, saca la foto que lleva en la cartera y la contempla un largo rato.

SÁBADO

*T*emprano al día siguiente, a pesar de no haber dormido casi, Alonso está a la puerta de la habitación que comparten sus amigos. Tiene algo muy difícil que hacer y no quiere posponerlo. Llama insistentemente hasta que Héctor se levanta, borracho de sueño, y abre. También para ellos ha sido una larga noche, gran parte de la cual Mauricio ha estado despotricando contra Alonso.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con sorpresa, más que con hostilidad.

—Necesito hablar con Mauricio.

Héctor se vuelve hacia el interior de la habitación. En la penumbra se alcanza a ver a Mauricio tapándose la cara como un niño que no quiere ir al colegio.

—Dile que se largue —masculla detrás de la almohada.

—Hermano —dice Héctor, apenado—, no creo que sea un buen momento.

—Vengo a disculparme, déjame pasar.

Y entonces sucede lo inesperado: comiéndose los celos y el orgullo, Alonso le deja libre el camino a Mauricio.

—¿Por qué el cambio tan radical? —cuestiona este, desconfiado.

Alonso se encoge de hombros.

—Tienes razón. No tengo derecho a ella.

Durante su insomnio ha debatido fuertemente consigo mismo, y ha llegado a la conclusión de que su secreto se sabría tarde o temprano. Además, no tiene por qué esconderlo. Al momento de tomar la decisión ya había asumido las consecuencias. Armándose de valor, confiesa la verdad y se retira. Está agotado.

Héctor y Mauricio se miran boquiabiertos.

—¿Qué te parece! No tenía ni idea. ¿Tú crees que Jaime lo sabe? —pregunta Héctor.

—Te apostaría a que no. ¿Sabes?, ya no lo entiendo. Alonso está cada vez más tocapelotas.

La noticia los ha sacudido tanto que ya no pueden conciliar el sueño. Deciden bajar a por un café al restaurante y ahí siguen, dándole vueltas al asunto, cuando Jaime los encuentra.

—¿Qué hacéis aquí tan temprano? ¿Os habéis caído de la cama?

—¿Amigo, no sabes lo que acaba de pasar! —dice Héctor, muriéndose por compartir la noticia. Mira contrito a Diana—: ¿Nos lo prestas un momentito?

Ella arquea una ceja con desagrado, sospechando que lo que sea que tienen que decir está relacionado con la escenita del día anterior.

«¡Cuánto drama!», se dice. Pero en voz alta comenta:

—Claro. Voy a pedir mesa, bebé.

Antes de ir a la playa está enterada de todo. Hasta el momento no ha dejado de conseguir lo que quiere con un buen chantaje y lágrimas de cocodrilo.

Sería una mentira negar que me siento desilusionada cuando el grupo de Alonso llega incompleto —falta el elemento más importante—. Y es que una vez que asimilé que lo mío y de Jorge ya no existe, me permití sopesar la pregunta de Antonia: ¿qué pasaría si todavía le interesara a su hermano? Bueno... De solo pensarlo me emociono. Anoche me pareció que me miraba con celos cuando bailaba con su amigo. Aunque, por otro lado, no hizo nada por acercármeme. Ha sido caballeroso, cordial, educado, pero también distante.

«¡Espabílate, Carolina! —me digo—. Seguro que está haciendo un sacrificio por su hermana. Por la forma en la que terminaron las cosas entre nosotros, bien podría ignorarte por completo».

«¿Pero el abrazo de ayer en la playa? ¿El beso en el pelo?», insiste la parte de mí para la que siempre ha sido irresistible. Y mi yo práctica se apresura a aclarar que la que se le colgó como una loca llorona y mocosa fui yo y que seguramente habría actuado igual con cualquiera.

«¡Basta!», me regaño. Finalmente no importa. Cada uno tiene su vida hecha, y dejaré de verlo en dos días.

Aprieto el paso para subir tras Antonia y Samuel en el bote que nos llevará a una playa privada. No quiero que nadie piense que estoy haciendo tiempo para esperarlo. Mi amiga está radiante con su prometido al lado, el amor les brota por los poros. Por un instante me permito sentir una punzada en el pecho. Su felicidad me alegra, por supuesto, pero me gustaría tener algo parecido.

De camino, el bote se detiene cerca de un pequeño arrecife. Nos ponemos gafas de bucear y saltamos al mar, me emociona observar todos los peces que van y vienen por los recovecos del coral.

Al poco rato de haber bajado a la playa, llega el momento que Diana ha estado esperando. Jaime y Mauricio están bajo las manos de las masajistas, Rebeca y Héctor están haciéndose ojitos y Antonia conversa con su otra amiga, la del pelo corto. Con gesto decidido, ella cierra su revista y se acerca a Carolina dispuesta a soltar la bomba que le tiene preparada.

—Caro, qué bien que tengo oportunidad de hablar contigo. —Toma asiento junto a ella—. He estado pensando que tal vez tú y yo podríamos intentar ser amigas, ¿sabes? Conocernos más. Voy a casarme con Jaime y Alonso es su mejor amigo, y tú, bueno, se nota que todavía eres muy importante para él.

La mosquita muerta la mira con desconfianza.

—Yo no diría tanto —responde Carolina—, digamos que lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Vamos, no seas modesta. La verdad es que admiro la forma en que habéis podido transformar vuestra relación en verdadera amistad incluso cuando él ya tiene un... ¿cómo decirlo...? compromiso formal allá donde vive. Todo muy moderno, muy civilizado. Tendré que aprender de ti; la verdad es que a mí me costaría un poquitín de trabajo.

Sonriendo para sí, observa el rayo de pena que cruza por los ojos oscuros de Carolina, quien no le permite seguir hablando. Con un escueto «Permiso» se pone de pie y se aleja. Pero el daño está hecho, lo sabe bien. Marcela ha sido vengada.

*E*mocionadas, regresamos al hotel. ¡Al diablo con los males de amor, mi mejor amiga se casa en pocas horas! Tenemos reservado un espacio en el *spa* para la una de la tarde, lo cual me viene como anillo al dedo. Pienso asistir al evento relajada y radiante.

De pronto, Rebeca se me acerca y me pregunta qué ha sido lo que me ha dicho Diana en la playa.

—Te cambió la cara, amiga.

—Nada, no te preocupes. No pienso hacerle caso.

—¡Bien hecho! Es una harpía, se le nota a leguas.

Mientras disfruto los efectos de la mascarilla, intento olvidarme de todo, y para cuando salimos de allí, me creo reconciliada con mi destino.

Antonia se queda para recibir un tratamiento más largo que incluye peinado y maquillaje, y Rebeca nos convence de acompañarla a buscar otro vestido, pues no está muy conforme con el que trae.

En la pequeña pero bien surtida *boutique*, las tres entramos y salimos de los probadores con el entusiasmo que provocan los trapos nuevos. Doy una vuelta frente al espejo para admirar el elegante vestido negro que ha llamado mi atención. La dependienta, una agradable y bajita mujer de mediana edad, asiente con aprobación y comenta:

—Le queda muy bien, señorita, pero ¿me permite sugerirle este otro? Es un bonito tono de verde que va muy bien con el color de su piel y de su cabello.

Estoy por decirle que no cuando miro con más detenimiento el vestido. La tela es muy suave y con un cierto brillo; el color, un precioso tono esmeralda. Cubre un solo hombro y llega hasta la rodilla. Imposible resistirme a la tentación de probármelo. En mi siguiente visita al espejo, sé que la señora tenía razón: el modelo no solo le da brillo a mi rostro, sino que me hace verme elegante y sensual.

Edith y Rebeca son muy efusivas en su elogio.

—Si no tienes dinero ahora, yo te presto —ofrece Edith—. Pero no puedes dejarlo. ¡Es divino!

—No es necesario. Tengo unos ahorrillos para estos casos.

En mis adentros admito que lo habría comprado aun sin los ahorrillos. Antonia no es el tipo de novia que impone ningún color o tipo de vestido para las madrinas, y esta prenda me queda mejor que la que cuelga en el armario. Gracias a ella me sentiré mucho más segura esta noche, cuando veré a Alonso sí o sí.

En cierto modo, la bruja de Diana me ha evitado la vergüenza de hacer el tonto. No, esta noche me arreglaré lo mejor posible y nadie sentirá lástima por mí. Es más, voy a ir tan guapa que incluso habrá quien piense que Alonso cometió un error por haberme perdido.

Me acerco a la caja mientras Edith ayuda a Rebeca a decidirse entre dos prendas.

—Muy buena compra, señorita. Un bonito vestido es siempre un buen aliado.

«¿Hasta para recuperar a un exnovio?», estoy tentada de preguntarle.

Comemos un refrigerio que nos ayude a llegar hasta la noche y luego, en la habitación de ellas, nos pintamos las uñas, vemos una película e intercambiamos bromas. Agradezco profundamente aquella sensación; es como estar protegida por una esfera de felicidad.

A la hora de maquillarnos, nos concentramos primero en Rebeca, quien está decidida a que Héctor se anime de una vez a pedirle que sean novios. Entonces Rebeca me insta a vestirme de una vez y extiende todo su arsenal para peinar.

—No quiero que echas a perder mi obra maestra cuando te metas en el vestido.

—*Voilà!* —dice, triunfante, después de cuarenta minutos de andar revoloteando a mi alrededor.

Me deja boquiabierta. No solo me ha recogido el cabello en un artístico moño, sino que ha retocado mi maquillaje de tal forma que parece que he gastado una millonada con un profesional.

—¡Caro, te veo superbien! —exclama Edith.

—Más que eso —se ufana Rebeca—. Ahora solo te falta el perfume.

Edith se sienta en el lugar que yo ocupaba hasta hacía un momento. Estudia su corta cabellera.

—A ver qué se os ocurre hacer con mi pelo.

En vista de que los novios son de religiones distintas, no habrá ceremonia religiosa. La boda civil está a punto de comenzar, y el hermano de la novia aparece cinco segundos antes de que a su madre le dé un ataque de histeria.

Por fuera parece sereno, pero solo Jaime tiene una idea del trabajo que le está costando mantener esa fachada. Hace unos momentos ha hablado con él. Alonso tiene claro que debe cumplir su compromiso con su hermana adorada, aunque es consciente de lo difícil que será presenciar cómo Mauricio asedia a Carolina.

—Solo unas horas más y estarás en casa —lo animó su amigo antes de que se separaran para arreglarse—. Solo tienes que aguantar un poco más.

Las cosas ocurren en saltos: Alonso entra en el salón luciendo como pocos su atuendo de lino negro y al siguiente segundo la ubica entre la multitud. Su subconsciente parece estar imantado hacia el precioso metal del que ella ha sido forjada.

Carolina pierde el color al tiempo en el que, desde la perspectiva del recién llegado, todo lo que hay a su alrededor desaparece. Es como si un manto de oscuridad hubiera caído sobre cada mesa, cada invitado... Sobre todos salvo por ese ángel de grandes ojos turbados que lleva un vestido verde.

Al darse cuenta, algunos de sus conocidos intercambian miradas.

La jueza da inicio a la ceremonia y para cuando termina Antonia suelta un suspiro de alivio. Todo se ha dado sin grandes contratiempos, su ahora suegra parece resignada. Solo queda divertirse en la fiesta.

—¡Felicidades, hermanita! —Alonso la estruja entre sus brazos, levantándola del suelo—. ¡Que seáis muy felices!

Ella lo mira a los ojos, emocionada.

—Si tan solo pudieras serlo tú también... —murmura.

—Lo soy, te lo aseguro.

Un abrazo más, otro beso y el guapo hermano de la novia estrecha la mano de su cuñado y repite sus buenos deseos. Pocos pasos atrás, Carolina espera su turno para felicitar a los novios. Al

pasar a su lado, Alonso no le dedica más que un parco saludo. Necesita empezar a poner distancia emocional entre ambos.

Logra distraerse apreciando la decoración, los coloridos arreglos de flores, el incomparable menú. Se concentra en la música, en el ir y venir de los camareros, en las conversaciones que se suceden a su alrededor. A pesar de todo, se siente ajeno, como aturdido, como si el tiempo estuviera corriendo de manera distinta solo para él.

Llega el temido momento: Caro baila con Mauricio, luego algunos excompañeros del trabajo y una vez más Mauricio la invita a la pista. Vaso en mano, Alonso los observa y entonces sus miradas se cruzan. La de ella parece decir muchas cosas, se le cuele hondo. Él se vuelve hacia su madre, le pregunta cualquier cosa, necesita distracción.

A pesar de no ser un experto, a Alonso le parece evidente que las clases de baile de Mauricio han sido un gasto inútil. No sabe llevar a su pareja, sus brazos estrechan a Caro con demasiada fuerza.

Aliviado, escucha el anuncio del maestro de ceremonias: la novia va a tirar el ramo. Pero en cuanto aquello pasa, Mauricio sigue a la dama de honor hasta su mesa y toma asiento a su lado, esforzándose por mantener una conversación que a ella no parece interesarle.

Mauricio se percata de que los está observando y hace un comentario con gesto sarcástico. Tras un breve intercambio de palabras, Alonso la ve salir. Parece descompuesta. «¿Qué diablos?». Sus ojos regresan hacia Mauricio, quien bebe su whisky mal encarado. «¿Qué le ha dicho este idiota?».

Sabe que no debe seguirla, que lo mejor para todos es quedarse allí, en medio de la cháchara de sus tías. Debe enfocarse en purgarla de su sistema. Aun así, sus pies lo llevan tras ella.

La encuentra en un lugar apartado, sentada en un banco frente a la vasta oscuridad del océano. Tiene en sus manos un pañuelo desechable con el que enjuga sus lágrimas.

Sin poder ignorar lo que sucede, da un paso hacia el frente.

—Caro, ¿qué pasa? ¿Te encuentras mal?

¡Lo que me faltaba! No puede una desmoronarse por su ex sin que este tenga que presenciarlo. No debería ser, pero las palabras de Mauricio me han dolido un montón. ¿Qué me importa que Alonso ya tenga su vida resuelta? Pero sí me importa, y mucho, así que voy a desenmascarme. ¡Ya qué más da! No tengo nada que perder.

—La verdad, sí —digo mirándolo sobre mi hombro—. Sabía que verte de nuevo iba a ser difícil, pero, vamos, a veces siento que es demasiado.

Alonso se acerca despacio, sus zapatos hacen crujir la arena. Su expresión es triste y comprensiva a la vez.

—¡Y que lo digas! —suspira. Está tan cerca que puedo distinguir cada una de sus bellas facciones, las líneas que empiezan a marcarse alrededor de sus ojos. Señala el espacio a mi lado—. ¿Puedo?

Con un movimiento de la mano lo invito a sentarse.

La brisa del mar transporta una bocanada de la colonia masculina que solo lo hace más perfecto. ¡Diantres! No puedo retener la gruesa lágrima que rueda por mi mejilla. Al verla, Alonso hace una mueca y coloca su mano, palma arriba sobre su propia pierna. Una ofrenda de paz, de solidaridad, de camaradería.

Con los dedos entrelazados, escuchamos el canto de las olas, tan triste como el que resuena en mis adentros.

—Háblame de ella —le pido tras un largo rato.

—¿Qué? —Alonso me mira de reojo.

Estrujo sus dedos.

—Vamos, no tienes que disimular. Mauricio y Diana ya me lo han dicho. Solo quiero saber cómo es tu pareja.

Alonso lanza una mirada matadora sobre su hombro, sus músculos se van tensando con enfado. Pero yo no quiero que regrese a la fiesta y le reclame nada al baboso de su amigo. Las cosas como son: prefiero saberlo todo. Poso mi mano helada sobre su pecho. Él se vuelve hacia mí y el aire se le va, ya me imagino la expresión de tristeza que me gasto.

—Quiero pedirte perdón —admito, mirándolo a los ojos.

—¿Qué? —repite él, su rodilla roza la mía—. No entiendo, Caro, ¿de qué tienes que disculparte?

—De haber sido tan necia. —Me muerdo el labio inferior—. Una necia orgullosa que no ha podido ver más allá de su rencor.

Alonso está rígido como una estatua. Por su expresión me doy cuenta de que no alcanza a entender lo que le estoy diciendo. O no quiere hacerlo. Ya no hay vuelta atrás, de modo que tomo aire e insisto:

—Debí aceptar tus disculpas. —El llanto me vence—. Si lo hubiera hecho, tal vez ahora, tú y yo...

—¡No! —La palabra es un golpe. Alonso se ha puesto de pie, el rostro descompuesto—. ¡No te atrevas a hablarme así, Carolina!

Intento calmarlo, es importante que sepa.

—Por favor, Alonso, estoy cansada de pelear contra mí misma. Si esta es la última vez que nos vemos, quiero que sepas que a pesar de los años nunca he podido olvidarte. Ni con Jorge ni con nadie he encontrado algo que pueda parecerse ni un poquito al amor como el que nos tuvimos.

—¡Cállate! —La voz de Alonso tiembla tanto como el dedo con el que apunta hacia mi cara—. ¡No tienes derecho a decirme esto!

Estupefacta, lo veo mesarse los cabellos. Crispa los puños y busca con una mirada extraviada algo que golpear. Pero no hay nada donde pueda descargar su ira, de modo que levanta la cara al cielo y suelta un grito desgarrado.

—No tienes idea —dice con voz rasposa y estrangulada— del maldito trabajo que me costó dejarte atrás, Carolina. No estuviste allí las incontables veces que me emborraché, cuando busqué bronca con quien fuera, cuando no tenía la energía de hacer a un lado las sábanas y levantarme a afrontar otro día. Me hiciste pedazos, Carolina. —Sus dientes rechinan—. A pura fuerza de voluntad pude levantarme, así que ni se te ocurra querer desbalancear mi vida de nuevo.

Con la mandíbula apretada me mira con ¿odio? ¿Dolor? ¿Tormento? Nunca sabré qué es exactamente, puesto que en ese momento gira en redondo y se aleja de mí con pasos largos y decididos.

Cuando Rosa García abre la puerta, se topa con unos ojos irritados e hinchados, bordeados de grandes ojeras.

—Buenos días, ¿está Carolina?

Su primer instinto es cerrar la puerta en la cara del recién llegado, pero lo piensa mejor. Hace unos minutos ha visto esos mismos ojos en la cara de su hija. Da un paso hacia atrás para dejarlo pasar y ve a Alonso tan descolocado que por primera vez en muchos años opta por ser prudente.

—Regreso en una hora —anuncia mientras coge su bolso y las llaves.

Alonso asiente, y aquel gesto minúsculo está cargado de gratitud.

—Más te vale no hacerle daño —advierte la enjuta mujer antes de cruzar el umbral.

Alonso comprime los labios.

—Créame, doña Rosa, eso es lo último que quiero. Pero no puedo garantizarlo.

Ella lo examina unos segundos y al final entiende que, para bien o para mal, esos dos tienen que hablar. Asiente y cierra despacio, sin haber dicho adiós.

Con un deje de tristeza, Alonso escruta el lugar: pequeño, ordenado y limpio, aunque los muebles están desgastados y le falta la chispa que tenía el estudio que ayudó a Caro a decorar. Es como como si la amargura de doña Rosa hubiera impregnado las paredes.

Dándose cuenta del duro comentario, se fuerza a encontrar algo positivo: las plantas están saludables, se dice. Sus hojas brillan, y Caro debió de cambiar el color del muro del fondo, que ahora luce un estimulante rojo manzana...

—Mamá, ¿tienes las vitaminas en tu cuarto? Mucho me temo que la gripe...

Alonso no alcanza a saludar, pues en ese momento se escucha un estruendo. El vaso de gran tamaño que Caro traía entre las manos se ha escurrido hasta el suelo, llenándolo todo de agua y cristales.

Carolina da un paso y suelta un quejido, seguido de una maldición.

—¡No te muevas! —ordena él al darse cuenta de que está descalza—. ¿Dónde tienes la escoba?

Siguiendo sus instrucciones, se hace de una escoba y un recogedor y luego pasa un trapo para recoger el agua y los minúsculos fragmentos de vidrio que pudieran quedar por allí.

—¡Diablos! —exclama al notar un corte en el pie de Caro—. Te está saliendo sangre.

Iba a agacharse para revisarlo de cerca cuando ella lo detiene con voz tensa:

—Estoy bien, Alonso. ¿Por qué mejor no me explicas lo que haces aquí?

Los ojos oscuros de él van del corte a su rostro, al corte y a su rostro de nuevo. Debe entrever que ella no le permitirá que le brinde primeros auxilios, así que espira despacio y señala hacia el salón.

—¿Nos podemos sentar? Me gustaría hablar contigo.

Carolina avanza delante de él. Al pasar por la cocina, coge una servilleta y luego se sienta en el sillón individual. Con cuidado, sube el pie al asiento y seca las gotas color escarlata.

—Antes que nada, quiero pedirte perdón, Caro. No debí hablarte como lo hice, pero no estaba preparado para escuchar lo que dijiste. Ni en un millón de años pensé... —Se detiene y suspira—. En fin, ¿me perdonas?

Las cejas de Carolina están como anudadas en medio de su frente. Se la nota tensa de los pies a la cabeza, aunque dice en voz muy queda:

—No hay nada que perdonar. Fuiste justo. Yo no tenía derecho de trastocar cosas que ya estaban asentadas.

La mirada se le nubla, y eso empuja a Alonso a acuclillarse frente a ella.

—Fuiste honesta, Caro, y valiente. Quiero pagarte con la misma moneda, aunque es posible que no te guste lo que vengo a decir.

Carolina lo observa de frente, es toda vulnerabilidad.

—¿Quieres saber la verdad? —inquieta él con gentileza.

Ella asiente, o al menos cree que lo hace. Y entonces la abofetea con una sola frase:

—Tengo una hija.

El mundo se detiene. La servilleta, los cortes, todo pasa a segundo plano. ¿Cómo desoír lo escuchado? Pidió enterarse de algo que no puede gestionar y ahora que lo está recibiendo quiere rogarle que se calle, pero su boca se ha olvidado de funcionar.

—Se llama Marina y tiene seis meses.

Carolina está como idiotizada, y él no puede detenerse a pensar el efecto de sus palabras. Se ha abierto el dique y nada puede contener el torrente que sale por él.

—Es por ella y por mis niños que no me animaba a decirte lo que realmente siento. Y no importa cuánto te ame, ni que tenga claro que en mi vida hay un vacío con tu ausencia, ni que haya pedido al cielo muchas veces la oportunidad de volver a verte. No importa que esté desgarrado entre lo que quiero y lo que debo hacer, porque en realidad no hay opción. Ellos me necesitan y no puedo abandonarlos.

Agacha la cabeza y apoya las rodillas en el suelo, como si se estuviera desinflando, como si la confesión le hubiera robado las fuerzas. Carolina no puede moverse. Le parece terriblemente difícil asimilar lo que ha escuchado.

Entonces Alonso continúa:

—Había querido olvidarte, pero me doy cuenta de que es imposible. Creí que, al menos, ya me había hecho fuerte. —Deja escapar una risita sin humor—. Y resulta que desde el primer día me tenías comiendo de tu mano de nuevo. No sabes cuánto me frustró el darme cuenta de que tu simple cercanía basta y sobra para excitarme o que me vuelvan loco los celos cuando alguien más tiene tus atenciones.

La toma de las manos, depositando un beso en cada dorso.

—Soy un egoísta, Caro, porque no quiero compartirme con nadie aunque ya no tenga derecho alguno sobre tí. Solo por eso no deberías ni hablarme. Ahora sabes la verdad. Espero no haberte hecho daño. Tengo que creer que la honestidad nos traerá algo bueno.

Carolina se cubre los ojos con mano temblorosa. Su cara se contrae con pena. ¡Todavía la ama! La mejor noticia que podía haber recibido jamás y sin embargo también la peor, porque no quiere estar a su lado.

—Necesito saber, Alonso —murmura ella alzando la mirada—. ¿Quién es la madre de la niña? ¿Por qué no la llevaste a la boda?

Él sonríe tristemente y sacude la cabeza.

—Ella no está en nuestra vida, Caro. Su madre se llama Paola y solo estuvimos juntos una vez.

Todavía no entiendo cómo llegamos a ese punto... Supongo que ella creyó que estaba enamorada de mí. Logró seducirme... o mejor sería decir que me dejé seducir.

Continúa con la mirada perdida.

—Poco después se enteró de que estaba embarazada. Hablamos y le dije que, si tenía a la niña, siempre contaría con mi apoyo. La acompañé a cada cita con el ginecólogo, hicimos juntos los cursos de preparación al parto y vi nacer a mi hija.

»Paola vivió un mes con nosotros. Cinco semanas le bastaron para saber que el haberse encaprichado conmigo había sido un error. Llegué un día del trabajo para encontrarme con su armario vacío, una carta de despedida... —Carolina ve trabajar su garganta con el esfuerzo de tragar saliva— y a mi hija gritando en su cuna, sucia, ronca por el esfuerzo...

—¡Ay, Alonso, cuánto lo siento! —Sin detenerse a pensar lo que está haciendo, Carolina le echa los brazos al cuello y lo estrecha contra sí—. No entiendo —dice contra su pelo— cómo alguien puede abandonar a un bebé de esa manera.

Alonso sacude la cabeza y se aleja un poco para mirarla a los ojos.

—No lo sé, pero intento no juzgarla. Paola es joven, ha crecido rodeada de privilegios. No estaba lista para una responsabilidad tan grande.

Lo sacude un escalofrío. ¡Parece tan cansado!

—¿Quieres un café?

Él acepta el ofrecimiento y Caro aprovecha la labor mecánica de poner el filtro y medir las cucharadas de grano molido para calmar sus tumultuosos pensamientos.

—Entonces estás feliz con tu hijita. —La afirmación suena a pregunta.

—Sí y también con mi trabajo y mi labor en el albergue.

—¿Tienes una foto? —Se limpia la nariz con otra servilleta.

Una dulce sonrisa se extiende por el hermoso rostro de Alonso. Saca su cartera y se acerca a ella para mostrarle una fotografía donde aparecen por lo menos veinte muchachitos sonriendo, también están los jóvenes misioneros. Alonso sobresale en el centro, lleva en brazos a una nenita de pelo castaño, tan claro que parece rubio con el reflejo del sol.

Carolina la mira, luego acerca la fotografía a su cara, la aleja y, de pronto los ojos se le humedecen de emoción.

—¡Es igualita a Antonia! —asegura cubriéndose la boca con los dedos.

No tiene la menor duda, esa pequeña bien pudiera ser hija de su mejor amiga.

—¿Verdad que sí? —Alonso sonríe ampliamente, recupera la fotografía y la vuelve a guardar—. Pienso lo mismo.

—¿Y Antonia ya sabe que es tía? Nunca me ha dicho nada.

—Todavía no. Estaba esperando que pasara su boda para decírselo. No quería robarle protagonismo.

Por fin está listo el café. Carolina sirve dos tazas y aspira con alivio el reconfortante aroma. Comparten un momento de silencio.

—¿Qué piensas? —pregunta él al terminar su bebida.

Las mejillas de Carolina se encienden tan intensamente que incluso con la poca luz que hay, él se da cuenta. Ella comprime los labios, reacia a compartir sus ideas.

—Por favor, Caro —insiste. Ella mira obstinadamente el suelo, pero Alonso atrapa su barbilla con gentileza, obligándola a mirarlo—. ¿Tan malo es?

Sujetando la brida de sus nervios, Carolina se obliga a mantenerle la mirada.

—¿Qué me dirías si te pido que me dejes ir contigo?

El color desaparece de las mejillas de Alonso.

—¿Perdón? —carraspea, los ojos como platos.

—Has oído bien. Me gustaría ir contigo al norte. Quiero intentarlo de nuevo.

—Carolina, ¿no has escuchado una sola palabra de lo que he dicho? No es nada fácil vivir conmigo.

—Por supuesto que te he escuchado, pero yo no soy una niñita bien. Piénsalo, creo que podría funcionar.

—¡No sabes lo que dices! —Alonso pasa los dedos por su cabello—. Yo... no soy el hombre que tú necesitas. Mi rutina es demasiado complicada, muchas otras personas necesitan mi atención.

—Lo sé, y no espero que los hagas a un lado. Solo quiero compartir tu vida.

—¡No podría pedirte que hicieras ese sacrificio por mí! —se exalta.

—Creo que esa sería decisión mía —le rebate ella.

—Caro, ya te lo he explicado —desesperado, la toma por los hombros—: la labor en el albergue es muy absorbente.

—Entiendo, y hasta creo que podría ayudar. Tal vez haga falta el toque femenino.

Alonso enreda los dedos en los sedosos cabellos. ¿Cómo hacerla entender?

—Eso dices ahora. Siempre has sido idealista. Pero vivir los ideales luego puede resultar ser más desgastador de lo que uno espera. No puedo arriesgarme a que pase lo mismo que con Paola. No soportaría que termines odiándome por haberte arrancado de tu ambiente, de tu familia, de tus amistades para involucrarte en responsabilidades y problemas que no has pedido. No podría perdonarme si te hago sufrir de nuevo. —Hace una pausa, busca una pista en ese rostro tan querido. Sabe que hay algo que le falta decir. Por fin se arma de valor y lo hace—: ¿Ya has pensado en Jorge? Todavía estás a tiempo de componer las cosas.

Carolina se zafa con un brusco manotazo.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —Está furiosa—. Alonso Estrada, ¿qué te crees? ¿Piensas que después de lo que te confesé consideraría siquiera retomar una relación con él?

—Bueno, ahora que lo pones así... —empieza él nervioso, pero Caro lo corta.

—¿Acaso eres el único que puede con esas responsabilidades? Te consta que yo ya he trabajado con personas necesitadas de afecto. Lo hice dos años, y lo hice bastante bien. Más que eso, creo que mi desempeño fue excelente. Si dejé de hacerlo fue porque..., bueno, eso es lo de menos, no los abandoné, sino que el coordinador del proyecto me pidió que lo dejara un tiempo. Me costó trabajo, porque pasar tiempo con la gente del hospital me hacía muy feliz.

—Carolina, dos años no representan una vida. ¿Qué pasa si te cansas a los tres o a los cinco?

—No entiendo. Me dices que me amas, que quieres estar cerca de mí, y cuando te ofrezco mi compañía, mi apoyo... —hace un puño contra su pecho—, los desprecias.

—Caro, por favor no lo tomes así. Yo...

Ella se cruza de brazos.

—Alonso, llevo cinco años queriendo olvidarte. Y me alegra que tengas tan claro tu proyecto de vida, de verdad. Por mi parte, sé que podré salir adelante de nuevo. Pero no quiero volver a pasar por el proceso de dejarte atrás. No puedes negarme lo difícil que es levantarte cada mañana, salir a trabajar y mantener los compromisos cuando tienes un enorme hueco en el pecho. Hacemos lo que se espera de nosotros para evitar que la gente se entrometa. ¡Juzgan con tanta ligereza! «¿Por qué no lo dejas ir?», preguntan.

»Así que mejor nos ponemos una máscara de felicidad y fingimos cada día hasta que se vuelve

casi cierto. Sin embargo, los sentimientos de los que venimos huyendo siguen vivos, escondidos bajo las cenizas de lo que fue. Es desesperante, ¿sabes? Es como una maldición: cualquier tontería es capaz de remover esas cenizas, el fuego se aviva y tenemos que empezar todo de nuevo. — Hace una pausa para respirar—. Entonces no creo que sea una locura intentar luchar por mi propia felicidad, por estar presente en la vida del hombre al que he amado todo este tiempo.

Alonso se deja caer en una silla. Intenta forzar a su cerebro embotado a generar ideas lógicas, a tratar de prever futuros problemas. Durante unos instantes tiene una breve visión de Caro con Marina en los brazos. ¡Dios! ¿Será posible que...? Con ella a su lado tendría todo lo que quiere en la vida, pero la experiencia le ha enseñado a no creer en cuentos de hadas. ¿En dónde está la trampa? ¿Sería capaz de mantener un equilibrio?

Con cada segundo que pasa Carolina se va sintiendo más vulnerable. Una decisión así no debía de ser tan difícil de tomar; no si en verdad estás enamorado. Además, el Alonso que conoce es mucho más decidido. Tendrá que aceptar que no la quiere lo suficiente.

Avergonzada, siente su barbilla temblar, pero aprieta la mandíbula con fuerza para controlar esa ridícula debilidad. Se aleja unos pasos. La voz de Alonso va tras ella.

—Caro, no te enfades. ¡Esto me rebasa! Llevo años repitiéndome que no se puede tener todo, Y tu propuesta... ¡Coño! La verdad es que me aterra. Tengo miedo de volver a sufrir. No soy el mismo de antes, ahora sé que las decisiones importantes no deben tomarse de forma apresurada.

—Supongo. Tal vez sea mejor que lo olvides. No quiero trastornar tu vida —replica ella con amargura.

Alonso se acerca hasta donde ella mira por la ventana.

—Por favor, entiende...

—Olvídalo, ¿sí? —ataca Carolina, a punto de perder el poco control que le queda—. Déjame sola.

—Caro, no sé qué decirte. Me siento un miserable.

Y entonces sucede: la frente de ella se llena de líneas y su boca se alza en un puchero. Comienza a sollozar de manera audible.

Girándola hacia él, Alonso la estruja en un abrazo.

—Por favor, perdóname —suplica desgarrado—. No sé qué hacer.

Al siguiente segundo la está besando con una angustia que poco a poco se va transformando en otra cosa. Labios tibios y húmedos le responden con ardor, dejando el inigualable sabor a Carolina y a café. Bajo sus manos, ella tiembla y su cuerpo reacciona de la misma manera, vibrando por el deseo contenido. La estruja contra sí. Sus manos acarician, frenéticas, hombros, espalda, cintura, cadera. Al llegar a sus posaderas suelta un gemido y la presiona contra su pelvis.

Quizá el subconsciente de Alonso o su instinto de supervivencia, sabiendo el tipo de exsuegra con la que tiene que lidiar, logra que él alcance a escuchar los pasos pesados de Rosa por la escalera.

—Tu madre ha regresado —respinga él y se ajusta la ropa lo mejor que puede mientras Carolina hace lo mismo—. Tengo que irme. Te busco pronto, lo prometo.

La puerta se abre justo cuando han puesto distancia entre ambos y la niebla del deseo se ha disipado de sus ojos. Aunque no pudieron hacer mucho para ocultar el rubor de sus mejillas ni para disminuir la temperatura de su piel.

¡Descubiertos como unos quinceañeros borrachos de hormonas! En otras circunstancias, tal vez habría sido gracioso.

Alonso masculla un saludo y prácticamente sale huyendo sin dejar una pista siquiera acerca de

lo que piensa. ¿Aceptará la propuesta de Caro o le faltará determinación?

Por su parte, Carolina destila frustración por cada poro; de otro modo, se habría dado cuenta del esfuerzo que ha hecho su madre por ser solidaria, protectora y tan prudente como es capaz.

Una semana después de que Alonso regresa a casa recibo un sobre de manos de un mensajero. No lo he abierto todavía. Lo miro con recelo. Últimamente, nuestras conversaciones no han terminado del todo bien. En el envés del sobre, escritos de su puño y letra, están mis datos; por atrás viene su dirección completa.

Por un momento me veo tentada a buscarla en la aplicación de mapas satelitales, pero me contengo. ¿Qué me importa a mí cómo es el lugar en el que vive?

Despacio regreso a la cocina y coloco el sobre en la mesa. Y ahí se queda mientras termino mi café de la mañana. Los dedos de mi otra mano tamborilean junto a mi plato vacío. Mi madre lo nota, estudia mi expresión, se acerca para llevarse mi plato junto con el suyo y cuando está frente al fregadero pregunta:

—¿No vas a abrir eso?

—No —respondo, tajante.

Ella asiente y se pone a fregar. De pronto, mi teléfono vibra y aparece un críptico mensaje en la pantalla:

???

¿Qué diablos? El número del que ha sido enviado no está registrado en mi lista de contactos, así que lo ignoro, aunque no deja de inquietarme.

Cinco minutos después, mientras seco y guardo los platos, el desconocido insiste:

¿Has leído la nota?

De pronto, todo cobra sentido. Alonso es el dueño del número que no tengo registrado y me está presionando para leer la maldita nota que me ha enviado después de dejarme una semana en el limbo, haciéndome a la idea de que muy probablemente no lo volvería a ver.

Ha hecho bien en enviar un emisario, porque si estuviera aquí moriría estrangulado.

Más tarde, cuando barro la estancia sin pensar (quisiera) en el sobre, el ingrato autor de la famosa nota insiste, ahora por teléfono. Lo ignoro la primera vez, pero luego vuelve a sonar. El trapo con el que mi madre sacude se queda en el aire.

—Tal vez es importante —dice mirándome de reojo.

Estoy por asegurarle que no lo es cuando el teléfono deja de sonar. Empuño mi escoba dispuesta a terminar cuanto antes. El timbre resuena de nuevo.

—¿QUÉ? —contesto, permitiendo que mi exasperación se refleje claramente en mi tono.

—Estás enfadada. —La voz de Alonso suena desencantada, y eso me enfurece todavía más.

—¿Y qué esperabas? —pregunto mientras avanzo a mi cuarto dando fuertes pisotones.

—Por favor —dice en tono conciliador—. Entiendo que estés molesta, Caro. Aunque nunca ha sido mi intención, sentiste mi actitud como un rechazo y eso te dolió.

—¿Ahora eres psicoanalista? —pregunto irritada. Apoyo mi espalda contra la puerta.

Lo escucho suspirar como mártir.

—Caro, si me permites, solo digo un par de cosas y te dejo tranquila. ¿Te parece bien?

No le contesto. Sé que estoy siendo difícil y que las razones que me dio para no apresurar las cosas son válidas, pero también es cierto que llevo ocho días de incertidumbre y que mi orgullo está bastante maltrecho. No pienso hacerle las cosas fáciles. En una de esas, la famosa nota es una patada en el trasero. Sentida y acompañada de disculpas, al estilo del nuevo Alonso, pero una patada al fin.

—¿Caro?

Cierro los ojos; sea lo que sea lo tengo que escuchar.

—Está bien. Como quieras.

De manera escueta me informa de que el famoso sobre contiene dos cosas: la nota y un billete de avión de ida y vuelta.

—Léela —me pide—, y piénsalo bien. No solo por mí. He dejado que pasara una semana para que todo lo que se removió con nuestro encuentro se fuera asentando y pudiéramos valorar la situación con la mayor objetividad posible. —Suspira de nuevo—. Bueno, eso era todo, no te importuno más. Y... Caro... Ya no te enfades. Estás más guapa cuando estás contenta.

No puedo contestar, ha colgado. Si hubiera estado aquí, le habría lanzado el teléfono a la cabeza. ¿Por qué entonces mi boca tiene ganas de sonreír?

Me doy un minuto para serenarme, luego voy por el sobre que sigue en la mesa de la cocina, regreso a mi cuarto y lo abro. Encuentro el billete y la hojita a rayas, arrancada de un bloc.

Querida Caro:

Espero que no sea demasiado tarde para compartir contigo las conclusiones a las que he llegado después de tu generosísima oferta. Por más que me tiene aceptarla de inmediato y sin condiciones, no he sido capaz de hacerlo, y espero que no pienses que se debe a egoísmo o falta de cariño. Todo lo contrario. Nada me gustaría más que compartir mi vida contigo, pero, ya que no es una vida fácil, lo más justo que me resulta es ofrecerte un período de prueba.

Quisiera proponerte, Carolina, una visita de seis meses a mi ciudad. En el instituto siempre necesitamos buenas profesoras de idiomas, tendrías trabajo desde el día uno y podrías quedarte en mi casa todo el tiempo que quisieras. De esta manera podrías conocer mi entorno, mis nuevos hábitos y la vida en el albergue sin ningún compromiso (no tienes que involucrarte activamente si no lo deseas).

Carolina, sé que mis reacciones desde que nos vimos en la boda te han causado mucha incertidumbre. ¿Podrías disculparme, por favor, y aceptar mi ofrecimiento? Entendería, por supuesto, tu negativa, pero una persona muy sabia me hizo entender que es cobardía no luchar por la dueña de mi corazón. Y esa has sido tú. Siempre tú, desde el día que aceptaste ser mi novia, hasta hoy.

Por favor, dime que sí.

Con todo el amor del mundo.

ALONSO

Al contrario de lo que le pasó a la tía Ángeles y a su esposo, me adapto a mi nueva vida de forma inmediata. Todo me resulta tan natural como comer o respirar. Han pasado tres semanas desde que llegué a mi nuevo hogar y disfruto prácticamente todos y cada uno de los aspectos de mi recién adquirida rutina.

Alonso se levanta a las cinco de la mañana y se va a correr o a nadar. Yo me escondo bajo las sábanas treinta minutos más y después me arreglo, preparo el desayuno que me llevaré al trabajo y me voy a dar clase a las siete. A esa hora él está camino al albergue para dejar a Marina al cuidado de alguno de sus colaboradores. Otras veces se queda un rato más con ella y la deja encargada con la señora que lleva su casa. Llega al centro de idiomas a las 8:00.

Durante la mañana él atiende asuntos administrativos en las oficinas o visita clientes; solemos coincidir en alguno de mis períodos de descanso para tomar un café y hablar. A las tres regresamos a casa y comemos juntos lo que doña Esperanza nos haya preparado. Hay que decirlo: esa mujer es una rara joya entre las personas que se dedican al servicio doméstico, y además de tener la casa como los chorros del oro, cocina divinamente y es muy paciente con la nena.

Todas las tardes vamos al albergue. Yo superviso tareas escolares, apoyo en la fabricación de quesos y velas y a veces retomo mi vieja pasión y les leo cuentos a los chicos. Mientras tanto Alonso, con la niña al lado, revisa cuentas y facturas, agenda las entregas de los productos, asesora a los «hermanos» mayores, habla con los pequeños y se da una vuelta por el huerto y por el establo.

A insistencia de él, a partir de las seis estoy libre para dedicar una o dos horas a mi persona. Y eso hago. Aprovecho el tiempo para nadar, sumergirme en la bañera o leer un poco.

Finalmente lo recibo alrededor de las ocho, ponemos a Marina a dormir y entonces cenamos, nos relajamos frente al televisor, conversamos.

Hace poco me enteré de que Eric, el amigo del padre Olvera que supervisa las actividades matutinas del albergue, lleva apenas dos años en su puesto. Hasta entonces, Alonso se encargaba de todo.

—¿Cómo te apañabas? —pregunté asombrada.

—Dormía poco —fue la escueta respuesta que obtuve.

Existen solo tres cosas que impiden que mi alegría sea perfecta. Una: Paquito me odia. Me tiene unos celos terribles y frustra cualquier intento que hago para acercarme a él. Dos: hace un calor endiablado, y alguien acostumbrado al clima templado, como yo, siente que se está derritiendo gota a gota a lo largo del día. Especialmente dentro del coche. Y la última, pero a la vez más desesperante, frustrante, ridícula y odiosa cuestión tiene que ver con los límites que ha puesto Alonso para nuestra convivencia íntima.

Todavía puedo acordarme, como si lo estuviera viviendo nuevamente, el día de mi llegada:

Aterrizo en el vuelo de la tarde. Alonso ya me espera con un bello ramo de flores blancas. Recorremos los veinticinco kilómetros del aeropuerto a la casa casi en silencio. Me siento rara, como si estuviera en un sueño que en cualquier momento podría volverse pesadilla. Sí, ya sé que fui yo la que empujó para que este encuentro se diera, pero desde que sostuve el billete de avión entre mis manos, he tenido mis momentos de dudas.

¿Y quién fue la que me animó a seguir adelante? Por imposible que parezca, fue mi madre.

—Carolina —me dijo cuando me encontró con la mirada perdida y la mano sobre el teléfono decidiendo si llamaba para renunciar al trabajo o no—, ya no lo pienses más, hija. Tienes que hacer esto. He estado atenta y desde que terminaste con ese muchacho no has sido feliz. Y no solo tú lo has pasado mal. Me consta que él también le ha echado ganas. Si tu padre hubiera hecho la mitad de lo que ha hecho él o si yo hubiera enfocado mis fuerzas en recuperarlo en vez de castigarlo..., ¡quién sabe!, a lo mejor mi vida habría sido muy diferente. ¡No desperdicies treinta años, como yo! Toma las riendas de tu vida y haz que las cosas funcionen.

Emocionada hasta el tuétano, le eché los brazos al cuello. Jamás en mi vida ella había aceptado su parte de responsabilidad en nada. No tengo bien claro a qué se debe el cambio, pero si su terapeuta lo provocó, se merece una medalla.

La camioneta de Alonso pasa rápidamente un badén. Reboto en mi asiento.

—Perdón. —Él me mira de reojo, cortado—. Vengo un poco distraído.

Llegamos frente a una vieja construcción que luce un enorme árbol de hule en la parte delantera. Alonso coge mi equipaje con una mano y con la otra me muestra los alrededores como un cumplido guía turístico:

—La casa tiene más de cien años. Es de las pocas que aún tiene muros de adobe. Resulta bastante fresca, a pesar del clima. Este es el patio frontal. Me gustaría que estuviera más bonito, pero no tengo tiempo para regar o quitar hierbas...

Una vez que cruzamos la puerta principal, me llevo una grata sorpresa: la casa tiene un patio central alrededor del cual están distribuidas las habitaciones. Entrando están salón y comedor. En el pasillo de la izquierda está la habitación de visitas, un baño completo y un cuartito donde sus cosas de grabado están acumulando polvo. Al fondo se ubica la habitación de él, la cual es el doble de grande que la de visitas y también tiene su propio baño. Sobre el pasillo de la derecha, hay una cocina grande y luminosa, aunque los electrodomésticos parecen del siglo anterior. Le sigue un estudio que en un futuro será transformado en la habitación de Marina.

Los suelos son de barro, las paredes blancas todavía se encalan una vez al año. Los muebles son macizos y cómodos, aunque escasos, y no puedo evitar pensar que en esa casa se respira un aire casi monacal.

Cuando Alonso deposita mi maleta sobre la cama del cuarto de visitas, me quedo descolocada.

—¿Algún problema, Caro?

—N-no, todo bien. Es solo que pensaba... —Mis mejillas arreboladas me traicionan.

—¿Creías que íbamos a compartir habitación? —pregunta con una mueca.

Agacho la cabeza y me miro las uñas de los pies (o lo habría hecho si hubiera tenido puestas una sandalias). No sé cómo disimular mi vergüenza. Alonso me guía con suavidad a la cama y me invita a sentarme a su lado.

—Caro, tú eres mi huésped, mi invitada, y yo no puedo, no debo, aprovecharme de la situación. Eres demasiado importante para que te use de esa manera, ¿entiendes?

—No mucho —respondo, y me muerdo la lengua para no decir: «De hecho, preferiría ser usada. Con frecuencia».

—Por favor, Carolina —dice él como adivinándome el pensamiento—. Vamos con calma. El sexo lo complicaría todo. Hagamos las cosas bien.

¡Bueno! ¡Ahora resulta que él es quien cuida su honra y yo soy la lagartona que quiere seducirlo, me indigno!

En ese momento estoy tentada de salir corriendo hasta el aeropuerto. Los ojos de aquel hombre tan conocido y tan distinto me taladran llenos de zozobra. Me doy cuenta de que está esperando una respuesta.

—Está bien, seré tu huésped —acepto tras meditarlo un poco—. Por un tiempo. Más adelante tendremos otra conversación al respecto.

Alonso suspira aliviado.

—Ahora vamos a que conozcas a una personita muy especial.

La puerta de la habitación principal está entreabierta y Alonso la empuja con cuidado. Ahí, muy ufana, doña Esperanza dobla la ropa limpia y canturrea por lo bajo. Al lado de la cama *king-size* hay una cuna de madera clara. Un móvil de búhos de colores cuelga sobre de ella.

—Doña Pera, esta es mi amiga Caro —anuncia Alonso con orgullo—, la persona que le conté que va a vivir con nosotros.

Doña Esperanza es muy bajita y un poco rellena, su larga trenza está salpicada de canas y usa un delantal impecable por encima de su ropa. Su mirada franca y su sonrisa espontánea le ganan la inmediata aprobación de la recién llegada.

—Mucho gusto, niña; espero que le guste vivir por aquí para que se anime a quedarse.

Desconcertada con el comentario, Caro se vuelve hacia Alonso, quien carraspea, cortado.

—¿Cómo se ha portado mi princesa? —pregunta mientras se acerca a la cuna.

—Ha estado llorando un poco esta mañana. Tenía la barriguita dura, pero le he hecho un té de anís y ya lleva un rato durmiendo como si nada.

En ese momento, Carolina se da cuenta de lo importante que es esa mujer para que la vida de Alonso fluya con mayor facilidad, de modo que se hace el propósito de congraciarse con ella.

Estirando los brazos, Alonso saca a la niña con cuidado. La nena lleva un trajecito de una sola pieza de mangas y piernas recortadas, con broches de presión por delante y en la entrepierna. Está descalza. Carolina puede apreciar los bracitos rollizos y los pliegues en las piernas, pero no sabe dónde enfocar su atención, si en la criaturita dormida o en el padre que la mece y le murmura cosas con tanta ternura que provoca que se le humedezcan los ojos.

—Ven, Caro. Acércate.

A un paso de distancia, Caro admira la boca pequeña y las pestañas que apenas asoman por encima de las mejillas redondeadas, las cuales parecen un par de manzanitas. Su cabello es castaño muy claro, casi rubio oscuro. Nota algo más: la niña desprende un olor delicioso.

Sí, en su experiencia los bebés huelen bien, pero esa pequeña tiene un aroma excepcional. Se acerca todavía más, como olfateándola, algo que a Alonso le causa gracia.

—¿La quieres coger?

—¿Y si se despierta? —pregunta asustada.

—No te preocupes, me la pasas y ya.

Durante el intercambio la niña apenas se mueve. Caro la reacomoda hasta que el cuerpecito dormido se amolda en sus brazos y, mientras admira lo mucho que se parece a su querida Antonia, empieza a mecerla por instinto.

La belleza del cuadro que tiene ante él hace que a Alonso le duela el pecho. Hay demasiada felicidad y demasiado miedo encerrados allí. ¿Aguantará Carolina ese nuevo tren de vida?

Independientemente de lo que pase, sabe que nunca olvidará aquel momento.

Desde entonces, Alonso ha estado pendiente de su progreso: la primera semana de su estancia, Caro se aplica a conocer la ciudad, la ubicación de las tiendas, de la piscina, del parque más cercano, del instituto y otros lugares que tendrá que frecuentar. A lo largo de los días se va presentando con las personas que de una u otra manera están involucradas en la vida de él.

Con Marina no hubo problema. La niña es tranquila y sociable. Está acostumbrada a la gente y al movimiento. También parece llevarse bien con doña Pera, los del instituto y los del albergue. A Alonso no le extraña, en su mayoría ellos son personas sencillas, afables y abiertas; al igual que Caro. No se cansa de alabar sus progresos, parece como si Carolina fuera otra hija suya de la que quisiera presumir.

Es el viernes de la segunda semana, después de que Alonso la felicita por la cena que ha preparado, cuando Caro se anima a abordar el tema que le preocupa. Están recostados sobre el sillón frente al televisor, los pies sobre la mesa de centro. Ella trenza su cabello mientras que él abusa del mando a distancia. De pronto baja el volumen.

—Caro, ya llevas quince días aquí y quería preguntarte: ¿cómo te has sentido? ¿Qué te ha parecido todo esto? —Hace un gesto vago con la mano y la mira hacia arriba, por debajo de sus espesas pestañas.

Carolina se distrae admirando la fuerte mandíbula, la nariz recta, pero pronto se repone. Ha llegado la oportunidad que había estado esperando. Se encoge de hombros y dice en tono neutral:

—Bastante bien, supongo. Los alumnos me caen bien, bueno, todos menos el viejo verde de las 8:00.

Alonso reprime una sonrisa; por lo visto, no le perdonará la invitación a salir al pobre señor Moreira.

—El trabajo me gusta. La nena y doña Pera son una maravilla, pero... —Suspira y guarda silencio, estudia las puntas de su cabello mientras decide cuáles son las palabras apropiadas.

De inmediato aparecen arrugas de preocupación en la frente de él.

—¿Pero qué, Caro? ¿Hay algo que pueda hacer para que estés más cómoda? Tú sabes que puedes cambiar lo que sea de tu habitación, ¿verdad? ¿Necesitas que mandemos pedir el resto de tu ropa?

Ella niega con la cabeza.

Incorporándose sobre el codo, Alonso la analiza. Parece como si quisiera asomarse a su interior a través de la ventana de sus ojos.

—Ya sé, son los gatos, ¿verdad? Echas de menos a Nina y a Buda. No te preocupes, estaba pensando llevarme a Titán para el albergue. Aquí pasa mucho tiempo solo.

—Gracias, Alonso —responde ella mientras encoge las piernas y abraza sus rodillas—. Claro que me gustaría tener aquí a mis mascotas, pero no es eso lo que tenía en mente.

—¿Entonces qué? —pregunta él con el ceño fruncido.

—¿De verdad no tienes idea? Lo que me hace falta es claridad, Alonso. ¿Cuál es mi papel aquí? ¿Qué soy para ti? ¿Una compañera? ¿Una amiga?

—Caro... —Hace por tocar su mano, pero Carolina retira la suya.

—Yo quiero ser tu novia, Alonso. Ya sé que ahora tienes nuevas ideas acerca de cómo debe ser una relación, pero, ¡vamos!, ni siquiera hacemos lo que hacen unos novios de secundaria.

Se le nota angustiada, y a Caro le dan ganas de zarandearlo.

—¿O sea, que quieres...? —empieza, temiendo un ultimátum.

—Quiero que me cojas de la mano, que me abrases y que me beses. Por lo menos quiero eso.

—Eso puede arreglarse —replica él con una risita nerviosa. La da un amistoso codazo—. No sabía que te ponías así por unos besos.

—No son unos pocos besos cualesquiera —responde, ceñuda—. Son muchos y muy apasionados. ¡No me conformo con menos!

—Ven aquí, loquita.

Alonso abre los brazos en una clara invitación a un abrazo. Cuando Carolina se acurruca en su pecho, ambos suspiran. Al poco rato, ella se vuelve a mirarlo y pregunta ronroneando:

—¿Podemos empezar a practicar desde hoy?

Se arrastra despacito sobre su pecho, la mirada imantada en sus labios, donde deposita besos cortos, que van haciéndose más largos. Como por cuenta propia, los brazos de Alonso la aprisionan.

Carolina se concentra en un labio a la vez, probándolo, sintiéndolo dentro de su boca, acariciándolo con su lengua. Sonríe satisfecha al escuchar el ligero gemido que se escapa de su pecho. Lo besa con más apremio.

El cuerpo de él responde a la dulce tortura, no hay duda. Pero llega el momento en el que él la toma de los hombros y se separa un poco. Sus ojos son dos hogueras oscuras. Su respiración es entrecortada. A través de la camiseta, Carolina puede sentir cómo su corazón golpea contra las costillas.

—Caro —dice con una sonrisa—, eso es trampa, así no besan los niños de secundaria.

—Los de hoy en día sí —responde ella, temblorosa.

Antonia pone el grito en el cielo cuando por fin le cuento que estoy viviendo con su hermano.

—¡Lo sabía! —dice cuando recupera un poco de serenidad, los ojos chispeantes—. Bastaba con veros juntos para darse cuenta de que la química entre vosotros dos estaba más fuerte que nunca. Pero ¿por qué no me lo has contado antes, Caro?

—Te lo estoy contando ahora.

—Ya lo sé. —Eleva los ojos al cielo—. ¿Por qué no me lo has contado en tiempo real?

De alguna manera le explico que no quería que mi decisión estuviera influida por nadie y que me daba miedo involucrar a alguien más si aún no estaba segura de que mi relación con Alonso tuviera futuro.

—¿Y ya lo estás? —pregunta, expectante.

No le respondo. En vez de eso, le paso mi ordenador a Alonso para que continúe con la videoconferencia.

—Tu hermano tiene algo que decirte también —afirmo antes de ponerme de pie y dejarlos solos. Alonso necesita su espacio para contar lo de Marina.

—¡¿QUÉ?! —grita Antonia antes de que llegue a mi cuarto.

Una semana después, mi mejor amiga y su recién estrenado esposo están en nuestro salón contando maravillas de su aventura en los mares del norte. Ella está totalmente relajada, pero me doy cuenta de que Samuel no comulga con el alternativo estilo de vida que lleva ahora Alonso.

Mi novio, sin embargo, supongo que puedo llamarlo así, se porta como el perfecto anfitrión. El sábado no vamos al albergue, sino a la playa, y por la noche los llevamos a cenar a un sitio donde sirven los mejores platos a base de pescados y mariscos. El domingo nos despertamos tarde, preparamos carne asada y jugamos juegos de mesa.

Se suponía que los recién casados regresaban a la capital en el vuelo de las siete de la noche, pero para ese entonces Marina tiene a Antonia en el bolsillo y mi amiga decide posponer su vuelta unos días. Juntos enviamos a un enfurruñado Samuel de regreso a su casa.

Antonia y yo pasamos juntas todas las tardes de esa semana. Una de ellas, Antonia insiste en ir de compras para escogerle algo de ropa a su sobrina. Le compra unos coquetísimos vestidos de algodón, un traje de baño divino y zapatitos; también varios broches para el pelo. Antes de salir del almacén decide llevarle a su hermano una sofisticada cafetera.

—Puedes vivir en una casa que parezca de otro siglo, pero se necesitan las comodidades de este.

Después de las compras nos sentamos a tomar café y tarta mientras Marina juega en su cochecito con su nuevo libro de tela.

—Ayer hablé con mis padres por Skype, amiga —confiesa Antonia con aire conspirador—. Tenía a Marina en mi regazo. Si hubieras visto la cara que pusieron al verla, Caro... Mi madre hizo pucheros. No alcanza a asimilar todos los cambios. Pero a mi padre se le llenaron los ojos de

lágrimas y luego le vi esa cara, la misma que pone Alonso cuando decide hacer algo. No me sorprendería si vienen a visitaros pronto.

Ya me lo esperaba, aun así, tardo un poco en responder:

—Me da gusto, Tony, sé lo importante que es para Alonso que haya armonía en su familia. Te prometo poner todo de mi parte... Solo espero que tu madre...

Antonia se cubre la boca con la mano y habla antes de pasarse el bocado de tarta:

—Tú déjame a mí. Ya me encargo yo de advertirla de que si quiere acercarse a su hijito adorado, no tiene más opción que tratarte con toda cortesía. No te preocupes, no es tonta, terminará por doblar las manos. —Lo dice con una seguridad tal, que me inspira un poquito de confianza—. Y hablando de armonía —continúa—: ¿Cómo están las cosas entre vosotros?

Por un momento estoy tentada de mentirle, pero Antonia capta mi titubeo al vuelo y no está tranquila hasta que le cuento mi secreto.

—Entonces Alonso y tú... ¿nada de nada?

—¡Shhh! Baja la voz, ¿quieres?

De un vistazo me aseguro de que ninguna de las personas que están cerca esté atenta a nuestra conversación. No me gustaría que toda la ciudad se entere de mis intimidades.

Antonia hace una mueca, suelta una risita y continúa en voz baja.

—*Sorry*, lo que pasa es que me has dejado impactada. ¡No sé cómo lo aguantas! Ese hermano mío se ha ido de un extremo al otro. Está muy bien eso de que quiera ser mejor persona, pero ¿celibato? —La mención de esa palabra hace que arrugue la nariz—. A veces siento que exagera, y esta es definitivamente una de ellas. ¿Qué-está-pensando?

Se me escapa un suspiro melancólico, pero aun así siento la necesidad de defenderlo.

—Bueno, no es una abstinencia total. Simplemente no tenemos relaciones.

—¡Por favor, Carolina! Eres una mujer sana de treinta años...

—Veintinueve —me apresuro a aclarar—. Todavía no es mi cumpleaños.

—¿Qué demonios espera de ti? —pregunta Antonia ignorándome.

—Olvidalo, Tony, creo que he hecho mal en mencionarlo.

—¡Claro que no! Lo que me has contado no es cualquier cosa.

—Tony, tenemos que admitir que lo que ha logrado Alonso es admirable. Acuérdate de cómo era antes de que fuéramos novios, ¿preferirías eso? Siempre ha sido atractivo por fuera, pero ahora es aún más hermoso por dentro. No conozco a nadie que tenga ese nivel de convicción y de entrega.

—¿Ves? —resopla Antonia—. Entre muchas otras cosas te aprecio más por esto. Nadie quiere a ese hombre tan complicado como tú. —Pensativa, da un sorbo a su café—. ¿Sabes, Caro? Creo que esta situación requiere de medidas drásticas, un cambio de estrategia.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no debes seguir intentando con Alonso lo que no te está funcionando. Es importante que aprendas a darte tus mañas. Eres demasiado transparente. Ya tuvo él unas semanas de probar lo que se estaba perdiendo: ahora es tiempo de que lo aprecie, de que le haga falta y de que te lo pida. Puedes mostrárselo, sugerírselo, pero conseguirlo debe costarle trabajo. Mucho trabajo.

Sacudo la cabeza. No estoy muy convencida. Como bien dice mi amiga, soy muy mala para juegucitos. A mí me gustan las cosas claras y sin líos. Pero entonces pienso que Alonso está en una postura muy cómoda que podría prolongarse indefinidamente. Si quiero apresurar las cosas, bien podría probar otra estrategia.

—Está bien —digo con gesto decidido—, dime qué tengo que hacer.

Y así empiezo mi campaña. Redoblo mis esfuerzos en mi aspecto, saco del cajón todos los sujetadores *push-up* que tengo, mis blusas con escote, los tacones y también las faldas ajustadas. Poco práctico vestuario para dar clases y lidiar con un bebé, pero por el momento estaré sacrificando la comodidad por una oportunidad «a ser usada». Al mismo tiempo, me porto más indiferente con Alonso, como si fuera mi compañero de piso de años. Cuando nos besamos, soy yo la que rompo el contacto con algún pretexto cualquiera. Me siento en su regazo, le comento alguna tontería y cuando empieza a inquietarse emprendo la retirada.

Dudo todo el tiempo. ¿Lo estoy haciendo bien? ¿No estaré exagerando? ¿Qué pasará si Alonso se da cuenta de que intento manipularlo? Hasta el momento, él no ha dicho nada, aunque varias veces he notado la honda arruga que aparece entre sus cejas, la que se forma cuando algo le molesta. En esos momentos me siento flaquear y tengo ganas de confesarle todo, pero mi asesora asegura que es un buen signo.

Puede que sí. Hace rato, cuando me acomodaba bajo las sábanas dispuesta a leer mi novela antes de dormir, alcancé a ver la sombra de los pies de Alonso bajo la puerta. Atenta al menor ruido, contuve mi respiración. El corazón me palpitaba en los oídos. Pero nada ocurrió. La sombra titubeó unos segundos y luego se fue.

¡Grandioso! Una noche más de dormir mal.

Durante el fin de semana pongo en marcha la fase dos. Pongo mi despertador minutos antes de que Alonso salga a correr. El día aún no ha clareado, de modo que me dirijo a tientas hacia la cocina. Puedo imaginármelo en estos momentos, atándose los cordones de las zapatillas, cogiéndose el largo cabello con una goma.

Miro el reloj. En cualquier momento aparece, me digo. Y con una precisión militar, escucho sus pasos por el pasillo. Alonso siempre viene a la cocina a llenar con agua la botella que se lleva para hidratarse durante su ejercicio. Me coloco de espaldas a la puerta, revuelvo las alacenas. Mi único atuendo es una camiseta blanca de algodón. Una coqueta prenda interior color salmón cubre mi trasero y me he cuidado bien de dejar guardado el sujetador deportivo con el que suelo dormir.

—¿Caro? —Es lo único que dice, y yo me pongo de puntillas para alcanzar una lata en la repisa alta. Se escucha un golpe en el suelo, la botella de plástico se le ha escapado de las manos.

—¡Me has asustado! —le digo, y me vuelvo hacia él con toda la falsedad de la que soy capaz.

Noto el instante en el que sus ojos se despegan de los míos y viajan a lo largo de mi cuerpo hasta mis pies descalzos. Como tirados por un resorte regresan a mi pecho, donde estudian las formas y sombras que se insinúan bajo el delgado material. Su garganta trabaja para tragar saliva y yo me reacomodo frente a la alacena para ocultar mi sonrisa de satisfacción.

—¿Tú sabes dónde guarda doña Pera las flores de azahar? He pasado mala noche y quiero hacerme un té.

Siento el calor de su cuerpo cuando pasa cerca del mío. De reojo lo observo mientras mueve envases y cajas hasta que da con lo que le he pedido: el ceño fruncido, la mandíbula apretada.

—Aquí tienes.

Pone en mis manos el frasco de vidrio y una vez más sus ojos se extravían, pero no pienso reclamarle. En su mirada hay tanta hambre que mi cuerpo reacciona a ella. Mis pechos me cosquillean y sufren cambios visibles. Apuntan hacia él como diciendo: «Aquí estamos, ¿ahora qué piensas hacer?».

Afortunadamente, logro sacudir el embrujo que me tiene paralizada y tengo la presencia de ánimo para mover los pies, agacharme por un cazo y llenarlo de agua. Alonso se rasca una ceja.

—Diviértete en tu carrera —deseo en lo que espero que sea un tono casual—. Yo me quedo pendiente de la gorda.

Él sacude la cabeza en firme negativa.

—¿No qué? —pregunto intrigada.

Alonso me pesca de un brazo cuando voy de camino para poner el cazo sobre el fuego. Lo deposita descuidadamente sobre la encimera de azulejos, el agua salpica hacia afuera.

—Puedo pensar en otras formas de quemar calorías —murmura cerca de mi oído, y me sacude un escalofrío que es al mismo tiempo de deseo y de gusto—. Tienes muy olvidadas tus obligaciones de novia, Carolina —acusa aprisionándome contra el mostrador—. Ya es tiempo de que te pongas al día.

Cual pájaro hipnotizado por una serpiente, veo cómo en cámara lenta su cara se acerca a la mía. Deposita un beso suave en mis labios, apenas un roce. Sus ojos intensos estudian mis facciones, no sé qué quieren decir. Me da otro beso y otro más y sus manos grandes sostienen mi cara. En un rápido movimiento estamos frente a frente, casi pegados, sus bíceps resaltan bajo su ropa en cuanto dobla los brazos. Y todo es para ponerme más cerca y para comerme con su boca. ¡Dios mío! Creo que nunca nadie me había besado así, con tantas ansias, como si no hubiera un mañana.

«Podrías irte —dice una voz en mi cabeza—. El juego no ha terminado». Pero, si todo sale como espero, no tendré que seguirlo jugando. Este es el primer beso sensual que Alonso ha iniciado, y quiero saber lo que sus ojos prometen.

De pronto siento la palma de su mano colándose bajo mi camiseta. Se extiende sobre mi espalda presionándome contra él de tal forma que no hay ni un milímetro de distancia entre nuestros cuerpos. Su lengua invade mi boca, sus caderas buscan contacto. Se me escapa un gemido. Alonso ha perdido el control. Sus dientes encuentran mi cuello, parece un vampiro moderno que con su lengua busca borrar el pinchazo de dolor que he sentido.

—¡Caro! —murmura contra mi piel—. No puedo...

En un movimiento brusco se deshace de mi camiseta y me levanta del suelo. Instintivamente, mis piernas se enredan alrededor de su cintura, mis manos se entierran en su cabello. Alonso da un par de pasos, me sienta sobre la encimera. Contra la piel de mis muslos siento el frío de los azulejos, la humedad del agua derramada. Nuestras bocas no se separan ni un instante. Y entonces...

Marina está llorando. Su agudo chillido logra sobresaltarnos. Alonso suelta un gruñido. Nuestros ojos se encuentran. Veo su pecho subir y bajar, su expresión queriendo decir: «¡No! Necesito más tiempo. Dame más tiempo, por favor». Marina vuelve a llorar. Él cierra los ojos, apoya su frente contra la mía.

—Tengo que ver qué le pasa —anuncia. Su aliento caliente me pone la piel de gallina.

Asiento, aunque no puedo articular ni una palabra. Él extrae la mano que de alguna manera estaba atrapada bajo el encaje color salmón. Alonso se aleja dos pasos y casi pisa mi camiseta.

Se agacha a recogerla, me la pasa, me roba un beso y dice con gran seriedad:

—Te quiero en mi cama en el instante en que llegue doña Pera. Le voy a pedir que lleve a Marina a dar un paseo muy muy largo.

—¿Y la regla esa de no tener intimidad? —pregunto, solo para asegurarme de que no se echará para atrás.

—Hasta aquí ha llegado esa regla, Carolina. Si seguimos como hasta hoy, voy a morir de combustión espontánea.

—¿Estás seguro? —digo con malicia—. La verdad es que ya me estaba acostumbrando.

Alonso me mira con ojos entrecerrados y una expresión amenazadora.

—Ya veremos en un rato si sigues diciendo lo mismo, mujer. Me voy a cobrar lo que me debes.

Horas más tarde, después de una sesión maratónica en «nuestra» habitación durante la cual Alonso me demuestra que no se ha vuelto un puritano, tras una siesta larga y un baño, le damos de comer a Marina, jugamos con ella y cuando cae el sol nos vamos todos al supermercado para comprar los víveres de la semana.

—Recuérdame que coja vino —me pide Alonso mientras pulsa el botón para cerrar la camioneta—. Tenemos que celebrarlo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que celebramos? —Cojo un carrito de la fila y pongo a Marina en la sillita de bebé.

—¿Cómo que qué? Pues que me voy a ahorrar mucho dinero, Caro. Por un lado, estabas poniendo en riesgo el negocio. No creo que ninguno de tus alumnos del instituto vaya a pasar sus próximos exámenes. ¿Cómo van a concentrarse si te ven en minifalda? Por el otro, me evito los gastos hospitalarios. Tu campaña de seducción ha estado a punto de provocarme una apoplejía.

—¡Oye! —reclamo—. No habría necesitado recurrir a medidas extremas si tú no te hubieras puesto tan necio.

—¿Necio, eh?

Alonso lanza un ataque relámpago de cosquillas y mis gritos de auxilio les parecen hilarantes tanto a la pequeña Marina como a los transeúntes que se han detenido a observarnos. Los cuales, por cierto, no mueven un dedo para auxiliarme.

El carrito está medio lleno de cosas cuando Alonso revisa la lista y se gira hacia los pasillos que hemos dejado atrás.

—Se nos han olvidado los pañales.

—Yo voy. Os alcanzo en la carnicería. Ojalá consigas unos buenos filetes para mañana.

Voy en busca de los pañales biodegradables, pero en las estanterías no hay la talla que usa nuestra Marina, de modo que le pregunto a un encargado y tengo que esperar que vaya al almacén a por ellos. Una vez que los recibo, aprieto el paso hacia la carnicería y ahí está Alonso, conversando con una chica.

No me extraña, la gente suele acercárenos a saludar a Marina o comentar lo guapa que está, pero algo en la actitud de esos dos me hace parar en seco. Ninguno sonrío, y sus miradas no están puestas en la niña, sino en el otro. Hablan con intensidad. La nena, por cierto, ha aprisionado el índice de la desconocida en su manita.

Unas alarmas suenan en mi cabeza. Algo no está bien aquí. ¿Qué debo hacer? ¿Me acerco o los observo de lejos? La chica decide por mí. Tal vez ha sentido mi mirada, porque se vuelve hacia donde estoy. No parece contenta de verme. Turbada, recupera su mano de un tirón y se aleja con pasos rápidos.

Alonso la mira marcharse, su rostro está muy serio. Está tan absorto en ella que ni siquiera me

ha visto. Espero unos cuantos segundos, luego inspiro hondo y finalmente me acerco a él. Llevo una falsa sonrisa en la cara.

—Perdón por la tardanza, han tenido que ir al almacén a por ellos. —Le muestro los pañales—. ¿A vosotros cómo os ha ido?

—Bien, bien —afirma, aunque su rostro dice lo contrario.

El regreso a casa es anticlimático. Solo guardamos las cosas y nos vamos a dormir sin ningún contacto entre nosotros más allá del beso en la frente que recibo. Desde ese momento hasta la hora de dormir Alonso se muestra taciturno, lo cual es muy extraño en él.

Las doce horas siguientes son desconcertantes. Alonso continúa ausente y poco cariñoso y Carolina no termina de entender por qué todo se ha ido a pique. ¿Acaso fue un error empujarlo a franquear los límites que se había impuesto? Quiere preguntarle, pero no encuentra el valor. Teme que no le gustará la respuesta.

En medio de los preparativos de la carne asada dominical, un ritual que han instaurado para cuando no van a la playa o a visitar a sus amigos, el teléfono de Alonso suena. Al ver la pantalla la sonrisa se le borra de golpe.

—¿En qué estaba? —pregunta al tiempo que presiona el botón para rechazarla.

—Me decías lo que Paquito le contestó a la profesora —respondo.

—Ah, sí... —El teléfono vuelve a sonar. Él aprieta los labios con disgusto—. ¿Me permites un momento, Caro? Parece que hay un problema en la oficina.

«¿Y yo tengo cara de idiota o qué?».

Con la niña en los brazos, Carolina lo sigue de puntillas.

—Calladita, mi amor —susurra contra la cabeza de Marina. Deposita un beso en su pelo.

Descorazonada, comprueba que Alonso, no conforme con haber puesto distancia de por medio, se ha encerrado en el baño. Se le hace un nudo en el estómago mientras acerca la oreja a la puerta.

—¿Qué pasa contigo? —La voz de Alonso suena extraña dentro del pequeño cuarto—. Si no te he contestado la primera vez ha sido por algo... Sí, estoy con ella... ¡Por favor, no me vengas con eso! Como sea, quedamos en vernos el martes, te pediría que tengas paciencia hasta entonces... Sí, yo también. Ahora, si me permites...

No hubo tiempo para huir. Alonso abre la puerta en ese instante y la descubre espiándolo.

—¡Caro! —exclama mientras su cara se torna pálida—. Por favor, no me mires así. No es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso? —pregunta ella con voz estrangulada. Sacude la cabeza—. Nunca habría pensado que volveríamos a pasar por esto, Alonso. ¡Qué ilusa!

Se da la media vuelta, aunque con la niña en brazos no es tan rápida como quisiera.

—Escúchame, por favor. —Alonso la pesca del brazo y repite—: No es lo que piensas. ¿Podemos ir al salón y hablar como personas civilizadas?

Y ahí es donde Carolina se entera de algo que sacude su mundo hasta los cimientos:

—Paola ha vuelto, Caro. Ha estado viviendo un tiempo en el extranjero. Ayer nos vio en la tienda y me dijo... —Le cuesta trabajo enunciar las siguientes palabras. Con infinito cuidado, coge a Marina y se la coloca en uno de sus brazos—. Me dijo que quiere recuperar a su familia.

En las entrañas de Caro se despierta un instinto protector que no sabía que tenía. Quiere correr con Marina y esconderla en un lugar seguro. Quiere pelear. Quiere...

—Lo he estado pensando y... —continúa Alonso compungido.

—No —La reacción de Carolina es inmediata. Sacude la cabeza en negación, en rechazo. Quiere borrar las últimas horas de su existencia y que todo vuelva a ser como antes.

—Caro, entiéndeme, por favor. Ella tiene derecho a convivir con Marina: es su madre.

—¡Pero Marina es nuestra! —replica llorosa. Se cubre la cara con las manos.

De pronto, los brazos de Alonso la rodean en un gesto protector.

—Lo siento. Nunca pensé que fuera a regresar, te lo juro. Pero no puedo quitarle a mi hija la posibilidad de tener a su madre en su vida.

—¿Y tú? —pregunta ella contra su pecho—. ¿Tú también quieres que vuelva? ¿Formas parte del paquete?

—¿Qué? ¡No! Por supuesto que no. —La aleja tomándola por los hombros y la mira a los ojos—. Carolina, tú y yo estamos aparte. Nuestra relación es intocable. Es mi sostén, lo que me da fuerzas para afrontar lo que sea, lo que me inspira. Por favor, ten paciencia. Tengo de aquí al martes para pensar cuál podría ser la mejor manera de conducir esta situación. Quiero hablar con ella de forma amistosa y tranquila. Si se puede, me gustaría evitar rollos legales, porque aunque ha demostrado ser una mala madre, está protegida por la ley.

Esa noche, en vez de poner a Marina en su cuna a las ocho en punto, Carolina la duerme sobre su pecho mientras ven la televisión. En vez de objetar, Alonso la abraza a su vez. Ambos necesitan sentir que su pequeña familia está unida y a salvo.

Mientras meto en la maleta un último par de vaqueros, Alonso exclama con mala cara:

—Me gustaría que no tuvieras que hacer esto.

—Ya está todo organizado con Lupita —le respondo con paciencia.

—Sí, pero yo quería celebrar tu cumpleaños contigo.

—Alonso...

—Ya sé, ya sé. Necesitas un descanso de todo este drama.

Mi primera reacción es buscar tranquilizarlo, decirle que no es cierto, pero prefiero no mentir. Ha sido un desgaste quedarme sola en casa mientras él se entrevista con Paola para discutir el futuro de Marina.

Sobra decir que esa mujer no es santa de mi devoción. En un principio se puso difícil, pero cuando entendió que tenía una posibilidad real de ganar un pleito y tener todo el peso de la responsabilidad de la niña sobre sus hombros, se echó para atrás. Ella quería jugar a las casitas con Alonso y ahora ya sabe que esa posibilidad no está sobre la mesa. No se lo tomó nada bien: me buscó, me confrontó y me acusó, entre otras muchas cosas, de ser una destrozahogares.

Afortunadamente, estábamos en las instalaciones del polideportivo. En el área de la piscina, para ser más específicos, pues yo estaba a punto de iniciar mi sesión de ejercicio. Fue una suerte para ella el haber elegido aquel escenario para atosigarme: de otro modo podría haber terminado descalabrada con mis tacones (pensé emprenderla a chancletazos con ella, pero el efecto no habría sido tan satisfactorio). Por otra parte, el hecho de que hubiera niñitos dando su clase de natación la salvó de que la arrastrara de los pelos y la ahogara.

De lo que no se salvó fue de que le dijera sus verdades a todo pulmón. Pero, vamos, es que me sacó de mis casillas.

—A ver, déjame recapitular —dijo Alonso aquella noche, cuando le confesé lo sucedido—. Palabras más, palabras menos, la llamaste irresponsable. —Asentí—. Caprichosa. —Asentí de nuevo—. Insensible, voluble y egoísta. ¿Estoy en lo correcto?

—Esa es la idea general, sí —admito mientras trazo el patrón del estampado del cojín sobre el cual estamos sentados—. Puede que haya agregado algo como «zorra buscona».

Alonso apretó los labios.

—¡Perdón! Ya sé que estás buscando llevar las cosas por las buenas, y no sabes cómo me preocupa el haber complicado todo. Pero ella llegó a atacarme. Te juro que de otro modo jamás le habría dicho nada.

—Ya lo sé —suspira—. Lo hecho, hecho está. No viene al caso angustiarse por algo que no ha sucedido. Ven para acá. ¿A quién le toca escoger película hoy?

—A ti —respondo mientras me acomodo contra su pecho.

Alonso coge el mando a distancia y algo parecido a un resoplido escapa de su boca y hace volar un mechón de mi cabello.

—¡Ya me imagino su cara! Por lo menos, Paola ya sabe a qué atenerse si vuelve a meterse contigo.

Ahora entiendo que la mueca de hace rato era una sonrisa reprimida. Me siento aliviada y culpable al mismo tiempo: no me gusta el conflicto, pero he dicho todo lo que pensaba sin filtro y con ganas de molestar.

En parte es por eso que iré a refugiarme con Lupita y mis primas a la cabaña. Los padres de Alonso vienen a visitarlo esta semana porque quieren conocer a Marina. Eso me parece perfecto, pero ando con bajas reservas de paciencia y no creo que mi serenidad interior sea suficiente si acaso su madre decide lanzarme indirectas o críticas. Esta reunión es muy importante para él y no pienso ponerla en riesgo.

Sus brazos fuertes me aprisionan cuando estoy por cerrar la maleta.

—Vas a volver, ¿verdad? —cuestiona con angustia.

Su reacción me extraña.

—La mitad de mi ropa se queda en el armario. —Lo miro sobre mi hombro—. ¿A qué viene la pregunta?

—Necesito que lo digas. —Me abraza más fuerte—. Vas a estar con personas que no me quieren mucho, y, por otra parte, esa cabaña en particular me trae malos recuerdos.

Sacudo la cabeza y me pongo de puntillas para besar sus labios.

—Estaré de regreso en una semana, ¿OK? Así como yo estoy aprendiendo a confiar en que me vas a ser fiel sin importar a quién tengas enfrente, tú tienes que confiar en que cuando algo me moleste, voy a buscar el diálogo en vez de salir corriendo. ¿Estamos?

—Estamos.

Alonso cierra los ojos y apoya su frente contra la mía. Luego suspira y me da uno de sus besos especiales que me dejan las piernas como gelatina.

—Te quiero mucho, Caro. No sabes lo importante que eres para mí.

—Yo creo que deberías demostrármelo —ronroneo, echándole los brazos al cuello.

En la cabaña, frente a la chimenea, Carolina comparte churros y chocolate caliente con Lupita, Verónica y Andrea. Han decidido pasar unas vacaciones «solo para mujeres» y se lo están pasando en grande caminando a diario en el bosque, tomando el sol junto a la piscina, paseando por el pueblo y hablando hasta por los codos.

Hubo una última adición al grupo: Rosa también las acompaña. Ha estado trabajando para ver la vida de otra manera, y, aunque todavía le queda mucho camino por andar, Lupita y Carolina le quieren brindar una verdadera oportunidad para sentirse integrada.

—Por Caro —dice Verónica, brindando con su taza.

—Por Caro —corean las otras.

—Porque sabe muy bien lo que quiere y está dispuesta a luchar por ello —dice Lupita en tono de aprobación.

«Ojalá pudieras escucharla, Alonso, para que me creas que ya te ven con otros ojos».

—Yo digo que ya están tardando en formalizar las cosas —sentencia Rosa en voz baja—. Si Carolina se queda allí dándole todo lo que quiere, ¿por qué va a querer casarse?

Verónica y Andrea intercambian miradas irritadas, mientras que Carolina solo la ignora. Ha aprendido que es la mejor manera de lidiar con críticas sin fundamento.

—¿Cómo van las cosas con la bruja de la ex? —pregunta Verónica, quien, por lo visto, recibe las noticias de último momento a través de Lupita.

—Sí, Caro —dice Andrea, delatando que su madre es una bocazas—. Una cosa es querer a la niña, que está preciosa, por cierto, y la otra es tener que lidiar con esa vieja. Si a mí me hubiera dicho lo que te dijo a ti... —Hace un gesto como de retorcer un pescuezo.

—No te creas que no lo pensé, pero creo que la cosa no va por ahí. No me gustaría que por mi culpa hubiera tensión en casa. Quiero que Marina y Alonso siempre se sientan apoyados por mí.

—¡Bravo, sobrina! A eso se le llama predicar con el ejemplo.

Andrea eleva los ojos hacia el techo, pero Verónica le dice:

—Carolina tiene razón. Mi novio creció con padres divorciados que todo el tiempo estaban en guerra. Se quedó traumatizado, ahora no quiere tener hijos.

A los pocos minutos, Carolina se excusa. La conversación le ha hecho echar de menos los brazos de su novio. Va a por su teléfono a la habitación que comparte con sus primas y sale a la noche fresca.

—¿Hola?

—Alonso, ¿cómo estás?

—Echándote de menos todo el tiempo —aseguró—. ¿Cómo estás tú?

—Igual. ¿Qué tal la visita de tus padres?

—Se han vuelto locos —Se ríe—. Acaban de irse y ya están planeando cuándo pueden regresar.

Carolina se aleja de la luz del porche, alcanza a escuchar los sonidos de los insectos,

—Perdóname por no haberte apoyado. Te prometo que a la próxima voy a estar allí y seré la anfitriona modelo. La verdad es que no quería causarte problemas.

—Carolina, tú nunca me causas problemas. Necesitabas tu espacio y lo entiendo. Ya habrá otra oportunidad. ¿Cuándo regresas?

—Yo quisiera irme mañana mismo, pero he quedado en ver a mis amigas. Mi vuelo es para el sábado a las 9:25.

—Está bien, no lo cambies, así puedo terminar unos asuntos pendientes y organizarme para pasar a por ti al aeropuerto.

—No te molestes. Sé que tienes mucho que hacer, puedo tomar un taxi. Además, no podré traer conmigo a los gatos, la zona de carga no está presurizada.

—Carolina Franco, esto no está sometido a discusión. Yo voy a recogerte, ¿de acuerdo? Y déjame ver qué se puede hacer con tus mascotas. Ya pensaremos en algo.

—*E*ntonces así quedamos, Fernando —dice Alonso mientras mira su reloj.

Son las 12:15: debe salir de inmediato si es que quiere llegar a tiempo. Se despide mientras busca las llaves de su camioneta. Antes de salir, regresa sobre sus pasos y revisa su reflejo en el cristal de la ventana. Sonríe, hace tiempo que dejó la vanidad atrás, pero aquel es un día especial y todo debe salir perfecto: Caro regresa.

Conduce, contento, bajo un cielo azul y sin nubes. El día de verano parece coincidir con su brillante humor. Aprieta el *play* en el aparato de sonido y silba la melodía de una de las baladas que Carolina tiene en su lista de reproducción.

Finalmente, el avión ha aterrizado. El vuelo se le ha hecho eterno a Carolina, quien no ha pensado en otra cosa que en poder abrazar a su novio. ¿Será que la ha echado de menos tanto como dice? Impaciente, aguarda a que el personal de la aerolínea coloque su equipaje en la banda sin fin. Los minutos se alargan hasta que localiza su maleta roja, tira de ella con un brusco movimiento y luego la arrastra con celeridad por los pasillos del aeropuerto.

Al salir a la zona de llegadas, alcanza a ver a los grupos de personas que esperan con emoción a sus familiares y amigos. Sus ojos saltan de cara en cara en busca del hombre que se ha hecho parte indispensable de su vida. «¿Dónde estás, Alonso? Tal vez se le ha hecho tarde. Tal vez ha surgido un imprevisto».

Las muchachitas que caminan frente a ella cuchichean entre sí, intercambian codazos y risitas, lanzando miradas atrevidas hacia su izquierda. Carolina sonríe, seguramente el artista que decían venía entre los pasajeros está por ahí. Ella no es el tipo de mujer que va a pedir un autógrafo a un actor de televisión, pero le gana la curiosidad y aventura un vistazo hacia el lugar en el que ellas concentran sus miradas.

Ahí está. El hombre alto, esbelto y de cabello largo al que admiran bien podría protagonizar alguna telenovela, pero en realidad codirige un albergue para niños necesitados. Alonso lleva a Marina en los brazos, su hermosa sonrisa refulge en su cara. La mira a ella con una adoración incuestionable. No se da cuenta de sus nuevas admiradoras a pesar de que son tan atractivas como descaradas. Tampoco registra que a Marina se le ha escapado el globo de helio que reza «¡BIENVENIDA!».

La ve a ella y a nadie más.

Con ganas de dejar su equipaje detrás, Carolina corre hacia ellos, abriéndose paso entre la gente, el corazón saltando de gusto. Los besos que recibe la hacen suspirar. Y es entonces que sus mejillas registran algo que ha pasado por alto.

—¿Y la barba? —pregunta cuando Marina empieza a protestar y alza los bracitos en muda petición para que la coja.

—Me la he quitado, parecía no agradarte mucho.

Con su mano libre, Carolina repasa las líneas de la fuerte mandíbula.

—Gracias, pero tal vez no haya sido la mejor decisión.

—¿Entonces me he equivocado? —pregunta Alonso, confundido—. ¿Sí te gustaba?
—No, el problema es que ahora estás tan guapo que voy a tener que cargar con una escopeta al hombro para espantar a las lagartonas.
Alonso suelta una carcajada y la abraza fuerte.
—¡Qué tonterías dices! ¿Lista para volver a casa?
—Oh, sí. Más lista que nunca.
Él se agacha para robarle otro beso.
—Pásame a mi niña, hace mucho que no la veo.
Una vez que la recibe, la saluda de nuevo y hace pedorretas sobre los rollitos de su cuello. Las carcajadas de Marina los hacen reír a los dos.

Al llegar a la casa, Alonso se apresura a bajar de la camioneta para abrir la portezuela del lado de Carolina.

—¡Alonso, has arreglado el jardín! —exclama ella mientras admira las aves del paraíso, las lantanas y las plantas con flores amarillas que los lugareños llaman «camarones».

—¿Te gustan? —pregunta él con un brillo especial en los ojos.

—¡Me encantan!

—Qué bien, quería demostrarte lo feliz que me hace que estés de vuelta.

Un agradable calorcito revolotea dentro de su pecho. Se siente feliz de regresar a aquel espacio que ya no dudará en llamar suyo.

—Caro, ¿podrías pedirle a doña Pera que le prepare una papilla a Marina? Voy a revisar las llantas de la camioneta. Me ha parecido que se ladea un poquito a la derecha. —Ella asiente—. Gracias, yo te llevo tu maleta.

Tamborileando con los dedos con impaciencia, Alonso cuenta hasta treinta, y entonces la sigue. Carolina está congelada en la sala, mirando hacia el patio interior con la boca abierta.

—¡Caro! —llama Fernando levantando la voz—. ¿No piensas saludar a tu jefe?

Carolina avanza con una sonrisa radiante entre las mesas con sombrillas, un par de barbacoas y una piscina hinchable de gran tamaño. De las ramas de un naranjo cuelga un letrero que dice: «BIENVENIDA A CASA, CARO».

Saluda primero a sus amigos de su extrabajo: Fernando, Leila, Susana y Antonia, quien, por supuesto, viene acompañada por Samuel. Comparten mesa con Jaime, Héctor, Rebeca, Edith y un resignado Mauricio. Eric, los «hermanos mayores» del albergue y el inigualable padre Javier están en la mesa de al lado. Los «hermanitos» de Marina corretean en traje de baño o en ropa interior y chapotean con deleite en el improvisado oasis, en donde también se refresca la hijita de Fernando.

—Te debía una celebración de cumpleaños —murmura Alonso en su oído.

Ella lo abraza emocionada.

—Hey, hey, que corra el aire, señorita.

La cabeza de Carolina latiguea hacia la dueña de la voz.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

—¿Esa es la bienvenida que recibo después de haber estado apretada como una sardina seis horas para traer unas jaulas?

—¡Sorpresa, Caro! —corean Andrea y Verónica, llevan en brazos a sus adorados gatos.

Carolina ya no puede contener las lágrimas.

—Definitivamente estos dos estaban hechos el uno para el otro, ¿no es así, Sara?

Sorprendida, saluda a su «suegro» y luego a la madre de Alonso, quien se acerca con los brazos extendidos para darle un abrazo.

—Bienvenida, Carolina.

Don Sergio se aclara la garganta y agrega:

—Bienvenida a la familia, querida.

Se desata entonces una espontánea rueda de aplausos y los congregados piden a un tiempo: «¡Beso! ¡Beso!»

Alonso se acerca a ella y la estruja contra él, separándola del suelo.

—Te amo —murmura con los labios sobre los suyos.

—Echadles agua —bromea Jaime.

Minutos después, todos los adultos (e incluso algunos pillos que marearon a doña Pera) tienen vasos llenos de sangría. Alonso levanta su vaso pidiendo atención.

—Mamá, papá, amigos, antes que nada quiero agradecerlos de todo corazón el estar compartiendo este momento con nosotros. —Entrelaza sus dedos con los de Carolina—. Esta mujer maravillosa —dice mirándola con cariño— se me coló en el corazón desde el día que nos reencontramos hace más de siete años, y eso tengo que agradeceréte a ti, mi querida Antonia.

La aludida asiente y alza la copa desde su lugar.

—No me cabe la menor duda de que Carolina siempre estuvo destinada para mí, y por eso, a pesar de nuestros errores... —Una sombra le cruza la cara, y tiene que aclararse la garganta antes de continuar—: A pesar de nuestros errores estamos hoy juntos, queriéndonos más que antes. Nunca me ha gustado estar separado de ti, Caro. Estas cortas vacaciones tuyas han venido a recordármelo. Y como no pienso seguir sufriendo en tus ausencias...

Antonia se remueve en su asiento mientras Carolina contempla estupefacta cómo Alonso pone una rodilla en tierra.

—Carolina Franco, ¿quieres casarte conmigo?

Al siguiente segundo, Carolina está riendo y llorando, lo abraza fuerte mientras le repite una y otra vez que sí, que acepta, que nada la haría más feliz. Es júbilo lo que Alonso destila por cada poro. Toma a Carolina en sus brazos y la hace girar por los aires con una sonrisa que no le cabe en la cara. Pide entonces a doña Esperanza que ayude a repartir el champán que tiene enfriando desde temprano.

Nadie había visto a Caro tan bella y radiante como en ese momento. Tras secarse los ojos, Lupita hace una breve oración de gracias en su mente. Carolina ya no le preocupará más.

—¿Estás lista para otra pequeña sorpresa, amor? —murmura Alonso plantándole un beso en la mejilla.

—¿Hay más?

—Bueno —admite él sonrojado—, había buenas probabilidades de que me dijeras que sí...

—¿Y? —presiona ella con la ceja levantada.

—Y quería preguntarte si no tienes objeción en casarte conmigo hoy mismo.

Todas las palabras que Carolina ha aprendido en su vida parecen desaparecer. Lo mira con ojos enormes, la mano sobre el pecho.

—Por mí no esperaré ni un segundo más —se apresura a decir Alonso—, pero podemos esperar y organizar una fiesta tradicional si quieres.

Está nervioso. Tiene la misma cara que puso cuando la visitó en un arranque el día de su cumpleaños. Tanto tiempo atrás. Carolina casi puede oír sus palabras: «Creo que la cagué,

¿verdad, Caro?

Ella suspira, contenta al darse cuenta de que su ahora prometido sigue teniendo esos impulsos que pueden ser arriesgados, pero también maravillosos.

—Supongo que podemos aprovechar que está aquí Javier.

—Y todos nuestros amigos —susurra él mientras besa sus nudillos.

Busca a Antonia con la mirada y esta no necesita más. Se pone de pie de un salto, urgiendo a Rebeca y a Edith para que la acompañen. Está a punto de explotar de emoción. Como un enjambre de abejas rodean a Caro y tironean de sus brazos para hacerla entrar en su habitación. Sobre su cama hay una enorme caja en cuyo interior yace un vestido de novia. Con dedos temblorosos lo alza frente a su vista. No es tan elegante como el de Antonia, pero es perfecto para ella: femenino, vaporoso, sencillo.

—¿Te gusta? —pregunta su amiga queridísima—. Lo escogimos entre Alonso y yo.

Carolina no puede responder, la abraza bien fuerte, los ojos haciendo agua.

—¡Suficiente! —dice Antonia tras unos segundos. Se abanica los ojos con las manos—. Te prohíbo que llores una lágrima más. No queremos una novia que parezca un sapo.

Como están contrarreloj, Carolina corre al baño para darse una ducha exprés y en cuanto sale, sus amigas ponen manos a la obra.

Antes de una hora, Alonso llama tímidamente a su puerta.

—Javier ya está listo. ¿Vosotras cómo vais?

Antonia asoma la nariz por la angosta rendija que ha abierto.

—Estará lista en quince minutos si dejáis de molestar. Mi cuñadita es una santa que te deja escoger el vestido de novia y acepta prepararse a la carrera, así que haz el favor de retirarte.

—Dile que la amo y que le agradezco que tolere mis excentricidades —pide Alonso con una sonrisa enamorada.

—Yo se lo digo, ¿eh? Ahora esfúmate.

—Y dile que me ha hecho el hombre más feliz del mundo.

—¡Alonso! —recrimina exasperada.

—No lo regañes, Antonia. Estoy lista.

Antonia gira en redondo y dice con alarma:

—¡Se supone que no puede verte todavía!

—Por si no lo has notado —apunta Caro entre risas—, nuestra relación no es muy convencional.

Antonia quiere replicar, pero entonces se da cuenta de que ninguno de los tórtolos le está poniendo atención. La casa podía derrumbarse y ellos ni cuenta se darían.

—Estás preciosa, mi amor.

—Gracias —responde ella mirándolo desde debajo de sus pestañas—. Tú no has quedado tan mal.

Levanta la mano para retocar la gardenia que Alonso lleva prendida de la ropa.

—Quiero que sepas que yo también soy la mujer más feliz del mundo.

Cuando Alonso le roba un beso, ambos alcanzan a escuchar el indignado refunfuño de Antonia:

—¡Perfecto! Ahora tenemos que retocar el pintalabios. ¿Podrías adelantarte, Alonso, y esperar junto al padre?

Pocos de los presentes recuerdan una ceremonia tan emotiva o una pareja de novios tan enamorada. Cuando dicen sus votos, varios de los presentes revuelven bolsos y bolsillos en busca de pañuelos.

—Yo, Alonso, te acepto a ti, Carolina, como mi legítima esposa y mejor parte de mí mismo. Le

agradezco a la vida el haberte puesto en mi camino y deseo de todo corazón que cada uno de tus días esté lleno de bendiciones. Deseo también que se mantenga intacta la hermosura de tu alma, que siempre pueda estar a tu lado para cuidar de ti. Prometo amarte con todo lo que soy, cada día que me reste en esta vida y también en la que le sigue.

—Yo, Carolina, te acepto a ti, Alonso, amor de mi vida, como mi legítimo esposo. Prometo quererte siempre y cuidar de ti y de nuestra Marina. Te ofrezco mi fidelidad y mi apoyo cada día en tu misión, y haré todo cuanto esté a mi alcance para ayudarte a ser la mejor persona que puedas ser.

Al finalizar la ceremonia, Fernando y Jaime sorprenden a los novios al anunciar que han contratado unos músicos para seguir celebrándolo. Sin pensarlo dos veces, los invitados se ponen de pie y bailan con abandono por los pasillos y alrededor de la piscina.

Satisfecho, Alonso toma la mano de su esposa y la mece al ritmo de la melodía. Recuerda varias primeras veces: cuando la vio bailar en un bar durante una despedida de soltera y cuando la tuvo entre sus brazos en la boda de una de las profesoras. Un alemán andaba tras sus huesitos en ese entonces.

Carolina le sonrío con amor y él le besa la frente. Le cuesta trabajo creer que después de tanta tristeza y desesperanza ahora puede sentir una felicidad absoluta. No solo tiene la paz de antes; finalmente, ha recuperado la mitad de su corazón.

—¿Me permites un momento, amor? Voy a ponerme más cómoda. Si quieres que siga bailando, voy a tener que librarme de la tortura de estos zapatos.

Alonso se ofrece a acompañarla. Una vez en la habitación, se le acerca, la besa en la boca y luego susurra en su oído:

—¿Podrías ponerte el vestido verde que usaste en la boda de mi hermana? Verte con él me vuelve loco —explica con voz ronca.

—Si quieres... Pero no pienso usar los mismos zapatos. Los pies me están matando.

Carolina aprovecha el momento para ponerse gotas en los ojos, irritados por el cansancio. Retoca su maquillaje y quiere ponerse el vestido, aunque no le resulta fácil con Alonso besándole el cuello y el hombro cada dos por tres.

—¡Alonso! —protesta débilmente.

—¿Y si mejor nos quedamos aquí? —suplica él enterrando los dientes en uno de sus hombros.

—¿Qué dices? —pregunta ella. Sus miradas se cruzan en el espejo. Los ojos de él son como dos hogueras, sus manos calientes parecen haber estado sobre un fogón.

Por su parte, las mejillas de Carolina relucen con un bello rubor. Se muerde el labio inferior. Tiene ganas de gritar de júbilo, de reír a carcajadas y de mandarle un *selfie* a la zorrana de Paola para que le quede claro de una vez quién es la dueña de aquel bombón.

—No puedo creerlo —dice él mientras va marcando un camino de besos por su cuello—. ¿De verdad has aceptado casarte conmigo, Caro?

—He tenido que hacerlo. Hace tiempo aprendí que no puedo vivir si no te tengo.

—Bueno, señora Estrada: si me lo permite, voy a romper una vez más la estúpida regla de no intimidad.

Alzándola en brazos, la deposita con adoración en la cama.

—¿Y los invitados? —quiere saber ella.

—Estoy seguro de que se las arreglarán. Nuestra primera obligación es compensar todo el tiempo que hemos estado separados.

Con la admiración de siempre, Carolina observa a su flamante esposo llegar hasta la puerta.

Suspira de gusto. Desde donde está alcanza a escuchar el clic de la llave.

© 2019, Isabelle Cruz

Primera edición en este formato: octubre de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-17705-43-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.